JAVIER GONZÁLEZ

El Pentimento de Prim

THRILLER HISTÓRICO



Atreyu

EL PENTIMENTO DE PRIM

Javier González

Atreyu Servicios Digitales.

Atreyu

Derechos de autor © 2026 Francisco Javier González Rolo

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

CONTENIDO

Página del título
Derechos de autor
El Pentimento de Prim
Prólogo: Un segundo disparo. Un tercero.
Capítulo 1: La Mano Del Noble
Capítulo 2: El Primer Disolvente
Capítulo 3: La Ruta De La Sangre
Capítulo 4: La Sombra En El Patio
Capítulo 5: La Mentira Del Mentor
Capítulo 6: El Archivo De Los Olvidados
Capítulo 7: El Rastro De Pujol
Capítulo 8: La Confesión De Mercedes
Capítulo 9: El Carruaje De Las Nueve
Capítulo 10: La Persecución En La Estación
Capítulo 11: El Golpe De Metal
Capítulo 12: Órdenes De Un Hombre Cansado
Capítulo 13: El Rey Que Llega, El General Que Muere
Capítulo 14: Regreso Al Taller Del Delito
Capítulo 15: La Imprenta De La Verdad
Capítulo 16: El Pacto En El Sótano
Capítulo 17: El Legajo Del Duque

Capítulo 18: Reconstrucción En La Escena
Capítulo 19: Nochevieja Con El Enemigo
Capítulo 20: El Precio De La Tregua
Capítulo 21: El Plan De Los Desesperados
Capítulo 22: El Mensajero Del Rey
Capítulo 23: El Filtro De San Gil
Capítulo 24: El Hombre Del Sobretodo
Capítulo 25: El Interrogatorio Del Traidor
Capítulo 26: El Pentimento Final
Capítulo 27: El Disparo De Nácar
Capítulo 28: La Caída Del ÍDolo
Capítulo 29: La Justicia Del Extranjero
Capítulo 30: El Entierro De Los Perros
Capítulo 31: La Carta De Don ÁLvaro
Capítulo 32: El Juicio De Las Sombras
Capítulo 33: El Adiós De Mercedes
Capítulo 34: El ÚLtimo Barniz
Capítulo 35: La Herencia Del Oficio
Epílogo: La Puerta Del Taller Se Abrió Sin Golpear.

EL PENTIMENTO DE PRIM

Javier González

PRÓLOGO: UN SEGUNDO DISPARO. UN TERCERO.

El olor a gas era un puñetazo en la garganta. El lampista, arrodillado en la zanja abierta entre los adoquines de la Calle del Turco, ajustó la llave inglesa sobre la junta de la tubería. El farol colgado de un gancho proyectaba un círculo amarillento sobre el barro y la piedra. Era una noche fría de diciembre, la última del año 1870, y el silencio solo lo rompía el goteo de agua sucia y el crujido de sus nudillos al apretar.

Un carruaje se detuvo arriba, en la calle. Ruedas chirriando sobre el empedrado. El lampista alzó la vista un instante, vio la silueta oscura del coche contra la luz de los faroles de gas de la esquina. Bajó la cabeza de nuevo. Asuntos de señores. Él tenía una fuga que reparar antes de que el capataz le descontara el jornal.

Oyó voces. Dos, quizás tres. No distinguía las palabras, solo el tono: urgente, cortante. Luego pasos rápidos. Botas militares, reconoció el sonido. Había trabajado en cuarteles.

El primer disparo sonó como un trapo grueso rasgándose. Seco. Breve.

El lampista se congeló, la llave inglesa suspendida en el aire. Su pulso comenzó a martillear en las sienes.

Un segundo disparo. Un tercero.

Un grito ahogado, un ruido de cuerpo cayendo sobre la madera del carruaje. Crujido de adoquines bajo pisadas que se movían rápido, arrastrando algo.

—Rápido —dijo una voz desde arriba, gutural, sin emoción.

El lampista se aplastó contra la tierra húmeda de la zanja. La respiración se le atascó en el pecho. El olor a pólvora, agrio y metálico, se mezcló con el del gas que aún se filtraba. Vio, desde el borde de su agujero, las sombras de dos hombres junto al coche. Una de ellas se inclinó sobre algo en el suelo. El farol de la esquina le iluminó de perfil: bigote recortado, quijada cuadrada, ojos hundidos. El hombre llevaba un uniforme oscuro, pero no era de la Guardia Civil. Algo más fino.

La sombra se enderezó. Algo brilló en su mano al moverse, cayó al suelo con un tintineo metálico y rodó hacia la alcantarilla. Una insignia. El destello dorado fue fugaz.

El otro hombre murmuró algo. El primero giró la cabeza. Sus ojos barriendo la calle desierta. Pasaron sobre la zanja, sobre el farol colgado, sobre el lampista convertido en estatua de barro.

Y se detuvieron.

Durante un latido infinito, los ojos del asesino y los del lampista se encontraron. Eran ojos marrones, penetrantes, que no mostraron sorpresa, solo un cálculo instantáneo y glacial.

El lampista no respiró. La tierra fría le empapaba la ropa. El olor a gas le hacía arder los pulmones.

El asesino desvió la mirada, como si hubiera visto una rata, algo insignificante. Dio una orden seca con la cabeza. Los dos hombres subieron al carruaje. El látigo restalló, los caballos arrancaron al trote, el ruido se perdió calle abajo.

El silencio volvió, pero ahora era distinto. Cargado. Roto solo por el goteo del agua y el lejano ladrido de un perro.

El lampista tardó un minuto en moverse. Sus miembros respondían con lentitud de pesadilla. Se arrastró hacia el borde de la zanja, asomó la cabeza. La calle estaba vacía. Junto al bordillo, una mancha oscura se extendía sobre los adoquines. Más allá, cerca de la rejilla de la alcantarilla, un pequeño destello dorado.

Miró a su alrededor. Ni un alma. Las ventanas de las casas, cerradas. Las contraventanas, bajadas.

Se levantó, tembloroso. Caminó los pocos pasos hasta la alcantarilla. Se agachó. Entre el barro y la suciedad, la insignia brillaba tenuemente. Era de latón, con un águila grabada. La cogió. Pesaba más de lo que parecía. Reconoció el emblema: la Guardia Real.

La metió en el bolsillo del pantalón, donde golpeó contra su muslo con cada latido de su corazón. Volvió a la zanja. Apagó el farol. Recogió sus herramientas con manos que no dejaban de temblar. Tapó la fuga a ciegas, atornillando por instinto.

Luego se marchó, sin mirar atrás, pisando la mancha oscura en la calle. Cada paso era una confesión muda. Cada respiración, un secreto que ya empezaba a pudrirse dentro de él, junto al metal frío de la insignia en su bolsillo.

El metal ardía a través del paño de su pantalón. No de calor, sino de culpa. Cada latido en su sien parecía empujar la insignia contra su muslo, un recordatorio metálico y frío.

Se detuvo a mitad de la calle. El viento nocturno arrastraba el olor acre de la pólvora, mezclado con el dulzón y penetrante del gas que aún se filtraba. Giró sobre sus talones. La mancha en los adoquines ya no era líquida; empezaba a cuajar, oscura como alquitrán bajo la tenue luz de un farol de gas a media cuadra.

Hablar es morir.

La frase le golpeó el pensamiento con la contundencia de un martillo. No era una sospecha, era una certeza visceral. Los hombres del carruaje no eran ladrones. Eran otra cosa. El tipo que dio la

orden, con aquel gesto seco de cabeza, tenía la frialdad de un carnicero despachando una res.

Miró hacia arriba. Las ventanas seguían ciegas. Ni una rendija de luz, ni el roce de una contraventana. El miedo era contagioso, y el sonido de los disparos había sido la tos de la peste. Todo el mundo se había encerrado a cal y canto.

Su mano se cerró alrededor del bulto en su bolsillo. El águila de latón le mordió la palma a través de la tela. La Guardia Real. Si esa chatarra aparecía en su poder, lo colgarían de un farol antes del amanecer con una confesión falsa ya firmada. O simplemente lo encontrarían flotando en el Manzanares, los pulmones llenos de agua sucia.

Pero dejarla allí… ¿Y si volvían? ¿Y si barrían la calle al primer claro y la encontraban? Entonces buscarían al testigo. Al único que podía haberla recogido.

Un sudor frío le perló la nuca. No podía llevársela. No podía dejarla.

Su mirada recorrió el pavimento, desesperada. Se posó en la rejilla de la alcantarilla, en el borde de la zanja que acababa de tapar. No. Demasiado obvio. Cualquier limpieza la descubriría.

Vio entonces un adoquín, a dos pasos de la mancha. Estaba suelto, levantado en una esquina por las raíces de un árbol que brotaba entre las piedras. Se acercó, se arrodilló. El frío de la piedra húmeda le traspasó los pantalones. Con las uñas, ya mugrientas de tierra y óxido, hundió los dedos en la grieta y tiró.

La piedra cedió con un crujido sordo. Debajo, la tierra estaba negra, compacta, mezclada con los detritos de la ciudad. Un pequeño hueco.

Sacó la insignia del bolsillo. Por primera vez la veía a la luz clara. El águila, las alas desplegadas, parte del esmalte azul astillado en un borde. Un hilo de oro, quizá del uniforme del que la portaba, aún

enganchado en el broche. Brilló un instante, arrogante, antes de que su mano se cerrara sobre ella.

—Para ti —murmuró, y no supo si era una maldición o una promesa.

La dejó caer en el hueco. El metal golpeó la tierra con un sonido apagado, definitivo. Con las mismas manos temblorosas, empujó la tierra sobre ella, tapando el brillo, el águila, la prueba. Luego volvió a colocar el adoquín en su sitio. Lo presionó con el pie hasta que quedó firme, indistinguible de sus hermanos.

Se levantó. Se sacudió las manos en los costados del pantalón. Respiró hondo, pero el aire ya no olía solo a gas y pólvora. Olía a secreto enterrado.

Cogió su caja de herramientas y el farol apagado. Echó un último vistazo a la mancha oscura, al adoquín inocente que la custodiaba. Luego se dio la vuelta y empezó a caminar, alejándose del lugar, metiéndose en las sombras de una callejuela lateral.

La prueba estaba oculta. Pero la memoria, esa no había forma de enterrarla. Caminaba con ella, pesada y fría, no en el bolsillo, sino en algún lugar detrás de los ojos, donde ya empezaba a crecer, lenta y venenosa, como el musgo entre las piedras.

El tic-tac del reloj de pared marcaba el tiempo como un latido enfermo. El hombre estaba sentado en el borde de la cama, sin desvestirse. Las botas, embarradas, dejaban un rastro de tierra seca sobre las tablas del suelo. El farol, ahora apagado y frío, descansaba junto a la puerta como un animal agotado.

Cada crujido del edificio era un paso. Cada carruaje lejano, un escuadrón acercándose. Había cerrado la ventana, pero la madera vieja dejaba pasar un hilillo de aire helado que le rozaba la nuca. El sabor a cobre, a sangre que no era suya, le cubría la lengua.

En la mesilla, doblado con una precisión obsesiva, estaba el periódico de la mañana. Lo había comprado al amanecer, con las

manos todavía temblorosas. La tinta olía a humedad y a mentira recién impresa.

ATENTADO CONTRA EL GENERAL PRIM. SE BUSCAN TESTIGOS.

Sus ojos recorrieron el titular por décima vez. Las letras negras parecían vibrar sobre el papel áspero. Abajo, una descripción vaga: un ataque cobarde, varios agresores, la confusión de la noche. Nada sobre los rostros que él había visto, nítidos bajo la luz del gas. Nada sobre la insignia.

"Cualquier información será recompensada", decía el último párrafo.

Una risa seca, un escape de aire, le salió del pecho. La recompensa. La moneda de plata que compraría su ataúd.

Se levantó. Los huesos le crujieron. Caminó hasta la ventana y descorrió un centímetro la cortina rasgada. El frío de la madera le recordó el adoquín húmedo. Afuera, la primera luz grisácea del amanecer teñía los tejados de Lavapiés. En algún lugar de esa dirección, a cincuenta pasos exactos de donde había caído un hombre con uniforme de gala, un adoquín guardaba un secreto de plata y esmalte azul.

Lo sabía todo. Los nombres que se habían susurrado, la insignia que delataba un cuerpo, el hueco bajo la piedra. Era la llave del misterio que tenía a Madrid en vilo.

Y decidió, con una calma que le heló la sangre, que esa llave se oxidaría en la oscuridad.

Dobló el periódico de nuevo, alisando los pliegues con los dedos, como si manipulara un artefacto explosivo. Lo guardó bajo el colchón, con el resto de sus pocas pertenencias. Luego se sentó otra vez en la cama, mirando la puerta.

No dormiría. Vigilaría. Sería el centinela mudo de su propio secreto, la tumba viviente de una verdad que, si respiraba, lo mataría a él primero. El tic-tac del reloj siguió marcando las horas, cada una más

larga que la anterior, en la habitación que empezaba a oler a hombre acorralado y a miedo viejo.

CAPÍTULO 1: LA MANO DEL NOBLE

El frío de enero se había colado en el taller, un mordisco persistente que trementina y aceite de linaza no lograban ahuyentar. Julián Sáenz de la Torre frotó sus ojos verdes, vidriosos de fatiga, antes de ajustar la lupa sobre el soporte. El olor a barniz viejo y disolvente era una segunda piel. Sobre la mesa de trabajo, envuelto en una tela basta, aguardaba el encargo.

El aldabonazo contra el acero de la puerta blindada rasgó el silencio del taller como un hachazo. Julián no esperaba a nadie bajo esa luz de gas moribunda. Al abrir, el frío de la calle entró de golpe, precediendo a una silueta envuelta en paño oscuro cuyo rostro quedaba oculto tras una bufanda de lana áspera. El hombre no saludó; su presencia era un imperativo. Dejó el bulto rectangular sobre el banco de trabajo con una reverencia mecánica, y el tintineo denso, casi obsceno, de un saco de lona al golpear la madera anunció que el precio de su silencio sería tan pesado como el oro que contenía.

—Restáurelo. Solo la capa superficial, lo que se ve. Sin tocar lo que hay debajo.

La voz era plana, sin inflexión. Julián desató el cordel de la tela. Apareció un marco de roble oscuro, pesado. Dentro, un retrato del siglo XVII: un caballero con gorguera, pintado con la severidad

propia de la escuela española. La suciedad y el barniz amarillento velaban los detalles, pero la factura era sólida, profesional.

—¿Quién es el cliente? —preguntó Julián, sin apartar la vista del lienzo.

—No es asunto suyo. El pago es por adelantado. Trescientas pesetas en oro. El resto, cuando esté listo. No haga preguntas.

El mensajero dio media vuelta. Sus pasos resonaron en el pasillo desnudo hasta apagarse. Julián permaneció inmóvil, escuchando el latido en sus sienes. Luego, volvió su atención al saco. Lo vació sobre la mesa. Las monedas rodaron con un sonido denso, metálico, antes de amontonarse en un brillo opaco. Oro. Más de lo que ganaba en seis meses.

El oro, amontonado en un brillo opaco sobre la mesa, emitía un calor que Julián sentía en las yemas de los dedos. No era el pago por una restauración; era un soborno para que sus ojos permanecieran ciegos. 'Sin tocar lo que hay debajo'. El mandato flotaba en el aire cargado de trementina como una advertencia religiosa. Julián sintió el picor del acero en la mano. La prudencia era un barniz viejo que empezaba a cuartearse bajo el peso de una verdad que ya empezaba a supurar desde el lienzo.

Se colocó los guantes de hilo blanco, ya manchados de otros trabajos. Encendió la lámpara de gas; la llama crepitó, proyectando una luz cruda sobre la superficie pictórica. Inclinó el cuadro. Sus dedos, entrenados para sentir lo que los ojos no captaban, recorrieron los bordes del lienzo, la craquelatura del barniz.

Fue en el fondo, a la izquierda del sombrero del caballero, donde sus yemas detectaron la anomalía. Un parche de unos diez centímetros cuadrados donde el barniz no era una pátina uniforme, sino una costra más gruesa, más burda. Al inclinar la luz, ese parche devolvió un brillo distinto, lechoso, como una cicatriz mal curada sobre la piel del cuadro.

No era deterioro natural. Era un repinte. Alguien había tapado algo allí, y lo había hecho con prisa, con un barniz de peor calidad que el original.

Julián apartó la vista. El aire del taller le quemó los pulmones, cargado ahora de una tensión nueva. Las monedas de oro seguían allí, pesando más que su metal. Miró el parche lechoso, luego la puerta por donde había salido el mensajero sin rostro.

Sin tocar lo que hay debajo.

Por primera vez en años, la curiosidad le ganó a la prudencia.

El caballete crujió bajo el peso del lienzo cuando Julián lo inclinó aún más. La luz de gas, ahora parpadeante en la oscuridad creciente del atardecer, proyectaba una sombra rasante que convertía la superficie pictórica en un paisaje de crestas y valles. Con una lupa de aumento en una mano, trazó el perímetro de la anomalía. Allí, el craquelado no formaba la fina telaraña de siglos, sino una red de grietas más profundas, más rectas, como si la capa hubiera secado demasiado rápido. Un barniz de resina sintética, aplicado con prisa sobre algo que no debía verse.

El frío del atardecer se colaba por las rendijas de la ventana, un mordisco húmedo que contrastaba con el calor seco de la lámpara en su rostro. Olía a trementina y a cera de abeja, el incienso habitual de su oficio. Pero ahora percibía otro olor, sutil y agrio: el miedo propio, sudando a través de la camisa.

Un golpe seco en la puerta le hizo erguirse. No era el toque del mensajero; era firme, familiar.

—¿Sáenz? ¿Sigues ahí?

La voz de Don Álvaro, cargada de la ronquera del tabaco de pipa. Julián dejó la lupa sobre la mesa, junto al montón de oro. Sus dedos, antes seguros, temblaron ligeramente.

—Pase, maestro.

La puerta se abrió con un chirrido de goznes oxidados. Don Álvaro entró con paso lento, su figura encorvada recortándose contra el pasillo oscuro. Sus ojos, hundidos en una red de arrugas, escudriñaron el taller antes de posarse en Julián.

—Ya anochece. Los vigilantes harán la ronda pronto.

—Un último repaso —mintió Julián, haciendo un gesto vago hacia el cuadro.

El viejo restaurador se acercó. No miró el lienzo de inmediato; observó la mesa, las monedas amontonadas, la bolsa de lona vacía. Su mirada era una lenta disección.

—Encargo de última hora —añadió Julián, demasiado rápido.

—Ya veo. —Don Álvaro se frotó la barbilla. Su dedo índice señaló el oro sin tocarlo—. Anónimo, supongo.

—Sí.

—Estos tiempos no son para trabajos anónimos, muchacho. —La voz del maestro perdió su tono habitual de fastidio, ganando una gravedad extraña—. Desde lo de Prim, la ciudad está hecha un polvorín. Todo el mundo mira al de al lado, buscando conspiraciones. Un encargo así… huele a problemas.

Julián sintió un nudo en la garganta. Quería contarle lo del barniz, lo de la orden absurda. Pero las palabras se atascaron, rehenes de una cautela recién nacida.

—Es un retrato del XVII. Nada político.

—Todo es político ahora. —Don Álvaro suspiró, un sonido cansado—. Hasta el barniz que usamos. Ten cuidado. Cobra tu dinero y entrega el trabajo. Nada más.

Sus pasos se alejaron hacia la puerta. Se detuvo en el umbral, volviéndose a medias.

—Cierra bien. Y apaga el gas. No quiero que nos quememos todos por tu noctambulismo.

La puerta se cerró. El silencio que dejó fue más denso que antes, cargado con lo no dicho. Julián permaneció inmóvil, escuchando los pasos amortiguados que se perdían por el pasillo. Luego, su mirada regresó al parche lechoso en el cuadro.

Las advertencias de Don Álvaro pesaban en el aire, pero el picor en sus yemas era más fuerte. Una prueba. Solo una pequeña prueba.

Su mano se dirigió al estuche de herramientas. Los dedos encontraron el mango de ébano del bisturí de restauración, la hoja fina como una uña, afilada para levantar capas de siglos sin dañarlas. La sacó. El acero captó el parpadeo de la llama, brillando por un instante.

Se acercó al caballete. La respiración le quemaba el pecho. Colocó la punta del bisturí en el borde de la costra de barniz, donde el repinte encontraba el original. Una presión mínima, un milímetro de incisión. Solo para ver el grosor, para confirmar su sospecha.

El metal se posó sobre la superficie. Su pulso, traicionero, latía en la yema del dedo.

La punta del bisturí se hundió en la costra lechosa. Un crujido seco, apenas audible, como el sonido de una cáscara de huevo al partirse. Julián detuvo el aliento. Con la mano izquierda, tomó el frasco de disolvente de trementina y aguarrás. Una sola gota, depositada con el cuentagotas en el borde de la incisión. El líquido ámbar se extendió, brillando bajo la luz de la lámpara. Un olor acre y dulzón, a resina y alcohol, llenó el círculo de aire alrededor de su cabeza.

Esperó. Contó diez latidos de su pulso en la sien.

Luego, con la precisión de un cirujano, introdujo de nuevo el filo del bisturí bajo el borde ablandado. Levantó. Una lámina transparente y quebradiza, más fina que el papel de fumar, se despegó. Debajo, la pintura original emergió por un instante: el terciopelo oscuro de una

casaca, el óleo rico y profundo del maestro. Y justo al lado, una mancha de color apagado, grisácea, aplicada con pinceladas toscas y precipitadas. Un repinte. Grosero, casi insultante para el lienzo que cubría.

Su pulso se aceleró, pero no era triunfo. Era el latido sordo de la alarma.

Amplió la zona. Otra gota de disolvente. Otra lámina de barniz levantada con el bisturí. El repinte gris se extendía, un parche rectangular que no correspondía a ninguna corrección artística imaginable. Y entonces, bajo la capa de pintura burda, algo más comenzó a aparecer.

Líneas. Finas, negras, trazadas con tinta ferrosa que había oxidado la preparación del lienzo. No eran pinceladas. Eran trazos geométricos, rectos, que se cruzaban en ángulos precisos. Julián inclinó la lámpara. La luz rasante hizo que las líneas se profundizaran, como cicatrices en la piel del cuadro.

Se enderezó, los músculos de la espalda tensos. Tomó la lupa de aumento, la acercó hasta que el cristal casi rozaba la superficie.

Bajo la lente, el dibujo se reveló con una claridad obscena. Era un plano. Un croquis técnico. Reconoció el trazo de una regla, la marca de un compás en un vértice. Seguía las líneas con la yema del dedo, sin tocar, a milímetros de distancia. Una calle larga, recta. Dos líneas paralelas que la flanqueaban —aceras, tal vez—. Un rectángulo más pequeño dibujado en el centro de la vía, con una cruz en su interior. Más abajo, una anotación en letra diminuta y apretada: *C/ del Turco*.

El aire se le heló en los pulmones.

Calle del Turco.

El nombre resonó en su memoria, reciente, salpicando los titulares de la prensa que había visto apilada en el quiosco de la esquina. No quiso recordar. Pero su mente, traicionera, ya unía los puntos. El atentado. El general. La noche de fin de año.

Su mirada saltó del lienzo al montón de monedas de oro sobre la mesa. El brillo cálido del metal ahora parecía frío, mortecino. Nadie pagaba una fortuna por restaurar un retrato. Pagaban por acceder a lo que había debajo. O por asegurarse de que nadie más lo hiciera.

Sin tocar lo que hay debajo.

Las instrucciones no eran una advertencia de conservación. Eran una línea que no debía cruzar. Y la había cruzado.

Un sonido lo arrancó del estupor. No provenía del cuadro. Venía del exterior, del patio cerrado del museo. Un roce contra la gravilla. Seco, deliberado.

Julián apagó la lámpara de un golpe. La oscuridad lo engulfió, absoluta. Se quedó inmóvil, cegado, escuchando. Su corazón martillaba contra las costillas. En el patio, la gravilla crujió de nuevo. Más cerca. Alguien caminaba ahí fuera, con lentitud, deteniéndose frente a las altas ventanas del taller que daban a la negrura.

CAPÍTULO 2: EL PRIMER DISOLVENTE

La respiración se le trabó en el pecho. Afuera, la gravilla dejó de crujir. Un silencio denso, roto solo por el latido de su propia sangre en los oídos, se instaló en el patio. Esperó. Un minuto. Dos. Nada.

El miedo era un nudo de hielo en el estómago, pero debajo, más profundo, algo más antiguo se agitaba: la curiosidad profesional, esa comezón en los dedos que precedía a todo descubrimiento. Había desobedecido. Había visto las líneas. No podía detenerse ahora, aunque fuera una trampa.

Con movimientos lentos, calculados para no hacer ruido, encendió de nuevo la lámpara de gas, bajando la llama hasta un hilo azulado que apenas iluminaba la mesa. La luz rasante acarició la superficie del retrato, haciendo brillar la zona del repinte como una cicatriz pálida. Tomó el frasco de trementina. El corcho salió con un chasquido sordo que le pareció un disparo en la quietud.

Empapó un hisopo de algodón. El olor acre, punzante, llenó sus fosas nasales, familiar como su propia piel. Aplicó la punta húmeda sobre el borde del repinte, justo donde la pintura burda se encontraba con la pátina original del siglo XVII. Esperó. El algodón crepitó levemente, un sonido seco como insectos diminutos mordiendo la madera.

Bajo sus ojos, lo imposible comenzó a ocurrir.

La capa superior, esa imitación torpe de veladuras antiguas, empezó a ablandarse, a transparentarse. No era un error del artista, ni una corrección del maestro. Era un velo colocado a propósito. Y al disolverse, dejó al descubierto no más pintura, sino líneas de un dibujo técnico ejecutado con tinta ferrosa, trazadas directamente sobre el lienzo preparado.

Julián contuvo el aliento. Con el bisturí de restauración, cuya hoja fina como una uña brilló a la luz mortecina, comenzó a levantar con delicadeza infinita los jirones del repinte disuelto. Cada fragmento que se despegaba era una revelación. Las líneas no eran aleatorias. Formaban ángulos rectos, secciones paralelas, un rectángulo largo cruzado por otra línea más estrecha. Flechas. Anotaciones diminutas, en una caligrafía apretada y militar.

Su pulso, antes acelerado por el miedo, encontró un ritmo nuevo, profundo y concentrado. El mundo exterior —el patio, la posible amenaza, el oro sobre la mesa— se desvaneció. Solo existían su mano, el bisturí y el secreto que emergía de las entrañas del cuadro.

La trementina hizo su trabajo. Una sección más amplia del velo cedió, desprendiéndose como una costra seca. Y allí, completa, nítida, surgió la planta de una calle.

En la esquina inferior derecha, la tinta ferrosa, oxidada por el tiempo pero indeleble, marcaba la confirmación:

C/ del Turco.

Y en el centro del rectángulo que representaba la calle, una cruz cuidadosamente dibujada. No un símbolo religioso. Un marcador. Una X que señalaba un punto exacto entre dos faroles dibujados con círculos minúsculos.

Julián retrocedió un paso. La herramienta se le escapó de los dedos, cayendo sobre la mesa con un golpe metálico que resonó en el

silencio del taller. No estaba restaurando un cuadro. Estaba desenterrando el plano del magnicidio.

El calor del quinqué le chamuscaba la mejilla. Julián ajustó la pantalla, concentrando el círculo de luz amarillenta sobre el rectángulo de tela donde el secreto yacía expuesto. Cogió la lupa, el vidrio frío contra la piel de su frente. Bajo el aumento, las líneas de tinta ferrosa se transformaron en zanjas profundas, grabadas en la tela como cicatrices.

Siguió el trazo con la punta del dedo, sin tocar. El rectángulo largo era la calzada. La línea más estrecha que la cruzaba, un callejón. Los círculos minúsculos, faroles. Y junto a la cruz central, una mancha que bajo la lupa se revelaba como un amasijo de líneas irregulares. Una zanja.

La memoria le devolvió el titular del periódico, leído días atrás en un café: *"Atentado en la Calle del Turco. El General Prim, mortalmente herido."* Había una ilustración tosca: un carruaje detenido, figuras alrededor. Y en el texto, un detalle que ahora resonaba como un martillazo: *"…junto a una zanja abierta para reparación del alumbrado de gas."*

La fascinación técnica se quebró. Un sudor frío, distinto al calor de la lámpara, le empapó la camisa bajo el chaleco. Retiró la lupa. Ya no la necesitaba.

La cruz no marcaba un edificio. Marcaba un punto en medio de la calzada. El lugar exacto donde se había detenido el carruaje. Donde habían sonado los disparos.

Su mirada se desvió, contra su voluntad, hacia el montón de monedas de oro sobre la mesa de trabajo. El brillo cálido y opulento que horas antes había sido promesa de tranquilidad, ahora emitía un destello siniestro. No era un pago por su habilidad. Era un soborno por su ignorancia. Un precio para que un restaurador meticuloso hiciera solo un trabajo superficial, pasara la gamuza por encima y no

preguntara. Para que el plano permaneciera oculto bajo la mentira del barniz.

Alguien había pagado una fortuna no para restaurar un cuadro, sino para asegurarse de que nadie, nunca, descubriera lo que él acababa de desenterrar.

El aire del taller, cargado de trementina y aceite de linaza, de repente le resultó irrespirable. Aspiró profundamente y el olor le quemó los pulmones. Era el olor de su oficio, pero ahora le sabía a complicidad.

Había dos verdades en la habitación, tangibles como los objetos que lo rodeaban. La primera, tendida sobre el caballete: el croquis técnico de un asesinato, el plano de una emboscada. La segunda, amontonada en la mesa: el precio de su silencio.

Y una tercera verdad, intangible pero más pesada que el oro, se instaló en su pecho: él era ahora la única persona fuera de aquella conspiración que lo sabía. El mensajero anónimo no lo había visto. El cliente, quienquiera que fuese, confiaba en que las instrucciones se habían cumplido. El plano había permanecido oculto durante años, quizá desde la misma noche del crimen.

Hasta ahora.

Un crujido seco en el patio exterior le hizo contener la respiración. No era el viento. Era el mismo sonido de pisadas sobre grava que había oído antes, cuando la tensión era solo un presentimiento. Ahora el sonido tenía un significado claro. ¿Vigilancia? ¿O algo más?

Se apartó de la lámpara, sumergiendo el plano en la penumbra. Con movimientos rápidos, casi febriles, cubrió el lienzo con un paño de algodón limpio. No podía dejarlo expuesto. Luego, apagó la lámpara de gas.

La oscuridad fue absoluta, rota solo por un tenue rectángulo azulado que era la ventana del patio. Se acercó a ella, manteniéndose al lado, y entreabrió un centímetro la persiana.

El patio estaba vacío. Las sombras de los naranjos se mecían lentamente. Pero en el suelo, justo bajo su ventana, algo brilló débilmente con la luz de la luna que se filtraba entre las nubes: la colilla de un cigarro, apagada recientemente, todavía con la punta oscura y húmeda.

Alguien había estado allí. Había esperado. Quizá seguía esperando, desde la sombra más profunda del arco que llevaba a la calle.

Julián dejó caer la persiana. Se quedó inmóvil en la oscuridad, escuchando el latido de su propia sangre en los oídos. El taller ya no era su refugio. Era la evidencia. Y él, su custodio accidental.

El golpe resonó como un disparo en la cámara de ecos que se había vuelto el taller. No fue un ruido casual, el choque de una rama contra la ventana. Fue un impacto seco, metálico, deliberado, que hizo vibrar la puerta blindada que daba al pasillo interior en su marco.

Julián se encogió, los músculos del estómago convertidos en un nudo de alambre. La oscuridad que antes era un refugio ahora le pesaba sobre los párpados. El olor a gas apagado, agrio y penetrante, le llenó las fosas nasales. Permaneció agachado junto a la ventana, la mejilla pegada a la fría pared de yeso.

No respiró.

Desde la rendija de la persiana, el patio seguía mostrando su geometría de sombras y luz de luna. Vacío. Pero el vacío ya no era tranquilidad; era una promesa. El golpe había venido de la puerta que daba al pasillo interior del museo, no del exterior. Alguien estaba dentro del edificio.

Un movimiento.

En el arco de la entrada a la calle, donde la sombra era más espesa, una silueta se desprendió del muro. No caminó. Simplemente se materializó, inmóvil, como si hubiera estado allí desde siempre. Un hombre con un sobretodo gris, cuello levantado. No miraba hacia la

puerta golpeada. Su rostro, una mancha pálida bajo el ala de un sombrero, estaba vuelto directamente hacia la ventana oscura de Julián.

Hacia él.

La comprensión le heló la sangre. No era vigilancia. Era confrontación. El golpe no había sido un intento de entrar. Había sido un aviso. Un toque de atención para el ratón en su trampa, asegurándose de que estuviera despierto antes de que el gato se acercara.

La silueta dio un paso adelante. Las botas crujieron sobre la grava con una lentitud calculada. Otro paso. Se dirigía a la puerta del taller.

El pánico, un sabor a cobre en la boca, le ordenó correr, esconderse. Pero sus piernas eran de plomo. Su mente, la parte que aún funcionaba como restaurador, registró detalles: la postura erguida, militar; la manera en que las manos, enguantadas, permanecían a los costados, sin prisa.

El hombre se detuvo ante la puerta. Levantó una mano.

Julián retrocedió de la ventana, tropezando en la oscuridad. Su cadera golpeó el borde del caballete. La estructura de madera crujió, se balanceó. El lienzo, aún cubierto por el paño de algodón, se deslizó del soporte y cayó al suelo de baldosas con un golpe sordo y mullido.

El sonido fue atronador en el silencio.

Afuera, la mano levantada del hombre se detuvo en el aire. Luego, con la misma calma aterradora, giró la cabeza. Sus ojos buscaron, y encontraron, la ventana.

Julián se quedó paralizado, pegado a la pared junto a la ventana, sabiéndose visto a través de la madera y el yeso.

La mano del vigilante descendió. No para golpear. Para llamar. Los nudillos, seguramente recubiertos de cuero, impactaron contra la

madera de la puerta con tres toques precisos, espaciados.

Toc. Toc. Toc.

Una pausa cargada.

Luego, una voz. No alta, pero proyectada, clara, cortando la noche como el filo de una espátula.

—Señor Sáenz de la Torre.

No era una pregunta. Era un hecho. Un recordatorio de que conocían su nombre, su oficio, su ubicación exacta.

—Abra. Tenemos que hablar sobre su encargo.

La voz era neutra, educada, y eso era lo más aterrador. No había amenaza en las palabras, solo en su existencia. En el conocimiento que implicaban.

Julián apretó los puños hasta sentir las uñas clavándose en las palmas. El dolor, agudo y real, lo ancló a la habitación. Miró hacia el lugar donde el lienzo yacía en el suelo, el plano de la Calle del Turco oculto bajo un simple trapo. Ese rectángulo de tela era la línea que separaba su vida anterior de lo que venía después.

Afuera, la silueta esperaba. No se repetía la invitación. Solo esperaba, segura de su ventaja, de que la puerta cedería.

El taller era una evidencia. Él, su custodio. Y los custodios, cuando son descubiertos, dejan de ser protectores para convertirse en obstáculos.

CAPÍTULO 3: LA RUTA DE LA SANGRE

Un sonido metálico, suave y experto, rasgó el silencio. La manija de la puerta giró una fracción, se detuvo. Alguien probaba la cerradura desde fuera.

Julián contuvo el aire. Los músculos del estómago se le anudaron como cuerdas de violín demasiado tensas. El olor a trementina, antes familiar, ahora le quemaba las fosas nasales, mezclado con el sudor frío que le perlaba la nuca.

—Señor Sáenz de la Torre —repitió la voz, más cerca ahora, como si hablara a través de la madera—. Sé que está ahí. La lámpara estaba encendida hace dos minutos.

La mentira se formó en su boca antes de que pudiera pensarla, un instinto animal de ocultación.

—Estoy trabajando —logró decir. Su propia voz le sonó ronca, estrangulada—. Es tarde. ¿Quién es?

Un leve carraspeo al otro lado.

—Un interesado en el progreso de su encargo. Abra, por favor.

—El trabajo avanza según lo acordado —improvisó Julián, clavando la mirada en el montón de monedas sobre la mesa. El oro parecía sangrar un brillo enfermizo en la penumbra—. La limpieza superficial lleva su tiempo. No hay novedad.

Una pausa. Luego, la voz, con una cadencia deliberada:

—¿Ninguna novedad? Eso es… tranquilizador. A veces, al retirar el polvo secular, pueden aparecer… sorpresas. Defectos ocultos. ¿No ha encontrado nada inesperado bajo la superficie?

El corazón de Julián golpeó contra las costillas. Cada palabra del hombre era un gancho cuidadosamente lanzado.

—El barniz original está estable —mintió, forzando una neutralidad que no sentía—. Solo suciedad acumulada. Nada más.

—Nada más —repitió el hombre, como saboreando la frase—. Me alegra oírlo. Mi principal valora la discreción. Y la obediencia a las instrucciones recibidas.

El sonido de unos pasos. No se alejaban. Se paseaban frente a la puerta, lentos, medidos. Las suelas crujían sobre la gravilla del patio.

—¿Podría estimar una fecha de finalización? —preguntó la voz.

—Unos días —soltó Julián, desesperado por que se fuera—. Necesito buena luz para los últimos detalles.

—La luz —murmuró el hombre, y en su tono había algo que sonaba a ironía—. Claro. Mañana volveré a esta misma hora. Tenga el trabajo listo para la inspección final. Buenas noches, restaurador.

Los pasos se alejaron, esta vez sin vacilación. El crujido de la gravilla se fue apagando, absorbido por la noche.

Julián permaneció pegado a la puerta, la frente apoyada en la madera fría. Escuchó hasta que solo quedó el rumor lejano de la ciudad y el latido salvaje en sus oídos. Doce horas. La mentira le había comprado doce horas, nada más.

Se giró, espalda contra la puerta, y contempló el taller que era su celda. Allí, bajo el paño de algodón barato, yacía el plano que dibujaba el lugar de un crimen. Y sobre la mesa, el precio de su silencio.

Trescientas pesetas de oro. Pesaban como trescientas losas.

La luz de la llama de gas dibujó un círculo tembloroso en el suelo de madera. Julián se arrodilló junto al lienzo cubierto, las rodillas crujiendo contra las tablas. Sus manos, ahora firmes, tiraron del paño de algodón.

El retrato del caballero del siglo XVII quedó expuesto, pero ya no miraba la pintura. Su atención era toda para el rectángulo de tinta ferrosa que había emergido bajo el repinte, como una cicatriz en la historia.

Tomó la regla de latón y la colocó sobre el dibujo. Los números grabados en el borde de metal se alinearon con las líneas. El rectángulo principal medía exactamente veintidós centímetros. La línea más estrecha que se desprendía de él, diez. Escala. No era un boceto, era un plano técnico.

Acercó la lupa de aumento. Bajo el vidrio convexo, la anotación «C/ del Turco» se volvió nítida, cada trazo de la pluma de tintero perfectamente definido. Recordó los titulares de periódico que había leído distraídamente semanas atrás, las descripciones del lugar del magnicidio. Calle del Turco, adoquinada, con faroles de gas. Una zanja abierta para reparaciones.

Su dedo índice, sin tocar la superficie, siguió el contorno de una mancha irregular dibujada junto a la calzada. La zanja. Y en el centro exacto del rectángulo, donde la regla marcaba once centímetros desde cada borde, estaba la cruz.

No una marca casual. Una cruz trazada con precisión geométrica, sus brazos de igual longitud, su centro justo donde la calzada era más ancha. El punto donde un carruaje habría tenido que detenerse o reducir la marcha.

Julián apartó la lupa. No la necesitaba ya.

El aire del taller olía a la acidez metálica de la tinta antigua mezclada con trementina. Un aroma que antes le resultaba familiar,

profesional, y que ahora le quemaba la garganta. Se incorporó, los músculos de la espalda tensos. Su mirada se desplazó desde el plano en el suelo hasta la mesa de trabajo.

Allí, apiladas en una columna imperfecta, las monedas de oro capturaron la luz de la lámpara. Trescientas pesetas. El brillo cálido del metal se había apagado, convertido en un reflejo opaco y pesado, del color del barro seco o de la sangre vieja.

No era un pago. Era un fardo.

La certeza se instaló en su pecho, fría y sólida como una losa. No había descubierto un secreto incidental. Había desenterrado la plantilla del crimen. Alguien había usado este lienzo, esta pintura inocente, para guardar el croquis del asesinato del hombre más poderoso de España. Y le habían pagado, generosamente, para que barnizara la verdad y la devolviera a la oscuridad.

Su oficio, su precisión, su paciencia… todo había sido contratado para ser cómplice.

Un escalofrío le recorrió la espalda, repentino y violento. La imagen se le impuso con una claridad brutal: el general Prim bajando del carruaje en ese punto exacto, en esa calle, junto a esa zanja. La cruz no marcaba un lugar cualquiera. Marcaba el sitio donde un hombre había caído acribillado. Donde la historia de España había torcido su rumbo. Y él tenía las manos sobre el mapa que lo había guiado todo.

Las trescientas pesetas de oro ya no eran monedas. Eran treinta piezas de plata modernas. El peso del encargo se transformó en algo más visceral, más personal. No era solo un riesgo; era una mancha que se adhería a su conciencia. Si terminaba el trabajo, si devolvía ese plano a la oscuridad, su pincel sería tan culpable como el arma que había disparado.

Las doce horas que le quedaban antes del regreso del hombre del patio resonaban en sus sienes como un tictac. No podía terminar el

trabajo. No podía entregar el cuadro con el plano intacto, ni podía eliminarlo sin dejar un rastro evidente de su desobediencia.

Se quedó mirando las dos cosas: la evidencia en el suelo y el precio del silencio sobre la mesa. Entre ellas, solo unos pasos de distancia. Un abismo.

La decisión tomó forma en sus manos antes de que su mente la articulara por completo. Un lienzo de algodón crudo, guardado para envolver obras en tránsito, se desplegó sobre la mesa con un susurro seco. Las monedas, aún apiladas, fueron apartadas con un gesto brusco. El metal frío rodó sobre la madera con un tintineo sordo.

Tomó el cuadro del suelo. El peso del marco de roble era insignificante comparado con el de lo que contenía. Lo envolvió con movimientos rápidos, metódicos, asegurando las esquinas, creando un bulto rectangular e inocuo. Su respiración, entrecortada, empañaba el aire frío. Trescientas pesetas de oro compraban silencio, no lealtad. Él no había firmado ese contrato.

Apagó la lámpara de gas. La oscuridad lo engulló, densa y repentina. Permaneció inmóvil, dejando que sus ojos se adaptaran. Las sombras del taller se fundieron en una masa uniforme, rota solo por la tenue claridad lunar que se filtraba entre las persianas. El olor a trementina se volvió más agudo en la penumbra.

Con el bulto bajo el brazo, se acercó a la puerta blindada. La cerradura cedió con un clic que resonó como un disparo en el silencio absoluto. Abrió apenas lo necesario para deslizarse al pasillo.

El corredor del museo de noche era un cañón de mármol y oscuridad. Sus pasos, amortiguados por las suelas de fieltro, se amplificaban contra las altas paredes, devueltos por los ecos como los latidos de un corazón ajeno. El aire olía a cera de pisos envejecida y al polvo seco de siglos, un aroma de abandono solemne. Avanzó pegado a la pared, orientándose por memoria. A la

izquierda, la gran galería; a la derecha, el pasadizo que llevaba a la puerta de servicio, una salida discreta usada por los proveedores.

Había recorrido unos quince metros cuando un haz de luz blanca cortó la negrura más adelante.

Se detuvo en seco, conteniendo el aliento. La luz era estrecha, concentrada, barriendo el suelo de mármol de lado a lado. Una linterna de aceite. No era el farol titilante de un vigilante nocturno haciendo su ronda perezosa. Este haz se movía con propósito, explorando.

Una tos seca, contenida, llegó desde la misma dirección. Luego, el crujido inequívoco de una suela con refuerzo metálico girando sobre la piedra.

Alguien estaba apostado frente a la salida de servicio.

El frío que le recorrió la espina no era el del mármol. Retrocedió un paso, luego otro, el lienzo apretado contra su costado. Su plan, frágil como el barniz que había levantado horas antes, se desmoronó. Giró sobre sus talones, pensando en la entrada principal, en el gran portalón de la fachada. Tal vez allí…

El pasillo del museo, antes su refugio de mármol y silencio, se estrechó de pronto hasta volverse asfixiante. Julián giró hacia el vestíbulo y el aliento se le detuvo en la garganta: dos sombras, sólidas y verticales como columnas de sombra, sellaban el acceso principal. Sus rostros eran manchas pálidas bajo el ala de los sombreros, pero la inmovilidad de sus manos bajo los sobretodos hablaba de empuñaduras y percutores. El Prado ya no era una pinacoteca; era una ratonera donde el cebo era su propia cabeza.

La desesperación le subió por la garganta, ácida y caliente. Su taller no era un refugio. Era la celda central.

Regresó arrastrando los pies, cada paso de vuelta pesando como una condena. Volvió a entrar en la oscuridad familiar de su taller,

cerró la puerta y giró la llave. El mecanismo encajó con un sonido final.

Dejó el bulto envuelto sobre la mesa, junto al oro que ahora parecía reírse de él. Se acercó a la puerta blindada y, con cuidado, abrió la mirilla. A través del pequeño círculo de cristal grueso, vio el patio interior.

Allí seguía.

La misma figura del sobretodo gris, la misma postura erguida y paciente. No se había movido. Estaba plantado en el mismo lugar, como una estatua colocada para vigilar. En la oscuridad, un punto rojo brillante subió hasta la altura de su rostro y descendió. La punta encendida de un cigarro. Ascua que latía al ritmo de una calma aterradora.

El hombre aspiró una bocanada larga. El resplandor iluminó por un instante la parte inferior de su cara: una quijada cuadrada, un bigote recortado. Luego, exhaló. Una nube de humo pálido se disolvió en el aire nocturno.

Y entonces, como si sintiera el peso de la mirada a través de las rendijas, giró la cabeza lentamente. Sus ojos buscaron la ventana, encontraron la franja de oscuridad donde Julián se escondía, y se detuvieron. No era una mirada casual. Era un reconocimiento. Un recordatorio.

No había salida.

CAPÍTULO 4: LA SOMBRA EN EL PATIO

El punto rojo del cigarro latía en la oscuridad del patio. Julián se apartó de la mirilla, la espalda contra la fría puerta metálica. El olor a trementina le apretaba la garganta.

No podía quedarse. Se arrastró hacia la ventana. Las tablas crujieron bajo sus rodillas. Se detuvo. El punto rojo no se inmutó. Separó dos lamas de la persiana.

La luna bañaba el empedrado. La figura del sobretodo gris estaba recortada contra el muro, quieta. No fumaba. No se movía. Solo observaba la puerta de su taller. A sus pies, ni siquiera había una colilla. Llevaba allí horas, inmóvil como una estatua.

Julián recorrió los límites de su jaula. La única puerta daba a ese patio. Las ventanas, altas y enrejadas. Su mente buscó una fisura.

El almacén. La pequeña puerta trasera que daba al pasillo de servicio, a las cocinas, al patio de basuras. Un hilo de esperanza.

Cruzó el taller en penumbra. La puerta del almacén chirrió. El aire olía a polvo de mármol y cola animal. Avanzó a tientas hasta la pared del fondo. Sus dedos encontraron el marco, la cerradura simple.

Giró el pestillo. Un clic seco.

Apretó el picaporte y empujó. La puerta no cedió. Aplicó fuerza con el hombro. Nada. Se agachó, buscó la rendija inferior. Tocó madera. No solo cerrada; tapiada. Habían sellado su salida.

Regresó al taller, las manos sucias. Se acercó a la ventana. El hombre del patio no se había movido. No aplastó ningún cigarro, porque no fumaba. Solo alzó la cabeza.

Sus ojos, marrones y penetrantes, se dirigieron al punto exacto donde Julián se escondía. Un reconocimiento preciso. Sostuvo la mirada. Después, bajó la cabeza de nuevo, reanudando su vigilancia paciente e inmóvil.

El mensaje era claro: lo sabían.

Julián se dejó caer en el taburete, frente al lienzo envuelto. La desesperación le subía por las piernas. Pero algo se endureció en su estómago. La rabia fría de la presa acorralada.

Extendió una mano y tocó el bulto de tela cruda. Debajo estaba la verdad. Ellos querían ese secreto enterrado. Él ya lo había visto.

Los miró a través de la ventana. No había salida. Entonces, la partida ya no era sobre escapar. Era sobre a qué precio perdería.

El crujido de gravilla bajo botas se acercó. Una marcha deliberada. Julián no respiró. Observó cómo una segunda silueta se desprendía de la sombra del arco y cruzaba el patio hacia el hombre del sobretodo gris. Intercambiaron unas palabras breves, inaudibles. Luego, el recién llegado se dirigió a la puerta.

La figura se detuvo ante ella. Silencio. Luego, tres golpes secos, metálicos.

—Sáenz.

La voz era plana, cargada con la humedad fría de la noche.

Julián miró el lienzo envuelto. La rabia en su estómago se solidificó en una decisión. Cruzó la habitación, deslizó el cerrojo y abrió lo

justo.

El hombre llenaba el marco. Olía a tabaco rancio y lana mojada. Sus ojos marrones escudriñaron el interior antes de posarse en Julián. No era el del sobretodo gris. Este era más joven, con un rostro anguloso.

—Pensé que ya habíamos hablado —dijo Julián. Su voz sonó tensa pero firme.

—Hablamos de plazos. No de intentos de fuga.

El hombre no sonrió. Su quijada se movió apenas. Una mano enguantada se apoyó en el marco, bloqueando cualquier intento de cerrarla.

—El aire me hacía falta —mintió Julián.

—El aire está fuera. Usted está dentro. Con el encargo.

La mirada del hombre recorrió la mesa, se detuvo en el bulto rectangular. No preguntó. Simplemente lo registró. Luego volvió a Julián.

—Doce horas. No es una sugerencia.

—¿Y si el trabajo requiere más? —La pregunta fue un desafío estúpido.

Por primera vez, algo cruzó el rostro del hombre. Desdén cansado.

—El trabajo requiere lo que usted le ponga. Termínalo. Limpia la superficie, como se acordó. Nada más.

Las últimas dos palabras cayeron como losas.

—¿Y después? —preguntó Julián, conteniendo el temblor.

El hombre lo estudió. Su aliento formaba nubecillas blancas.

—Después, cobra. Y olvida. Los hombres que ven demasiado… suelen tropezar con la oscuridad. Y en esta ciudad, las calles están

muy mal iluminadas.

Retiró la mano del marco. Dio un paso atrás. Pero antes de girarse, añadió:

—Doce horas, Sáenz. O la próxima vez no llamaré a la puerta.

Se alejó con la misma marcha medida. Julián cerró, echó el cerrojo y se apoyó contra la madera. A través de la rendija, vio cómo el hombre se reunía de nuevo con la figura inmóvil del sobretodo gris. Intercambiaron otro breve murmullo. Luego, el mensajero se perdió en la noche por el arco, pero el hombre del sobretodo gris permaneció en su puesto, inmóvil, cerrando el único patio que Julián podía usar.

No había salida. Solo doce horas. Y el cuadro, que ahora parecía pesar como un ataúd.

Julián se apartó de la puerta. No podía quedarse quieto. Su mirada recorrió el lienzo, luego el caballete vacío. Se fijó en el marco. Era antiguo, tallado, pesado. No lo había examinado.

Con cuidado, deslizó el lienzo a un lado y levantó el marco vacío. La madera era de roble, oscurecida. La llevó bajo la luz de la lámpara de gas, que encendió. La claridad amarillenta bañó las volutas barrocas.

Sus dedos recorrieron el reverso. Buscaron irregularidades. Nada en los laterales. Nada en el travesaño superior. Sus yemas rozaron el travesaño inferior.

Allí. Una leve protuberancia bajo la cera de sellado.

Tomó el bisturí más fino. La hoja brilló. Con presión de cirujano, raspó la costra de polvo y cera. Un crujido seco. Olor a polvo quemado.

Bajo la costra, apareció una mancha de cera roja. Un sello.

Julián apagó la lámpara principal. Encendió la de brazo articulado con lente. La acercó hasta que el círculo de luz se centró en la mancha roja. Tomó la lupa.

El calor de la bombilla le calentaba la frente. Ajustó el foco.

La cera estaba agrietada, pero la impresión era clara. Un blasón. Un escudo cuartelado. En uno de los cuarteles, tres flores de lis sobre fondo azul. Las flores de lis de la Casa de Francia. Rodeándolo, un lambrequín, el manto de los duques.

No necesitaba ser heraldista. Cualquiera que hubiera visto los grabados de los pretendientes al trono lo reconocía. Era el blasón de Antonio de Orleans, Duque de Montpensier. El hombre cuyo nombre susurraban los periódicos como el principal beneficiario del caos tras la muerte de Prim.

El aire se le escapó de los pulmones. No era un cliente anónimo. Era la conspiración misma, con nombre y apellido. El hombre del sobretodo gris en el patio era su enviado.

El marco pesaba como plomo. Lo dejó sobre la mesa con un golpe sordo. Sus ojos verdes, vidriosos de fatiga, miraron hacia la ventana, hacia la oscuridad donde la sombra del sobretodo seguía plantada. No eran matones a sueldo. Eran la guardia personal de una ambición que abarcaba un trono.

Doce horas. No era un plazo para terminar un trabajo. Era una sentencia. Cobra y olvida, habían dicho. Pero el olvido que ofrecían era el mismo que habían dado a Prim.

El cuadro envuelto yacía a sus pies. Dentro, el plano que marcaba el lugar del crimen. Afuera, los hombres del hombre que había ordenado ese crimen. Y en sus manos, solo el conocimiento frío de haber tocado el corazón de la maquinaria.

Se frotó la nuca. El cansancio era una losa, pero la adrenalina le aguzaba los sentidos. Tenía un nombre. Era un hilo, delgado y peligrosísimo, del que tirar.

CAPÍTULO 5: LA MENTIRA DEL MENTOR

El conocimiento pesaba más que el oro. Las monedas amontonadas sobre la mesa brillaban con una luz sucia, un pago por el silencio que ya no podía vender. Julián apartó el montón con el dorso de la mano; el tintineo metálico resonó como una campanada de traición en el silencio del taller.

Doce horas. El plazo latía en sus sienes.

Su mirada recorrió los límites de su prisión. La puerta blindada, vigilada. La ventana al patio, vigilada. La salida trasera del almacén, tapiada. Cada ángulo explorado y descartado en capítulos anteriores. El aire olía a trementina y a miedo rancio.

Se arrodilló junto al lienzo envuelto, sus dedos palparon la tela áspera. No podía llevarlo. Era demasiado voluminoso, una bandera de su culpa. Pero el plano, las líneas de tinta ferrosa, la cruz marcando el lugar exacto… eso lo llevaba tatuado en la memoria. Y el nombre. Montpensier. Eso era el arma.

Se levantó, los músculos tensos. Recorrió de nuevo las paredes, golpeando los tabiques con los nudillos, buscando un vacío, un hueco olvidado. Nada. Hasta que se detuvo frente al viejo armario empotrado donde guardaba los tarros de barniz ya secos. Lo había movido mil veces. Nunca había mirado detrás.

Con un gruñido, clavó los dedos en el lateral y tiró. La madera chirrió contra el suelo de piedra, protestando. Polvo seco le hizo cosquillas en la nariz. Detrás, la pared de ladrillo mostraba una mancha de humedad y, en su centro, una rejilla de ventilación oxidada, cuadrada, de no más de medio metro de lado. El conducto para evacuar los vapores de los disolventes, instalado décadas atrás y luego clausurado cuando modernizaron el sistema.

La rejilla cedió con un tirón seco, desprendiendo una lluvia de óxido y telarañas espesas como vellón. La abertura olía a piedra fría y a ratón muerto. Oscuridad absoluta.

Sin pensarlo, se quitó la chaqueta. Metió primero la cabeza, luego los hombros. El ladrillo áspero le arañó los costados. Avanzó a ciegas, arrastrándose sobre el vientre, el polvo entrándole en la boca, en los ojos ya vidriosos. Su respiración era un eco apagado en el estrecho túnel. No sabía adónde llevaba. Solo sabía que era una dirección que sus vigilantes no habían cubierto.

El conducto giraba, descendía levemente. Un hilo de aire frío le rozó la frente. Más arrastre, codos y rodillas magullándose contra la mampostería. De pronto, un cambio de textura bajo sus manos: ya no ladrillo, sino madera podrida. Presionó. Cedió.

Emergió en una oscuridad distinta, cargada con el olor dulzón de legumbres rancias y vinagre. Una despensa. Estantes a los costados, sacos de harina apilados. Estaba en las cocinas antiguas del museo, en un ala en desuso.

Se incorporó, sacudiendo el polvo del cabello castaño. Dio media vuelta para observar el agujero por donde había salido, una oscura boca en la pared. En ese instante, desde la profundidad del conducto, filtrándose como un gas venenoso, llegó un rectángulo de luz amarillenta.

Alguien había encendido la lámpara de gas en su taller.

Una silueta se recortó, borrosa, frente a la rejilla que él había dejado abierta. No era el vigilante del patio. Esta figura era más delgada,

vestida de oscuro, y se movía con una meticulosidad inquietante, examinando la mesa vacía, el montón de oro despreciado, el marco con el sello revelador.

Julián contuvo el aliento. El hombre se agachó. Recogió algo del suelo junto al lienzo abandonado: el hisopo de algodón que Julián había usado con la trementina, la punta aún manchada de los pigmentos del repinte disuelto.

Lo sostuvo a la luz. Luego, lentamente, volvió la cabeza hacia la oscuridad del armario desplazado, hacia el hueco negro en la pared.

Sus ojos, desde la distancia, parecieron encontrar los de Julián a través del conducto.

El aire de la despensa olía a vinagre y polvo de harina. Julián se quedó inmóvil, los músculos del cuello tensos como cuerdas. La figura delgada seguía allí, al otro lado del conducto, sosteniendo el hisopo manchado. Los segundos se estiraron hasta que la luz se apagó de golpe.

No esperó. Empujó la puerta mohosa de la despensa y salió a un pasillo de servicio abandonado, con baldosas agrietadas y telarañas colgando de las lámparas apagadas. Corrió sin hacer ruido, las botas apenas rozando el suelo. Cada cruce era una trampa potencial. Escuchó voces amortiguadas a lo lejos, quizá de los vigilantes en la puerta principal, y se desvió por una escalera de caracol que olía a orín y humedad.

Emergió a la noche madrileña por una puerta de carga medio escondida entre arbustos. El frío húmedo le clavó agujas en la piel sudada. Se fundió con la sombra de un muro, conteniendo la respiración. La calle estaba desierta, iluminada por faroles de gas que dibujaban círculos de luz amarillenta sobre los adoquines.

Caminó pegado a las fachadas, evitando esos círculos. El nombre 'Montpensier' resonaba en su cráneo con cada latido. No huía de matones; huía del poder mismo, de una máquina que trituraba

generales y podía hacer desaparecer a un restaurador sin dejar rastro.

Un carruaje pasó a lo lejos, el ruido de los cascos amplificado por el silencio. Se aplastó contra un portal, sintiendo la rugosidad de la piedra a través de la chaqueta. El olor a orines de un callejón cercano le quemó la nariz. Su sombra, alargada y deforme, se proyectó delante de él bajo un farol. Parecía la de un fugitivo.

No pueden saberlo todo. No pueden estar en todas partes.

Atravesó el Barrio de las Letras por callejones que conocía de memoria, patios traseros donde la basura se acumulaba en montones negros. Finalmente, se detuvo frente a un portal modesto en la calle Huertas. En el tercer piso, la ventana del estudio de Don Álvaro emitía un tenue resplandor. La silueta encorvada de su mentor se recortaba contra los cristales, inclinada sobre algo.

Julián alzó la mano para tocar el aldabón. Se detuvo.

En la ventana, junto a la figura familiar, había otra sombra. Más alta, inmóvil, erguida como un poste. Alguien más estaba con él.

Retiró la mano lentamente. El frío de la noche se le instaló en el estómago, sólido.

El aldabón de hierro golpeó la madera con tres toques rápidos, una pausa, dos más. El código que usaban desde que Julián era aprendiz.

La silueta junto a la ventana se inmovilizó. Luego se apartó. Pasos arrastrados se acercaron al otro lado de la puerta. No se abrió.

—¿Quién? —la voz de Don Álvaro era un hilo tenso, agrietado por la edad y algo más.

—Soy yo, maestro.

El pestillo corrió con un chirrido seco. La puerta se abrió apenas un palmo. El rostro de Don Álvaro apareció en la rendija, iluminado por

la lámpara de aceite que sostenía con una mano temblorosa. Sus ojos, hundidos en una red de arrugas profundas, escudriñaron la oscuridad del rellano antes de fijarse en Julián. No había sorpresa en ellos. Solo un reconocimiento lúgubre, como si hubiera estado esperando esta visita y temiéndola a partes iguales.

—Pasa. Rápido.

Julián se deslizó dentro. El estudio olía a tabaco de pipa rancio y a aceite de linaza que había empezado a ponerse ácido. El desorden era el de siempre: cuadros apoyados contra las paredes, marcos vacíos apilados como esqueletos, herramientas cubiertas por una capa grisácea de polvo. En un rincón, junto al caballete, la figura alta que había visto desde la calle resultó ser un maniquí de sastre, con un sombrero de fieltro colgado de un clavo en su cabeza de madera. El alivio fue un golpe breve y hueco en el pecho.

Don Álvaro cerró la puerta y echó el cerrojo. Se volvió, apoyando la espalda contra la madera como si necesitara sostén. La luz de la lámpara bailó sobre sus manos nudosas, donde las manchas de pigmento se mezclaban con las de la edad.

—Te vi bajar por Huertas —dijo, sin preámbulos—. Caminabas como si el diablo te pisara los talones.

Julián no se molestó en negarlo. El aire en la habitación era denso, cargado de algo más que olores viejos.

—Necesito que me escuche, don Álvaro.

—Ya te escucho. Y por tu cara, prefiero no oír lo que vas a decir.

—Encontré algo. En el encargo anónimo.

El anciano cerró los ojos un instante. Un suspiro le salió del fondo del pecho, un sonido de resignación antigua.

—Julián… —empezó, pero el más joven no le dio tiempo.

—Había un plano oculto bajo un repinte. Un croquis de la Calle del Turco. Con una cruz marcando el punto exacto donde mataron a Prim.

Las palabras cayeron en el silencio como piedras en un estanque estancado. Don Álvaro no se movió. Solo sus párpados temblaron levemente.

—Y el marco —continuó Julián, la voz ahora más baja, más urgente —. Llevaba un sello. El blasón de Montpensier.

Eso lo quebró. Las piernas del viejo restaurador flaquearon. Dio un paso hacia atrás, buscando a tientas el respaldo de una butaca de cuero desgastado, y se dejó caer en ella. La lámpara osciló en su mano, proyectando sombras danzantes por las paredes abarrotadas.

—Dios mío —murmuró. No era una invocación. Era una constatación.

—Usted lo sabía —dijo Julián, no como acusación, sino como la pieza final de un rompecabezas que encajaba con un chasquido amargo.

—Sabía… que el encargo venía con recomendaciones. Demasiado altas. —Don Álvaro frotó su rostro con una mano, como si intentara borrar la fatiga—. Llegó con una nota. Firmada por un secretario de la Casa Real. No un pedido. Una orden cortés.

—¿Y usted me lo pasó?

—¡Era trabajo, muchacho! Trabajo bien pagado, de un cliente que no se discute. Pensé… pensé que era un noble caprichoso con un retrato de antepasado que quería embellecer. Nunca…

—Nunca imaginó que fuera el plano de un magnicidio —terminó Julián.

El anciano sacudió la cabeza, una sacudida lenta y pesada. Sus ojos, cuando alzaron la vista, estaban vidriosos.

—Después de que aceptaste, vino un hombre. Bien vestido, modales impecables. Preguntó por ti. Por tu discreción. Dijo que su señor

valoraba la confidencialidad por encima de todo. —Hizo una pausa, tragando saliva—. No fue una pregunta. Fue un recordatorio. Con sonrisa.

Julián sintió el frío de la noche afianzarse en sus huesos. No era paranoia. Era el mecanismo del poder, engrasado y silencioso, cerrándose a su alrededor.

—No puedo hacer lo que piden —dijo, las palabras saliendo planas, definitivas—. No puedo barnizar esto y olvidar.

—¡Tienes que hacerlo! —la voz de Don Álvaro se quebró en un grito ahogado—. ¿No lo entiendes? No son ladrones. No son policías corruptos. Es… es la maquinaria del reino. Tritura huesos como si fueran yeso. A ti. A mí. A cualquiera.

Se inclinó hacia adelante, agarrando el brazo de Julián con una fuerza sorprendente. Sus dedos eran garfios fríos.

—Termina el trabajo. Cobre las trescientas pesetas. Y olvida lo que viste. Es la única manera de vivir.

Julián miró esos ojos aterrorizados, la boca contraída en una mueca de pánico auténtico. Vio al hombre que le enseñó a distinguir un bermellón genuino de una imitación barata, a leer la historia en las grietas de un barniz. Ahora solo suplicaba que cerrara los ojos.

—¿Y si no lo hago? —preguntó Julián, su voz más calmada de lo que esperaba.

—Entonces te matarán —dijo Don Álvaro, y el terror en sus palabras era tan absoluto que sonaba a verdad—. O algo peor. Te harán desaparecer, y a todos los que pudieras haber hablado. Por eso debes detenerte ahora. Cobre y olvide. Es la única salida.

Julián desprendió su brazo con suavidad, pero no con rechazo. Lo hizo con el cuidado de quien guarda algo frágil.

—Ya es tarde para eso, maestro. Ya lo he visto. Y ahora ellos saben que lo he visto.

Don Álvaro se hundió en la butaca, derrotado. Un sollozo seco le sacudió los hombros. Luego, con un esfuerzo visible, se levantó. Caminó hasta un escritorio abarrotado, abrió un cajón con llave y sacó un papel doblado. Lo sostuvo un momento, la luz amarillenta bañando el sello oficial en la esquina.

—Mira —dijo, y lo extendió hacia Julián.

Era la nota. Breve, burocrática. Una recomendación para el restaurador Julián Sáenz de la Torre, firmada por un nombre que aparecía en las gacetas oficiales. Don Álvaro la retiró antes de que Julián pudiera tocarla, guardándola de nuevo como si fuera veneno.

—Vete —susurró el anciano, pero su tono había cambiado. Ya no era una orden de expulsión, sino una advertencia urgente—. No vuelvas aquí. Ellos podrían vigilar este lugar. Y por Dios, muchacho, al menos considera hacer lo que te dicen. No por cobardía, sino por supervivencia.

Empujó a Julián hacia la puerta, sus manos temblando de nuevo, pero esta vez el gesto era de protección, no de rechazo. El cerrojo se corrió. La puerta se abrió al rellano oscuro.

—Ten cuidado —oyó Julián, justo antes de que la madera se cerrara a sus espaldas con un golpe sordo.

Quedó en la penumbra de la escalera, el olor a col hervida de algún piso inferior subiendo por la caja de escaleras. Bajó los peldaños despacio, el eco de sus pasos apagado por la alfombra raída. Al llegar al vestíbulo, se detuvo frente a la puerta de la calle, de cristales emplomados y empañados por la humedad.

A través del vidrio turbio, recortada contra el círculo de luz de un farol de gas en la acera de enfrente, distinguió una silueta inmóvil. Un hombre con sobretodo gris, las manos hundidas en los bolsillos, la cabeza ligeramente inclinada hacia el portal.

Estaba esperando. Había estado esperando todo el tiempo.

CAPÍTULO 6: EL ARCHIVO DE LOS OLVIDADOS

La silueta del hombre con sobretodo gris no se movió. Permanecía clavada en el círculo de luz del farol, como una estatua de cera. Julián retrocedió un paso en la penumbra del vestíbulo, alejándose del vidrio emplomado. El frío de la noche atravesaba la ligera chaqueta que llevaba desde el taller, encontrando la humedad que le había dejado el conducto de ventilación en la espalda.

No había salida por aquí. El vigilante conocía su refugio. Había estado esperando, como un gato ante la ratonera, seguro de que la presa acabaría asomando.

La fatiga ocular le nublaba los bordes de la visión. Un picor familiar, acrecentado por el miedo y la falta de sueño. Parpadeó, forzando los músculos alrededor de sus ojos verdes, vidriosos. El hombre de la calle se desdobló por un instante, dos sombras inmóviles bajo el gas amarillento.

Don Álvaro tenía razón. Era una trampa. Lo habían dejado escapar del museo para seguirlo, para ver a dónde corría, con quién se refugiaba. Para cortar todas las ramas.

La desesperación que lo había empujado hasta la calle Huertas se solidificó de repente, transformándose en una certeza fría y afilada. No podía huir. No tenía a dónde ir. Cada portal, cada farol, podía

esconder otro hombre con las manos en los bolsillos y la paciencia de un depredador.

Entonces, la jugada se le presentó con una claridad aterradora. La única salida era regresar al corazón del peligro.

Giró sobre sus talones, sin hacer ruido. La puerta que daba al patio interior del edificio estaba entornada. Se deslizó por ella, saliendo a un espacio estrecho de baldosas rotas, con tendederos fantasmas que crujían con la brisa. Olía a col hervida y a orines de gato. Al fondo, una cancela de hierro oxidado.

La escaló sin esfuerzo, cayendo en un callejón trasero. Aquí la oscuridad era casi total, solo rota por la luz que se filtraba desde las cocinas de alguna pensión. El aire era inmóvil, cargado con el olor dulzón de la basura acumulada.

Se apoyó contra la pared fría, el ladrillo áspero a través de la tela de su chaqueta. Respiró hondo, conteniendo el temblor que quería apoderarse de sus manos.

El Museo del Prado. Tenía que volver.

No por el lienzo o el oro, abandonados en el taller. Eso ya estaba perdido. Sino por el rastro burocrático, el papel que nadie pensaría en proteger. El registro de entrada del cuadro, la hoja de depósito, la firma del cliente anónimo o de su intermediario. Si el Duque de Montpensier era tan meticuloso como parecía, ese papel ya habría desaparecido. Pero quizás no del todo. Quizás quedaba una copia, una anotación al margen, un sello en un libro de contabilidad.

Era una apuesta desesperada. Pero era la única que le quedaba.

Desde el callejón, trazó mentalmente la ruta. Evitaría la calle Huertas y al hombre del farol. Tomaría por los patios interiores de las manzanas, cruzando hacia la Carrera de San Jerónimo por pasadizos que solo conocían los repartidores y los mendigos. El trayecto le llevaría casi una hora, avanzando con cautela. Luego, hacia el Paseo del Prado, manteniéndose en las sombras de los árboles.

El museo estaría cerrado, vigilado por los serenos. Pero él conocía otra entrada, una que no aparecía en los planos oficiales. Una puerta de servicio para los proveedores de carbón, en el costado que daba al Jardín Botánico, medio escondida por una enredadera. La cerradura era vieja. Y él, en otro tiempo, había tenido la llave.

Se incorporó, separándose de la pared. Una determinación glacial había reemplazado al pánico. No iba a esconderse. Iba a excavar en la herida.

Se fundió con la oscuridad del callejón, moviéndose con la sigilosa precisión de quien ya no tiene nada que perder.

La enredadera que cubría la puerta de carbón estaba más seca de lo que recordaba. Las ramas leñosas crujieron bajo sus dedos como huesos pequeños. La cerradura, un cilindro de hierro oxidado, cedió al tercer intento con el gancho de alambre que siempre llevaba en el bolsillo del chaleco. Un chasquido sordo, apenas audible.

Empujó. La madera, hinchada por la humedad, protestó con un gemido que le heló la sangre. Se detuvo, inmóvil, pegado al marco. Desde dentro solo llegaba un silencio denso, cargado del olor a piedra fría y polvo de siglos. Entró.

El pasillo de servicio era un túnel de sombras. Sus suelas de fieltro, improvisadas con recortes de bayeta vieja, absorbieron el sonido de sus pasos sobre el ladrillo. Avanzó guiado por la memoria de sus músculos: diecisiete pasos rectos, girar a la izquierda ante el hueco de la escalera de caracol que bajaba a las calderas, luego el largo corredor que desembocaba en los sótanos administrativos.

La lamparilla de aceite que había robado de un farol público temblaba en su mano, proyectando un círculo amarillento y nervioso sobre las paredes encaladas. Las sombras bailaban, tomando formas monstruosas: armarios convertidos en centinelas, pilas de lienzos enrollados como cadáveres envueltos. Su respiración le sonaba estridente en los oídos.

Llegó a la puerta de los archivos. Era más modesta que las demás, de roble macizo con herrajes sencillos. Extendió la lamparilla.

Alrededor de la cerradura, la madera clara del marco mostraba una constelación de melladuras frescas. Virutas pálidas, aún sin el polvo gris que cubría todo lo demás, se acumulaban en el suelo. Alguien había forzado la entrada. Recientemente. Las marcas no tenían más de unas horas.

Una gota de sudor frío le resbaló por la sien hasta la comisura de los labios. Sabía sal. Su pulso martilleaba en las yemas de los dedos que sostenían la lamparilla, haciendo temblar la llama.

No había vuelta atrás.

Introdujo el gancho en la cerradura, buscando los pistones con una precisión automática. El mecanismo, ya dañado, cedió casi de inmediato. La puerta se abrió hacia dentro con un suspiro de goznes sedientos.

El aire que salió era espeso, cargado de olor a papel húmedo, tinta ferrosa y moho. La lamparilla iluminó un espacio rectangular abarrotado de estanterías de pino que se perdían en la penumbra. Legajos atados con cintas de algodón, libros de contabilidad con lomos de piel agrietada, pilas de recibos.

Julián conocía el sistema. Los registros de entrada se organizaban por año, luego por mes, en carpetas de color crema. Buscó 1870. Diciembre.

La carpeta estaba en su lugar, pero cuando la sacó, el peso no era el correcto. Demasiado ligera. La abrió sobre una mesa auxiliar cubierta de polvo.

Las hojas correspondientes a la última semana del año habían sido arrancadas. No rasgadas en un arrebato, sino extraídas con meticulosidad profesional: el borde del papel cerca del cosido estaba limpio, cortado con una navaja afilada. Solo quedaba el hueco pálido y los agujeros de la aguja en el lomo de la carpeta.

Se apoyó en la mesa. El polvo se levantó en una nube lenta que danzó en el haz de luz. Habían llegado antes. Por supuesto que habían llegado antes. El Duque no dejaba cabos sueltos.

Pero entonces, en el borde inferior de la mesa, algo brilló débilmente. Se agachó. Era un clip metálico, de los que se usaban para sujetar documentos. Y pegado a él, un minúsculo triángulo de papel crema, arrancado de una esquina. En él, escrito con tinta azulada y una caligrafía pulcra, se leía: *"...enz de la Torre. Encargo #291."*

Su propio nombre. O lo que quedaba de él.

Alguien había sido rápido, pero no perfecto. La evidencia burocrática del encargo existía. Y alguien más, quizás un administrativo con más prisa que cuidado, había hecho una copia.

Levantó la vista, escudriñando las estanterías. Tenía que encontrar el libro de registro duplicado, el que llevaba la contabilidad interna. No estaría aquí, con los documentos de entrada. Estaría en la sala contigua, la del archivo muerto.

Se dirigió hacia la puerta trasera de la estancia, una pequeña hoja de madera casi oculta entre estanterías. Su mano se cerró alrededor del pomo, frío como el hielo.

Y entonces lo oyó.

No dentro. Afuera. En el corredor.

El crujido distinto de una suela de cuero sobre el ladrillo. Lento. Medido. Y luego, el leve roce de una tela gruesa, como un sobretodo, al rozar el marco de una puerta.

Alguien más estaba en el sótano. Y se estaba acercando.

El crujido del cuero se detuvo justo al otro lado de la madera.

Julián se quedó inmóvil, la mano aún en el pomo helado. El aire en los pulmones le quemaba. El sonido no se repitió, pero una presión

nueva llenó el corredor, la quietud expectante de quien también escucha.

Retiró la mano con lentitud de insecto. El metal no hizo ruido. El fino polvillo levantado por sus botas flotó en el haz de luz de la lamparilla que había dejado sobre la mesa. Un faro que delataba su posición.

Se volvió y sopló sobre el cristal. La llama se agitó, se encogió a un punto azul y murió.

La oscuridad fue absoluta. No como la de la noche urbana, con sus reflejos lejanos, sino la de un vientre de piedra. Un negro denso que pesaba sobre los párpados. Se quedó quieto, forzando a sus ojos a adaptarse. Solo llegaron manchas grises danzantes, sin forma.

Entonces, desde el pasillo, llegó el sonido. Un chirrido metálico, seco. El giro de una llave en una cerradura oxidada. No era la de esta puerta. Era más lejana, quizás la entrada principal al archivo desde las escaleras.

Alguien acababa de abrir.

El corazón le golpeó las costillas, un tambor sordo y rápido. Contó mentalmente. La puerta principal estaba a unos quince metros, al final de un pasillo recto que bordeaba esta sala. Quien hubiera entrado tendría que pasar frente a esta puerta oculta para llegar a la sala contigua, la del archivo muerto. Su objetivo.

Los pasos volvieron. Más claros ahora, dentro del recinto. Dos personas. Uno con un ritmo pesado, firme. Otro más ligero, casi arrastrado.

Una voz, baja pero audible en el silencio sepulcral, resonó contra los ladrillos.

—Aquí no hay nada. Está todo polvo.

—Revisa las estanterías del fondo —respondió una segunda voz, más seca, con un deje de autoridad cansada—. Los libros de registro duplicados. Los de contabilidad interna.

Julián contuvo el aliento. Eso era exactamente lo que él buscaba. Se estaban adelantando, limpiando el mismo rastro que él pretendía seguir.

Los pasos se alejaron, adentrándose en la sala principal. Aprovechó el ruido para moverse. Con los brazos extendidos, tocó el borde de la mesa, luego el lomo rugoso de las carpetas en la estantería. Su mente trazó un mapa: la mesa, la estantería, la puerta oculta a su izquierda. Entre esta sala y la principal había otra, más pequeña, la del archivo muerto. Su única salida era la puerta por la que había entrado, que daba a un corredor lateral que desembocaba justo donde ahora estaban ellos.

Atrapado.

El clip metálico con el fragmento de su nombre ardía en el bolsillo de su chaleco. Era lo único tangible. El resto —el plano, el sello, la conspiración— eran fantasmas en su cabeza. Necesitaba el papel, la prueba burocrática que atara el cuadro a Montpensier.

Desde la otra sala llegó el sonido de un libro pesado al ser arrastrado de un estante, seguido del suspiro seco de sus páginas al ser hojeadas.

—Aquí está diciembre —dijo la voz pesada.

—¿Y?

Un silencio. Luego, un desgarro limpio y prolongado. El sonido del papel siendo arrancado de un lomo con fuerza deliberada.

—Ya no —concluyó la misma voz.

Julián apretó los puños. La frustración le subió por la garganta, ácida. Lo habían borrado. De nuevo. Pero el fragmento en su bolsillo era una promesa: alguien había cometido un error. Los sistemas perfectos no existían; siempre quedaba una mota de polvo fuera de lugar.

Los pasos comenzaron a regresar, acercándose a la puerta que lo separaba de ellos. Se agachó, deslizándose detrás del grueso tronco de la mesa de roble. No era un escondite, era un aplazamiento.

La luz de un farol de mano cortó la oscuridad del pasillo exterior por la rendija bajo la puerta. Se detuvo. La manivela del pomo giró, una vez, con fuerza.

La puerta estaba cerrada con llave por dentro. Julián recordó haber girado el pestillo al entrar.

—Esta está trabada —murmuró la voz seca desde el otro lado.

—¿La revisamos?

Una pausa. La luz se movió, barriendo el suelo.

—No. Es una sala de almacén de útiles viejos. Lo que buscamos no estaría ahí. Vamos. Ya hemos limpiado lo suficiente.

Los pasos se alejaron, mezclándose con el crujir de la puerta principal al abrirse y cerrarse. El cerrojo resonó con un golpe seco.

Julián no se movió. Contó hasta cien, luego hasta doscientos, escuchando solo el latido de su propia sangre en los oídos. Cuando la quietud se hizo absoluta y el frío del suelo empezó a calarle los huesos de las rodillas, se levantó.

Tanteó hacia la puerta oculta, la abrió un centímetro. El corredor lateral estaba vacío, bañado por la tenue luz de un farol de gas que llegaba desde la lejana entrada. El aire olía a cera quemada y humedad antigua.

No se dirigió a la salida. En cambio, giró a la derecha y empujó la pesada puerta que conducía a la sala del archivo muerto. El farol de los hombres yacía abandonado sobre una mesa central, su llama aún viva junto a un libro de registro abierto. Se acercó.

El tomo era grueso, encuadernado en piel verde oscuro. La página a la vista correspondía a diciembre de 1870. En el centro, un desgarro

limpio y rectilíneo había arrancado una hoja completa. Solo quedaba el borde irregular pegado al lomo y, en la página siguiente, la impresión en relieve de la escritura que había estado al otro lado, un fantasma de tinta.

Se inclinó. Allí, en el ángulo inferior derecho de la página intacta, casi oculta por la sombra del lomo, había una anotación a lápiz. Menos formal, apresurada. La letra era pequeña y nerviosa: *"Pujol? Retrato #291. Revisar procedencia dudosa. Ingresó con lote 7."*

Pujol. Un pintor de segunda fila, un nombre que sonaba a encargo menor, a tapagujeros. Y un número: 291. El mismo fragmento de su nombre.

No era el cuadro de Montpensier. Era la coartada, el camuflaje bajo el cual había entrado la evidencia. Alguien en la administración, quizás ese administrativo con prisa, había dudado y había dejado esta nota al margen, fuera del registro oficial. El hombre de la voz seca había arrancado la hoja principal, pero había pasado por alto este rasguño de grafito.

Julián arrancó la esquina de la página con la anotación con un movimiento rápido. El papel hizo un chasquido seco. Lo guardó junto al clip en su bolsillo.

Apagó el farol ajeno, sumiendo la sala en una oscuridad que ahora le resultaba familiar. Al salir al corredor, supo que la puerta principal estaría cerrada con llave desde fuera. Pero había otra salida, una puerta de servicio que recordaba de cuando trabajaba como restaurador auxiliar años atrás, y que había visto en los planos de mantenimiento, que llevaba a los antiguos túneles de suministro de carbón.

Caminó hacia ella, cada paso un eco amortiguado en el silencio. Cuando su mano encontró el picaporte oxidado, supo que el siguiente movimiento ya no sería de huida, sino de caza. Tenía un nombre. Tenía un número. Y tenía la certeza de que, en algún lugar

de Madrid, existía un papel que unía ambos con el blasón de un duque.

CAPÍTULO 7: EL RASTRO DE PUJOL

El aire del mediodía en la calle de Alcalá le golpeó como una bofetada de luz. Julián parpadeó, los ojos verdes vidriosos luchando por adaptarse tras las horas en la penumbra de los sótanos. La ciudad bullía con la normalidad ajena de quienes no llevaban un nombre y un número ardiendo en el bolsillo: Pujol. #291.

No fue al taller. No fue a casa. Caminó con paso rápido hacia el Colegio de Pintores, un edificio sobrio de piedra junto a la iglesia de las Calatravas. El sudor se le enfriaba en la nuca bajo el cabello castaño oscuro.

El archivo estaba en el primer piso, una sala larga y estrecha donde la luz del sol nunca llegaba. Un farol de gas ardía con llama amarillenta sobre el mostrador de roble, luchando contra las sombras que se acumulaban entre las estanterías. Olía a papel viejo, a tinta ferrosa y a polvo quieto desde hacía décadas.

—Buenas tardes —dijo Julián, y su voz sonó ronca.

El archivero era un anciano con gafas de pinza que levantó la vista de un libro de contabilidad. Reconoció a Julián, o al menos su tipo: un restaurador, alguien del oficio.

—Sáenz de la Torre. Necesito consultar el registro de artistas activos.

—¿Por motivos profesionales? —preguntó el anciano, sin moverse.

—Verificación de procedencia. Un cuadro de atribución dudosa.

El archivero asintió, como si esa explicación bastara para todos los secretos de Madrid. Se levantó con un crujido de articulaciones y se dirigió a una estantería lateral. Sacó un volumen encuadernado en piel agrietada, el lomo marcado con el año: "1870-1871".

Lo dejó sobre el mostrador con un golpe sordo que levantó una nubecilla de polvo.

Julián pasó las páginas. El crujido del papel viejo era el único sonido en la sala. Letra cursiva, nombres, direcciones, especialidades. Buscó la "P". Pasó por Pérez, por Porcel, por Puig.

Allí: "Pujol, Gaspar. Pintor de retratos. Estudio: Calle de la Madera, 14. Miembro desde 1865."

La entrada era escueta, casi despreciativa. Nada de discípulos, ni premios, ni encargos notables. Un pintor de tercera fila, de esos que sobreviven con retratos de burgueses enriquecidos y miniaturas para damas ociosas.

Luego, al final de la línea, una anotación posterior, escrita con otra pluma, más apretada: "Fallecido el 3 de enero de 1871."

Julián no se movió. Los dedos se le quedaron inmóviles sobre la página. El tres de enero. Dos días después de la noche del asesinato en la Calle del Turco. Dos días después de que alguien hubiera entregado un retrato con un plano oculto en el taller del Museo del Prado.

No fue miedo lo que sintió entonces. Fue una certeza fría y metálica que le bajó por la columna vertebral como un hilo de mercurio. La pista abstracta tenía ahora fecha de caducidad. Y esa fecha era un certificado de defunción. *La primera*, pensó, con una claridad brutal. *La primera muerte vinculada al secreto. No un testigo, sino el propio instrumento.*

—¿Lo conoció? —preguntó sin levantar la vista.

El archivero se encogió de hombros.

—Era un hombre callado. Venía a pagar la cuota anual y se iba. Encargos menores, nada memorable. Una congestión cerebral, dijeron. De repente.

—¿Quién lo dijo?

—No sé. Así corre el rumor. —El anciano lo miró con curiosidad renovada—. ¿Por qué tanto interés?

Julián no respondió. Con un movimiento rápido, demasiado rápido para que el archivero pudiera reaccionar, arrancó la esquina de la página donde estaba la entrada. El rasgón sonó como un suspiro de protesta en el silencio.

—¿Qué hace? —protestó el anciano, alzando la voz por primera vez.

—Lo siento —murmuró Julián, guardando el fragmento de papel en el mismo bolsillo donde llevaba el clip y la anotación de los archivos —. Es una cuestión de restauración.

Pagó una multa imaginaria con unas monedas que dejó sobre el mostrador, demasiadas, y salió sin mirar atrás. Sintió la mirada del archivero clavada en su espalda, una mirada que recordaría, que tal vez mencionaría si alguien preguntara.

En la calle, la luz de la tarde le pareció de repente demasiado cruda, demasiado expuesta. Tenía una dirección. Calle de la Madera, 14. Y tenía la certeza de que, al llegar, no encontraría a Gaspar Pujol. Solo el rastro de un hombre que había sido lo suficientemente bueno para copiar un retrato del siglo XVII, y lo suficientemente inconveniente para morir dos días después de entregarlo. *La primera baja de esta guerra secreta*, repitió para sí mismo. *Y no será la última.*

Caminó hacia el sur, hacia Lavapiés, y con cada paso el reloj invisible que llevaba dentro aceleraba su tictac.

La Calle de la Madera olía a col hervida y cerrado. El número catorce era un portal estrecho, con las baldosas del zaguán desgastadas en el centro por siglos de pies. Julián subió las escaleras de madera oscura, cada peldaño crujiendo una advertencia distinta bajo sus botas.

En el tercer piso, la puerta del estudio estaba tapiada.

No era un cierre temporal. Tablones nuevos de pino sin pintar, de un amarillo estridente, atravesaban el marco. Clavos gruesos los fijaban a la jamba con una violencia que parecía personal. Por la rendija entre dos maderas se colaba un olor a polvo seco, a lienzos abandonados y a algo más dulzón, rancio. La muerte de un espacio.

Julián se quedó inmóvil frente a ella. La confirmación fue un puño de hielo que se le cerró en el estómago y subió por la garganta. No hubo sorpresa, solo el peso frío de lo inevitable. Había seguido el rastro del papel y el rastro lo había llevado hasta aquí, a una puerta que era una tumba. *Aquí empezó todo*, comprendió. *Aquí, con la muerte de un pintor mediocre, se selló el pacto de silencio.*

El sonido rasposo de una escoba sobre piedra lo hizo volverse.

En el rellano de la escalera, una mujer anciana barría con movimientos cortos y metódicos. Llevaba un delantal gris sobre un vestido negro, y sus ojos, hundidos en una red de arrugas, lo observaban sin levantar la cabeza.

—Buscaba al señor Pujol —dijo Julián. Su voz sonó extraña en el silencio polvoriento.

La escoba se detuvo. La mujer lo miró de arriba abajo, evaluando la chaqueta de trabajo, las manos manchadas de pigmento que no se iban del todo.

—No está.

—Lo veo. ¿Cuándo tapiaron esto?

Un encogimiento de hombros. La escoba reanudó su tarea, raspando las baldosas con un sonido que le erizó la piel a Julián.

—Hace tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

Ella suspiró, como si el interrogatorio fuera una molestia física. —La noche de Reyes. Le dio un ataque al cerebro, una congestión. Muy repentino.

Las palabras cayeron en el aire viciado. *Noche de Reyes*. Dos días después de que Prim fuera asesinado en la Calle del Turco. Dos días después de que este hombre, este pintor mediocre, entregara un cuadro que no era suyo. *No fue una enfermedad*, pensó Julián, la certeza cristalizándose en su mente. *Fue el precio por saber demasiado. El primer eslabón eliminado.*

—¿Y los cuadros? —preguntó Julián, acercándose un paso.

La mujer retrocedió otro, apretando el mango de la escoba. —Se los llevaron.

—¿Quién?

—Unos señores. Bien vestidos. Vinieron al día siguiente.

El corazón le latió con un golpe sordo y pesado contra las costillas. —¿Eran de la policía?

—No sé. —Pero su mirada se desvió, hacia la ventana del rellano que daba a la calle—. Traían un carruaje.

Julián siguió su mirada. Abajo, la Calle de la Madera era una grieta de sombras a pesar de la tarde. Imaginó el vehículo deteniéndose, los hombres bajando con precisión, entrando en este portal que olía a col y a miseria.

—¿Recordaba algo del carruaje? —su voz era ahora un hilo tenso—. ¿Un color? ¿Un escudo?

La anciana frunció los labios, como si el recuerdo tuviera un sabor amargo. —Con plumas, creo. En la portezuela. Un escudo con plumas.

Plumas. Lambrequín de duque. El blasón cuartelado de la Casa de Francia. El escudo de Antonio de Orleans, Duque de Montpensier, rodeando sus tres flores de lis.

No fue una revelación. Fue el engranaje final encajando con un crujido seco. Prim. Pujol. Y ahora él. No era una teoría, era un patrón. Un método. La losa del entendimiento se le instaló en el pecho, tan física que le costó respirar. *Prim fue el objetivo. Pujol, la herramienta descartable. Y yo… el testigo que debe ser silenciado.*

—Gracias —murmuró, pero la mujer ya estaba en retirada.

Recogió la escoba, la apoyó contra la pared con un ruido seco y se dirigió a su propia puerta, la de al lado. La abrió y, antes de cerrarla, le lanzó una última mirada cargada de un miedo antiguo y práctico.

—No vuelva —dijo. No era un consejo, era una orden.

El portazo resonó en el rellano, dejándolo solo con la puerta tapiada y el olor a col.

Julián sacó del bolsillo el fragmento de papel arrancado del registro. *Pujol? Retrato #291*. Lo miró, luego miró los tablones nuevos, las astillas brillantes donde los clavos habían mordido la madera. Un nombre. Una dirección. Una muerte. *La primera*, volvió a pensar, y esta vez la palabra trajo consigo el peso de una responsabilidad. Había encontrado lo que buscaba: la prueba tangible de que el secreto ya había cobrado su precio en sangre.

Metió el papel de nuevo en el bolsillo, junto al clip y al otro fragmento con su nombre. Los tres pedazos de papel le pesaban como losas. Bajó las escaleras despacio, cada crujido de la madera anunciando su partida. Al salir al crepúsculo de la calle, echó un vistazo hacia arriba. En la ventana del tercer piso, entre las cortinas descoloridas, vio la silueta inmóvil de la anciana observándolo.

Él se dio la vuelta y se fundió con las sombras de Lavapiés. El carruaje con el escudo de plumas ya había pasado por aquí. Y ahora, él era el siguiente en la lista.

La penumbra azulada del atardecer se había vuelto líquida entre las fachadas de Lavapiés. Julián avanzaba pegado a las paredes, el eco de la puerta tapiada y la mirada de la anciana clavados en su nuca. El olor a col hervida se mezclaba con el hedor a orina de los rincones y el dulzón de la basura fermentada en un cubo volcado.

Una mano surgió de un quicio oscuro.

Le agarró del brazo con una fuerza que le torció los tendones y lo arrastró hacia dentro antes de que pudiera respirar. La espalda golpeó contra la pared de ladrillo, el aire escapó de sus pulmones en un jadeo seco. La silueta se recortó contra la tenue luz de la boca del callejón: sobretodo gris, quijada cuadrada. Los ojos grises que antes parecían fragmentos de hielo ahora eran brasas apagadas.

Valerio Mora.

No llevaba la Lefaucheux en la mano. Su respiración formaba nubecillas agitadas en el aire frío.

—¿Estás buscando a Pujol? —La voz era un susurro ronco, cargado de una urgencia que no fingía.

Julián asintió, los músculos del cuello tensos como cuerdas. No intentó zafarse.

Valerio se acercó más. El aliento le olía a tabaco barato y a algo ácido, como el miedo digerido.

—Murió con la boca llena de espuma blanca. No de un ataque. —Hizo una pausa, los ojos escudriñando la entrada del callejón. —Y en su estudio, antes de que llegaran los de la limpieza, había un olor a almendras amargas. Fuerte. Pegajoso.

Cianuro.

Las palabras flotaron entre ellos, visibles como el vaho. Julián sintió un sabor amargo en el fondo de la lengua.

—Es la primera —continuó Valerio, sin apartar la vista del calle. —No será la última. Te están dando cuerda. Te dejan seguir este hilo porque saben adónde lleva. Es una trampa, Sáenz. Una ratonera bien engrasada.

—¿Por qué me lo dice?

—Porque ya he limpiado suficientes manchas. —La voz de Valerio se quebró un instante. —Y esa de las almendras… no se quita con lejía. Se te queda dentro.

Sacó algo del bolsillo del sobretodo: un trozo de papel arrugado, doblado en cuatro. Lo apretó contra el pecho de Julián.

—La imprenta de Lavapiés. Calle del Oso, número siete. Di que vas de parte del lampista. Es tu única salida. La única que no vigilan.

Julián cogió el papel. La dirección estaba escrita con una letra temblorosa, la tinta corrida por la humedad.

Valerio retrocedió un paso. Su mirada saltó de nuevo hacia la calle, donde las sombras se alargaban devorando los adoquines. Un auténtico espasmo de terror le recorrió el rostro.

—Ya no te seguiré —murmuró. —A partir de ahora, ellos enviarán a otros. A los que no hablan. A los que solo cierran casos.

Dio media vuelta. Su figura se desdibujó, se fundió con la oscuridad que crecía desde el fondo del callejón. No hubo ruido de pasos. Solo el vacío repentino y el frío que se colaba por la solapa.

Julián desdobló el papel. Calle del Oso, 7. Lo guardó en el bolsillo, junto a los otros fragmentos. El sabor a almendras amargas seguía ahí, en el paladar, en la garganta. No era imaginario ahora. Era el gusto del veneno que ya había sido administrado. Y él tenía la dirección del antídoto.

Apretó el paso, saliendo del callejón hacia la Calle de la Madera. No miró atrás. Sabía que, desde alguna ventana, unos ojos marrones y penetrantes lo estarían viendo tomar el cebo.

CAPÍTULO 8: LA CONFESIÓN DE MERCEDES

El número siete estaba marcado con una cruz de tiza blanca, borrosa por la lluvia reciente, en una puerta de madera maciza con herrajes oxidados. No había cartel, ni luz en la ventana del entresuelo, solo el olor acre a tinta de imprenta y aceite de máquinas que se filtraba por las juntas, mezclado con el aroma húmedo de la calle. Julián apoyó una mano en la madera. Estaba fría y granulada bajo los dedos.

Golpeó con los nudillos, tres veces, con espacio entre cada una.

Dentro, nada. Un silencio denso, cargado.

—Vengo de parte del lampista —dijo, pegado al quicio, la voz apenas por encima de un susurro.

Un chirrido metálico, sordo. El sonido de un cerrojo corriendo desde dentro. La puerta se abrió unos diez centímetros, detenida por una cadena gruesa. En la rendija apareció un rostro de mujer iluminado desde atrás por la luz amarillenta de un quinqué. Ojos negros e intensos que lo escudriñaron sin pestañear. El cabello oscuro, recogido en un moño tan apretado que estiraba la piel de las sienes.

—No conozco a ningún lampista —respondió la voz, femenina, rasposa por el desuso o la cautela.

—Me dio esta dirección. Dijo que era mi única salida.

Los ojos de la mujer bajaron hacia sus manos, buscando un arma, una bolsa, cualquier señal. Julián mantuvo las palmas a la vista, vacías salvo por las líneas de trementina y polvo incrustadas en la piel.

—¿Qué lampista? —insistió ella.

—El que trabaja en la Calle del Turco. El que vio algo la noche de fin de año.

Un parpadeo lento, calculado. La cadena cayó con un golpe seco. La puerta se abrió lo justo para que pasara un cuerpo. Julián se deslizó al interior y la madera volvió a cerrarse a su espalda, los cerrojos echándose de nuevo, uno tras otro.

La habitación era larga y baja, el techo atravesado por vigas de madera ennegrecida. A lo largo de una pared, una prensa de hierro fundido, un monstruo oscuro y quieto. Mesas cubiertas de tipos móviles de plomo, cajones abiertos con letras desordenadas. El aire era espeso, cargado de polvo de papel y el olor dulzón y metálico de la tinta fresca. El quinqué, sobre una mesa cercana, proyectaba sombras enormes y danzantes de los tipos, que parecían jeroglíficos amenazadores en las paredes.

Mercedes permanecía fundida con las sombras de la prensa de imprenta, inmóvil como una gárgola de Lavapiés. La navaja de mango de hueso descansaba en su palma con una familiaridad aterradora, la hoja capturando el último destello del quinqué como un ojo de acero. No había amenaza en su postura, sino la calma de quien ha aprendido que en Madrid la única forma de conservar la voz es teniendo algo afilado cerca de la garganta del prójimo.

—Valerio —dijo Julián, el nombre cayendo entre ellos como una piedra en un pozo.

—No uses nombres —cortó ella. —Nunca. Ni aquí, ni en ninguna parte.

—Él me envió.

—Él podría estar muerto. O comprado. Esta podría ser la trampa.

—Lo sé.

Mercedes frunció el ceño. Estudió su rostro, los ojos verdes vidriosos por la fatiga, las canas prematuras en el cabello castaño oscuro. Buscó algo, quizás la huella del miedo auténtico, la marca de quien huye de verdad.

—¿Qué llevas en los bolsillos? —preguntó.

Julián metió la mano con lentitud en el chaleco. Sacó el fragmento arrugado de papel con la dirección, el triángulo crema del registro del Colegio de Pintores, el minúsculo recorte con su nombre. Los extendió sobre la mesa, al lado del quinqué.

Mercedes no los tocó. Solo inclinó la cabeza, leyendo lo que había a la luz parpadeante.

—Gaspar Pujol —murmuró, como probando el sabor del nombre. —Murió hace tres días.

—Lo envenenaron.

—Lo sé. Y tú eres el restaurador. El del cuadro.

No era una pregunta. Julián contuvo la respiración. El aceite de la lámpara crepitó, una burbuja de aire atrapada en el depósito.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque Bruno, mi primo, falsificó la factura de ingreso al museo. Para el encargo doscientos noventa y uno. —Mercedes bajó la navaja, pero no la soltó. Sus ojos negros permanecieron clavados en él, sin calor, sin concesiones. —Habla rápido. Y si mientes, te echo a la calle aunque te estén esperando.

El tictac del reloj de pared marcaba cada segundo con un golpe seco, como un martillo sobre yunque. Mercedes no apartaba la vista de los papeles desplegados. Con la punta de la regla de imprenta, tocó el fragmento crema del registro.

—Gaspar Pujol. Fallecido el tres de enero —leyó en voz baja, como si las palabras pudieran quemarla.

—Envenenado con cianuro —añadió Julián. Su propia voz le sonó ajena, plana. —Lo sé porque el hombre que me vigilaba me lo dijo. El mismo que me dio esta dirección.

—Valerio.

—Sí.

Mercedes dejó la regla. Se frotó los dedos pulgar e índice, manchados de una tinta negra que no se iría con agua. El gesto era mecánico, de años limpiando tipos móviles.

—Continúa.

Julián respiró. El aire cargado de aceite de linaza y tinta ferrosa le rasgó la garganta.

—Pujol pintó una copia. Un retrato del siglo XVII. Dentro, oculto bajo un repinte, había un plano. De la Calle del Turco. Con una cruz marcando el lugar exacto donde mataron a Prim.

—Un croquis del asesinato.

—Sí.

—Y el cliente.

—Antonio de Orleans. Duque de Montpensier. Su sello estaba en el marco.

El nombre flotó en la habitación, pesado como plomo. Mercedes cerró los ojos un instante. Cuando los abrió, aquellos ojos negros e intensos habían perdido su filo desconfiado. Ahora mostraban un reconocimiento lúgubre.

—El pretendiente —murmuró. —El que quiere el trono que dejó vacante Prim.

Asintió. No hizo falta más explicación. Ella conocía el tablero. Vivía en sus sombras.

—Necesito usar tu prensa —dijo Julián. —Necesito copiar ese plano. Tener algo físico que no puedan quemar o robar. Algo que sobreviva si me atrapan.

Mercedes lo miró fijamente. Su expresión era de resistencia, la de una republicana que desconfía de cualquier hombre que llega con problemas de la corte.

—¿Y el original?

—Quedó en mi taller. Es la carnada. Ellos creen que todavía estoy atado a él.

Mercedes recorrió con la mirada las pruebas: el papel arrugado con la dirección, el triángulo del registro, el clip metálico que había sujetado su nombre a un libro condenado. Cada objeto una pieza de una máquina de matar.

—Si copio eso, esta imprenta deja de ser segura. Esto no es solo un taller. Es un refugio. Hay gente que duerme arriba. Gente con sentencias pendientes.

—Lo sé.

—No lo sabes. —Su voz adquirió un tono áspero, no de enfado, sino de fatiga acumulada. —Llevamos años tejiendo esto. Hilos sueltos, contactos que no se nombran, puertas que solo se abren con una contraseña. Un plano firmado por un duque es un hacha que corta toda la red.

Julián no respondió. Esperó. El quinqué proyectó sus sombras agigantadas contra las estanterías de tipos de plomo.

Mercedes exhaló, un suspiro que pareció vaciarla. Se llevó una mano al cabello oscuro, recogido en un moño tan tenso que tiraba de la piel de sus sienes.

—Demonios —escupió, hacia el suelo. —Demonios.

Caminó hasta la puerta trasera, la que daba a la sala de prensas. No la abrió. Apoyó la frente contra la madera, fría y nudosa.

—Puedo copiarlo —dijo, sin volverse. —Puedo hacerlo esta misma noche, con una piedra litográfica. Un facsímil que ni el propio Pujol distinguiría del original. Pero hay algo que debes saber primero.

Julián sintió un frío que no venía del sótano.

Mercedes se giró. Su rostro estaba pálido, iluminado por debajo por la lámpara, acentuando las sombras bajo sus pómulos.

—Mi primo Bruno. El que falsificó la factura para que tu cuadro entrara en el Prado. Desapareció hace tres días. Justo después de que un hombre elegante, con guantes de cabritilla, preguntara en los bares de por aquí por 'trabajos especiales de caligrafía'. —Hizo una pausa, tragando saliva. —Bruno era bueno. El mejor. Y era cauto. Nunca se habría dejado ver por un extraño.

—¿Crees que lo tomaron?

—Sé que lo tomaron. —Sus dedos se cerraron en un puño a la altura del pecho. —Porque ayer, el panadero de la esquina me entregó un paquete. Dentro estaba la navaja de Bruno. La que siempre llevaba consigo. Estaba limpia. Demasiado limpia.

El tictac del reloj llenó el silencio que siguió. Un sonido metódico, implacable, midiendo el tiempo que les quedaba.

—¿Y tú? —preguntó Julián. —¿Estás en peligro?

—Todos lo estamos ahora —respondió ella, y en sus ojos negros brilló una decisión repentina. —Pero si ese plano prueba lo que hizo el Duque, entonces vale la pena. Copiémoslo.

La prensa de pedal era un esqueleto de hierro negro y madera desgastada. Mercedes colocó una hoja de papel resistente sobre la plancha, alineando los bordes con movimientos precisos. El clic del

mecanismo al cerrarse resonó como un disparo amortiguado en el silencio del sótano.

Julián se inclinó sobre la mesa auxiliar, una pluma de ave en la mano derecha. Había preparado tinta negra, espesa. Cerró los ojos por un instante, dejando que la imagen grabada a fuego en su memoria resurgiera: la planta de la Calle del Turco, la línea del callejón, los círculos de los faroles, la mancha de la zanja. Y la cruz. Siempre la cruz.

La pluma tocó el papel. Un trazo fino, seguro. Comenzó por el rectángulo de la calzada. Su mano no temblaba; la concentración era un bloque de hielo que aislaba todo lo demás. El crujido del papel bajo la presión de la pluma se mezclaba con el tictac del reloj. Olor a tinta fresca, acre, que se expandía en el aire cargado.

Mercedes vigilaba desde una mirilla en la puerta que daba al portal. Su perfil, recortado contra la tenue luz de la lámpara de aceite, estaba rígido.

—Bruno guardaba un seguro —dijo, sin apartar el ojo de la mirilla. Su voz era baja, casi un susurro para sí misma. —Un baúl de hojalata enterrado bajo las losas del patio trasero de una taberna que ya no existe. Dentro, copias de todo lo que falsificó para gente con poder. Facturas, permisos, cartas de recomendación con firmas robadas. —Hizo una pausa. La madera de la puerta crujió bajo su peso. —Creía que si algún día venían por él, ese baúl sería su moneda de cambio.

Julián no levantó la vista. Su mano trazaba la línea del callejón, paralela a la calzada. —¿Y lo fue?

—No. Porque lo tomaron demasiado rápido. O porque lo que sabía valía más que cualquier prueba. Como Pujol.

El trazo final de la cruz fue lo más difícil. La pluma se detuvo un milímetro sobre el papel, en el punto exacto donde el carruaje se había detenido. Luego presionó. Dos líneas que se cruzaban, limpias,

definitivas. La prueba se materializaba de nuevo, fuera del lienzo original, replicada por su mano.

Mercedes se apartó de la puerta. Sus ojos negros, intensos, examinaron el plano terminado. Asintió, una sola vez. —Es bueno. Demasiado bueno. Parece un plano de arquitecto.

—Lo es —murmuró Julián, limpiando la punta de la pluma con un trapo. El olor a trementina del paño se coló entre el aroma a tinta. —Un plano para un asesinato.

Ella tomó la hoja con cuidado por los bordes, la colocó sobre la plancha de la prensa. Accionó la palanca con el pie. Un sonido metálico, un gemido de resortes viejos, y la presión se ejerció sobre el papel. Cuando lo liberó, una copia perfecta, en negativo y ligeramente hundida, había quedado transferida a la piedra litográfica humedecida.

—Una para ti —dijo, despegando el original y extendiéndoselo a Julián. —Otra para mí. Si caes, alguien más debe saber dónde mirar.

Julián dobló su copia con meticulosidad, formando un cuadrado compacto que ocultó en un bolsillo interior del chaleco, junto al fragmento del registro y el clip. El papel crujió suavemente, una promesa de peso.

Mercedes guardó la piedra litográfica en un hueco detrás de un ladrillo suelto. Al enderezarse, su rostro era una máscara de resignación práctica. —Sal por el patio trasero. La puerta da a un callejón ciego, pero hay una tapia baja. La calle de los Mancebos está al otro lado.

Él asintió. No había agradecimiento que valiera. Solo un entendimiento mutuo, sellado en el aire enrarecido del sótano.

Justo cuando su mano tocó el picaporte oxidado de la puerta trasera, el sonido llegó.

No eran golpes. Era un impacto seco, autoritario, contra la madera de la puerta principal de la calle. Uno. Dos. Tres. Espaciados, firmes. No el toque irregular de un cliente, ni el código acordado.

Mercedes se heló. La palidez de su rostro se volvió cadavérica bajo la luz amarillenta. Sus ojos, negros y profundos, se clavaron en Julián.

—Nadie toca así —susurró, las palabras apenas formándose. —Nadie que conozca la contraseña.

Los golpes se repitieron, más fuertes esta vez. Un cuarto. Un quinto. La madera de la puerta, vieja y nudosa, emitió un crujido de protesta que atravesó el silencio como un hueso rompiéndose.

CAPÍTULO 9: EL CARRUAJE DE LAS NUEVE

El crujido de la madera bajo los golpes resonó como un hueso roto en la quietud del sótano. Mercedes no esperó. Su mano se cerró sobre la muñeca de Julián con una fuerza de hierro frío y lo arrastró hacia atrás, lejos de la puerta trasera.

—No —su voz era un soplo ronco—. Esa salida la vigilan. Siempre.

Lo empujó hacia un rincón del patio, donde un montón de leña vieja se apilaba contra la tapia. Con un movimiento brusco, apartó varios troncos. Bajo ellos, oculta por una capa de serrín y telarañas, había una trampilla de madera podrida, con un anillo de hierro oxidado.

Los golpes en la puerta principal cesaron. Un silencio más aterrador los sustituyó, cargado de la certeza de lo que venía después: el sonido de una hombrera o una pata de cabra forzando la cerradura.

Mercedes tiró del anillo. La trampilla se abrió con un chirrido ahogado, revelando una oscuridad absoluta y un olor a tierra húmeda, a raíces y a moho antiguo. Empujó a Julián hacia el agujero.

—Baja. Rápido.

Él obedeció, encontrando peldaños toscos tallados en la tierra. Mercedes bajó tras él, tirando de la trampilla. La oscuridad se volvió completa, opresiva. Un roce, el chasquido de un pedernal, y una

llama temblorosa nació en sus manos, alojada en una palmatoria de estaño. La luz danzó sobre paredes de tierra apisonada, sobre raíces que serpenteaban como venas negras. Era una bodega diminuta, no más grande que una tumba amplia.

Arriba, el estruendo llegó. Un golpe seco, metálico, seguido del crujido inequívoco de madera partiéndose. La puerta principal había cedido.

Pasos. Varios. Pesados, metódicos, resonando en el suelo de madera de la imprenta justo sobre sus cabezas. El serrín y el polvo cayeron entre las juntas de la trampilla, brillando como polvo de oro en el haz de la vela.

Mercedes apagó la llama con un soplido brusco. La oscuridad los engulló, densa y física. Solo quedó el sonido: los pasos arriba, el arrastre de muebles, el golpe seco de cajones siendo volcados. Voces, amortiguadas por la tierra, pero claras en su intención.

—Revisad las prensas. Los tipos. —Una voz seca, sin inflexión.

—Nada en las mesas —respondió otra, más grave.

—El falsificador habló de un baúl. De hojalata. Debe estar aquí, o saber dónde.

Julián sintió el cuerpo de Mercedes tensarse junto al suyo en la oscuridad. Su respiración, que hasta entonces había sido un susurro controlado, se cortó un instante.

—Bruno —murmuró, tan bajo que fue casi un movimiento de labios contra la oreja de Julián—. Lo hicieron hablar. Saben del baúl.

Los pasos se acercaron. Se detuvieron justo encima de la trampilla. Un peso hizo crujir las tablas del suelo. Julián contuvo el aire. Podía sentir el latido de su propia sangre en las sienes, un tambor sordo que parecía delatar su posición.

—Aquí hay un montón de leña —dijo la voz grave.

Hubo una pausa. Luego, el sonido de un tronco siendo apartado a patadas. Otro.

—Registrad el patio después. Primero el interior. No dejéis papel con tinta.

Los pasos se alejaron. El alivio no llegó. Era solo un aplazamiento. Mercedes tardó un minuto completo en encender de nuevo la vela. Su rostro, a la luz trémula, había perdido toda traza de temor. Solo quedaba una determinación fría, tallada en piedra.

Se arrastró hacia la pared opuesta a los peldaños, donde la tierra parecía más sólida. Con las uñas, buscó un borde, una grieta. Sus dedos encontraron purchase y tiró. Un bloque de tierra compacta, disimulado a la perfección, giró sobre goznes ocultos, revelando una abertura baja y oscura, un túnel que olía a piedra fría y ratón muerto.

—Es un pasadizo —explicó sin mirarlo, concentrada en mantener la vela estable frente a la negrura—. Sale a un sótano abandonado en la Calle de los Mancebos. Tu única salida ahora.

Se volvió hacia él. La luz acentuaba la profundidad de sus ojos negros.

—Yo me quedo. Tengo que subir, después de que se marchen. Borrar lo que pueda. Si encuentran esta trampilla vacía, pensarán que huimos por el patio y pondrán toda la vigilancia allí. Es la única ventaja que tenemos.

Julián miró la abertura, luego la trampilla sobre sus cabezas, por donde aún llegaban los sonidos del registro sistemático. La trampa no solo se había cerrado. Se había convertido en la tierra misma que los rodeaba.

El olor a piedra húmeda y ratón muerto se aferró a su ropa mientras emergía en el sótano abandonado de la Calle de los Mancebos. No había tiempo para sacudirse el polvo. Corrió por calles secundarias, manteniéndose en sombras, hasta alcanzar el Jardín Botánico. Dos

horas después de abandonar la imprenta, la Puerta de Carbón cedió ante el gancho de alambre que llevaba en el chaleco desde que Mercedes se lo entregó. El hierro oxidado gimió un aviso que se perdió entre las sombras de la enredadera seca.

Su taller olía a trementina y a miedo rancio. El retrato del caballero con gorguera seguía sobre la mesa, exactamente como lo había dejado, pero ahora con una superficie lisa y uniforme de barniz fresco que ocultaba el plano bajo un brillo inocente. Él mismo lo había aplicado antes de ir a la imprenta, siguiendo las instrucciones originales: restaurar el cuadro, tapar la evidencia. Alguien había estado allí. El lienzo había sido movido, pero no tocado. Esperaban que él terminara el trabajo. Julián se quedó inmóvil junto a la ventana, los ojos verdes vidriosos fijos en el reloj de pared. El péndulo marcaba el compás de su trampa.

A las nueve en punto, un crujido de ruedas sobre el empedrado del patio de servicio. No era el carruaje con el escudo de plumas. Este era negro, sin emblemas, los faroles apagados. La puerta del taller se abrió sin que él la tocara.

El hombre que entró era delgado, vestido de un gris oscuro que absorbía la luz de la lámpara de gas. Su cabello rubio ceniza estaba peinado con una precisión geométrica. No miró a Julián. Sus ojos azules pálidos, sin calor, recorrieron la estancia primero, evaluando rincones, la posición de las herramientas, la ventana. Luego se posaron en el cuadro.

Avanzó sin hacer ruido. Las suelas de sus botas apenas rozaron el mármol. Sacó una lupa de plata del bolsillo del chaleco y se inclinó sobre la mesa. No examinó la pintura. Inspeccionó los bordes del lienzo donde se clavaba en el bastidor, luego los ángulos del marco antiguo de roble. Sus dedos, enfundados en guantes de cabritilla, palparon el reverso del travesaño inferior, justo donde el sello de cera con el blasón de Montpensier había estado oculto bajo polvo. La limpieza había sido meticulosa.

Julián contó las respiraciones. Siete. El hombre guardó la lupa.

—El trabajo es aceptable —dijo. Su voz era plana, seca, como papel que se rasga con cuidado.

Hizo un gesto leve hacia la puerta. Dos ayudantes de complexión sólida entraron, cargaron el cuadro envuelto en una manta gruesa y salieron. El proceso tomó menos de treinta segundos.

El hombre delgado extrajo entonces un sobre lacrado del interior de su levita. Lo depositó sobre la mesa, donde el lienzo había reposado momentos antes.

—El saldo —indicó.

Julián no se movió. El sobre yacía entre ellos, un rectángulo pálido.

—Su discreción ha sido… adecuada —continuó el hombre, y por primera vez sus ojos sin calor se encontraron con los de Julián—. Le aconsejo que mantenga esa costumbre. Olvide lo que haya visto. No es asunto suyo.

No era un consejo. Era la delineación exacta de los límites de su vida. Luego giró sobre sus talones y salió. La puerta se cerró con un clic suave.

El carruaje partió. Julián se acercó a la ventana y vio las ruedas alejarse, tragadas por la oscuridad del paseo del Prado. El aire en el taller se había vuelto denso, cargado del desprecio elegante que acababa de respirar. La promesa a Mercedes resonó en su mente: guardar el facsímil, huir, olvidar. Era lo sensato. Lo seguro.

Tomó el sobre. El papel era grueso, de calidad. Al tacto, frío. Lo abrió. En su interior, billetes, no monedas de oro. Pesetas de banco, nuevas. Los contó mecánicamente. La suma exacta. Al darles la vuelta, en el dorso de uno de los billetes, una mancha marrón oscura, seca, con los bordes irregulares. Podía ser barro. O sangre vieja.

Lo guardó en el mismo bolsillo del chaleco donde estaba el facsímil del plano, el papel con la dirección de la imprenta, el fragmento del

registro de Pujol. El peso de las pruebas aumentaba, tangible.

Miró la mesa vacía. El olor a trementina le resultaba ahora nauseabundo, ácido y falso. Sacó el facsímil, lo desdobló. La cruz marcando el lugar del asesinato en la Calle del Turco era una herida negra sobre el papel. Recordó la mano de Gaspar Pujol agarrando la suya, los ojos desesperados. Recordó la promesa que le había hecho a Mercedes en la oscuridad del pasadizo.

Y la rompió.

No podía olvidar. No mientras el hombre que había ordenado el asesinato respirara libre. No mientras la prueba viviente del crimen rodara por las calles de Madrid en un carruaje negro.

Apagó la lámpara. La oscuridad del taller fue total, rota solo por el tenue resplandor del farol de gas de la calle que se filtraba por la ventana alta. No miró atrás. Salió por la misma puerta de servicio, se fundió con las sombras del Jardín Botánico y comenzó a correr, siguiendo el rastro imaginario de unas ruedas que ya no se oían, hacia el vientre oscuro de la ciudad.

El carruaje avanzaba con una parsimonia que parecía deliberada, como si supiera que era seguido. Julián se pegó a las fachadas, usando los portales profundos de la calle de Alcalá como refugio. Una lluvia fina comenzó a caer, apenas un velo frío que empañaba los faroles de gas y convertía el empedrado en un espejo negro y resbaladizo. El agua se le colaba por el cuello de la camisa, una humedad glacial que contrastaba con el calor seco de su respiración.

Las ruedas del coche chirriaron al girar hacia el norte, dejando la avenida principal. Se adentraron en un laberinto de calles más estrechas, cerca de la Estación del Norte. Aquí no había palacios, solo edificios sobrios de piedra, algunos con placas de bufetes de abogados o compañías de ferrocarril, ya cerrados a esa hora. El olor a carbón húmedo de las locomotoras se mezclaba con el acre del estiércol de caballo, formando una niebla pestilente que la lluvia no lograba limpiar.

El carruaje se detuvo frente a uno de esos edificios, anónimo, con la puerta pintada de un verde oscuro ya desconchado. El emisario bajó primero, seguido por uno de los ayudantes que cargaba el lienzo envuelto. No hubo llamada. La puerta se abrió desde dentro, tragándolos.

Julián se deslizó al lado opuesto de la calle, agazapado tras una pila de cajones de madera podrida. Desde allí, su mirada escrutó las ventanas. La mayoría estaban oscuras. Solo una, en el primer piso, emitía un resplandor amarillento y estable: luz de gas.

Aprovechando un carro de basura aparcado, trepó con sigilo hasta un pequeño murete que corría junto a la fachada. Las piedras estaban resbaladizas de musgo y lluvia. Se arrastró hasta quedar justo debajo de la ventana iluminada. El cristal, sucio y con goterones, distorsionaba la visión, pero no lo suficiente.

Dentro, bajo la lámpara, el cuadro descansaba sobre un caballete. Frente a él, de espaldas en principio, una figura examinaba la superficie. Llevaba una levita oscura, bien cortada. La mano que se alzó para señalar algo en el lienzo tenía un anillo de sello que captó la luz. La figura se volvió de perfil, hablando con alguien fuera del campo visual.

Era él.

La perilla cuidadosamente recortada, el bigote gris, la nariz aguileña. Los ojos marrones, incluso a través del cristal sucio, tenían esa penetración que Julián solo había visto en grabados de periódicos. Antonio de Orleans, Duque de Montpensier, asintió con una satisfacción clara, casi sonriente. Hizo un gesto de aprobación con la mano.

Un hormigueo eléctrico, no de miedo sino de una certeza absoluta, le recorrió la columna a Julián. Allí estaba. La mente detrás del plano, del veneno, de la trampa. La prueba viviente.

En ese instante de concentración extrema, no percibió el sonido ahogado por la lluvia. No sintió la presencia hasta que una mano se

posó en su hombro con una presión anuladora, firme como una abrazadera de hierro.

Se giró lentamente, los músculos del cuello tensos.

No era el emisario. Era Valerio Mora, empapado, el cabello entrecano pegado a la frente. Su rostro estaba pálido, demacrado. No llevaba el Lefaucheux a la vista. Sus ojos grises, fragmentos de hielo sucio, brillaban con una urgencia desesperada.

Acercó los labios al oído de Julián. El aliento le llegó caliente y entrecortado.

—Te dije que era una trampa —susurró, la voz un hilillo de sonido apenas audible sobre el golpeteo de la lluvia—. Ahora sal de aquí. O ambos morimos.

Julián siguió la dirección de su mirada. En la boca del callejón, recortadas contra la tenue luz de un farol lejano, se distinguían dos siluetas inmóviles. Una de ellas levantó con lentitud deliberada el brazo. El cañón corto de una pistola reflejó un destazo pálido.

CAPÍTULO 10: LA PERSECUCIÓN EN LA ESTACIÓN

El cañón de la pistola reflejó otro destello pálido en la lluvia. La mano de Valerio se cerró como una tenaza en el brazo de Julián.

—¡Muévete!

Lo arrastró hacia atrás, alejándose del resplandor del farol. Los adoquines resbalaron bajo las suelas de Julián. Una rodilla de Valerio cedió con un crujido seco; el hombre soltó un jadeo ahogado, pero no aflojó la presión. Empujó a Julián hacia una abertura oscura entre dos edificios, un pasaje tan estrecho que los hombros rozaron la piedra húmeda.

El aire olía a orina rancia y a la humedad penetrante del yeso desprendido. La lluvia caía aquí en un hilillo constante desde los aleros.

—¿Adónde? —la voz de Julián sonó ronca, forzada.

—Lejos.

Valerio avanzaba cojeando, una mano contra la pared para sostenerse. Su respiración era un silbido entrecortado. Detrás de ellos, en la boca del callejón principal, se oyeron pasos apresurados

sobre los adoquines mojados. No corrían. Caminaban con determinación medida.

El pasaje desembocó en un patio de servicio amurallado, lleno de toneles vacíos y montones de leña podrida. Valerio no vaciló. Torció a la izquierda, hacia una cancilla de hierro medio desprendida. La empujó con el hombro; los goznes chirriaron con un sonido que a Julián le pareció ensordecedor.

—Sube —ordenó Valerio, señalando una escalera exterior de hierro oxidado que trepaba por la fachada trasera.

Julián miró hacia arriba. La escalera terminaba en un tejado plano, un recorte negro contra el cielo plomizo.

—¿Y luego?

—Luego piensas. Ahora sube.

Los pasos se acercaban por el pasaje. Valerio sacó algo de bajo del sobretodo empapado. No era el Lefaucheux, sino un cuchillo corto con hoja ancha. Lo empuñó sin decir nada, colocándose entre Julián y la entrada del patio.

Julián trepó. El hierro frío y rugoso le quemó las palmas. Cada peldaño crujía bajo su peso. Al llegar al tejado, el viento le azotó la cara, cargado del olor a carbón húmedo de las locomotoras de la estación cercana. Se volvió.

Valerio aún estaba abajo, de espaldas a la escalera, mirando fijamente la sombra del pasaje. Una figura apareció en la abertura. Valerio se movió con una rapidez sorprendente a pesar de la cojera. No hubo grito, solo un forcejeo breve y mudo, el sonido de un golpe sordo, y la figura se desplomó hacia un lado, entre los toneles.

Valerio subió la escalera de dos en dos, arrastrando la pierna mala. Al llegar al tejado, su rostro era una máscara de tensión pálida.

—Por aquí —jadeó, señalando una serie de tejados contiguos, separados por huecos estrechos.

Saltaron el primero. Julián aterrizó mal, sintiendo un dolor agudo en el tobillo. Valerio lo agarró del brazo para impedir que cayera.

—No pares.

Corrieron sobre las tejas mojadas, esquivando chimeneas y claraboyas. A sus espaldas, en el patio, una voz gritó una orden. Un disparo resonó, seco y amortiguado por la lluvia. La bala pasó zumbando, lejos, y golpeó una veleta con un *clang* metálico.

Llegaron al borde del último tejado. Abajo se abría la plaza iluminada frente a la Estación del Norte. Faroles de gas proyectaban círculos amarillentos sobre los adoquines brillantes. Carruajes esperaban frente a la entrada principal; viajeros con maletas se apresuraban bajo la lluvia.

Valerio se detuvo, jadeando. Apoyó una mano en el muslo, el rostro contraído por el dolor.

—Allí —señaló con la barbilla hacia la multitud—. Métete entre la gente. Pierde el sombrero. Camina, no corras. Toma el primer tren que salga, no importa a dónde.

Julián lo miró. El agua le corría por la cara, mezclándose con el sudor.

—¿Y tú?

—Yo los retrasaré.

Valerio ya se daba la vuelta, mirando hacia el tejado por donde habían venido. Dos siluetas oscuras acababan de emerger a la claridad de la lluvia, a treinta metros de distancia.

—El baúl —dijo Julián de pronto—. El de Bruno. ¿Sabes dónde está?

Valerio negó con la cabeza, sin apartar la vista de las figuras.

—No. Pero ellos sí. Por eso vinieron por la imprenta. Ahora vete.

Empujó a Julián hacia la escalera de servicio que bajaba a un callejón lateral de la plaza. Luego, Valerio Mora se enderezó con dificultad, sacó finalmente la pistola de bajo del sobretado —el Lefaucheux que había usado antes—, y cojeó unos pasos hacia adelante, colocándose a plena vista sobre la cresta del tejado. Levantó el arma.

El primer disparo de respuesta levantó astillas de la teja a sus pies.

La bóveda de hierro y cristal de la estación devolvía el eco cavernoso de los anuncios de trenes. Julián se hundió en la corriente de abrigos oscuros y sombreros empapados, el vapor cálido de las locomotoras mezclándose con el olor a aceite de máquina y tabaco barato. Se arrancó el sombrero, lo dejó caer bajo una banca. Caminó, no corrió, como le habían indicado. El corazón le martillaba las costillas.

Desde la puerta principal, entre los hombros de los viajeros, vio la escena en la plaza iluminada por los faroles de gas. Valerio Mora, una silueta encorvada sobre la cresta del tejado, disparó una vez más hacia las figuras que avanzaban. Luego, en lugar de retroceder, giró bruscamente y desapareció por la escalera de servicio que bajaba al callejón lateral.

Julián contuvo el impulso de correr hacia los andenes. Se quedó pegado a una columna, los ojos escudriñando las entradas. Los dos hombres armados no aparecieron por la puerta principal. Aparecieron por la lateral, la misma por la que Valerio había descendido. Avanzaban con eficiencia profesional, escaneando la multitud, las manos dentro de los sobretodos.

Entonces vio a Valerio.

Emergió de entre un grupo de cargadores, caminando con una cojera marcada pero directa. No miraba a los lados. Iba derecho hacia él. Su rostro era una máscara de piedra gris, los ojos, aquellos fragmentos de hielo sucio, clavados en Julián. No había urgencia en ellos. Había una determinación fría, oficial.

—Julián Sáenz de la Torre.

La voz no fue un susurro. Fue una declaración clara, autoritaria, que cortó el murmullo a su alrededor. Varias cabezas se volvieron.

Valerio cerró la distancia restante en tres zancadas y le agarró el brazo por encima del codo. La presión de sus dedos era de hierro, mordiendo la tela mojada.

—Ven conmigo. Silencio.

Era la orden de un capitán de La Partida arrestando a un sospechoso. Pero el apretón no buscaba inmovilizar. Era un pellizco intenso, casi un código. Valerio lo arrastró, no hacia la salida donde esperaban los hombres, sino hacia un lateral del vestíbulo, donde una puerta de madera oscura llevaba un letrero desgastado: 'SERVICIO – PROHIBIDO EL PASO'.

Julián intentó resistirse, un instinto ciego. Los ojos grises de Valerio se encontraron con los suyos por un segundo. No hubo petición. Hubo una orden absoluta, y bajo ella, algo más: un destello de urgencia desesperada que contradijo la máscara.

—No te resistas —dijo Valerio, elevando la voz para los curiosos—. Es por tu bien.

Empujó la puerta. Antes de cruzar el umbral, Julián volvió la cabeza. Uno de los hombres del sobretodo los había visto. Estaba señalándolos al otro, abriéndose paso a empujones entre la multitud.

La puerta se cerró tras ellos con un golpe sordo, cortando de golpe el bullicio del vestíbulo. Los envolvió un silencio repentino, cargado sólo por el goteo de agua de sus ropas sobre un suelo de losetas sucias. Estaban en un pasillo estrecho, iluminado por una sola lámpara de gas que crepitaba en su globo de vidrio ahumado. Olía a desinfectante barato y humedad de piedra.

Valerio no soltó su brazo. Respiró hondo, una inhalación temblorosa que delató el dolor que mantenía a raya.

—Ahora —masculló, la voz reducida a un ronquido áspero—, corre.

El pasillo terminó en una puerta de chapa que cedió con un chirrido oxidado. Salieron a la noche, a un andén de carga desierto, iluminado por un farol de gas que parpadeaba en un poste lejano. La lluvia había cesado, dejando el aire cargado de frío y el olor penetrante a óxido, grasa de máquinas y tierra empapada. A cada lado, vagones de mercancías formaban cañones de sombras.

Valerio se volvió hacia él. Su rostro, iluminado por la luz danzante del farol, era una máscara de conflicto. Los ojos de hielo sucio escudriñaron la oscuridad más allá del círculo de luz amarillenta, luego se posaron en Julián.

—Tienes que salir de Madrid —dijo, la voz un ronquido bajo—. La imprenta ya no es segura. Te van a buscar en el museo, en tu casa, en todos los agujeros que conocen.

—¿Por qué me ayudas? —murmuró Julián.

La pregunta quedó suspendida en el aire frío. Valerio no respondió. En su lugar, su expresión se endureció. La máscara del esbirro eficiente volvió a sellarse, borrando el destello de conflicto.

—No es ayuda —dijo, y su tono cambió, volviéndose frío, oficial—. Es una orden. Toma el primer tren. No mires atrás.

Un ruido metálico llegó desde la boca de un túnel cercano: el chirrido de unos frenos, el resoplido lejano de una locomotora. Valerio se tensó. Su mano izquierda se movió hacia el bolsillo de su sobretodo empapado. Surgió un destello de metal mate: un puño americano de hierro fundido. Se lo deslizó en los nudillos con un movimiento practicado.

—Lo siento, restaurador —dijo, y la voz era plana, final.

Julián no comprendió hasta que fue demasiado tarde. Vio el golpe venir. No fue un puñetazo salvaje, sino un movimiento corto y económico, dirigido con precisión milimétrica a su sien izquierda. No hubo sorpresa en los ojos de Valerio, solo la resignación fría de un hombre que cumplía órdenes.

El impacto fue un trueno seco dentro de su cráneo. Una luz blanca estalló detrás de sus párpados, seguida por una oscuridad que no era falta de luz, sino una ausencia total. Sus piernas se deshicieron. El costado del vagón, frío y áspero, fue lo último que sintió antes de que el suelo de adoquines se elevara para recibirlo.

En el borde mismo del desvanecimiento, mientras su cuerpo se desplomaba entre los vagones, sus ojos captaron un movimiento en las sombras del otro extremo del andén. Una silueta esbelta saliendo corriendo de detrás de un montón de sacos. Una falda oscura agitándose con la carrera. Algo en su forma le resultó vagamente familiar, pero la conciencia se le escapaba antes de poder identificarla.

Luego, la noche se lo tragó entero.

CAPÍTULO 11: EL GOLPE DE METAL

El dolor llegó antes que la conciencia. Un latido sordo y caliente en su sien izquierda, como si un clavo oxidado le estuvieran martillando hacia adentro. Luego, el sabor a cobre y sal en la lengua. La humedad fría de los adoquines empapándole la espalda a través de la ropa.

Julián abrió los ojos. El mundo era una mancha borrosa de sombras y destellos de gas. Un zumbido agudo, persistente, llenaba sus oídos, ahogando todo lo demás. Intentó mover un brazo. La respuesta fue un dolor punzante en el hombro, y la sensación de que algo lo sujetaba.

—No te muevas.

La voz era un susurro ronco, casi inaudible sobre el zumbido. Cercana. Vino de arriba, de una silueta agachada junto a él. Una mano, fría y áspera, le tapó la boca antes de que pudiera emitir un sonido.

Reconoció los ojos primero. Negros, intensos, recortados contra el tenue resplandor del farol parpadeante. Mercedes. Su cabello oscuro se había soltado del moño, mechones húmedos pegados a sus mejillas y cuello.

Ella no lo miraba a él. Su mirada estaba fija en la abertura entre los vagones de mercancías, hacia el andén iluminado. Su cuerpo estaba

tenso, inmóvil como una gata al acecho.

Entonces Julián los oyó. O mejor dicho, los sintió. Pasos resonando en los adoquines húmedos. No eran los pasos apresurados de un viajero nocturno, sino un ritmo medido, sincronizado. Dos pares de botas. Se acercaban desde su izquierda, desde la dirección en la que Valerio había desaparecido.

Mercedes apretó un poco más la mano sobre su boca. Con la otra, señaló hacia sus propios oídos y luego hacia la fuente del sonido. Un gesto claro: *Escucha. Quédate quieto.*

Los pasos se detuvieron a unos cinco metros de su escondite, en el espacio abierto del andén. El zumbido en los oídos de Julián cedió lo suficiente para dejar paso a las voces.

—…aquí en algún lado. La sangre está fresca.

La voz era seca, profesional. Sin acento marcado.

—Mora lo dejó inconsciente. No puede haber ido lejos —respondió una segunda voz, más grave.

Julián contuvo la respiración. El aire olía a óxido, a grasa de máquinas y a la tierra empapada de la lluvia reciente. Bajo su cabeza, un charco frío le mojaba la nuca.

Mercedes se inclinó un poco más sobre él, su cuerpo formando un escudo contra la línea de visión desde el andén. Su falda oscura, la misma que él había visto fugazmente antes de desmayarse, estaba embarrada en el dobladillo. A través de la tela de su chaleco, Julián podía sentir el latido acelerado de su corazón.

—Revisa entre los vagones —ordenó la primera voz—. Metódicamente.

El crujido de una bota girando sobre la gravilla. Un haz de luz de una linterna de aceite barrió el suelo, iluminando por un instante las ruedas de hierro del vagón junto a ellos. La luz pasó a centímetros

de los pies de Julián. Mercedes no se inmutó. Su respiración era superficial, silenciosa.

Los pasos se reanudaron, más lentos ahora. Uno de los hombres comenzó a caminar a lo largo del tren, mirando en los huecos entre los vagones. La luz de su linterna bailaba sobre los adoquines, acercándose.

Julián cerró los ojos. El dolor en su sien palpitaba al ritmo de su propio pánico. Recordó el movimiento económico del brazo de Valerio, la frialdad en sus ojos grises. *Lo siento, restaurador.* No había sido rabia. Había sido un cálculo.

Un pie pisó un charco justo al otro lado de las ruedas del vagón. El sonido del agua salpicando fue obscenamente alto en el silencio cargado. La luz de la linterna se filtró a través de las estrechas rendijas entre los vagones, proyectando franjas móviles sobre el rostro de Mercedes.

Ella no apartó la vista del peligro. Sus ojos negros reflejaban la luz tenue, fijos, despiadadamente alertas. Su mano, todavía sobre la boca de Julián, tembló levemente. No de miedo, comprendió él. De la tensión de músculos mantenidos al límite.

El hombre al otro lado del vagón se detuvo. Julián podía oír su respiración ahora, un ritmo tranquilo y controlado. Podía imaginarlo inclinándose, escudriñando la oscuridad entre los vagones donde ellos yacían aplastados contra el frío hierro.

La luz se posó directamente en la abertura.

El haz se posó directamente en la abertura entre los vagones. Iluminó un charco de agua sucia, un trozo de madera podrida. No alcanzó la sombra profunda donde sus cuerpos se fundían con el hierro oxidado.

Mercedes apretó la mano sobre la boca de Julián. Él sintió el temblor de sus dedos, el olor a tinta y tierra húmeda en su piel.

El hombre al otro lado gruñó, un sonido gutural de frustración. La luz se movió, barriendo el suelo en la dirección opuesta. Los pasos se alejaron, arrastrándose sobre los adoquines mojados. El zumbido de la lluvia volvió a llenar el silencio.

Ella retiró la mano lentamente. Sus ojos negros, intensos en la penumbra, escudriñaron el rostro de Julián. La hinchazón en su sien ya era un nudo violáceo y caliente bajo la piel.

—¿Puedes moverte? —su voz era un susurro áspero, apenas audible.

Julián asintió. El gesto le provocó una punzada que le nubló la visión. Se apoyó en el costado del vagón, las yemas de los dedos encontrando el metal frío y rugoso. Mercedes lo agarró por el brazo, tirando con una fuerza sorprendente. Lo arrastró fuera del hueco entre los vagones, hacia la sombra más profunda bajo el propio vagón.

El andén de carga seguía desierto. La lluvia caía en cortinas plateadas bajo el farol parpadeante. A lo lejos, las siluetas de los dos hombres se fundían con la oscuridad del otro extremo de la vía.

—Por aquí —murmuró ella, arrastrándolo hacia una puerta de servicio medio oculta tras un montón de sacos rotos.

La puerta cedió con un chirrido oxidado. Entraron en un pasillo estrecho, iluminado por un farol de gas que colgaba de una cadena herrumbrosa. El aire olía a carbón, grasa de máquinas y orín de rata. Gotas de humedad caían de tuberías oxidadas en el techo bajo, marcando un ritmo lento sobre el suelo de losetas sucias.

Mercedes cerró la puerta tras ellos. No había cerrojo. Apoyó la espalda contra la madera, escuchando. Solo el goteo constante y el eco lejano de un tren.

Julián se dejó caer contra la pared opuesta. El mundo giraba. La inflamación en su sien latía al compás de su corazón acelerado.

—¿Cómo… me encontraste? —logró articular. Las palabras le sabían a hierro.

Ella no lo miró. Sus ojos escudriñaban el pasillo que se perdía en la oscuridad.

—Te seguí desde el edificio del Duque —respondió, la voz plana, sin inflexión—. Vi al policía sacarte. Vi cómo corríais. Algo no… cuadraba.

—Valerio —Julián tocó la herida—. Me golpeó.

—Lo vi.

—¿Por qué?

Mercedes por fin volvió la cabeza hacia él. La luz del farol acentuaba la tensión en su mandíbula, la sombra bajo sus ojos.

—Para que pareciera real. Para que ellos —hizo un gesto vago hacia la puerta— creyeran que te había neutralizado. O entregado.

—¿Y tú lo crees?

Ella no respondió. En su lugar, se acercó y le examinó la herida con gesto profesional. Sus dedos eran fríos y precisos.

—No está roto el hueso. Te dejará marca. —Retiró la mano—. ¿Llevas el facsímil?

Julián asintió, tocando el bolsillo interior de su chaleco. El papel doblado crujió bajo la tela.

—Bien. Ahora, levántate.

Lo ayudó a ponerse de pie. El pasillo se bifurcaba más adelante. A la izquierda, una escalera de hierro subía hacia la penumbra. A la derecha, el túnel se hundía en la oscuridad absoluta, donde el goteo sonaba más húmedo, más profundo.

—¿Cuál? —preguntó Julián.

Mercedes titubeó. Escuchó de nuevo. Desde la oscuridad del túnel derecho llegó un sonido: el golpe metálico de una tapa de alcantarilla al cerrarse. Lejano, pero claro.

—No —dijo—. Esa es su zona. Subimos.

La escalera de hierro crujió bajo su peso. Cada peldaño era una agonía para Julián, que se aferraba al pasamanos frío con ambas manos. Arriba, una puerta de madera reforzada con bandas de metal bloqueaba el paso. No tenía pomo, solo una mirilla oxidada.

Mercedes la examinó. Aplicó el oído contra la madera. Silencio. Luego, con cuidado, empujó.

La puerta se abrió hacia fuera, revelando una cortina de lluvia y el empedrado de una calle lateral. El aire frío de la noche les golpeó el rostro. Pero antes de que pudieran dar un paso, dos siluetas se recortaron contra la luz amarillenta de un farol de gas callejero.

Hombres con sobretodos. Manos dentro de los bolsillos. Esperando.

Bloqueando la única salida.

Mercedes retrocedió de un salto, tirando de Julián consigo. La puerta se cerró de golpe. Los pasos resonaron en el empedrado, acercándose a la puerta.

—¡Abajo! —susurró ella, empujándolo hacia la escalera.

Bajaron a trompicones. En el pasillo inferior, Mercedes no se dirigió hacia la puerta que daba a los andenes. En su lugar, corrió hacia el túnel oscuro de la derecha, el que antes había rechazado. Julián la siguió, el dolor en su cabeza palpitando con cada paso. El sonido del goteo se hizo más fuerte, el aire más frío y fétido. Tras una curva, una reja oxidada bloqueaba el paso. Mercedes la agarró y tiró con todas sus fuerzas. Con un chirrido de protesta, cedió lo suficiente para que pudieran pasar.

Entraron en una cámara baja, el suelo cubierto de agua estancada. El aire olía a alcantarilla. Una vela clavada en una botella vacía sobre

un barril podrido proyectaba sombras danzantes sobre las paredes de piedra, donde las manchas de humedad se extendían como mapas de continentes desconocidos. El frío era un manto húmedo sobre los hombros.

Mercedes arrancó una tira del dobladillo de su falda con un tirón seco. La tela crujió. Con movimientos precisos, envolvió la cabeza de Julián, apretando el nudo sobre la sien izquierda donde la piel estaba hinchada y violácea. Sus dedos, aquellos mismos dedos que manejaban tipos de plomo, eran fríos y eficientes.

—Duele —masculló Julián, apretando los dientes.

—No te quejes. Podría haberte roto el cráneo.

Julián la observó mientras trabajaba. Sus ojos negros, intensos, no se apartaban de la tarea. El moño tenso de su cabello oscuro se había deshecho parcialmente, dejando mechones sueltos que enmarcaban un rostro tallado en concentración pétrea.

—¿Por qué? —preguntó, la voz aún pastosa.

—¿Por qué qué?

—Arriesgarte. Quedarte atrás. Seguirme.

Mercedes terminó el vendaje. Se sentó sobre un cajón de madera podrida, frente a él. De la bolsa de tela que llevaba colgada al hombro sacó un objeto. Lo sostuvo a la luz parpadeante de la vela.

Era el puño americano de hierro fundido. El metal mate reflejaba la llama en puntos opacos.

—Lo recogí del andén —dijo—. Antes de que los hombres del farol llegaran.

Julián lo miró. Reconoció la forma tosca, los orificios para los dedos. Un escalofrío que no tenía que ver con el frío le recorrió la columna.

—Tiene sangre —añadió Mercedes. Giró el objeto—. Aquí, en el lado derecho. Donde la mano lo habría sujetado, no donde golpea.

Julián extendió la suya. Ella depositó el puño en su palma. Pesaba más de lo esperado. Frío como un trozo de tumba. En la cara interna, junto al borde que habría quedado contra la palma de Valerio, una mancha oscura, casi negra a la luz de la vela, se había secado en surcos irregulares. No era su sangre. La herida en su sien era un golpe limpio, contundente; esta salpicadura era de impacto, de un hueso que se rompe contra algo, o de un rostro que estalla.

—Pudo usarlo contra ellos —susurró Julián, las palabras formándose lentamente en su mente entumecida—. Después de dejarme aquí. Para ganar tiempo.

—O para simular una lucha —corrigió Mercedes—. Para que su historia fuera creíble.

Afuera, en el pasillo, resonaron pasos. Pesados, no intentando disimular. Voces apagadas, masculinas. Ambos se quedaron inmóviles, la respiración suspendida. La vela parpadeó violentamente, amenazando con apagarse.

Los pasos no se dirigieron a la reja. Pasaron de largo, alejándose por el túnel.

Mercedes exhaló, un suspiro apenas audible.

—No podemos quedarnos —dijo, recuperando el puño americano y guardándolo—. Saben que estás herido. Buscarán en todos los escondites.

Julián asintió. Con mano temblorosa, palpó el chaleco bajo la capa. El bolsillo interior. El papel doblado crujió, firme y real. El facsímil. La prueba.

—El baúl de Bruno —dijo—. Dijiste que sabían dónde estaba.

—Sí. Pero no lo tienen aún. Bruno era paranoico. Lo enterró bajo las losas del patio de una taberna que ya no existe. Solo me dio pistas, no la ubicación exacta. —Se levantó, restregándose los muslos con las palmas—. Si vamos allí primero…

—Es una trampa obvia.

—Lo sé. Pero es la única prueba que queda que conecta al Duque con el cuadro. La factura falsa. Sin ella, tu palabra y ese dibujo son solo… papel.

Desde la oscuridad del túnel más allá de la reja llegó un sonido: el golpe metálico de una tapa de alcantarilla al cerrarse, pero esta vez cercano, deliberado. La vela se apagó de golpe, sumiéndolos en una oscuridad absoluta, densa, cargada del olor a agua estancada y miedo.

CAPÍTULO 12: ÓRDENES DE UN HOMBRE CANSADO

La lluvia había cesado, dejando un frío que calaba los huesos. Valerio Mora apoyó una mano en la jamba de piedra del cuartel, el peso del cuerpo desplazado sobre la pierna sana. La rodilla herida latía bajo el pantalón, un dolor sordo y persistente que le recordaba cada paso del camino desde la estación.

Dos guardias flanqueaban la entrada, sus sombras alargadas por el farol de gas que colgaba sobre el portal. Reconocieron el rostro de Valerio, pero sus miradas se detuvieron en su postura, en el barro seco en los bajos del sobretodo, en la tensión que no lograba disimular en la mandíbula.

—El comandante Gorostiza lo espera —dijo uno, voz neutra. No era una bienvenida.

Valerio asintió, pasando entre ellos sin una palabra. El interior olía a carbón húmedo, a cerrado, a sudor rancio de uniformes que no se aireaban. Las botas crujieron sobre el suelo de madera aceitada, un sonido que resonaba en el pasillo estrecho. Faroles de gas colgaban a intervalos regulares, proyectando círculos de luz amarillenta que no alcanzaban a disipar la oscuridad entre ellos.

Cada escalón hacia el primer piso fue una pequeña batalla. Agarró la barandilla de hierro, los nudillos blancos. El dolor se afiló, convirtiéndose en una punzada clara que le recorrió la pierna hasta

la cadera. Respiró por la nariz, contando los peldaños. Dieciséis. Al llegar al descansillo, se detuvo un instante, la frente fría contra la pared encalada.

Desde una oficina cercana llegó el murmullo de voces, el rasgueo de una pluma sobre papel. La rutina del aparato. Él ya no formaba parte de esa rutina. Había cruzado una línea en el andén de carga, con el golpe seco del hierro contra hueso. La sangre en su puño americano no era solo de Julián; era su propia mancha.

Ajustó el cuello de la chaqueta, pasó una mano por el cabello entrecano. El gesto era automático, de pulcritud castrense. Una máscara.

La puerta de roble macizo al final del pasillo estaba entreabierta. Una rendija de luz más brillante se colaba por el umbral. Detrás de ella, Gorostiza. El hombre que daba las órdenes que no aparecían en los registros, el que limpiaba los problemas del Duque.

Valerio se enderezó lo que pudo, ignorando el fuego en la articulación. Tomó aire, llenando los pulmones del aire cargado del pasillo. Luego, empujó la puerta y entró.

La oficina olía a puro rancio y a papel húmedo. La luz del gas, más brillante que en el pasillo, bailaba sobre la superficie pulida de un escritorio de caoba. Detrás, sentado en una butaca de cuero desgastado, el comandante Gorostiza no levantó la vista de los documentos que examinaba. Su perfil era el de un buitre: nariz ganchuda, piel cetrina pegada a los pómulos, una calva que brillaba bajo la lámpara.

Valerio cerró la puerta a sus espaldas. El tictac metódico de un reloj de pared marcó el silencio.

—Informe —dijo Gorostiza, sin mirarlo. La voz era seca, como papel de lija sobre madera.

—El objetivo fue localizado en las inmediaciones de la Estación del Norte. Se procedió al aislamiento y la neutralización temporal en un

andén de carga. —Las palabras salieron mecánicas, entrenadas. El dolor en la rodilla era un latido sordo que subía por la columna.

—¿Neutralización temporal? —Gorostiza dejó los papeles. Sus ojos, pequeños y vidriosos, se posaron por fin en Valerio. Reflejaban la llama del gas como dos puntos de ámbar muerto—. Los informes de los hombres en el terreno hablan de una fuga. De una mujer involucrada.

—Hubo interferencia no anticipada. Se perdió el rastro en los túneles de servicio. —Mantuvo la mirada fija en un punto sobre el hombro del comandante. La mentira le sabía a cobre en la lengua.

Gorostiza tomó un puro apagado del cenicero, lo encendió con una cerilla que raspó contra la mesa. Una voluta de humo azul se elevó, espesando el aire ya viciado.

—El Duque está impaciente. El restaurador ha visto demasiado. Ha conectado puntos que deberían permanecer separados. —Aspiró, soltó el humo lentamente—. Su utilidad como señuelo ha terminado.

El frío no vino del exterior. Se expandió desde el centro del pecho de Valerio, un hielo que le contrajo los músculos del estómago.

—¿Órdenes? —preguntó. Su propia voz le sonó ajena.

Gorostiza lo estudió a través del humo. Los segundos pasaron, marcados por el tictac implacable.

—Limpia el problema. Sin testigos. Sin rastro. —La frase era plana, administrativa. Como si hablara de archivar un expediente, no de borrar una vida—. El pintor calló. El falsificador calló. Este debe seguir el mismo camino.

Valerio asintió, una sola inclinación de cabeza. Notó, en un rincón de su mente que aún funcionaba con claridad glacial, que el comandante no había mencionado a la mujer. A Mercedes. Eso era nuevo. Eso venía de más arriba.

—¿Plazo? —dijo.

—Inmediato. Antes de que pueda intentar contactar a alguien con lo que cree saber. —Gorostiza desvió la mirada hacia los papeles, gesto de despido—. Informa cuando esté hecho.

—Sí, comandante.

Giró sobre los talones. El movimiento le retorció la pierna, una punzada aguda que le hizo apretar los dientes. Cruzó el umbral, cerró la puerta de roble. En el pasillo, la penumbra entre los faroles pareció más profunda.

Su mano derecha se hundió en el bolsillo de la chaqueta. Los dedos encontraron el metal frío y mate del puño americano. Lo palpó, sintiendo las aristas, el peso. La costra seca y áspera en la cara interna, donde su propio golpe había abierto la piel de la sien de Julián. No lo había devuelto al arsenal. Lo había guardado.

No era un arma. Era una cuenta pendiente.

Comenzó a cojear por el pasillo, alejándose de la luz de la oficina. Cada paso era un recordatorio. Del hueso contra el hierro. Del cuerpo desplomándose entre los vagones. Del silencio que siguió.

La obediencia, por primera vez en veinte años de servicio, le produjo un sabor a bilis en la garganta. No era solo la orden. Era el eco de otras órdenes. El pintor. El falsificador. Hombres cuyos nombres había tachado de listas, cuyos rostros se desdibujaban en su memoria, convertidos en expedientes cerrados. Había obedecido porque el mecanismo funcionaba: recibir la orden, ejecutarla, archivar el remordimiento. Pero el golpe en el andén había sido distinto. Había sentido la vibración en su puño, la fragilidad del cráneo bajo el hierro. Había visto los ojos de Julián perder el foco, no con el miedo de un traidor, sino con la confusión de un hombre que no entendía por qué le golpeaban. Y luego, la mujer apareciendo de la nada, arrastrándolo a la oscuridad. No había sido una ejecución limpia. Había sido un acto sucio, y la suciedad se le había pegado a las manos.

El aire del callejón era una sopa fría de humedad y orín. Valerio se dejó caer contra la pared de ladrillos, la piedra húmeda empapando la lana de su chaqueta. La respiración no le llegaba. No era el dolor de la rodilla, que latía con un ritmo sordo y familiar. Era algo más hondo, un ahogo que subía desde el estómago y le apretaba la garganta.

Cerró los ojos. No vio la oficina de Gorostiza. Vio el andén. El destello pálido de la linterna barriendo los vagones. La silueta de Julián desplomándose, el crujido seco y breve. El sonido le había llegado a través del hueso de su propio puño, una vibración áspera que aún sentía en los nudillos.

Sacó el arma del bolsillo. El hierro fundido pesaba como una piedra de tumba. Lo giró bajo la tenue luz que filtraba desde la calle. En la cara interna, la costra marrón oscura se había cuarteado. Su sangre, o la de Julián. O de ambos. No importaba. Era la marca de un punto de no retorno.

Un goteo constante caía de una cañería rota más arriba, perforando el silencio con una precisión de tortura. Tic. Tic. Tic.

"Limpia el problema."

Las palabras planas de Gorostiza flotaban en el aire envenenado del callejón. No era una orden. Era una sentencia. Y Valerio la había aceptado con un gesto de la cabeza, como había aceptado cientos antes. El mecanismo de la obediencia, engrasado por veinte años, había funcionado solo.

Pero algo se había roto dentro del mecanismo. La grieta no era nueva. Había comenzado con el falsificador, Bruno, un hombre que había suplicado por su familia antes de que la cuerda apagara su voz. Había continuado con el pintor, Pujol, cuyo único crimen fue replicar un cuadro con demasiada maestría. Valerio había justificado cada acto como un mal necesario para un orden mayor. Pero ¿qué orden? El que servía al Duque, un hombre que coleccionaba cuadros robados y eliminaba testigos con la misma avidez con que un

gourmet selecciona vinos. El restaurador era solo el siguiente. Y después de él, quizás la mujer. Y después… ¿quién más? La máquina no se detendría. Él era solo una pieza de ella, y las piezas también se desgastan y se rompen.

Abrió la mano. El puño americano descansaba en su palma, un pedazo de metal anodino que había decidido el curso de dos vidas. Lo había guardado. No por utilidad. Por testimonio.

Recordó la expresión del Duque en la ventana iluminada. La satisfacción clara, casi sonriente, al examinar el cuadro robado. No era la mirada de un estadista asegurando el orden. Era la de un coleccionista admirando una pieza rara, conseguida por medios sucios. Una pieza que incluía hombres como Pujol, como Bruno, como Julián. Como él mismo.

El sabor a bilis volvió, acre y caliente. No era solo asco. Era el reconocimiento final de su propia complicidad. Había sido un esbirro eficiente, un perro bien entrenado que nunca cuestionaba la mano que le daba de comer. Pero el golpe en la estación había despertado algo adormecido: el recuerdo de un joven que se alistó para servir a algo más grande que sí mismo, no para ser el verdugo de un coleccionista corrupto.

No. No lo haría.

La decisión no llegó como un relámpago, sino como el lento asentarse de un peso inmutable en el fondo de su ser. No mataría al restaurador. La obediencia se había agrietado, y por la grieta asomaba algo viejo y oxidado: el último resto de un honor que creía muerto. No era lealtad a Julián. Era lealtad a la verdad que el hombre llevaba cosida en el forro de su chaleco, una verdad que Valerio apenas comprendía pero que ya no podía permitir que borraran.

Pero desobedecer abiertamente era una sentencia de muerte rápida. Para él, y para Julián. Gorostiza no dudaría. Habría otros.

Tenía que encontrar una tercera vía. Completar la jugada empezada en el andén. Había dejado vivo al restaurador cuando pudo haberlo rematado. Había guardado el puño americano, la prueba de su violencia. Quizás, sin saberlo, ya había empezado a desertar.

Apretó el puño americano hasta que los nudillos blanquearon. Luego lo guardó de nuevo, el metal frío contra su costado. Se empujó de la pared, la rodilla protestando con un dolor agudo y nítido. Respiró hondo, llenando los pulmones del aire podrido del callejón.

Miró hacia el este, hacia donde sabía que estaba la fonda del León de Oro. No era un refugio, era una estación de paso. Pero era un punto en el mapa. Un lugar donde empezar.

Cojearía hasta allí. Encontraría al restaurador. Y le diría que la partida había cambiado. Que el cazador se había convertido en la pieza siguiente en la lista de eliminaciones.

Y si para salvar la prueba tenía que convertirse él mismo en el "problema" que Gorostiza debía limpiar, que así fuera.

El goteo de la cañería marcó su primer paso cojo hacia la boca del callejón. Luego otro. Cada uno, un martillazo en el ataúd de la vida que dejaba atrás.

CAPÍTULO 13: EL REY QUE LLEGA, EL GENERAL QUE MUERE

La luz de la vela en la botella vacía temblaba con cada latido que le martillaba la sien. Julián abrió los ojos. El techo bajo, encalado y manchado de humedad, se balanceaba. Un dolor agudo y sordo, como un clavo oxidado clavado en el cráneo, le anclaba al suelo de tierra fría. Intentó girar la cabeza y una oleada de náuseas le subió por la garganta, dejando un regusto metálico a sangre seca.

Mercedes estaba sentada en un cajón de madera podrida, de espaldas a él, inmóvil. Escuchaba. Su perfil recortado contra la llama era una línea tensa, alerta. Más allá, una escalera de hierro oxidado subía hacia una trampilla de madera reforzada con herrajes.

—¿Dónde…? —La voz le salió rota, un susurro áspero.

Ella no se volvió. —En el sótano del León de Oro. Llevas aquí menos de una hora.

Los recuerdos regresaron a trozos: el andén oscuro, el destello del metal, el golpe seco. La figura de ella arrastrándolo entre las sombras. El puño americano ensangrentado.

Intentó incorporarse apoyándose en un codo. El hombro protestó con un dolor punzante. El mundo giró. Respiró hondo, aspirando el olor a vino agrio, moho y su propio sudor frío.

—Arriba —murmuró Mercedes, inclinando ligeramente la cabeza—. Algo pasa.

Al principio, solo fue un rumor lejano, amortiguado por la tierra y la madera. Carreras apresuradas sobre adoquines. Un portazo. Luego, una voz, clara y estridente, atravesó la noche como un cuchillo.

—¡Atención, vecinos! ¡Por orden del Gobierno! ¡Se comunica el fallecimiento del excelentísimo señor don Juan Prim y Prats, presidente del Consejo de Ministros!

El pregonero. Su anuncio, repetido a lo lejos, fue seguido por un estallido de exclamaciones, gritos ahogados, el llanto agudo de una mujer. Más carreras. El sonido de cristales rotos.

Mercedes se levantó del cajón. Se acercó a la base de la escalera, una mano apoyada en el hierro frío.

—Lo han hecho público —dijo, sin emoción.

Julián cerró los ojos. El dolor en la cabeza palpitaba al ritmo de su propio pulso. No era solo el golpe. El tobillo, olvidado en la adrenalina del escape, comenzaba a hincharse y latir dentro de la bota. Era el entendimiento, frío y pesado, que se asentaba en su estómago. El secreto ya no lo era. La muerte del general ya no era una mancha oculta bajo un barniz, un plano escondido en un cuadro. Era un grito en la calle. Una herida abierta en el costado del país.

—Ya no es una conspiración —logró decir, la voz aún débil—. Es el caos.

—Es la cortina —corrigió ella, volviéndose por fin. Sus ojos negros reflejaban la llama danzante—. Ahora el ruido lo tapa todo. Las órdenes se darán en medio del alboroto. Las desapariciones, entre las noticias. Y el nuevo rey llegará a un país que ya sangra. Su trono se levantará sobre este tumulto.

Un golpe seco resonó arriba, en la puerta de la fonda. No el llamador, sino el impacto de unos nudillos o una culata contra la madera.

—¡Abran! ¡Policía! ¡En nombre del orden público!

Mercedes se convirtió en piedra bajo el techo de vigas podridas. Sus ojos negros no buscaban consuelo en Julián, sino que diseccionaban la estancia como quien prepara una carga de pólvora. Sus dedos contaban los segundos contra la costura de su falda. No había miedo; el miedo es para los que creen que tienen algo que perder. Ella solo estaba calculando el ángulo de la trampilla y el grosor del cráneo del guardia que golpeaba la puerta.

Los golpes se repitieron, más insistentes. Una voz autoritaria exigía entrada.

Ella alzó la mano hacia la vela. Un soplo seco, preciso.

La oscuridad los engulló de golpe, absoluta, tangible como una sustancia espesa. Julián contuvo la respiración. En la negrura, solo quedaron los golpes rítmicos contra la puerta, cada uno más cercano, más real, y el latido furioso del dolor en su cráneo, marcando los segundos que les quedaban de silencio.

La Calle de la Cruz hervía. Valerio se detuvo en la boca de un callejón, la mano apoyada en la pared fría y húmeda para aliviar el peso sobre la rodilla. Un nudo de gente se apiñaba frente a la fachada del León de Oro, sus siluetas agitadas recortadas contra la luz parpadeante de los faroles de gas, sacudidos por el viento o por los empujones. Voces se superponían, un fragor de indignación y miedo.

—¡Lo mataron a tiros, como a un perro! —¿Y el Rey que llega? ¿Qué dice el Saboyano? —¡Que venga a ver esto! ¡Que vea en qué país pone la corona! —Esto es un caos, un caos…

Valerio escupió un juramento seco. El anuncio público de la muerte de Prim había convertido la calle en un hervidero, y la proclamación

del duelo nacional era solo el preludo del verdadero cambio de poder. Su plan, ya frágil, se deshacía como papel mojado. No podía acercarse a la puerta sin ser visto, sin que alguien lo señalara como el hombre que cojeaba, el que buscaba algo en medio del alboroto.

Entre los cuerpos, distinguió los tricornios de dos guardias municipales. No estaban para dispersar, sino interrogando al dueño de la fonda en el umbral. El hombre, un tipo ancho con mandil, gesticulaba, negando con la cabeza. Uno de los guardias tomaba notas. No era una redada rutinaria. Era una pregunta específica.

El dolor en su rodilla era un latido sordo que ascendía por el muslo, un recordatorio de cada límite. Apretó los dientes y avanzó pegado a las fachadas, arrastrando la pierna. El olor de la multitud —sudor, humedad en la lana, estiércol de caballo— le llenó la nariz. Cada paso era un cálculo: dónde apoyar el pie, cómo disimular la cojera, cuánta sombra había entre un portal y el siguiente.

Llegó a un quicio profundo, a veinte pasos de la aglomeración. Desde allí, la vista era clara. La fonda estaba rodeada. Las ventanas del piso superior, oscuras. Los guardias no se iban. Y entonces lo vio.

No entre los uniformados, sino al otro lado de la calle, apoyado con estudiada naturalidad en el marco de una tienda cerrada. Un hombre con sobretodo gris, las manos en los bolsillos, la mirada no en el tumulto sino en los accesos laterales del edificio: la puerta del carruaje, el callejón de servicio, las rejas de un sótano. Escudriñaba con paciencia de cazador.

Era uno de ellos. El de la voz seca que había dado las órdenes en el andén de carga.

Valerio contuvo el impulso de retroceder. La sombra del quicio lo envolvía, pero el movimiento lo delataría. Permaneció inmóvil, convertido en otro fragmento de la oscuridad. El agente giró la cabeza lentamente, escaneando la fachada. Sus ojos pasaron por encima del callejón, se detuvieron un instante en la masa de gente, y continuaron.

No estaban registrando la fonda por el alboroto. Estaban allí porque Gorostiza ya había enviado a los suyos. La orden se estaba ejecutando, con o sin él. El León de Oro no era un refugio. Era una ratonera con el queso puesto.

Una punzada aguda le atravesó la rodilla, tan intensa que le hizo cerrar los ojos un segundo. Cuando los abrió, el hombre del sobretodo gris ya no estaba en su puesto. Se había fundido entre la multitud, un depredador avanzando contra corriente hacia el callejón de servicio. Buscando la entrada trasera.

Valerio apretó el puño americano en el bolsillo de su chaqueta, sintiendo las aristas del metal a través del paño. El tiempo, ese recurso que ya le escaseaba, acababa de evaporarse.

La oscuridad del sótano era absoluta, como si la vela hubiera sido absorbida por la piedra misma. Julián no veía su propia mano frente a la cara. Solo percibía el sonido de la respiración de Mercedes, un ritmo controlado y forzado a pocos centímetros de su oído, y el zumbido agudo que persistía en su cabeza tras el golpe. El dolor en la sien latía al compás de su pulso.

Arriba, los pasos resonaban sobre las tablas del piso principal. Eran pesados, metódicos. No el andar del dueño. Se abrían puertas, se arrastraban muebles. Una voz masculina, apagada por la distancia y la madera, formulaba preguntas secas. Otra voz, más anciana y temblorosa —la del posadero—, respondía con negativas.

—No hay nadie, se lo juro. El sótano lleva años clausurado.

Mercedes se movió. Su brazo rozó el de Julián en la tiniebla. El contacto fue breve, una señal. Sus dedos encontraron su muñeca y tiraron de él hacia un rincón. El aire cambió. El olor a vino agrio y moho se mezcló con otro más profundo: tierra húmeda, piedra fría, el aliento de la ciudad subterránea.

—Hay una salida —su voz era apenas un soplo caliente contra su mejilla—. Una galería de la antigua red de minas de agua. Comunica con las criptas de San Ginés.

Julián intentó tragar. La garganta le ardía.

—¿Una mina?

—Un agujero. Angosto. —Los dedos de ella apretaron su brazo—. Pero es eso o nos encuentran.

Un estruendo sacudió el techo. Alguien había volcado algo pesado. La voz del interrogador subió de tono, perdiendo la paciencia.

—No puedo —masculló Julián. El mareo le hizo tambalearse incluso quieto. La pared fría y rugosa a su espalda era lo único que lo sostenía—. Con la cabeza así… me quedaré atascado.

—Entonces morirás atascado. Pero morirás intentándolo. —No había consuelo en sus palabras, solo un pragmatismo afilado—. Palpa el suelo. A tu izquierda. Busca una losa diferente.

Obedeció. Se arrodilló, y una punzada le recorrió el hombro. Las yemas de los dedos exploraron losas irregulares, unidas por argamasa gastada. Polvo, migajas de algo que se deshizo al tacto. Más allá, la humedad era más palpable. Y allí: una junta más ancha, un borde ligeramente más elevado.

—Aquí.

Mercedes se arrodilló a su lado. Oyó el roce de sus ropas, el tintineo metálico de algo que sacaba de un bolsillo. Un clavo, quizás. Lo introdujo en la grieta y hizo palanca. La losa cedió un milímetro con un crujido sordo de piedra sobre piedra.

En ese instante, una rendija de luz amarillenta cortó la negrura del techo.

Una trampilla en el suelo de la cocina, justo sobre sus cabezas, se abría.

El haz de una linterna de aceite barrió el espacio, cegador tras la oscuridad total. Iluminó primero las vigas, luego bajó, buscando.

Barrió pilas de barriles vacíos, una carretilla rota. Se deslizó por el suelo, acercándose.

Julián contuvo el aliento. Mercedes se había quedado petrificada a su lado, una silueta agazapada junto a la losa semidesplazada. La luz avanzó, lamiendo el polvo a menos de un metro de sus pies.

Arriba, la voz del posadero, ahora estrangulada por el pánico:

—¡Les digo que no hay nada! ¡Es solo una bodega vieja!

El haz de luz se detuvo. Osciló. Luego, comenzó a retirarse, subiendo hacia la trampilla. La sombra volvía a engullirlos.

Pero antes de que la trampilla se cerrara, una botella vacía, olvidada junto al pie de Julián, rodó con un ruido cristalino sobre la piedra.

La luz se congeló. Luego, giró bruscamente, fijándose directamente en el rincón donde ellos se acurrucaban.

CAPÍTULO 14: REGRESO AL TALLER DEL DELITO

La luz los atravesó como un cuchillo.

—¡Aquí están! —gritó una voz desde la trampilla, seca y autoritaria.

Mercedes no pensó. Su cuerpo se tensó y empujó contra la losa con todo el peso de sus hombros. La piedra cedió con un chirrido de siglos, abriendo una brecha negra que exhaló un aliento frío y mohoso. El agujero era apenas más ancho que sus caderas.

—¡Dentro! —le escupió a Julián, empujándolo hacia la oscuridad.

El estruendo llegó antes que el dolor. Un fogonazo cegador iluminó el sótano, seguido por el trueno seco de un disparo en espacio cerrado. El sonido golpeó los tímpanos de Julián, un latigazo físico. La bala impactó en la jamba de piedra a un palmo de su cabeza, saltando esquirlas que le arañaron la mejilla.

El olor a pólvora quemada, acre y metálico, se mezcló con el moho.

Julián cayó más que se deslizó. La abertura lo engulló. Espacio angosto, paredes de piedra húmeda que le rozaron los hombros. Cayó sobre un suelo de tierra compacta, el impacto sacudiendo su tobillo lesionado. Un relámpago de dolor le subió por la pierna.

Arriba, Mercedes forcejeaba con la losa. Otro disparo. Ella se encogió, pero no retrocedió. Agarró el borde de piedra y se dejó

caer hacia el agujero, torciendo el cuerpo para pasar.

Una mano con guante negro apareció en el hueco, buscando a tientas. Agarró un puñado de la falda de Mercedes.

Ella pataleó hacia atrás, ciegamente. Su pie encontró una muñeca. Hubo un gruñido de dolor arriba. La mano se soltó.

Mercedes se desplomó en la galería, aterrizando junto a Julián. Jadeaba. En la penumbra que filtraba desde arriba, Julián vio sus ojos negros, desorbitados, fijos en la losa.

—¡Ayúdame! —gritó.

Julián se arrastró hacia ella. Su cabeza palpitaba, una campana de dolor que nublaba la visión. Juntos, empujaron el borde de la losa. La piedra comenzó a moverse, lenta, pesada como una lápida.

La mano con guante reapareció, más abajo ahora. Los dedos se aferraron al borde inferior, impidiendo el cierre.

—¡Empuja! —Mercedes apretó los dientes.

Julián apoyó la espalda contra la pared fría y empujó con las piernas. Los músculos de sus muslos temblaron. La losa se movió otro centímetro. La mano forcejeó, los nudillos blanquearon bajo el cuero.

Un gemido escapó de la abertura, ahogado, desesperado.

La losa cerró de golpe.

Un crujido huesudo, seco. Luego, silencio.

La oscuridad fue absoluta. Solo el sonido de su respiración agitada, el latido salvaje de la sangre en sus oídos. Un olor dulzón, denso, subió desde el suelo: tierra húmeda, raíces podridas, siglos de agua estancada.

Mercedes se desplomó contra la pared. Julián escuchó el roce de su falda contra la piedra, el jadeo entrecortado.

Arriba, golpes sordos contra la losa. Voces apagadas, furiosas. Pero la piedra no cedía.

Estaban dentro. Atrapados en otra clase de tumba.

La oscuridad era tinta espesa, un fluido negro que llenaba la garganta y los pulmones. Julián parpadeó, inútilmente. Solo percibía el roce de su propia respiración contra la piedra, el latido desordenado en sus sienes. Un zumbido agudo, persistente, ocupaba el espacio detrás de sus ojos.

Mercedes se movió a su lado. El sonido de su falda arrastrándose por el suelo fue un susurro áspero, amplificado por el túnel.

—No podemos quedarnos aquí —su voz era un rasguño en el silencio —. Se reagruparán. Buscarán otra entrada.

Julián asintió, un gesto que nadie vio. Apoyó una mano en la pared. La piedra estaba fría, viscosa de humedad, con una película de limo que se adhería a sus dedos. Empujó. Un dolor agudo le atravesó el tobillo al ponerse de pie, una descarga eléctrica que le hizo contener el aliento. Se apoyó con más fuerza en la pared, los nudillos blancos contra la oscuridad.

—¿Puedes caminar?

—No tengo opción —respondió él, las palabras saliendo entre dientes apretados.

Mercedes lo tomó del brazo. Su agarre era firme, seguro. Avanzaron a tientas, un paso, luego otro, arrastrando los pies por el suelo irregular. El túnel se estrechaba, los hombros de Julián rozaban la piedra a ambos lados. El aire era denso, cargado con el olor a tierra descompuesta y agua estancada, un aroma dulzón y podrido que se le pegaba al paladar. En algún lugar, lejos, el eco metálico de una gota de agua golpeando charco marcaba un ritmo lento, fúnebre.

Tras lo que pareció una eternidad, la presión en sus costados cedió. El espacio se abrió. Un soplo de aire, apenas una brisa, más fría, les

rozó la cara. Mercedes se detuvo.

—Un pozo de aire —susurró—. Antiguo.

Julián extendió la mano. Encontró vacío. Un hueco vertical que subía hacia la nada. Desde arriba, un tenue resplandor grisáceo, la luz fantasma de una farola de gas filtrándose por una reja lejana, iluminaba apenas el contorno de Mercedes. La vio sacar algo de un pliegue de su ropa. Un destello metálico, breve.

—¿Qué es eso?

—Lo que queda de Bruno —dijo ella, sin inflexión—. Su navaja. La recuperé del panadero.

La sostuvo en la pálida claridad. La hoja era corta, de un acero mate, con el mango de asta desgastado por el uso. Mercedes la cerró y la guardó.

—Escucha —continuó, su tono cambiando, volviéndose práctico, cortante—. Esto es una ratonera. Nos conocen a los dos juntos. Si seguimos así, nos cazan en la próxima esquina.

Julián sintió un nudo de frío en el estómago. Sabía lo que venía.

—Tenemos que separarnos.

—Es una locura.

—Es la única jugada —Mercedes se volvió hacia él. Sus ojos negros capturaron el escaso resplandor, dos puntos de obsidiana—. Yo conozco estas galerías. Puedo llegar a la imprenta por los túneles de servicio, los que usan los aguadores. Allí está la piedra litográfica con el facsímil. Es pesada, pero puedo moverla, esconderla. Pero necesito tiempo. Si me siguen, lo pierdo todo.

—Y yo —Julián tragó saliva—. Yo tengo que volver al taller.

—Sí. El fragmento del lienzo. El original. Lo que cortaste y escondiste. Sin eso, el facsímil es solo un dibujo bonito. Sin el

original, con la pintura de Pujol, no hay prueba. Pero el taller está vigilado. Sellado. Es una trampa obvia.

—Entonces encuentra otra forma. Eres restaurador —la voz de Mercedes era un filo—. Sabes cómo entran la luz y el aire en los edificios viejos. Encuentra una grieta. Pero escucha: si el lugar huele a trampa, no entres. El fragmento no sirve de nada si te atrapan con él.

Arriba, un golpe sordo resonó a través de la piedra. Lejano, pero inequívoco. Alguien buscaba otra manera de bajar.

—No hay tiempo para discutir —Mercedes señaló hacia un costado del pozo de aire. Julián distinguió, adosada a la pared, una escalera de hierro oxidado. Los peldaños ascendían en la penumbra, desapareciendo en una bóveda más oscura—. Esa sube a una trampilla. Sale a las caballerizas traseras de San Ginés. De allí al Prado en media hora, si tienes suerte y si esa pierna te aguanta.

Julián miró la escalera. El hierro estaba cubierto de una costra naranja y negra, mohosa. Parecía débil, traicionera.

—¿Y tú? ¿Cómo sales?

—Por donde vine —Mercedes esbozó algo que no era una sonrisa—. Tengo mis pasadizos. Pero si me siguen, los llevaré por un paseo largo. Los distraeré. Esa es la otra razón para separarnos: dividir su atención. Nos encontramos en… —dudó, calculando—. En la fuente de los Galápagos, en el Retiro. Al amanecer. Si uno no llega, el otro sigue solo.

—Mercedes…

—No —cortó ella, secamente—. No hay despedidas. Solo hay cosas que hacer. Ve.

Le dio un leve empujón hacia la escalera. Julián asintió, una vez más. Tomó el primer peldaño. El metal crujió bajo su peso, un

quejido oxidado que reverberó en el pozo. Contuvo la respiración. Nada se movió.

Empezó a subir, lento, agarrándose con fuerza a los barrotes fríos. Cada elevación del pie herido era una puñalada. Miró hacia abajo, una última vez.

Mercedes ya no estaba. La penumbra del pozo de aire estaba vacía, solo habitada por el eco lejano de otra gota de agua. Un último susurro de tela, apenas audible, y luego nada. Se había desvanecido en los intestinos de piedra de la ciudad, como un fantasma.

Julián apretó la mandíbula y continuó ascendiendo. La escalera gemía con cada movimiento, un lamento metálico que parecía anunciar su ascenso a cualquier oído atento en la oscuridad.

La media hora se convirtió en una hora y media de cojera tortuosa por calles desiertas. Julián avanzaba pegado a las fachadas, deteniéndose en cada bocacalle para escuchar. El dolor del tobillo era un latido sordo que ascendía por la pierna; el de la cabeza, una presión constante detrás de los ojos vidriosos. El aire nocturno olía a humedad y estiércol de caballo. En la plaza de Neptuno, una patrulla municipal pasó a veinte pasos, las linternas barriendo los adoquines. Se aplastó contra la base de la fuente, la piedra fría mordiendo su espalda a través de la ropa. Los pasos se alejaron.

El Museo del Prado se alzaba como un acantilado de piedra contra el cielo estrellado. Las ventanas eran ojos ciegos. Dio un rodeo por el Jardín Botánico, arrastrando los pies entre arbustos secos. La puerta de carbón seguía medio oculta por la enredadera muerta. Sacó el gancho de alambre del bolsillo del chaleco. Los dedos, entumecidos por el frío, tardaron tres intentos en hacer girar la cerradura oxidada. Un chasquido seco. Empujó. La madera cedió con un gemido de bisagra hambrienta.

El pasillo de servicio estaba en tinieblas absolutas. Avanzó a tientas, la mano rozando la pared encalada. Conocía cada centímetro. El olor a cera de abejas envejecida y polvo seco era familiar, pero ahora

había algo más: un rastro acre, a sudor ajeno y a ansiedad seca. Llegó a la puerta de su taller. Al tacto, encontró no el picaporte habitual, sino la fría geometría de un candado nuevo. Y algo más: una cinta de papel grueso, pegada de jamba a jamba, sellada con lacre. No necesitó luz para saber lo que decía.

El gancho de alambre chirrió contra el mecanismo interno. Forzó, con la oreja pegada al metal. Un clic. Otro. El candado se abrió en sus manos. Arrancó la cinta; el lacre se deshizo en migajas. Empujó la puerta.

El aire que lo recibió era una bofetada. El olor a trementina y aceite de linaza estaba ahí, pero enmascarado por otro más violento: a polvo revuelto, a madera raspada, a la huella ácida del miedo de otro. No encendió la vela que llevaba. La luna, filtrándose por el alto ventanal del patio, bastaba.

Su taller era un cadáver eviscerado. Los cajones de la mesa de trabajo yacían en el suelo, vacíos, sus contenidos —bisturíes, pinceles, frascos de pigmento— esparcidos como vísceras. Los armarios estaban abiertos de par en par, las puertas colgando de los goznes. Habían registrado hasta el tarro de trementina, cuyo contenido formaba un charco oscuro y pegajoso en el suelo. Pero no habían sido torpes. Habían sido meticulosos. Sistemáticos.

Julián ignoró el caos. Cruzó la habitación con paso renqueante, esquivando los objetos desparramados. Se detuvo frente al estante alto, junto a la ventana. Veinte frascos de vidrio idénticos, etiquetados a mano, alineados en perfecto orden. Barniz de almáciga. Barniz damar. Resina de copal. Aceite de linaza refinado. Sus ojos recorrieron las etiquetas. Se detuvieron en la quinta desde la izquierda: “Barniz de retoque, lote #7, 1869”.

Lo tomó. El frasco pesaba lo mismo que los demás. Lo destapó. El olor era correcto: almáciga y aguarrás. Introdujo dos dedos, evitando el líquido ámbar, y palpó el fondo. Allí, pegado con cera al vidrio, estaba el pequeño triángulo de lienzo. Lo despegó con cuidado. Flotó un instante en el barniz antes de que lo pescara con

las pinzas que siempre guardaba en el bolsillo del delantal, colgado en su percha.

Lo depositó sobre un trozo de papel secante blanco. A la luz de la luna, las líneas dibujadas con tinta ferrosa eran apenas visibles: el trazo de un callejón, el círculo de un farol, la cruz minúscula que marcaba el lugar. El plano de la Calle del Turco. El original, cortado del cuadro antes de que el Notario se lo llevara. La prueba que no podían haber encontrado porque no sabían que existía.

Lo envolvió en el papel, luego en un sobre de papel resistente que sacó de entre las páginas de un manual de restauración que yacía en el suelo. Lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta, contra el pecho.

Un crujido.

Se quedó inmóvil. No había sido el gemido de la madera del edificio. Era un sonido seco, deliberado, en el pasillo. El roce de una suela contra el mármol.

Apagó la vela que ni siquiera había encendido. Se deslizó hacia la pared, fundiéndose con la sombra de un armario volcado.

La puerta del taller se abrió lentamente. No hubo luz de linterna. Solo la silueta de un hombre recortada contra la tenue claridad del pasillo. Alto, con la línea recta de un sobretodo oscuro. El hombre entró sin prisa, como si conociera el espacio. Sus ojos escudriñaron la oscuridad, se ajustaron. Se detuvieron en el estante de los barnices. Luego se deslizaron directamente hacia el rincón donde Julián aguantaba la respiración.

—Pensé que volverías por tu juguete —dijo la voz. Era seca, sin inflexión, la misma que había dado órdenes en la fonda.

Era el hombre del sobretodo gris.

CAPÍTULO 15: LA IMPRENTA DE LA VERDAD

La silueta avanzó un paso. La luz del pasillo dibujó su perfil: quijada cuadrada, bigote recortado, ojos que escudriñaban la oscuridad con la precisión de quien ha cazado en tinieblas antes. El olor a trementina derramada se espesó en el aire.

—El Notario quiere el fragmento —dijo el hombre—. Y la copia que hiciste.

Julián no respondió. Su mano derecha buscó el borde del estante a su espalda. Los dedos rozaron los frascos de barniz, los pomos de disolvente. Conocía cada centímetro de ese taller en la negrura.

—No tienes salida. Hay otro en el pasillo de servicio. La puerta principal está vigilada.

El agente dio otro paso. Sus botas crujieron sobre vidrio molido de un frasco roto.

Julián calculó distancias. Tres metros hasta la puerta. Dos hasta la mesa donde estaban los cuchillos de restauración. Su tobillo protestó con un latido sordo al cambiar el peso.

—Podría matarte aquí —continuó la voz—. Un accidente. Caída entre herramientas. Nadie preguntaría.

La mano de Julián cerró sobre un frasco. No el que buscaba. Aceite de linaza. Pesado, de boca ancha.

—Pero el Notario prefiere limpieza. Ven conmigo. Quizá te dejen respirar un día más.

—Como a Pujol —dijo Julián. Su voz sonó ronca, ajena.

Un silencio breve. El hombre del sobretodo gris sonrió; Julián lo sintió más que lo vio.

—Exacto.

Julián arrojó el frasco. No hacia el hombre, sino al suelo, a un palmo de sus pies. El cristal estalló contra las tablas. El aceite espeso salpicó en un charco oscuro y resbaladizo.

El agente retrocedió instintivamente. Su pie derecho patinó.

Julián ya se movía. No hacia la puerta, sino hacia el rincón del armario volcado. Su mano encontró lo que buscaba: la lata de trementina medio vacía, la que había rodado durante el registro. La levantó, destapó el tapón de rosca con un giro rápido.

El hombre recuperó el equilibrio. Sacó algo de su sobretodo. Metal que brilló tenuemente.

—Basta.

Julián inclinó la lata. La trementina fluyó en un hilo transparente, formando un arco desde su posición hasta el charco de aceite. El olor acre llenó la garganta.

—¿Qué haces?

—Quemar la verdad —dijo Julián.

Sacó de su bolsillo la caja de cerillas que siempre llevaba para probar barnices. Una sola quedaba. La rasgó contra la pared.

La llama nació pequeña, anaranjada, temblorosa.

El hombre del sobretodo gris comprendió. Avanzó, pero demasiado tarde.

Julián dejó caer la cerilla sobre el rastro de trementina.

El fuego no estalló. Corrió. Una serpiente azulada y silbante que recorrió el hilo líquido en un segundo. Alcanzó el charco de aceite.

El aceite prendió con un *whoomp* bajo y profundo. Llamas amarillas se alzaron hasta la rodilla, iluminando bruscamente el taller desordenado, las sombras danzantes, la cara del agente contraída en una mueca de furia.

El calor golpeó a Julián en la cara. Retrocedió, protegiéndose los ojos con el brazo.

El hombre del sobretodo gris maldijo, apartándose de las llamas que bloqueaban su camino directo. Sacó un pañuelo, se lo cubrió la boca.

Julián ya giraba hacia la pared del fondo, donde el armario alto estaba derribado. Empujó el mueble con el hombro, ignorando el dolor punzante. La madera chirrió contra el suelo.

Detrás, donde el armario había estado, había una puerta baja y estrecha, pintada del mismo color que la pared. La puerta de carbón, la de los proveedores al Jardín Botánico, que él mismo había sellado con clavos hacía años tras una infiltración de ratas.

Los clavos estaban oxidados. Tomó un formón del suelo, lo encajó bajo la cabeza de uno. Apretó. La madera cedió con un quejido.

—¡Alto! —rugió el agente desde detrás de las llamas. Estaba rodeándolas, pisando con cuidado los escombros.

El segundo clavo saltó. El tercero.

Una mano cerró sobre su hombro desde atrás. Fuerte como una tenaza.

Julián se giró con el formón aún en la mano. No golpeó. Empujó hacia atrás, clavando el mango en el estómago del hombre.

El agente soltó un bufido de aire. Su agarre se aflojó.

Julián dio una patada a la puerta, justo junto al picaporte. La madera, hinchada por la humedad, cedió con un crujido seco. La puerta se abrió hacia la oscuridad absoluta, hacia el olor a tierra húmeda y vegetación podrida.

Se lanzó al vacío.

Cayó más de lo esperado. Un metro, quizá dos. Sus pies golpearon tierra blanda. El impacto resonó en su tobillo como una descarga eléctrica. Contuvo un grito.

Arriba, en el marco de la puerta iluminado por el fuego que crecía, la silueta del hombre del sobretodo gris apareció. Se inclinó, buscándolo.

Julián gateó hacia adelante, ciego. Sus manos encontraron raíces, piedras, la base húmeda de un seto. El Jardín Botánico de noche. Un laberinto de sombras.

Oyó al agente saltar detrás de él. Un aterrizaje más limpio, seguido de pasos rápidos.

No miró atrás. Se arrastró bajo el seto, rompiendo ramas con el cuerpo, sintiendo las espinas desgarrar su chaqueta. Emergió al otro lado, a un sendero de grava.

Se levantó cojeando. Corrió, o lo que su tobillo permitía: una carrera desigual, tambaleante, cada paso una puñalada.

Detrás, los pasos lo perseguían. Más rápidos. Más cercanos.

El Jardín era un mar de negrura recortado contra el cielo menos oscuro de Madrid. A su izquierda, las formas fantasmales de los invernaderos. A su derecha, el muro que lo separaba del Paseo del Prado.

No hacia allí. Allí habría más vigilantes.

Giró hacia los macizos de plantas, hacia la espesura donde los senderos se perdían. Se adentró en la sombra de un árbol enorme,

apoyó la espalda contra el tronco rugoso. Jadeaba. El corazón le martillaba las sienes.

Los pasos se detuvieron a veinte metros. Grava crujiendo bajo zapatos que giraban lentamente, escuchando.

Julián contuvo la respiración. El sobre con el fragmento del lienzo le quemaba el pecho a través de la tela.

El hombre del sobretodo gris no gritó. No llamó refuerzos. Solo esperó en el silencio, como un depredador que sabe que la presa herida no llegará lejos.

Julián deslizó la mano dentro de su chaqueta. Tocó el sobre, luego el otro bolsillo. El facsímil del plano, el papel con la dirección de la imprenta. Todo allí.

Miró hacia el este, donde el cielo empezaba a aclararse con un tinte de pizarra. El amanecer no estaba lejos.

La fuente de los Galápagos. Mercedes.

Empujándose del árbol, se sumergió de nuevo en las sombras, cojeando hacia la salida trasera del jardín, hacia el Retiro, hacia la cita que quizá ya fuera una trampa.

El aire en el túnel olía a raíces podridas y piedra húmeda. Mercedes avanzaba a tientas, la palma de la mano izquierda rozando la pared fría y viscosa. En la derecha, la navaja de Bruno. El mango de asta desgastado era una promesa y una condena a la vez.

Llegó al bloque de tierra giratorio que ocultaba la entrada a la bodega. Escuchó. Solo el goteo lejano de agua en la galería. Empujó. La tierra cedió con un crujido sordo.

La bodega bajo el patio era una tumba de aire quieto. Subió los peldaños tallados en la tierra, empujó la trampilla de madera podrida. El olor cambió: tinta de imprenta, aceite de máquinas, polvo de papel. El olor de su refugio.

La imprenta estaba intacta.

Mercedes recorrió la habitación larga y baja con la mirada. Las prensas de hierro fundido, una de pedal, proyectaban sombras monstruosas bajo la luz del quinqué que había dejado encendido. Los cajones con tipos móviles de plomo estaban en su sitio. La mesa donde Julián había dibujado el facsímil, vacía.

Se acercó a la pared trasera. Deslizó la mano entre dos vigas ennegrecidas, encontró el hueco. La piedra litográfica estaba allí, fría y pesada. La sacó, la colocó sobre la mesa con un golpe seco que resonó en el silencio. El tictac del reloj de pared marcaba el tiempo con precisión implacable. —Bien —murmuró para sí misma. Sus dedos recorrieron la superficie lisa de la losa. Allí estaba, invertido, el plano que Julián había dibujado. La Calle del Turco, el callejón, la cruz. Una prueba que ahora pesaba más que el plomo de los tipos.

Encendió la lámpara de trabajo. La luz amarillenta bañó la piedra, haciendo brillar las líneas de tinta grasa. Preparó la prensa con movimientos automáticos, años de oficio. Rodillo, tinta, papel húmedo. Cada gesto era un ritual contra el miedo.

Bruno había hecho gestos así. Y lo habían capturado.

Mercedes detuvo el rodillo en el aire. Escuchó. El edificio crujía, como siempre. Un carro lejano en la Calle de los Mancebos. El viento en los tejados.

Pero algo.

Un sonido distinto. No un crujido de la madera vieja. No el arrastre de un gato. Un golpe sordo, amortiguado, como un hombro contra una puerta.

Vino de la calle.

Dejó el rodillo sobre la mesa. Apagó la lámpara de trabajo. La habitación se sumió en la penumbra, iluminada solo por el quinqué

colgado. Las sombras de las prensas se alargaron, convirtiéndose en jaulas.

Caminó hacia la ventana del entresuelo, pisando solo donde sabía que el suelo no crujiría. Se pegó al lateral del marco, sin asomarse. Esperó.

El golpe se repitió. Esta vez más claro. No en la puerta principal de la calle del Oso. En la puerta trasera, la que daba al patio. La que solo conocían los de la red.

Mercedes deslizó la mano al bolsillo del delantal. La navaja de Bruno. Abrió la hoja corta de acero mate sin hacer ruido.

Abajo, en el patio, alguien intentaba entrar. Y no había dado la contraseña.

La navaja de Bruno se clavó en la palma de su mano con un temblor apenas perceptible. Mercedes no respiró. Escuchó.

Un jadeo ahogado, un sonido de sorpresa y dolor contenido. Luego, una voz ronca, forzada, que intentaba articular algo entre dientes apretados.

—Lampista… —masculló la voz desde el otro lado de la madera—. De parte… del maldito lampista.

Mercedes retiró la hoja. La sangre, oscura y espesa, brilló en el acero mate a la luz del quinqué. Descorrió el cerrojo con la mano libre.

Julián se desplomó contra el marco, sosteniéndose con un brazo. Su rostro era una máscara de barro seco, sudor y una palidez de cera. El cabello castaño, pegado a la frente por el esfuerzo, revelaba más canas de las que ella recordaba. Sus ojos verdes, siempre vidriosos por la fatiga, ahora tenían el brillo fijo del agotamiento extremo. Jadeaba, y cada inhalación era un esfuerzo visible que levantaba sus hombros. Se agarraba el costado, justo donde el chaleco estaba desgarrado y manchado.

—La puerta principal… vigilada —logró decir entre respiraciones cortas—. Tuve que rodear… por los tejados del patio.

Mercedes lo agarró del brazo y lo arrastró dentro, cerrando la puerta tras de sí y volviendo a echar el cerrojo. Lo guio hacia una silla junto a la prensa. Él se dejó caer con un gruñido, inclinándose hacia delante, los codos sobre las rodillas.

—Tu tobillo —dijo ella, observando la forma antinatural en que mantenía el pie izquierdo alejado del suelo.

—Importa menos que esto —Julián sacó algo del bolsillo interior de su chaqueta, contra el pecho. Un frasco pequeño de vidrio opaco. Lo depositó con cuidado sobre la mesa, junto a la piedra litográfica. Dentro, Un fragmento de lienzo doblado. Mercedes tomó el frasco. Lo destapó. El olor acre del barniz de retoque llenó el espacio entre ellos, mezclándose con el aroma de tinta y papel húmedo. Con unas pinzas que tenía al lado, extrajo el fragmento. Lo desplegó sobre la superficie de la piedra, al lado del facsímil que ella había preparado.

Las líneas coincidieron.

No era una aproximación. Era una continuación perfecta. La tinta ferrosa del original, aplicada por la mano de Pujol, se unía sin solución de continuidad a las líneas de tinta grasa que Julián había dibujado y ella había transferido a la piedra. El callejón, el farol, la zanja. Y en el centro, donde ambos fragmentos se encontraban, la cruz. La marca del lugar exacto.

Ninguno de los dos habló. El silencio era físico, un peso compartido.

Julián se enderezó con dificultad, apoyando una mano en la mesa. Con la otra, señaló el facsímil.

—Hay que unirlos. Una sola imagen. Ampliada. Clara.

Mercedes asintió. Ya había preparado la prensa. Tomó un pincel fino y una aguja de grabar. Con movimientos precisos, casi quirúrgicos, transfirió las líneas del fragmento original a la piedra, conectándolas

con el dibujo existente. Cada trazo era un acto de reconstrucción. Cada línea, una prueba que resucitaba.

Julián observaba, inmóvil excepto por el temblor de fatiga en sus manos, que se aferraban al borde de la mesa. Su respiración se fue calmando, sincronizándose con el ritmo metódico de su trabajo.

Cuando terminó, Mercedes humedeció una hoja de papel de estraza de gran tamaño en la cubeta de agua. La colocó sobre la piedra. Tomó el rodillo, lo pasó por la tinta negra y espesa, y aplicó una capa uniforme sobre la superficie grabada. El chirrido del rodillo sobre la piedra llenó la habitación.

Colocó el papel húmedo. Accionó la palanca de la prensa de hierro. Un gemido metálico, un crujido de presión. La palanca bajó, aplicando toneladas de fuerza sobre la piedra y el papel.

Mercedes la levantó. Con dedos que no temblaban, despegó el papel.

La imagen emergió, húmeda y brillante.

El plano completo de la Calle del Turco ocupaba ahora casi toda la hoja. Las líneas eran nítidas, duras, implacables. No era un croquis artístico. Era un diagrama técnico. Un plano de asesinato. La calzada, el callejón de escape, la posición de los faroles que dejarían el carruaje a oscuras en el momento preciso, la zanja de reparación que impediría una huida rápida. Y en el centro, la cruz. Un punto negro, pequeño y perfecto, que marcaba el lugar donde la historia de España se había quebrado.

Julián extendió la mano y tocó el papel, cerca de la cruz. La tinta aún estaba fresca.

—Es la prueba —dijo, su voz apenas un hilo de sonido—. No de quién. De cómo.

Mercedes miró el plano, luego a él. En sus ojos negros, intensos, no había triunfo. Había una comprensión sombría, un reconocimiento

del abismo que acababan de cartografiar.

—Mira —dijo Julián, su dedo siguiendo una línea que se curvaba desde la cruz hacia un edificio marcado con un pequeño rectángulo —. El ángulo. No es solo el lugar del disparo. Es la trayectoria. Desde esa ventana del segundo piso, la bala atravesaría la ventanilla del carruaje en el momento exacto en que pasara por la cruz. Y aquí — su dedo saltó a la zanja—, esto no es una reparación casual. Está calculada. La profundidad, la inclinación… atascaría una rueda, retrasaría la huida unos segundos cruciales. Todo está medido.

Mercedes inclinó la cabeza, estudiando los detalles que ahora, ampliados, adquirían un significado siniestro.

—Es un mecanismo —murmuró—. Un mecanismo de relojería hecho de calle y piedra.

—Sí. Y quien lo diseñó conocía cada piedra de esta calle. Los horarios de los faroleros. Los hábitos del General. Los tiempos de la ciudad.

Julián tomó el papel con ambas manos, levantándolo hacia la luz del quinqué. La tinta negra parecía absorber la luz.

—Esto no es la obra de un fanático. Es la obra de un técnico. Un arquitecto de la muerte.

Un crujido seco, como una rama quebrada bajo una bota, resonó arriba. No provenía de la puerta trasera del patio. Venía del interior del edificio. De las escaleras de madera que subían desde el portal de la calle del Oso.

Alguien ya había forzado la entrada principal. Y ahora bajaba.

CAPÍTULO 16: EL PACTO EN EL SÓTANO

Los pasos se detuvieron justo al otro lado de la puerta. Un golpe sordo, como un nudillo contra la madera maciza, resonó en la habitación.

Julián apretó el mango de un cuchillo de buril. El metal frío le mordió la palma. A su lado, la mujer agarró una barra de plomo de los tipos móviles. Su respiración era un hilo tenso en el aire cargado de tinta y aceite.

—De parte del lampista —dijo una voz desde el pasillo. Era gutural, gastada, como si la garganta estuviera llena de polvo de ladrillo.

Mercedes no movió un músculo. Sus ojos oscuros clavados en la puerta.

—Un nombre —exigió, el tono bajo pero cortante.

Un silencio. Luego, la misma voz, más cerca.

—Valerio Mora. Y vengo sin la Lefaucheux en la mano.

Julián sintió un espasmo en el estómago. Reconocía ese timbre. Era el hombre del andén, el que lo había golpeado y dejado inconsciente. El que lo había perseguido desde el museo. Intercambió una mirada con Mercedes. En sus pupilas negras vio la misma pregunta desgarrada: ¿trampa o tregua?

Ella deslizó el pestillo. El hierro oxidado chirrió, un sonido que pareció rasgar el silencio.

La puerta se abrió hacia dentro.

Valerio Mora estaba apoyado contra el marco, una mano en el quicio para sostenerse. Cojeaba visiblemente, el peso cargado sobre la pierna izquierda. No llevaba el arma desenfundada, pero la funda de la Lefaucheux sobresalía bajo la chaqueta. Su rostro estaba pálido, surcado por sudor frío que brillaba a la luz del quinqué. Esos ojos grises, fragmentos de hielo sucio, barrieron la estancia con rapidez profesional: la prensa, las mesas, a Julián con el cuchillo, a Mercedes con la barra de plomo.

Se detuvieron en el papel extendido sobre la piedra litográfica. En el plano ampliado de la Calle del Turco, con su cruz negra y sus líneas precisas.

—Así que eso es —murmuró. No era una pregunta.

Avanzó un paso, renqueando. El dolor le crispó la mandíbula. Se detuvo a dos metros de ellos, las manos visibles y vacías a los costados.

—Gorostiza ha enviado a otros —dijo, sin preámbulos—. Llegarán antes de que amanezca. No soy yo a quien deben temer ahora.

Valerio levantó las manos, palmas hacia adelante. Los nudillos mostraban cortes recientes, costras de sangre seca.

—Vengo a hacer preguntas —declaró, la voz ronca por el esfuerzo de mantenerse en pie—. No a cumplir órdenes.

Julián no bajó el cuchillo. La hoja temblaba levemente en su puño.

—Me dejaste inconsciente en el andén.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque si te capturaban vivo, te sacaban todo antes de matarte. —Valerio apoyó el hombro contra el marco, aliviando la pierna—. El golpe fue rápido. Dolería menos que lo que tenían preparado.

Mercedes no apartaba la barra de plomo de su línea de visión.

—Y ahora ¿qué? ¿Cambiaste de amo?

—Gorostiza dio la orden de eliminación total. Sin testigos, sin rastro. —Los ojos grises se clavaron en Julián—. Tu utilidad como señuelo terminó. Te dejaron correr para que nos guiaras hasta la prueba. Hasta esto.

Su mirada volvió al papel sobre la piedra.

—¿Por qué desobedecer ahora? —preguntó Mercedes, fría como el metal que sostenía.

Valerio señaló su rodilla con un gesto brusco.

—Porque ya no puedo correr. Y porque ese plano… —Hizo una pausa, tragando saliva—. Es la razón por la que mataron a un general. No a un político. A un soldado.

La luz del quinqué parpadeó. La sombra del reloj de pared avanzó otro minuto sobre las vigas ennegrecidas. Olía a sudor agrio y a la tinta metálica que aún impregnaba el aire.

—Exijo saber qué es —dijo Valerio, y por primera vez su voz no era una orden, sino una petición.

Julián miró a Mercedes. Ella dio un leve movimiento de cabeza, casi imperceptible. Una tregua, no una rendición.

Con la mano izquierda, el restaurador tomó el borde del papel impreso. Lo despegó con cuidado de la piedra litográfica. El movimiento hizo brillar las líneas negras de tinta fresca. Avanzó un paso, renqueando, y extendió la hoja frente a Valerio.

El agente inclinó el torso, sin mover los pies. Sus ojos recorrieron el dibujo: la planta de la calle, el callejón estrecho, los círculos que

marcaban faroles, la zanja de reparación. Se detuvieron en la cruz negra, precisa como una incisión.

—La Calle del Turco —murmuró.

Luego su mirada saltó a la anotación junto a la cruz. Leyó en silencio. Los músculos de su mandíbula se tensaron.

Alzó la vista. En esos fragmentos de hielo sucio había algo nuevo: un reconocimiento instantáneo, seguido de urgencia pura.

—Ellos saben que estoy aquí —dijo, las palabras apresuradas—. Los otros. Los que envió Gorostiza. Vendrán en menos de diez minutos.

Hizo una pausa, dejando que el tictac del reloj llenara el vacío.

—Y esta vez no llamarán a la puerta.

El golpe contra la puerta principal del edificio retumbó en las vigas. Un crujido de madera a punto de ceder.

Mercedes se movió antes de que el eco se extinguiera. Arrancó el papel impreso de las manos de Valerio, lo enrolló con el fragmento original del lienzo y los metió en un cilindro de hojalata que sacó de debajo de la prensa. Los dedos le temblaban al cerrar la tapa.

—El pasadizo —dijo, sin alzar la vista—. Bajo el patio. Sale a la Calle de los Mancebos.

—Dispersión por las azoteas —añadió Valerio. Apoyó una mano en la mesa para levantarse. Una mueca le torció la boca cuando el peso recayó sobre su pierna mala—. Tres direcciones. Nos reencontramos en la fuente de los Galápagos, al amanecer.

—No —Julián se aferró al borde de la piedra litográfica. El dolor en el tobillo era un clavo ardiente—. No voy a…

Otro impacto, más violento. Astillas llovieron desde el marco de la puerta de la imprenta, allá arriba.

—¿Prefieres discutir con ellos? —La voz de Valerio era un filo—. Ahora.

Mercedes ya estaba junto a un montón de leña apilada contra la pared del fondo. Apartó los troncos con movimientos bruscos. Bajo ellos, una trampilla de madera podrida, con un anillo de hierro oxidado.

—Ayúdame —le espetó a Valerio.

El agente cojeó hasta allí, agarró el anillo con Julián. Los músculos de sus brazos se cordaron al tirar. La trampilla se abrió con un chirrido que sonó como un grito. Debajo, sólo oscuridad y un olor a tierra húmeda y moho que subió como un aliento frío.

—Baja —ordenó Mercedes.

Julián miró el agujero, luego a Valerio. En los ojos grises sólo había urgencia. No elección. Se sentó en el borde, dejó caer las piernas y buscó a tientas los peldaños tallados en la tierra. Bajó renqueando. Cada apoyo en el pie izquierdo le disparó una punzada hasta la rodilla.

Valerio bajó tras él, conteniendo un gemido ahogado. Mercedes los siguió, tirando de la trampilla desde abajo. La madera se cerró sobre sus cabezas, sumiéndolos en una negrura absoluta.

Arriba, el estruendo final. La puerta de la imprenta cedió con un crujido seco de tablones rotos. Botas entrando a la carrera. Voces apagadas, pero una sobresalía: seca, autoritaria. La del hombre del sobretodo gris.

—Revisad las paredes. Tiene que haber una salida.

Mercedes se arrastró en la oscuridad. Sus manos palparon la pared de tierra hasta encontrar una protuberancia. Un bloque de piedra disimulado entre las raíces. Empujó con el hombro. La piedra cedió y giró sobre un gozne oculto con un crujido áspero, revelando una abertura más baja aún.

—Por aquí —susurró.

Un rayo de luz se filtró de pronto por las rendijas de la trampilla. Una linterna. Barrió lentamente la bodega diminuta, iluminando las raíces serpenteantes, la tierra apisonada. La mancha luminosa pasó a centímetros de los pies de Julián, se detuvo en la pared recién abandonada.

En la imprenta vacía, arriba, la voz seca dio una nueva orden.

—Traed picos. Aquí abajo hay algo.

CAPÍTULO 17: EL LEGAJO DEL DUQUE

El túnel los engulló. La oscuridad era física, un manto de terciopelo húmedo que se pegaba a los ojos. Julián avanzaba a tientas, una mano extendida contra la pared de tierra fría, la otra presionando el cilindro de hojalata contra su costado. Cada paso le retorcía el tobillo, una aguja de fuego que subía por la pierna. A su espalda, el jadeo entrecortado de Valerio era un eco de su propio dolor.

Un golpe sordo y metálico resonó desde atrás, amortiguado por la tierra. El sonido de un pico contra piedra.

—Están rompiendo la pared —la voz de Mercedes llegó como un susurro áspero desde la oscuridad, justo delante de él.

Avanzaron. El aire olía a raíces podridas y a la humedad densa de la piedra vieja. Gotas de agua fría caían del techo invisible, estallando en silencio sobre sus hombros. Julián contuvo un estremecimiento. No era sólo el frío.

La mano de Mercedes lo detuvo. Sus dedos, finos y fuertes, se cerraron alrededor de su muñeca.

—Aquí se bifurca.

Un leve cambio en la presión del aire, un susurro de corriente que venía de la izquierda. Julián entrevió, o creyó entrever, un perfil más

negro recortado contra la negrura. Un desvío.

Valerio llegó renqueando hasta ellos. Su respiración era un silbido forzado entre los dientes apretados.

—Izquierda lleva a una alcantarilla vieja que desemboca en el Manzanares, detrás de la Cebada. Derecha… es un laberinto. Conduce a los sótanos de media manzana.

—¿Cuál tomamos? —preguntó Julián. La urgencia le afilaba la voz.

—Ustedes, izquierda. Yo, derecha.

Mercedes se volvió hacia la sombra que era Valerio. Sus ojos negros, invisibles en la oscuridad, debían de estar escudriñándolo.

—Es una trampa.

—Es una distracción —rectificó él. Un roce de tela: debía estar sacudiendo la cabeza—. Si los tres vamos juntos, nos atrapan. Si siguen el ruido, me siguen a mí. Les daré una hora.

—¿Para qué?

—Para conseguir lo que falta. Un documento. Algo que ate al Duque al cuadro, no sólo al plano. Un papel con su firma, una orden de pago, algo de la contabilidad de su casa. Sin eso, el plano es sólo un dibujo.

Julián sintió un nudo de desconfianza apretándose en su estómago. Era demasiado conveniente. Demasiado heroico. Recordó el golpe seco en el andén, la pérdida de conciencia, el sabor a sangre y polvo.

—¿Por qué?

El silencio de Valerio fue más elocuente que cualquier justificación. Cuando habló, su voz era plana, gastada.

—Porque cuando uno ha pasado años siendo el perro que muerde, llega un día en que huele su propia sangre en el hocico y sabe que

el siguiente mordisco será para él. Gorostiza ya me marcó. Mi única salida es que ustedes lleguen.

Otro golpe, más cercano. Un cascote de tierra se desprendió del techo y se deshizo en el hombro de Julián.

—Decidan —urgió Valerio.

Mercedes tomó la decisión por ambos. Su mano soltó la muñeca de Julián y empujó su espalda, guiándolo hacia la izquierda, hacia el leve flujo de aire húmedo.

—En la fuente. Al amanecer —dijo, y era una orden, no una esperanza.

—Si no llego, sigan sin mí.

Valerio dio media vuelta. Su silueta, apenas más densa que la oscuridad, se fundió con la boca del túnel derecho. Los pasos, torpes y arrastrados, se alejaron. Luego, un ruido deliberado: una piedra pateada, un gruñido de esfuerzo. El sonido se perdió en las entrañas de la tierra.

Julián y Mercedes se adentraron en el nuevo pasadizo, más angosto, con el techo tan bajo que debían avanzar agachados. El aire olía ahora a agua estancada y a excrementos secos. A alcantarilla.

Detrás, cada vez más lejos, el ritmo de los picos contra la piedra se hizo más rápido, más violento. Luego, un estruendo sordo, un derrumbe. Un polvo fino y seco los alcanzó, haciéndoles cerrar los ojos.

Los perseguidores habían roto la pared. Y ahora tenían dos caminos para elegir.

La luz del quinqué parpadeó sobre el rostro sudoroso de Valerio Mora, proyectando sombras temblorosas en las estanterías de pino que se perdían en la penumbra. El aire olía a papel viejo, a cera de abeja derretida y al miedo agrio del hombre que temblaba frente a él.

—No deberías estar aquí —dijo el archivero. Sus dedos, finos y manchados de tinta, jugueteaban con las llaves que colgaban de su cinturón.

Valerio apoyó el peso sobre la pierna buena. La otra, la herida, latía como un diente podrido dentro de la bota. Un sudor frío le recorría la espalda bajo la chaqueta empapada.

—Los libros de la Sociedad Mercantil de la Calle de la Cruz. Los de los últimos seis meses.

—Están archivados. Requieren autorización del directorio.

—Yo soy tu autorización.

El archivero, un hombre delgado con gafas de pinza y ojos de rata asustada, retrocedió un paso. Había sido administrador auxiliar en una de las empresas pantalla del Duque, antes de que una discreta desaparición de fondos lo relegara a este agujero polvoriento. Valerio lo recordaba de antes: servil, eficiente, cobarde.

—¿Por qué ahora, Valerio? —La voz del hombre era un susurro ronco —. Hace años que no preguntas por esas cuentas.

—Para pagar una deuda.

—¿A quién?

—A mí mismo.

El silencio se llenó con el zumbido lejano de Madrid despertando. Una carreta pasó por la Calle de Alcalá, sus ruedas chirriando sobre los adoquines. Valerio no apartó la mirada de aquellos ojos de rata. Sabía cómo funcionaba el miedo: era una moneda que siempre conservaba su valor.

—Si me descubren…

—Si no lo haces, te descubro yo —cortó Valerio. Sacó del bolsillo un papel doblado, amarillento por los años—. La transferencia a tu

cuenta en Cádiz. La que hiciste pasar como gasto de representación. ¿Crees que se olvidaron?

El archivero palideció. Su respiración se hizo superficial, entrecortada.

—Eso… eso estaba arreglado.

—Nada está arreglado. Solo pospuesto.

Un minuto después, el hombre abría con llave un armario bajo el mostrador. Sacó un volumen encuadernado en piel de becerro, con los cantos dorados ya desgastados. Lo colocó sobre el mostrador con un golpe sordo que levantó una nube de polvo.

—Aquí. Las actas de gastos extraordinarios. Pero te advierto, Valerio, si alguien viene después…

—Nadie vendrá después —dijo Valerio, y era una mentira que ambos reconocieron.

Pasó las páginas con dedos que no temblaban. Los números bailaban ante sus ojos fatigados: inversiones en ferrocarriles, pagos a proveedores fantasma, sobornos disfrazados de consultorías. Hasta que encontró lo que buscaba.

28 de diciembre de 1870. Gastos extraordinarios. Adquisiciones artísticas. Trescientas pesetas oro. Autorizado por el administrador de S.A. el Duque de Montpensier, Don Luis de la Torre y Miranda.

La firma era la misma que había visto en documentos de incautación, en órdenes de registro, en sentencias pre-firmadas. Una caligrafía pulcra, elegante, letra de notario que condenaba con la misma frialdad con la que redactaba una escritura.

Valerio apoyó la mano sobre la página. El papel era grueso, de calidad, con la filigrana de la sociedad mercantil. Respiró hondo, el aire cargado de polvo le rasgó la garganta.

Luego, con un movimiento rápido y seco, arrancó la página.

El sonido desgarró el silencio de la sala: un rasgado limpio, como el de un vendaje arrancado de una herida. El archivero emitió un gemido ahogado.

—Estás loco. Eso es…

—La prueba —terminó Valerio. Dobló el papel dos veces, lo guardó dentro de la chaqueta, contra el pecho. El calor de su cuerpo ya empezaba a traspasar la tinta—. Ahora cierra el libro. Di que un roedor lo dañó. O que te lo llevaron para una auditoría que nunca existió.

—Me matarán.

—Solo si te encuentran.

Valerio dio media vuelta. Cada paso hacia la puerta era una puñalada en la rodilla. Agarró el pomo, frío bajo sus dedos. Antes de salir, miró al archivero una última vez. El hombre se había derrumbado sobre el mostrador, la cabeza entre las manos, los hombros sacudidos por un temblor silencioso.

La calle estaba en penumbra, el cielo comenzando a clarear hacia el este con un gris sucio. Valerio respiró el aire frío de la madrugada, cargado de olores a estiércol y pan recién horneado. Bajó el escalón hacia la acera.

Y entonces lo vio.

Al otro lado de la calle, apoyado contra la fachada de una farmacia cerrada, un hombre fumaba un cigarrillo. Llevaba un sobretodo oscuro, las manos en los bolsillos. No miraba hacia ningún lado en particular, pero su postura era demasiado quieta, demasiado atenta.

Valerio reconoció el tipo de quietud. Era la de un perro de caza esperando la orden.

Uno de los hombres de Gorostiza.

No se había equivocado. Lo habían seguido desde la imprenta, o quizás desde antes. Habían dejado que consiguiera la prueba, que hiciera el trabajo sucio. Ahora solo tenían que esperar a que saliera, con el papel en el bolsillo, para quitárselo junto con la vida.

Valerio apretó la mandíbula. El dolor en la pierna se intensificó, punzante, recordándole su límite. No podía correr. No podía pelear.

Pero podía pensar.

Metió la mano en el bolsillo, tocó el puño americano de hierro fundido. Luego miró hacia la izquierda, donde un callejón estrecho se abría entre dos edificios. Oscuro. Sin salida, probablemente.

Sonrió, un gesto amargo y sin humor.

Al menos la deuda estaría pagada.

La bruma matinal se aferraba a los setos del Retiro como una gasa sucia, desdibujando los contornos de los árboles y la fuente de los Galápagos. Julián se apoyó contra el pedestal de piedra fría, el tobillo palpitando con un dolor sordo y constante. A su lado, Mercedes observaba el camino con la intensidad de un halcón, sus ojos negros escudriñando la penumbra grisácea del amanecer. El aire olía a tierra mojada y a vegetación podrida.

—Llegó tarde —murmuró Julián, los dientes apretados contra el frío que le calaba los huesos.

—O no llegará.

Un arrastre de pies sobre la grava húmeda les hizo volverse. Valerio emergió de la niebla como un fantasma, arrastrando la pierna izquierda. Su rostro era una máscara de cera, surcada por el sudor frío a pesar del frío. Se detuvo a tres metros, jadeando, y apoyó una mano en el tronco de un plátano.

—Tuvieron… que cambiar el punto —logró decir, la voz ronca—. El archivero estaba vigilado.

Metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta. El movimiento fue lento, doloroso. Sacó un papel doblado en cuatro, los bordes irregulares donde había sido arrancado. Se lo tendió a Julián.

—Tómelo. Rápido.

Julián desdobló el papel. Letra burocrática, tinta azulada. Una autorización de gastos para "adquisiciones artísticas, fondos reservados". Abajo, una firma pulcra y letal: *Luis de la Torre y Miranda, Administrador de la Casa de Montpensier*. Y una fecha: 28 de diciembre de 1870. Tres días antes del asesinato.

—El Notario no era solo el mensajero —dijo Julián, la voz apenas un susurro—. Era el contable del crimen.

Mercedes se inclinó para mirar. Sus dedos rozaron el papel.

—Conecta el encargo con el dinero. Con el Duque.

—Es el hilo —asintió Valerio, apoyándose más contra el árbol. Una mueca de dolor le retorció la boca—. Ahora tienen… la prueba material y el rastro burocrático. Ya no es… solo un plano.

Un crujido seco, a la izquierda. Mercedes se tensó como un resorte.

—Julián.

Entre los troncos de los árboles, dos sombras se deslizaban en silencio, separándose para flanquearlos. Siluetas oscuras contra la niebla, avanzando con la precisión de quien conoce el terreno.

Valerio los siguió con la mirada. Sus ojos grises, fragmentos de hielo sucio, comprendieron al instante.

—Mi contacto —dijo, la voz plana, sin sorpresa—. O lo siguieron. Da igual.

Empujó a Julián hacia atrás, hacia la masa oscura del estanque que se intuía tras la niebla. Sacó la Lefaucheux del cinturón, el metal mate brillando débilmente.

—Corran hacia el agua. Sigan la orilla hacia la puerta de Felipe IV. Yo los retrasaré.

—No puede —protestó Julián, pero Valerio ya no lo escuchaba.

Una de las sombras entre los árboles se detuvo. Levantó un arma larga, de cañón oscuro. Un rifle. Lo apoyó contra un tronco, apuntando con calma.

El cañón se alineó con el pecho de Valerio.

El amanecer gris estalló en un fogonazo cegador y un estampido que desgarró el silencio del parque.

Valerio se desplomó hacia atrás como un muñeco de trapo, golpeando el suelo de grava con un golpe sordo. Julián gritó algo, pero el sonido se perdió en el eco del disparo. Mercedes lo agarró del brazo con fuerza de tenaza.

—¡Corre!

La arrastró hacia la niebla, hacia el estanque. Los pasos tras ellos eran rápidos, decididos. Un segundo disparo levantó una salpicadura de tierra a su derecha.

Corrieron a ciegas, tropezando con raíces, la bruma húmeda pegándose a sus rostros. El sonido de sus perseguidores se fue apagando gradualmente, ahogado por la distancia y la densa vegetación. Finalmente, se desplomaron jadeantes tras un matorral espeso, el corazón golpeándoles el pecho como un martillo.

Julián miró hacia atrás, hacia la niebla que ocultaba la fuente. Solo el silencio. Y el papel, arrugado y húmedo, apretado en su puño.

CAPÍTULO 18: RECONSTRUCCIÓN EN LA ESCENA

El estampido del rifle aún resonaba en sus oídos cuando el agua helada del estanque les cerró el mundo. Julián se hundió, la boca llena de barro y hojas podridas. Una mano lo agarró del brazo: Mercedes, tirando de él hacia la orilla opuesta, lejos del fogonazo que había iluminado la niebla.

Arrastraron sus cuerpos empapados y jadeantes hasta el primer refugio que encontraron: un cobertizo de madera podrida en el límite sur del Retiro, donde los jardines se desdibujaban en solares baldíos. La puerta, descolgada de un gozne, se cerró tras ellos con un crujido seco.

La oscuridad interior olía a tierra mojada, excrementos de animal y madera en descomposición. La luz morada del crepúsculo se filtraba por las tablas rotas del techo, dibujando líneas diagonales sobre el suelo de tierra apisonada. Julián se desplomó contra la pared, el costado palpitando con cada respiración entrecortada. El tobillo herido era un nudo de dolor ardiente.

Mercedes se arrodilló junto a él, sus manos tanteando en la penumbra. Sacó el cilindro de hojalata de dentro de su ropa empapada. Lo sostuvo un momento, el metal frío contra sus palmas.

—Está intacto —dijo, la voz ronca por el esfuerzo de no gritar.

Sacó también el documento arrugado, la página arrancada del libro de contabilidad. La firma de Luis de la Torre y Miranda, Administrador de la Casa de Montpensier, era una mancha de tinta azulada en el papel húmedo. Los números: 300 pesetas oro. Fecha: 28 de diciembre de 1870.

Julián extendió la mano. Sus dedos temblaban al tocar el borde del papel.

—Él sabía que iba a morir —murmuró. No era una pregunta.

Mercedes no respondió. Abrió el cilindro con movimientos precisos, sacó el papel doblado que contenía el plano ampliado. Lo desplegó sobre el suelo de tierra, sujetando las esquinas con piedras. La cruz marcando el punto exacto del asesinato en la Calle del Turco parecía latir en la penumbra.

—Tenemos la prueba material y el rastro burocrático —dijo Mercedes, sus ojos negros fijos en el dibujo—. Pero un papel no es suficiente. Necesitamos verificar que esto es real. Que encaja en el lugar.

Julián la miró. El rostro de ella estaba manchado de barro, un corte superficial le sangraba en la sien. Pero su expresión era de una determinación glacial.

—¿Ir allí? Ahora mismo nos están buscando por media Madrid.

—Precisamente por eso. Si esperamos, nos encontrarán. Si vamos ahora, con la noche cayendo, quizá tengamos una oportunidad. —Su mirada se desplazó hacia la puerta desvencijada—. Valerio nos compró tiempo. No para escondernos, sino para usar lo que nos dio.

Julián cerró los ojos. Volvió a ver el fogonazo, la silueta de Valerio desplomándose contra el pedestal de piedra. El sonido seco del impacto. Respiró hondo, el aire frío le quemó los pulmones.

—Está bien.

Mercedes asintió, una sola vez. Luego sacó algo más de su bolsillo: la navaja de Bruno, la hoja corta de acero mate con el mango de asta desgastado. La abrió. El filo captó un tenue reflejo de la luz morada.

—Si nos atrapan —dijo, colocando la navaja sobre el plano, al lado de la firma del Notario—, no nos llevarán vivos para hablar.

La Calle del Turco olía a gas de alumbrado y a humedad vieja. Los faroles de gas parpadeaban a intervalos irregulares, proyectando sombras que se estiraban y encogían sobre los adoquines. Julián apoyó la espalda contra la fachada de piedra, el papel del plano temblándole entre los dedos. El frío de la noche se le había metido en los huesos.

Mercedes señaló hacia el centro de la calzada.

—Ahí.

Un parche de adoquines nuevos, más claros, marcaba donde estuvo la zanja. El dibujo lo mostraba como una línea quebrada que cruzaba la calle oblicuamente. Un bloqueo perfecto.

Julián desplegó el plano contra la pared, sujetando una esquina con la mano izquierda. Con el índice derecho siguió la línea del callejón lateral, luego levantó la vista. El pasaje estrecho estaba allí, a veinte pasos, tan oscuro como una boca de lobo.

—El carruaje vino por ahí —susurró—. Desde la Calle de Alcalá. Se detuvo aquí.

Su dedo golpeó la cruz dibujada en el papel. Luego señaló el punto correspondiente en la calle: un espacio entre dos faroles, donde la penumbra era más densa.

—Y dispararon desde esa ventana —añadió Mercedes. Su voz era un hilo tenso. Señaló hacia arriba, a una ventana del primer piso de un edificio anónimo. Los postigos estaban cerrados. No había luz.

Julián estudió la distancia. Unos treinta metros. Un tiro fácil para un rifle, incluso de noche. La zanja obligaba al carruaje a reducir la marcha, a maniobrar. Daría tiempo para apuntar con calma.

—No fue un atentado —murmuró—. Fue una ejecución. Con plano y cronómetro.

Un carruaje pasó a lo lejos, el ruido de los cascos amortiguado por la niebla. Los dos se encogieron contra la pared. La sombra los envolvió. Cuando el sonido se desvaneció, Julián se agachó, tocando los adoquines nuevos con la punta de los dedos. La piedra estaba fría y lisa.

—Vinieron después —dijo Mercedes—. Rellenaron la zanja. Borraron el escenario.

Él asintió. Se levantó, y un dolor agudo le atravesó el tobillo. Contuvo un jadeo, apoyándose en la pared. Su mirada recorrió la línea de faroles. En el plano, cada círculo estaba numerado. Aquí, el tercero desde la esquina parpadeaba con un tictac irregular, como un corazón enfermo.

—Todo coincide —dijo—. Cada centímetro.

Mercedes no respondió. Estaba mirando hacia el otro extremo de la calle, donde la oscuridad se hacía más espesa. Su mano había desaparecido dentro del bolsillo de su abrigo.

Julián volvió al plano. Su dedo encontró una anotación diminuta, casi ilegible, al margen: una cifra. "1870". El año del encargo. El año del crimen. Respiró hondo, y el aire le supo a hollín y a algo dulzón, metálico.

Caminó hacia el centro, renqueando. Cada paso resonaba en el silencio. Se detuvo sobre el parche de adoquines nuevos, justo donde la cruz del papel marcaba el punto. Aquí. Aquí se había detenido el carruaje. Aquí habían abierto la portezuela. Aquí había sonado el primer disparo.

Miró hacia la ventana oscura. Desde allí, él y Mercedes serían dos siluetas perfectamente recortadas bajo la luz parpadeante del farol.

Su pie derecho tropezó con algo. Un adoquín suelto, en el borde del parche nuevo. Se movió con un crujido seco de arena y metal.

Julián se agachó, ignorando el dolor. Sus dedos palparon el borde de la piedra. No estaba simplemente suelta; parecía haber sido levantada y vuelta a colocar, mal encajada. Las raíces de un árbol que brotaba entre las juntas la mantenían ligeramente alzada.

—Mercedes.

Ella se acercó, silenciosa. Él hundió los dedos bajo el borde frío y levantó. La piedra cedió con un sonido de tierra compacta que se desgrana.

Debajo, en un hueco poco profundo, algo brilló débilmente con la luz del farol.

El metal frío se adhirió a la palma de Julián. Un disco de latón, más pesado de lo que parecía. Lo levantó hacia la luz parpadeante del farol.

Un águila grabada, las alas desplegadas. Parte del esmalte azul se había astillado en el pecho del ave, dejando una cicatriz pálida. Un hilo de oro, fino como un cabello, estaba enganchado en el broche trasero, roto.

Mercedes dejó escapar un sonido ahogado, un jadeo que se convirtió en nada. Sus dedos buscaron a tientas y cerraron el cilindro de hojalata que había dejado a sus pies.

Los pasos del sereno resonaron ahora en la siguiente calle, alejándose. El silencio que dejó atrás era más denso, cargado.

—Guardia Real —la voz de Julián era un rasguño.

Ella asintió, una sola vez. Sus ojos oscuros, fijos en la insignia, parecían absorber toda la luz disponible.

—Reasignaron dos compañías la noche del atentado —susurró—. Oficialmente, un ejercicio de vigilancia en los cuarteles de la Montaña. Los rumores decían que era para cubrir un traslado de fondos del Banco de España.

—No era fondos.

—No.

Julián giró la insignia. El reverso estaba manchado de óxido y una costra terrosa. Lo frotó con el pulgar. Bajo la suciedad, unas iniciales grabadas a buril: J.M. Un nombre. Un hombre.

El plano mostraba el mecanismo. La zanja, el callejón, la ventana. El documento del Notario mostraba el dinero. Trescientas pesetas de oro por un cuadro, por un plano, por un silencio. Y esto… esto mostraba la mano que había sostenido el arma. O la que había despejado el camino.

Conectó los puntos en su mente, y la imagen que se formó le heló la sangre más que el aire de la noche. No era una conspiración de hombres poderosos en la sombra. Era la maquinaria del Estado, un engranaje de uniformes y sellos y órdenes por triplicado, girando para cometer un crimen y luego borrar sus propias huellas.

Metió la insignia en el bolsillo de su abrigo. El peso del latón era insignificante, pero la carga que representaba le hundió los hombros.

—Ahora lo sabemos —dijo Mercedes, su voz apenas audible—. No son solo conspiradores. Es el sistema entero. La Guardia Real despejó el perímetro. Dio la orden.

Julián asintió. El evento clave que Valerio había planeado confirmar estaba ahora ante ellos, tangible y frío en su bolsillo. Habían reconstruido los movimientos y confirmado la complicidad institucional. El punto medio se había alcanzado: la verdad era peor de lo que imaginaban.

—Tenemos que irnos —Mercedes ya miraba hacia la boca oscura de la calle—. Esto no es una prueba, es una sentencia. Con esto, no nos creerán. Nos colgarán por falsificadores.

—Ya lo sé.

Se enderezó, y una punzada aguda en el tobillo le recordó su debilidad. Renqueó hacia ella, apartándose del hueco abierto en el suelo. Con un rápido movimiento del pie, empujó el adoquín suelto. La piedra volvió a su sitio con un golpe sordo.

Fue entonces cuando las luces aparecieron.

No eran faroles de gas. Eran antorchas, dos puntos de fuego naranja que nacieron simultáneamente en cada extremo de la Calle del Turco. Avanzaron con rapidez metódica, iluminando los adoquines con un parpadeo danzante y salvaje.

Detrás de cada antorcha, siluetas. Tres, cuatro. Trajes oscuros, no uniformes. Bloqueaban ambas salidas.

Mercedes retrocedió un paso, pegando la espalda a la pared rugosa. Su mano salió del bolsillo del abrigo. No estaba vacía. La navaja de Bruno, la hoja corta de acero mate, reflejó por un instante el fuego de las antorchas.

Julián buscó a tientas su gancho de alambre en el chaleco. Un instrumento para abrir cerraduras, inútil contra lo que venía.

Las dos avanzadillas se detuvieron a veinte pasos de distancia, formando una pinza perfecta. El portador de la antorcha de la izquierda alzó la tea. La luz cayó sobre un rostro que Julián había visto antes, bajo la lluvia, en el patio del museo. Piel cetrina, nariz ganchuda. El hombre del sobretodo gris. El vigilante.

Su voz cortó la noche, seca y plana, sin necesidad de alzar el tono.

—Ahí están.

Hizo una pausa, dejando que las palabras se asentaran en el silencio de la calle. Luego, con la precisión de quien da una orden de rutina:

—Limpien el problema.

CAPÍTULO 19: NOCHEVIEJA CON EL ENEMIGO

El chasquido seco de los seguros de las pistolas al descorrerse resonó como una ráfaga de piedras rotas. Dos, tres, cuatro. El sonido se multiplicó en el cañón de la calle.

Julián no pensó. Su cuerpo reaccionó antes que su mente. Se arrojó contra Mercedes, empujándola hacia el hueco de una puerta cerrada. El movimiento le retorció el tobillo. Un dolor blanco, agudo, ascendió por su pierna como una descarga eléctrica. Contuvo un grito, apretando los dientes hasta que le crujieron las mandíbulas.

Las antorchas avanzaron. La luz danzante proyectó sombras grotescas y alargadas sobre las fachadas. El olor acre a humo de tea y aceite quemado le rasgó la garganta.

—¡Allí! —gritó una voz desde la derecha, áspera.

Mercedes se despegó de la pared. Sus ojos negros, reflejando las llamas, escanearon la calle. No había salida. Los bloques de sombra con trajes oscuros sellaban ambos extremos. Su mano, la que sostenía la navaja, tembló una vez, luego se estabilizó. El filo mate captó un destello anaranjado.

—El callejón —murmuró, sin mover los labios—. A nuestra espalda. Tres pasos.

Julián giró la cabeza. Un pasaje angosto, más oscuro que la boca de un pozo, se abría entre dos edificios. Lo recordaba del plano. Una línea estrecha, paralela a la calle principal. Una vía de servicio.

Un crujido de ruedas sobre adoquines surgió de la boca norte de la calle. Un carruaje de pasajeros, con faroles laterales balanceándose, entró torpemente en el tramo. El cochero maldecía, intentando girar en el espacio estrecho. Los caballos resoplaron, nerviosos ante las antorchas.

Fue el instante.

—¡Ahora! —Mercedes se lanzó.

Julián la siguió, arrastrando la pierna. Cada apoyo del pie izquierdo fue un relámpago de dolor que le taladraba el hueso. El sudor le corrió por las sienes, frío a pesar del frío de la noche.

Los agentes reaccionaron. Una orden seca, ininteligible. Las antorchas se agitaron. Una sombra se desprendió del grupo de la izquierda, corriendo para cortarles el paso al callejón.

Mercedes llegó primero a la boca oscura. Se volvió, extendió el brazo libre y agarró a Julián de la solapa del abrigo, tirando de él con una fuerza que no parecía tener. Él entró de lado, tropezando contra la pared de ladrillo húmedo. El mundo se redujo a un estrecho conducto de oscuridad, impregnado del olor a orín y basura fermentada.

Un fogonazo naranja iluminó la entrada del pasaje desde fuera. No fue una antorcha.

El estampido llegó después, un truco seco que rebotó entre las paredes. La bala impactó en el dintel de piedra a un palmo de la cabeza de Julián. Fragmentos de yeso y polvo viejo le llovieron sobre el pelo y los hombros. Un zumbido agudo le llenó el oído izquierdo.

—¡Córrete! —la voz de Mercedes era un arañazo en la oscuridad.

Él se arrastró, apoyándose en la pared rugosa. Detrás, en la calle iluminada, las voces se superpusieron.

—¡Han entrado en el callejón de servicio! —¡Cortad la salida sur! ¡Rodear el bloque! —¡Tú, conmigo! ¡Los seguimos!

Los pasos resonaron en los adoquines, acercándose a la boca del pasadizo. La luz de una antorcha comenzó a filtrarse, alargando la sombra de un hombre que se agachaba para entrar.

Mercedes ya estaba varios pasos adelante, una silueta apenas más densa que la negrura. Julián apretó el cilindro de hojalata contra su costado, sintiendo el borde frío a través de la tela. La prueba. Valerio había muerto por esto. Pujol había muerto por esto.

Empujó con la pierna sana, ignorando el fuego que le subía desde el tobillo. La oscuridad del callejón lo tragó entero.

El callejón de servicio desembocó en un patio de luces apestoso, con montones de basura y ropa tendida que colgaba como espectros. Mercedes no se detuvo. Atravesó el patio, empujó una puerta de madera podrida que daba a otra callejuela más ancha.

Aquí el aire cambió. Ya no era el silencio opresivo de la Calle del Turco, sino un rumor lejano que crecía, una marea de voces, risas y música desafinada. La luz también era distinta: no solo el parpadeo amarillento de los faroles de gas, sino el titilar naranja de candiles en balcones, el destello intermitente de bengalas de mano.

—La Puerta del Sol —dijo Mercedes, sin aliento. Su rostro, iluminado un instante por un cohete que estalló en lo alto, mostraba una mezcla de alivio y nueva tensión.

La multitud los envolvió. Hombres con chaquetas raídas y mujeres con chales apretados se apiñaban, pasando botellas de anís y vino peleón. El olor era una bofetada: sudor agrio, alcohol barato, orines viejos y el dulzor empalagoso de buñuelos fritos. Un grupo de estudiantes, ya borrachos, entonaba a gritos una copla obscena.

Julián se aferró al hombro de Mercedes. Cada paso era una puñalada que le subía desde el tobillo hasta la ingle. El cilindro de hojalata, escondido bajo su abrigo, le golpeaba las costillas con el ritmo de su cojera.

—No podemos parar —Mercedes tiró de él, abriéndose paso entre los cuerpos con los codos.

—¡Eh, guapa! ¿Adónde vas tan rápido? —un hombre con bigote grasiento le cerró el paso, sonriendo con dientes amarillos.

Ella no respondió. Le clavó una mirada que hizo retroceder al hombre medio paso, y arrastró a Julián hacia la izquierda, donde la corriente humana era más densa.

Detrás, en la boca de la callejuela, aparecieron dos siluetas recortadas contra la luz más tenue. No llevaban antorchas. Avanzaban con propósito, apartando a los celebrantes con empujones secos. Uno de ellos, el más alto, llevaba la mano metida bajo la solapa de su sobretodo.

—Ahí —Julián jadeó, señalando con la barbilla un portal abierto de par en par, del que salía el sonido de un piano desafinado y más risas.

—Es una trampa. Una sola salida —Mercedes escudriñó la multitud —. Sigue a esa gente, los de los gorros de papel.

Un grupo de jóvenes con gorros de periódico enrollados avanzaba coreando hacia la plaza. Julián y Mercedes se fundieron en su estela, manteniendo la cabeza baja. El sudor le corría por la sien a Julián, mezclándose con el polvo y la sangre seca. El zumbido en su oído izquierdo no cedía, amortiguando los gritos de «¡Feliz Año!» que estallaban prematuramente.

Un nuevo estallido en el cielo, esta vez una cascada de chispas verdes y rojas. La multitud aulló de placer. En el destello efímero, Julián vio, veinte pasos atrás, al hombre del sobretodo. Sus ojos

escudriñaban la masa de cabezas, saltando de una a otra. Se detuvieron un instante demasiado largo en la nuca de Mercedes.

—Nos han visto —murmuró Julián, apretando el brazo que tenía sobre los hombros de ella.

Ella no miró atrás. Tomó una decisión rápida y lo arrastró hacia la derecha, saliendo de la corriente principal y metiéndose bajo el soportal de una tienda cerrada. El espacio era estrecho, oscuro, y olía a pescado rancio.

—El cilindro —dijo Mercedes, girándose hacia él. Su respiración formaba nubecillas blancas en el aire frío—. Dámelo.

—¿Qué?

—Si nos cogen a los dos, se lo llevan todo. Si nos separamos, al menos uno lo guarda.

Él dudó un instante. Valerio había muerto por esa prueba. Pujol también. Sus dedos, entumecidos, desabrocharon los botones del abrigo y sacaron el tubo frío. Mercedes lo cogió y, con un movimiento rápido, lo deslizó dentro de su propio vestido, entre la tela y la enagua. El bulto era apenas visible.

—Si me atrapan —dijo, sus ojos negros fijos en los de él—, tú sigues. Llegas a la imprenta. Esperas tres días. Si no voy, lo quemas todo.

Antes de que él pudiera protestar, lo empujó hacia el extremo opuesto del soportal.

—Ve. Por ese callejón. Yo los distraigo.

Julián quiso agarrarla del brazo, pero ella ya se volvía y salía a la luz de la calle, levantando la voz en un grito fingido de alegría, mezclándose con un grupo de mujeres que pasaban cantando.

Él se quedó un segundo paralizado, el dolor del tobillo palpitando en sordina contra el latido frenético de su corazón. Luego, obedeció. Se

metió en el callejón oscuro que ella había indicado.

Era aún más angosto que el anterior, un desagüe entre edificios. Avanzó a tientas, arrastrando la pierna, apoyándose en las paredes húmedas. El ruido de la multitud se fue apagando, sustituido por el eco de sus propios jadeos.

Al final del pasillo, una débil claridad marcaba una salida. Se apresuró, renqueando, con la esperanza de encontrar otra calle, otra multitud donde perderse.

Pero al asomar la cabeza, el aliento se le heló en los pulmones.

La salida daba a un callejón sin salida, bloqueado por tres carros de mercancías vacíos, apilados como una barricada. No había forma de trepar por ellos, no con su pierna.

Se volvió, dispuesto a retroceder por donde había venido.

Dos siluetas llenaban ahora la entrada del callejón a sus espaldas, recortadas contra la luz lejana de la plaza. No eran celebrantes. Su postura era rígida, profesional. El más alto sacó lentamente la mano de debajo de su sobretodo.

La luz de un farol cercano parpadeó, iluminando por un instante el metal oscuro de un revólver.

El revólver apuntaba a su pecho. La luz del farol parpadeó de nuevo, y Julián vio el rostro del hombre alto: piel cetrina, ojos hundidos, la boca una línea fina. No era el de la voz gutural. Este era otro.

El segundo agente, más bajo, se movió hacia un lado, bloqueando cualquier intento de escapar por los flancos. El callejón apestaba a orina y madera podrida.

Julián levantó las manos. El movimiento le hizo crujir el hombro. El cilindro de hojalata, ahora escondido en la paja, parecía pesar como un ladrillo en su conciencia.

—No corras —dijo el hombre alto. Su voz era plana, sin énfasis, como si leyera una instrucción—. Dame lo que llevas en el bolsillo derecho.

Julián fingió buscar en el bolsillo de su chaleco, donde guardaba los sobres con billetes manchados. Su mente trabajaba a tirones, buscando una salida que no existía. Los carros formaban una muralla a sus espaldas. Las paredes del callejón eran lisas, sin ventanas bajas.

—No es ese —cortó el agente—. El otro. El cilindro.

Habían visto. O lo sabían. Mercedes había salido sin él, pero ellos sabían que las pruebas estaban con Julián. Un cálculo rápido, frío: si se lo llevaban a él con el cilindro, todo terminaba. Valerio habría muerto por nada.

El agente bajo se impacientó. Dio un paso adelante, su mano también bajo el sobretodo.

Julián respiró hondo. El aire frío le quemó los pulmones.

—Está bien —dijo, y comenzó a sacar la mano lentamente del bolsido del chaleco, como en rendición.

Luego, en un solo movimiento torpe pero explosivo, se agachó —una puñalada de dolor en el tobillo— y empujó con todas sus fuerzas el carro de madera más cercano. No para derribarlo, sino para hacerlo crujir. El chirrido de la madera contra el adoquín fue estridente en el silencio del callejón.

El agente alto disparó. El fogonazo cegó por un instante. La bala pasó silbando sobre la cabeza de Julián y se incrustó en la madera del carro con un golpe seco.

Julián ya no estaba allí. Se había lanzado hacia un lado, contra la pared, y de allí hacia el único punto ciego: el espacio angosto entre el segundo y el tercer carro. No era una salida, era una trampa, pero era un segundo de confusión.

—¡Idiota! —rugió el agente bajo, apuntando.

Julián se metió en el hueco. La oscuridad era casi absoluta. Sus manos encontraron montones de paja seca y estiércol viejo. Y algo más: un palo, grueso como un mástil, probablemente parte de la estructura de un toldo desmontado.

Lo agarró. No era un arma, era un obstáculo.

Oía los pasos acercándose, cautelosos. La luz de una linterna de mano barrió el suelo a sus pies.

—Sal de ahí. No hay salida —dijo la voz plana, más cerca.

Julián apretó el palo. Miró hacia arriba. Entre los carros, a tres metros de altura, se vislumbraba un rectángulo de cielo nocturno, teñido del resplandor anaranjado de la ciudad. Imposible de alcanzar.

Entonces recordó. No el palo. El cilindro.

Sacó el tubo de hojalata de su abrigo. Estaba frío. Dentro estaba todo: el plano que mostraba el lugar exacto de una ejecución, el documento que firmaba la orden, la insignia que nombraba al verdugo. La verdad entera.

No podía caer con él.

Con un movimiento rápido, se arrodilló —el dolor le hizo ver estrellas — y hundió el cilindro en el montón de paja y estiércol del rincón más profundo del hueco. Lo cubrió a toda prisa, mezclando la paja con las manos hasta que el brillo metálico desapareció.

Los pasos se detuvieron justo al otro lado del carro.

—Última oportunidad —dijo el agente.

Julián se puso de pie, vacío. Respiró. Y salió del hueco con las manos en alto, esta vez de verdad.

Los dos hombres lo encañonaron. El alto miró su bolsillo vacío, luego su rostro. Algo en la expresión de Julián —una calma extraña, resuelta— le hizo fruncir el ceño.

—¿Dónde está?

—No lo tengo —dijo Julián. Su voz sonó ronca, pero clara.

El agente bajo se abalanzó y lo empujó contra la pared. Le registró los bolsillos con brutal eficiencia: los sobres, el fragmento de papel, el gancho de alambre. Nada más.

—Se lo dio a la mujer —gruñó, volviéndose hacia su compañero.

El agente alto no apartaba la mirada de Julián. Sus ojos oscuros escudriñaron el hueco entre los carros, la paja revuelta.

—Búscalo —ordenó al otro.

Mientras el agente bajo se metía en el espacio estrecho, el alto se acercó a Julián. El cañón del revólver se posó, frío, contra su sien.

—Dime dónde está, y tal vez vivas para ver el amanecer desde una celda.

Desde la plaza, un nuevo estruendo hizo temblar el aire. Otro estallido de fuegos artificiales. Una explosión de luz verde iluminó por un segundo el callejón, pintando de un color enfermizo las caras de ambos hombres.

Julián miró hacia el cielo, hacia el resplandor que se apagaba. No dijo nada.

El agente bajo salió del hueco, las manos vacías, cubiertas de porquería.

—Nada.

El hombre alto apretó el cañón contra la piel de Julián. Su dedo blanqueó en el gatillo. Luego, con un suspiro que sonó a fastidio profesional, bajó el arma.

—Llévatelo. Gorostiza querrá hablar con él primero.

El agente bajo asintió y sacó unas esposas de metal. Las cerró alrededor de las muñecas de Julián con un chasquido final. El metal mordió su piel.

Lo empujaron hacia la salida del callejón. Julián renqueó, cada paso una protesta ardiente en su pierna. No miró atrás, hacia el montón de paja que ocultaba la única razón por la que aún valía la pena respirar.

Al salir a la luz parpadeante de la calle lateral, vio las antorchas acercándose. Más hombres. La red se cerraba. Desde la Puerta del Sol, el estruendo de la multitud era ahora un rugido constante, un telón de fondo perfecto para la cacería. Gorostiza había lanzado su redada en el momento preciso, usando el caos de la Nochevieja como cobertura. No eran solo dos o tres perseguidores; era una operación coordinada que se extendía por el centro de Madrid.

Mercedes había desaparecido. El cilindro estaba oculto. Él era, ahora, solo un señuelo roto. Pero el señuelo, esta vez, guardaba un último secreto.

CAPÍTULO 20: EL PRECIO DE LA TREGUA

El callejón olía a orines viejos y pólvora quemada. Los faroles de gas en la calle lateral proyectaban sombras danzantes que alargaban las figuras de los dos hombres y la de Julián, arrastrado entre ellos. El metal de las esposas le mordía las muñecas con cada paso renqueante.

Uno de los hombres —chaqueta oscura, rostro cetrino— empujó la espalda de Julián con el cañón de su Lefaucheux.

—Más rápido.

Un chasquido seco, como el de un hueso partido, resonó desde la oscuridad a su izquierda. El hombre se detuvo, el arma bajando un centímetro.

Una sombra se materializó entre dos pilas de cajones podridos. Julián reconoció la cojera antes que el rostro. Valerio Mora avanzaba con determinación torcida, la luz verde de un fuego artificial iluminando por un instante sus manos vacías.

El segundo hombre —más joven, con bigote— giró, desenfundando. No llegó a apuntar.

Valerio cerró la distancia en dos zancadas. Su puño derecho llevaba algo de metal mate que brilló débilmente. Impactó en la garganta del joven con un golpe sordo. El hombre emitió un sonido

entrecortado, ahogado, y se desplomó contra la pared, las manos en el cuello.

El de la chaqueta oscura disparó. La detonación llenó el espacio angosto. Valerio se encogió, un espasmo sacudiendo su cuerpo. Una mancha oscura floreció instantáneamente en su hombro izquierdo. Aun así, avanzó, ignorando la herida. Su puño izquierdo, desnudo, golpeó la muñeca del hombre. El arma salió volando y rebotó contra los adoquines.

—Tú —dijo Valerio con voz ronca—. No mires. Cierra los ojos si hace falta.

El hombre intentó un rodillazo. Valerio lo esquivó con un movimiento menos fluido de lo habitual, el dolor visible en su rostro, agarró su cabeza y la estrelló contra el dintel de piedra. Una vez. Dos. El cuerpo se fue ablandando hasta quedar inerte.

Silencio, roto solo por el jadeo entrecortado de Valerio. Se apoyó contra la pared, la respiración agitada. La mancha en su hombro se extendía, empapando la tela.

Julián no podía apartar la vista. Un nudo de incredulidad le apretaba la garganta.

Valerio se agachó junto al joven caído, buscó en el cinturón y sacó una llave pequeña. Sus manos temblaban notablemente al introducirla en las esposas. El metal se abrió con un clic.

—Mercedes tiene el cilindro —dijo, sin mirarlo, frotándose las muñecas liberadas—. Si lo capturan a él, todo esto fue para nada.

—Valerio… tu hombro —logró decir Julián.

—Un rasguño —mintió Valerio, recogiendo la Lefaucheux del suelo y comprobando el tambor con dificultad—. Ella se dirigiría al último lugar seguro que conocía. La imprenta ya no lo es. El León de Oro tampoco. Queda uno.

Julián asintió, la mente tratando de ponerse al día. El alivio era un peso frío en el pecho, demasiado grande para procesarlo.

Valerio le tendió el arma.

—¿Sabes usarla?

—No.

—Pues hoy aprendes —dijo Valerio, poniéndole el arma en la mano —. El seguro está aquí. Apuntas con esto. Aprietas esto. No lo hagas a menos que no quede otra.

Desde ambos extremos del pasadizo empezaron a oírse silbidos agudos, repetidos. Respuestas de otros hombres. Las sombras en las bocas del callejón se movieron.

Valerio miró hacia la salida más cercana, luego hacia Julián. Su rostro estaba pálido, contraído por el dolor.

—Ahora corre —dijo—. Por el callejón de la derecha. Hay un patio. Yo los entretendré aquí.

—No puedes quedarte, estás herido.

—Es el precio —cortó Valerio, con una sonrisa amarga que le retorció los labios—. Ahora ve. Y no te detengas aunque me oigas caer.

Julián dudó un instante, luego asintió. Corrió, arrastrando el pie herido, hacia la boca del callejón que Valerio le indicaba. Al volver la vista, lo último que vio fue a Valerio apoyado contra la pared, sacando una segunda pistola de su cinturón y preparándose para enfrentar las sombras que se acercaban.

El patio era un rectángulo de piedra húmeda, olvidado entre las fachadas traseras de los edificios. Un tragaluz de cristal sucio, a dos metros del suelo, dejaba caer un rectángulo pálido de luz de luna sobre un montón de escombros. El aire olía a orín rancio y a la tierra húmeda de las macetas rotas.

Julián se detuvo junto a la pared, escuchando. Su respiración salía en bocanadas entrecortadas. La Lefaucheux pesaba como un ladrillo en su mano, extraña y amenazante.

Los pasos entraron en el patio desde el callejón. Dos siluetas.

—Aquí —dijo una voz áspera.

Los dos hombres avanzaron. El más joven tenía la chaqueta abierta, la mano cerca del cinturón. El otro, más viejo, llevaba un parche sobre el ojo izquierdo. Ambos miraban a Julián con una expresión de desprecio profesional.

—El restaurador —dijo el mayor. Su voz era un rumor grave—. Solo.

—Las órdenes son claras —añadió el joven, sacando su arma—. Sin testigos.

Julián retrocedió, apoyándose contra la pared. El dolor en su tobillo era un latido blanco y agudo. Levantó la Lefaucheux con manos temblorosas, recordando torpemente las instrucciones de Valerio.

—No sé usarla —dijo, y su voz sonó ridícula incluso para sus propios oídos.

El joven sonrió, un gesto sin humor.

—Pues hoy aprendes.

El joven apuntó. Julián vio el dedo blanquecino apretando el gatillo. Un instante de puro terror heló su sangre. Luego, sin pensar, su propio dedo se cerró. El disparo fue un chasquido seco que rebotó en las paredes de piedra.

El joven se encogió, un golpe sordo en el hombro derecho que lo hizo girar sobre sí mismo. Un grito ahogado le salió de la garganta. Su arma cayó al suelo.

El hombre con el parche giró, desenfundando, los ojos desorbitados por la sorpresa. Julián, con las manos aún temblando, apretó el

gatillo de nuevo. El martillo cayó sobre un tambor vacío. Un clic seco.

El hombre con el parche sonrió, un destello de dientes amarillos.

—Solo una bala, principiante —dijo, y apuntó.

Un segundo disparo, proveniente de la puerta del callejón, resonó antes de que pudiera disparar. El hombre retrocedió como si le hubieran empujado el pecho, cayendo de espaldas sobre los escombros. Alcanzado en el cuello, se desplomó de rodillas antes de caer de costado. Un sonido húmedo escapó de su garganta y luego se hizo silencio.

El olor a pólvora, acre y metálico, se mezcló con el de la humedad.

Desde la entrada del patio, Valerio bajó su arma humeante. Cojeaba gravemente, arrastraba una pierna. La mancha en su hombro había crecido hasta cubrir medio torso. Se apoyó contra el marco de la puerta, a punto de desplomarse.

—La puerta —masculló, con la mandíbula apretada por el esfuerzo —. Al fondo. Parece una bodega. Corre…

Desde el callejón, los silbidos de respuesta sonaron de nuevo, justo detrás de él. Las sombras se agitaron en la entrada.

—Valerio, ¡ven! —gritó Julián.

Valerio negó con la cabeza, un movimiento débil. Levantó su arma de nuevo hacia el callejón.

—El precio está pagado —dijo, casi para sí mismo.

Julián corrió, arrastrando el pie herido, hacia la puerta baja de madera podrida y herrajes oxidados. La empujó con el hombro. Cedió con un crujido que le retumbó en los oídos.

La oscuridad del interior lo engulló justo cuando escuchó, desde el patio, una ráfaga de dos disparos seguidos de un grito ahogado que reconoció. No miró atrás.

La oscuridad olía a tierra húmeda, vino agrio y, ahora, a su propio sudor frío. Julián se dejó caer contra una pared de piedra fría, la respiración convertida en un silbido cortante en su garganta. La pistola, ahora inútil, cayó de sus dedos entumecidos. Escuchó. Solo su propio jadeo y el eco de los disparos en su mente.

Un roce de tela, rápido y sigiloso, vino de la oscuridad.

Mercedes emergió de detrás de una pila de barriles, el rostro pálido recortado por la tenue luz que se filtraba desde la puerta entreabierta. Sus ojos negros escudriñaron a Julián, luego la puerta vacía detrás de él.

—¿Solo? —preguntó, su voz un susurro tenso.

Julián asintió, sin aliento para explicar. La imagen de Valerio cayendo se repetía tras sus párpados.

—El cilindro —logró articular, la lengua pesada.

—Lo tengo —respondió ella, sin levantar la vista. Se acercó, examinándolo rápidamente. Su mirada se detuvo en la pistola en el suelo—. ¿Estás herido?

—No… Valerio. Él me cubrió. Le dispararon. Creo que… —no pudo terminar la frase.

Mercedes cerró los ojos por un instante, un gesto fugaz de dolor. Luego asintió, una aceptación dura y rápida.

Desde el patio, llegaron voces apagadas, el crujir de botas sobre escombros. Se estaban acercando.

—Ya no podemos huir —susurró Julián, y las palabras le sabían a ceniza—. Solo nos queda una dirección.

Mercedes lo miró, esperando. En su rostro no había alivio, ni miedo. Solo una aceptación fría, la de quien ha visto demasiadas puertas cerrarse.

—Hacia adelante —continuó Julián, la decisión cristalizando en su mente como un barniz que seca de repente, teñida ahora por el costo de lo perdido—. Al palacio. Al Rey.

CAPÍTULO 21: EL PLAN DE LOS DESESPERADOS

La respiración de Julián aún quemaba su garganta. El aire de la bodega olía a tierra húmeda, vino agrio y moho antiguo. Una sola raya de luz, sucia y amarillenta, se colaba bajo la puerta de madera podrida. Fuera, las voces se habían apagado. Solo quedaba el goteo lejano de agua y el latido de su propio corazón.

Mercedes se movió junto a él, un roce de tela en la oscuridad. Sus ojos negros captaron la tenue claridad.

—¿Cuántos? —preguntó, voz baja y plana.

—Dos. Los mató. —Julián miró la pistola en el suelo, el metal mate que brillaba débilmente—. El que me ayudó… está herido. O muerto.

Ella asintió, un gesto seco. Sus dedos palparon el cilindro de hojalata oculto bajo su falda. Lo sacó, lo examinó a la luz rasante. No había abolladuras.

—La imprenta está perdida —dijo, sin mirarlo—. El León de Oro también. Mi red… —Hizo una pausa, un instante de silencio que pesaba más que las palabras—. No queda nada.

Julián apoyó la espalda contra la pared fría. El dolor en el tobillo latía con cada latido, un pulso blanco y agudo que le subía por la pierna. Intentó mover el pie y una punzada le hizo contener el aliento.

—No podemos seguir huyendo —murmuró, más para sí mismo que para ella—. Nos cazan calle por calle. Solo nos queda…

—El palacio —terminó Mercedes. Lo miró por fin—. Es una locura.

—Es la única autoridad por encima de Montpensier.

—Y está lleno de sus hombres. Guardias, criados, funcionarios… —Se frotó la sien, donde la sangre seca había formado una costra oscura —. Bruno… mi primo. Una vez mencionó un nombre. Un lampista que trabajaba en las cocinas del Palacio de Oriente. Le hizo un favor, hace años.

Julián se enderezó, el movimiento le arrancó otra mueca.

—¿Confiable?

—Bruno confiaba en él para los papeles falsos de entrada. No sé si sigue vivo. No sé si nos ayudaría. —Su voz sonaba a ceniza—. Es un hilo. El único.

Desde el patio llegó un ruido seco. Un crujido de madera, luego pasos cautelosos sobre los escombros. Se acercaban.

Mercedes guardó el cilindro, lo hundió en el pliegue más profundo de su ropa. Julián se agachó, los dedos encontraron el arma en el suelo. El metal estaba frío. Nunca había disparado una Lefaucheux. El peso le resultaba extraño, antinatural en su mano de restaurador.

—Si vamos —susurró, los ojos fijos en la línea de luz bajo la puerta —, es ahora. Antes de que sellen el barrio.

—¿Y el lampista? ¿Cómo lo encontramos?

—Preguntando. O forzando la puerta de servicio. —Julián apretó la mandíbula—. Ya no importa el cómo. Solo el adónde.

Los pasos se detuvieron justo al otro lado de la puerta. Un silencio cargado. Luego, un golpe metálico, sordo, contra la madera. Alguien probaba la cerradura.

Mercedes se puso de pie, silenciosa como una sombra. Sus dedos se cerraron alrededor del mango de su navaja, el acero mate que había sido de Bruno.

Julián levantó el revólver. El cañón tembló ligeramente. Respiró hondo, el aire frío y podrido de la bodega llenando sus pulmones.

El segundo golpe fue más fuerte. La puerta crujió en sus goznes oxidados.

La puerta cedió con un crujido de madera podrida. No se abrió de golpe, sino que se deslizó unos centímetros, luego se detuvo. Una sombra se recortó contra la luz grisácea del patio.

Julián apretó el gatillo con el dedo, el metal frío mordiéndole la piel. Mercedes se inmovilizó a su lado, la navaja de Bruno como una extensión de su puño cerrado.

La figura entró arrastrándose más que caminando. Se desplomó contra el marco, una mano aferrada al hombro izquierdo. La chaqueta oscura brillaba, empapada de un líquido espeso que olía a cobre y sal. Era el desconocido.

—Cierren —jadeó, la voz un hilillo de aire entrecortado—. Rápido.

Mercedes se movió antes que Julián. Empujó la puerta con el hombro, buscando el pestillo roto con los dedos. No había cerradura que trabar. Arrastró un barril vacío, lo hizo rodar hasta el quicio. El tonel de madera chirrió contra el suelo de tierra.

El hombre se deslizó por la pared hasta sentarse en el suelo. Su respiración era un silbido húmedo, como un fuelle roto. En la penumbra, su rostro era una máscara de sudor y suciedad. Los ojos, hundidos en sombras, buscaron a Julián.

—Tienen… el área rodeada —dijo, separando las palabras con esfuerzo—. Gorostiza. Tres equipos. Barrio por barrio. —Una tos seca le sacudió el cuerpo, y se dobló sobre sí mismo, la mano apretando más fuerte el hombro. Cuando habló de nuevo, la voz era más débil

—. La imprenta… quemada. El León… registrado. Solo queda… el palacio.

Julián bajó el revólver. El peso del arma le pareció de repente absurdo. Se acercó, cojeando, el dolor del tobillo un latido sordo que se sincronizaba con el jadeo del herido.

—Ya lo habíamos decidido —dijo Julián, su voz firme en la penumbra —. Es nuestra única opción.

El desconocido asintió, un movimiento mínimo que le costó un gemido. Sus ojos, vidriosos de dolor, se posaron en Mercedes.

—Bruno… tenía un contacto. En las cocinas. Un carpintero… Ezequiel. —Hizo una pausa, tragando saliva—. Le debía favores. Quizás… aún trabaje allí.

Mercedes se arrodilló a su lado. Con movimientos precisos, rasgó un trozo de la enagua que asomaba bajo su falda. La tela blanca contrastó brutalmente con la mancha oscura que se expandía en el hombro del hombre.

—Deja eso —murmuró él, pero no tuvo fuerza para apartarla.

Ella ignoró la protesta. Aplicó presión con el lienzo, sus dedos manchándose de rojo. El hombre cerró los ojos, los dientes apretados.

—El palacio está blindado —dijo Julián, la mente calculando distancias, obstáculos—. Desde el atentado.

—Sí. —El desconocido abrió los ojos. Había una claridad extraña en ellos, como si el dolor lo hubiera afilado—. Pero las cocinas… son un hormiguero. Proveedores, carboneros, lampistas… entra y sale gente. Es la única grieta.

Con la mano libre, la derecha, buscó a tientas dentro de su chaqueta. Los dedos temblorosos sacaron algo pequeño y metálico. Una llave. Corta, oxidada, con la cabeza redonda y desgastada.

—Estación de Atocha —susurró, extendiéndola hacia Julián—. Casillero… veintidós. Credenciales. Bruno las hizo… para mí. Nunca las usé.

Julián tomó la llave. El hierro estaba tibio por el cuerpo del hombre, pero el óxido se sentía áspero y frío bajo su pulgar.

—¿Por qué? —preguntó, la voz más baja de lo que pretendía—. ¿Por qué hace todo esto?

El desconocido esbozó algo que podía ser una sonrisa, un rictus torcido por el dolor.

—Porque ya no hay… donde esconderse. —Su mirada fue de Julián a Mercedes, luego al cilindro que asomaba del pliegue de la falda de ella—. Llévenlo… hasta el último escalón. Hasta que les escuchen. O les maten. Pero que… sepan.

Una convulsión le recorrió el cuerpo. La presión de Mercedes en la herida ya no bastaba. La sangre empapaba la tela blanca, tiñéndola de un rojo oscuro y brillante.

—No podemos dejarte aquí —dijo Mercedes, pero su tono era plano, reconociendo la verdad de las palabras.

—Ya estoy… dejado. —El hombre apoyó la cabeza contra la pared de piedra. Su respiración se hizo más superficial, más espaciada—. Salgan… por el tragaluz del fondo. Conduce al tejado… de la carbonería. De ahí… a la calle del Factor.

Fuera, en la distancia, un silbato agudo cortó la noche. Largo, luego dos cortos. Una señal de coordinación. Otro silbato respondió, más cerca.

El desconocido los miró por última vez. Sus ojos ya empezaban a vidriarse, a perder foco.

—Vayan —dijo, y fue una orden, no un ruego.

Julián metió la llave en el bolsillo de su chaleco, junto al fragmento de papel con su nombre. Asintió, una vez. Mercedes se puso de pie, sus dedos ensangrentados se cerraron alrededor del cilindro de hojalata.

Cruzaron la bodega hacia la parte trasera, donde una rejilla de ventilación oxidada dejaba filtrar tenues rayos de luz lunar sobre montones de sacos vacíos. Julián miró atrás, una última vez. La figura contra la pared era ya solo una silueta inmóvil, fundiéndose con las sombras.

El silbato sonó de nuevo, justo al otro lado de la puerta.

Un golpe seco sacudió la puerta en sus goznes.

Julián agarró el revólver que el desconocido le había dado. El metal estaba frío y extraño en su mano, un peso ajeno. Mercedes ya estaba junto al tragaluz, empujando los sacos vacíos. La luz de la luna le cortaba la cara en dos mitades: una iluminada, pálida; la otra, hundida en la sombra.

—Aquí —susurró ella, señalando una rejilla de ventilación oxidada en la pared del fondo, casi oculta tras una pila de barriles.

Otro golpe en la puerta. Un crujido de madera que cedía.

Julián cojeó hacia allí, el tobillo protestando con cada paso. El dolor era un clavo blanco que le subía por la pierna. Metió los dedos entre los barrotes de hierro y tiró. La rejilla cedió con un chirrido de óxido desprendiéndose, dejando un hueco negro del tamaño de un torso.

—Primero tú —dijo.

Mercedes no discutió. Se deslizó dentro, el cilindro de hojalata raspando contra el marco. Julián miró una última vez hacia la entrada. La puerta se abría, una cuña de luz de antorcha recortando una silueta ancha en el umbral. Respiró hondo, contuvo el gemido que le subía por la garganta, y se arrastró tras ella.

El túnel era un conducto de ladrillo, estrecho y húmedo. Avanzaron a gatas, el sonido de sus ropas arrastrándose amplificado por el eco tubular. Detrás, voces apagadas invadían la bodega. Una orden seca. El ruido de barriles volcándose.

El conducto desembocó en un callejón paralelo, un pasadizo de servicio entre dos edificios altos. El aire olía a orín congelado y ceniza fría. Mercedes se incorporó, apoyándose en la pared de ladrillo. Su respiración formaba nubecillas blancas en la oscuridad.

—¿Adónde? —preguntó, su voz un hilillo de vapor.

Julián sacó la llave del bolsillo. La examinó a la tenue luz que se filtraba desde una claraboya alta. Era pesada, de latón, con el número 22 grabado en el pomo.

—El carpintero del palacio. Ezequiel. Dijo que era nuestro único contacto dentro.

—¿Y si es otra trampa?

—Todo lo es —respondió Julián, guardando la llave—. Pero es la única puerta que tenemos.

Mercedes asintió, una sombra de movimiento. Sacó el cilindro de entre sus ropas. Lo sostuvo con ambas manos, como si midiera su peso mortal.

—Entonces vamos al palacio.

No era una pregunta. Era la aceptación de un hecho, como reconocer la llegada del invierno. Julián la miró. En la penumbra, sus ojos negros parecían dos pozos de tinta, fijos, sin vacilar. Algo se había quebrado dentro de ella, y lo que había emergido era más duro, más afilado.

—Al amanecer —dijo él—. Las puertas de servicio se abren para los proveedores. Nos mezclamos con ellos.

—¿Y las credenciales? El desconocido dijo…

—Tenemos los papeles de la estación. Y esto. —Julián tocó el bolsillo de su chaleco, donde guardaba el fragmento con su nombre y la referencia al encargo 291—. Es lo que somos. Un restaurador con un encargo real pendiente, y su asistente. Es la única verdad que nos queda.

Un grito lejano cortó la noche, procedente de la bodega. Luego, un disparo, amortiguado por las paredes de piedra.

Mercedes cerró los ojos un instante. Cuando los abrió, la decisión ya estaba tomada, grabada en la línea tensa de su mandíbula.

—Vamos —dijo, y echó a andar por el callejón, alejándose del sonido, hacia el este, donde las cúpulas del Palacio de Oriente empezaban a recortarse contra el cielo nocturno, negras sobre el negro, esperándolos.

CAPÍTULO 22: EL MENSAJERO DEL REY

La luz lechosa del amanecer se colaba entre los hierros de la bóveda de la estación de Atocha, un frío húmedo que olía a carbón quemado, vapor y orina congelada. Julián apoyó una mano en la pared de ladrillo, el tobillo izquierdo convertido en un nudo de dolor blanco que latía con cada latido de su corazón. Habían caminado casi una hora, esquivando calles principales, avanzando por callejones donde la basura amanecía cubierta de escarcha.

Mercedes caminaba a su lado, el moño oscuro deshecho en mechones húmedos. Bajo su abrigo, el cilindro de hojalata presionaba contra sus costillas. Su mirada, negra e intensa, no se movía de la entrada principal.

—Guardias —murmuró, sin mover los labios.

Dos guardias civiles con tricornios y capotes azules flanqueaban las puertas de hierro y cristal, observando el goteo de viajeros matutinos: comerciantes con maletas, mujeres con cestas, algún empleado con sombrero hongo. Más allá, bajo la gran bóveda, la luz filtrada por el cristal sucio pintaba el aire de un gris polvoriento. El eco de pasos y voces bajas se multiplicaba en el vacío.

—Los casilleros están a la derecha —dijo Julián, la voz ronca por el frío y la fatiga—. Junto al despacho de equipajes.

Mercedes asintió. Su mirada escudriñó los rostros: un vendedor de periódicos bostezando, un hombre con gabán que consultaba un reloj de bolsillo, una pareja discutiendo en susurros airados. Nada parecía fuera de lugar, pero la tensión le encogía los músculos del cuello.

—Tú distraes —articuló ella—. Yo abro.

Julián tragó saliva. El movimiento le recordó el disparo en el callejón, el zumbido persistente en su oído izquierdo. Asintió. Separarse era riesgo, pero era la única jugada. Se enderezó, forzando la pierna a soportar su peso, y se dirigió hacia el mostrador de informaciones, cojeando de manera visible, casi teatral. Un restaurador con la pierna maltrecha, preguntando por un tren. Un espectáculo patético que atraería miradas de lástima, no de sospecha.

Mercedes se deslizó hacia la pared de casilleros de madera oscura, numerados con latón. El 22 estaba a media altura, a la izquierda. Sacó la llave del bolsillo de su falda. El metal, frío y oxidado, se balanceó entre sus dedos.

Un silbido de locomotora resonó en algún andén lejano, seguido por un chorro de vapor que se elevó como un fantasma entre las vigas. Julián, apoyado en el mostrador, fingió estudiar un horario enrevesado mientras con el rabillo del ojo seguía a Mercedes. Ella introdujo la llave. Giró. Un clic seco, ahogado por el rumor de la estación.

El casillero se abrió. Dentro, solo un sobre rectangular de papel grueso, lacrado con cera roja sin sello. Mercedes lo tomó. Era delgado, ligero. Lo deslizó dentro de su abrigo, junto al cilindro. Cerró la puertita, extrajo la llave.

En ese instante, su mirada se cruzó con la de un hombre sentado en un banco de madera, junto a un quiosco cerrado. Vestía uniforme de oficial del Ejército: chaqueta azul con vueltas rojas, galones en la manga. No leía el periódico que tenía abierto sobre las rodillas. No miraba a los viajeros. Miraba directamente a ella.

Sus ojos, de un gris metálico incluso a esa distancia, clavaban la mirada como un puñal. No se movió. No hizo gesto alguno. Solo bajó lentamente el diario hasta apoyarlo sobre sus piernas, manteniendo el contacto visual. Esperando.

Mercedes contuvo la respiración. La llave le quemaba la palma de la mano. Dio media vuelta, lenta, natural, y comenzó a caminar hacia donde Julián seguía hablando con el empleado del mostrador. Sintió la mirada del oficial clavada en su espalda, un peso frío entre los omóplatos.

Habían recuperado las credenciales. Alguien más lo sabía.

El oficial se levantó del banco sin prisa. Dio un paso hacia ellos, luego otro, su uniforme azul destacando entre los viajeros anónimos. Se detuvo a dos metros de distancia. Su mirada recorrió a Julián, luego a Mercedes, evaluando, calculando.

—Síganme —ordenó. No fue una invitación.

Giró y caminó hacia un pasillo lateral marcado con un cartel de madera: 'Telégrafos – Cerrado'. Mercedes intercambió una mirada con Julián, quien asintió con una mueca de resignación. No tenían elección. Siguiendo al coronel, atravesaron el pasillo hasta una puerta de madera oscura.

La habitación era pequeña, un cubículo polvoriento anexo al andén principal. Un mostrador de madera oscura ocupaba la pared del fondo, sobre él un farol de gas encendido que proyectaba una luz amarillenta y parpadeante. El aire olía a tinta seca y papel viejo, con un dejo de humedad que se filtraba de las paredes de piedra. El sonido de los trenes llegaba amortiguado, un rumor lejano de hierro y vapor.

El oficial cerró la puerta. El pestillo cayó con un golpe seco que resonó en el silencio. Se volvió hacia ellos, apoyando las manos sobre el mostrador.

—Coronel Vittorio D’Andrea —dijo, su voz era plana, sin inflexión—. Ayudante de campo de Su Majestad el Rey.

El nombre del monarca cayó entre ellos con el peso muerto de una moneda de plomo. Julián sintió un vértigo gélido; la esperanza es un veneno de acción lenta para hombres que ya están condenados. —¿El Rey? —su voz sonó como el roce de dos lijas—. El Rey es un extranjero en una corte de caníbales, coronel. ¿Y usted espera que nos salve con un sello de cera?

—Ha oído rumores —cortó D’Andrea—. De un restaurador del Prado que ve lo que otros pintan encima. Que ha estado haciendo preguntas inconvenientes. Que ha quemado su propio taller. —Sus ojos, de un gris metálico a la luz del farol, se clavaron en Julián—. Usted es ese problema, ¿verdad, señor Sáenz?

Mercedes se adelantó medio paso, colocándose entre Julián y el coronel. Su postura era rígida, defensiva.

—¿Y si lo es? —preguntó, el tono afilado.

—Entonces tiene dos opciones —continuó D’Andrea, ignorando el desafío—. Seguir jugando al gato y al ratón con los hombres de Montpensier, que a estas horas deben tener órdenes de disparar a la vista. O contarme por qué un pintor de tercera fila murió envenenado, por qué su estudio fue saqueado al día siguiente, y qué demonios tenía que ver un encargo anónimo del Museo del Prado, número doscientos noventa y uno, con todo esto.

Cada palabra era un martillazo. Julián se apoyó en el borde del mostrador, el dolor del tobillo convertido en un latido sordo y constante. El coronel lo sabía demasiado. Demasiado para ser solo rumores.

—¿Cómo…? —empezó.

—La Guardia Real no es un monstruo de una sola cabeza —dijo D’Andrea—. Algunos seguimos jurando lealtad al trono, no al hombre que pretende sentarse en él. —Hizo una pausa, dejando que el

significado se asentara—. Su Majestad está… preocupado. Los rumores de conspiración envenenan la corte. Necesita hechos. Pruebas.

Mercedes apretó los brazos contra su cuerpo, protegiendo el bulto del cilindro oculto bajo la tela.

—Y usted nos ofrece un pase directo —dijo, escepticismo cargado en cada sílaba—. Demasiado conveniente, coronel. Demasiado fácil.

D'Andrea esbozó una sonrisa fina, sin calor.

—Nada es fácil dentro de esos muros. El Palacio de Oriente está plagado de oídos. Criados, guardias, funcionarios… muchos con las manos manchadas por el oro de Montpensier. —Se inclinó hacia adelante, bajando la voz—. Puedo llevarlos ante una persona. Solo una. Esta misma mañana, antes de que Gorostiza selle cada puerta de servicio. Pero para eso, necesito saber qué llevan. Y necesito que confíen en un soldado que nunca han visto.

Extendió la mano, la palma hacia arriba, sobre el polvo del mostrador. Un gesto abierto, pero también una demanda.

—El reloj corre en su contra —añadió, su mirada fija en los ojos de Julián, verdes pero empañados por la fatiga—. ¿Confía en un soldado del Rey, o prefiere seguir siendo el cebo en la ratonera del Duque?

Mercedes puso su mano sobre el brazo de Julián. Sus dedos se cerraron con fuerza, una presión de advertencia. Sus ojos negros, intensos, le transmitieron un mensaje claro: *Es una trampa. Huele a trampa.*

Pero Julián miró la mano extendida del coronel. Miró la luz parpadeante del farol. Respiró el olor a polvo y desesperación. Y vio, por primera vez en días, una rendija de luz en la oscuridad.

Una rendija que podía llevarlos al trono… o directo a la tumba.

El rayo de luz que atravesaba la ventana alta iluminó una nube de polvo danzante. El tictac del reloj de bolsillo del coronel marcaba el compás de la tensión.

—¿Cómo sabe lo del hombre de la bodega? —La voz de Julián sonó rasposa, como si las palabras le arañaran la garganta al salir—. Los hombres de Gorostiza no habrían reportado un detalle así. No les importa.

D'Andrea no se inmutó. Sus dedos jugueteaban con el borde del mostrador.

—Tengo oídos en muchos sitios. Es lo que me mantiene vivo.

—Demasiados oídos —cortó Mercedes. Su mano seguía apretando el brazo de Julián, los nudillos blancos—. Demasiado conocimiento. Huele a carnada, coronel.

El militar suspiró, un sonido cansado que pareció arrastrar parte de su compostura.

—Muy bien. No confían en un soldado. Entiendible. —Se enderezó, ajustándose la guerrera—. Les ofrezco otra cosa. Un acceso que no requiere de mí. El carpintero Ezequiel, en las cocinas del palacio. Espera en la puerta de servicio de los proveedores, al fondo del patio de caballerizas, a las siete en punto. Con o sin mí.

El nombre resonó en el aire cargado. El mismo nombre. La misma puerta.

Un frío repentino se extendió por el estómago de Julián. No era validación; era una demostración de poder. Este hombre no solo conocía sus planes, conocía los detalles que solo un moribundo les había susurrado horas antes.

—¿Cómo…?

—No importa cómo —interrumpió D'Andrea, su voz perdiendo por primera vez el tono negociador—. Importa que si no están ahí a las siete, les aseguro que Gorostiza sí lo estará. Ha desplegado a media

Partida alrededor del perímetro del palacio. Están esperando a que asomen la cabeza.

Sacó un trozo de papel de telégrafo arrugado y un lápiz corto de su bolsillo. Escribió unas líneas con trazo rápido y firme, luego deslizó el papel por el mostrador polvoriento. Se detuvo justo al borde, frente a los dedos de Julián.

—La dirección de la puerta de servicio. Y el nombre de Ezequiel. — Su mirada marrón, ahora dura como la piedra, recorrió a ambos—. Su única ventana se cierra con el amanecer. Decidan si saltan o se quedan atrapados en esta ratonera.

Sin esperar respuesta, dio media vuelta. Sus botas resonaron sobre las losas, un eco que se desvaneció tras la puerta al cerrarse.

El silencio que dejó era más pesado que cualquier palabra.

Fuera, un silbato de tren largo y agudo rasgó el aire de la mañana. Un sonido de límites, de horarios, de tiempo que se acaba.

Julián miró el papel. Las letras parecían arder sobre la superficie gris. Mercedes retiró lentamente la mano de su brazo y se acercó al mostrador. Sus ojos negros, intensos, escudriñaron el trozo de papel como si buscaran una trampa oculta en la tinta.

—Podría ser el acceso —murmuró, casi para sí misma—. O la confirmación de que estamos completamente vendidos.

Julián apoyó las manos en el borde de madera áspera. El dolor de su tobillo era un latido sordo y constante, un recordatorio físico de cada límite que habían cruzado. Respiró hondo, aspirando el olor a polvo, a desesperación seca, a la luz del amanecer que ahora bañaba claramente el suelo.

El papel reposaba allí. Un veredicto. Una sentencia. Una única rendija en un muro que parecía crecer más alto con cada segundo que pasaba.

CAPÍTULO 23: EL FILTRO DE SAN GIL

El papel ardió en sus manos durante un instante más. Luego Julián lo dobló con precisión quirúrgica y lo guardó en el bolsillo interior de su chaleco, junto al frío del metal de la insignia.

—Vamos —dijo.

No hubo discusión. La puerta de la habitación anexa cedió a un pasillo lateral, luego a la bóveda principal de la estación. La luz del amanecer, ahora plena, entraba por los altos cristales sucios en haces polvorientos que iluminaban el vapor de las locomotoras. Se mezclaron con el primer flujo de viajeros, de mozos con carretillas, de mujeres con cestas. El aire olía a carbón quemado, a orines viejos y a pan recién horneado de un puesto cercano.

Mercedes caminaba a su lado, su figura esbelta tensa como un arco. El cilindro de hojalata, oculto bajo su abrigo, pesaba en cada uno de sus movimientos. Julián renqueaba, cada apoyo del pie izquierdo una puñalada de fuego blanco que le subía por la pierna. Se aferró a la sensación. El dolor era un ancla, un recordatorio de que seguía vivo, de que aún podía moverse.

Salieron a la calle. El frío de la mañana les golpeó el rostro, seco y cortante. Madrid despertaba. Carros de lecheros chirriaban sobre los adoquines. Un repartidor de carbón arrastraba un saco por una rampa. Tomaron por una calle lateral, alejándose del bullicio

creciente de la plaza, metiéndose en el laberinto de callejones que separaba Atocha del enorme bloque de piedra del Palacio de Oriente.

—El sobre —jadeó Julián, apoyándose un momento contra la pared áspera de una esquina. El sudor le perlaba la sien a pesar del frío.

Mercedes asintió, escudriñando la calle vacía con sus ojos negros. Sacó el sobre lacrado del bolsillo de su falda. Era rectangular, de papel grueso, la cera roja lisa y sin sello. Lo partió con el pulgar. Dentro, dos cartulinas dobladas, impresas con tipos finos y una caligrafía impecable que imitaba la burocracia oficial. Credenciales para la Inspección Real de Patrimonio Artístico. Un nombre falso para Julián. Un pase de acompañante para ella.

—Bruno hizo buen trabajo —murmuró, y por un instante algo se quebró en su voz. Lo guardó todo de nuevo.

—¿Y si preguntan por el encargo específico? —Julián empujó su cuerpo lejos de la pared, forzando la pierna a seguir.

—Tú eres el experto. Inventa. Un Velázquez del almacén que necesita evaluación urgente por riesgo de hongos. Algo aburrido, técnico. Algo que solo un restaurador sabría.

Avanzaron. Las fachadas se volvieron más altas, más sombrías. El olor cambió: a estiércol de caballo, a heno, a la grasa de los ejes de los carros. El rumor de un patio amplio y activo llegó antes que la vista: relinchos, órdenes breves, el golpe seco de cascos sobre empedrado.

Doblaron la última esquina.

El patio de caballerizas se abría ante ellos, un rectángulo de cielo gris enmarcado por las altas paredes de ladrillo del palacio. Una docena de carros ya formaban una fila desordenada frente a un arco de piedra abierto en el muro. Proveedores de verdura, de carne, de leña, esperaban con paciencia bovina. Sobre el arco, dos guardias de la Casa Real, con uniformes azules y shakos, vigilaban inmóviles. Y en el centro, examinando un documento con gesto de fastidio, un

sargento con rostro curtido como cuero viejo y una cicatriz que le sesgaba la ceja izquierda.

El sargento levantó la vista. Sus ojos recorrieron la fila, calculando, midiendo. Se detuvieron un instante en Julián y Mercedes, en su ropa ajada, en la cojera evidente. Luego volvieron al papel. El carro frente a ellos, cargado de sacos de harina, avanzó unos metros. Su turno era el siguiente. Un minuto de espera que se hizo eterno. Luego el carro de harina avanzó definitivamente. El espacio vacío frente al arco de piedra los tragó.

Julián sintió el cilindro de hojalata, duro contra sus costillas bajo el abrigo. Respiró el aire frío que olía a estiércol fresco y a café hervido desde una garita cercana. Avanzó arrastrando el pie izquierdo, cada paso un latido sordo que subía por la pierna.

El sargento no levantó la vista del registro. Tenía las manos enguantadas, los dedos manchados de tinta.

—Documentación.

La voz era ronca, sin inflexión. Julián deslizó el sobre lacrado sobre la superficie de madera del pequeño pupitre. El sello de cera roja, sin insignia, brilló bajo la luz grisácea.

El hombre tomó el documento. Lo desdobló con lentitud exagerada. Sus ojos, pequeños y hundidos, recorrieron las líneas de caligrafía pulcra. Pasaron de la firma falsificada al sello seco, luego a Julián, a su ropa empapada de sudor frío, a la tensión en su mandíbula.

—Restaurador.

No era una pregunta.

—Para la colección real —Julián forzó las palabras—. Una evaluación urgente. Riesgo de hongos en un Velázquez del almacén.

—¿Qué Velázquez?

—El… el inventario no especifica. Solo el código de depósito. Me pidieron verificación ocular antes del traslado.

El sargento humedeció el pulgar, pasó la yema por el borde del sello. La cera no cedió. Sus dedos presionaron más fuerte.

—¿Quién lo autorizó?

—El conservador jefe.

—Nombre.

El aire se espesó. Mercedes, a su lado, permaneció inmóvil. Julián buscó en su memoria el nombre que D'Andrea había escrito en el papel, el que habían quemado. Nada. Solo un vacío blanco y punzante. Sus nervios, afilados por el dolor y la fatiga, traicionaron su concentración.

—Don… Álvaro —soltó, recordando a su mentor. Un error. Lo supo al instante.

Los ojos del sargento se alzaron. Fijaron los suyos. No había ira, solo una evaluación fría, como quien examina una pieza de caza dudosa.

—Don Álvaro lleva una semana de baja. Congestión pulmonar.

Un silencio. El rumor del patio —relinchos, ruedas sobre adoquines, voces lejanas— se convirtió en un zumbido lejano. El sargento dobló el documento con precisión, los bordes alineados. No lo devolvió.

—Usted no está en la lista de proveedores autorizados para hoy.

Su mano derecha, todavía enguantada, se posó sobre el registro. Con la izquierda hizo un gesto mínimo, casi imperceptible, hacia los dos guardias bajo el arco. Los shakos azules giraron ligeramente. Las manos se ajustaron a los mosquetones.

—El sello —dijo el sargento, su voz ahora un susurro rasposo—. La cera es nueva. Huele a trementina. Y la firma… la tinta no ha penetrado el papel. Como si se hubiera aplicado sobre una superficie ya escrita.

Dobló el documento una vez más, lo guardó dentro de su guerrera. Sus ojos no se apartaron de Julián.

—Deténganlos.

Los dos guardias avanzaron, sus botas resonando sobre los adoquines húmedos. La fila de proveedores se había dispersado como palomas ante un halcón. Mercedes tensó los músculos de sus brazos, preparándose para un movimiento brusco. Julián sintió el peso del Lefaucheux en su cinturón, inútil contra tres mosquetones a diez pasos de distancia.

—Acompáñennos a la oficina —ordenó el sargento, su voz ahora un mazo de hierro—. Para aclarar este… malentendido.

Los guardias cerraron la distancia. Uno extendió una mano para agarrar el brazo de Julián. En ese momento, desde el interior del patio, una voz aguda gritó una orden. Un carro cargado de barriles de vino, mal estibado, se inclinó peligrosamente. Un barril rodó y estalló contra los adoquines, la madera reventando en astillas, el líquido rojo oscuro derramándose como sangre. La confusión fue instantánea. Los caballos relinchaban, los carreteros gritaban, los guardias bajo el arco se volvieron hacia el alboroto.

Fue una distracción de segundos, pero suficiente.

Una figura emergió de detrás de un pilón de agua. Era una mujer. Silueta esbelta, falda oscura, un chal gris sobre los hombros. El sol naciente, aún bajo, iluminó su pelo recogido, revelando mechones de plata entre el castaño. Julián la reconoció. La misma forma que había visto fugazmente en el andén de Atocha, saliendo de detrás de los montones de equipaje.

Caminó con una calma que desentonaba con el caos del patio. Se acercó al sargento sin prisa. Un leve aroma a jazmín, tenue y fuera de lugar, llegó hasta Julián.

La mujer habló en voz baja, tan baja que las palabras se perdieron. Mostró un documento pequeño, un papel doblado. El sargento

frunció el cejo, sus ojos escudriñaron el papel, luego a la mujer, luego a Julián y Mercedes. Su mandíbula se movió, masticando una decisión. Finalmente, asintió. Un gesto corto, de reluctancia.

Retiró la mano del registro. Hizo una seña a los guardias, que retrocedieron, desconcertados.

La mujer se volvió hacia ellos. Su rostro era delgado, de facciones afiladas y ojos claros que no revelaban nada.

—Vengan conmigo —dijo. Su voz era seca, sin inflexión—. Rápido. No son los únicos que los buscan aquí.

No dio tiempo a preguntas. Giró y se dirigió, no hacia el arco principal ni hacia la oficina de la guardia, sino hacia un pasillo lateral oscuro entre dos edificios de servicio. Una abertura que parecía llevar a las cocinas, marcada por el olor a grasa quemada y agua de fregar.

Mercedes miró a Julián. Sus ojos negros, intensos, preguntaban. Él hizo un gesto mínimo con la cabeza. ¿Qué alternativa tenían? El primer intento de infiltración había fracasado. Sus nervios los habían delatado en el control. Ahora solo quedaba seguir a esta desconocida.

Caminaron, cojeando él, ella con una mano protegiendo el bulto bajo su abrigo. Antes de que la sombra del pasillo los engullera, Julián volvió la cabeza.

Al otro lado del patio, junto a la puerta de carruajes, dos hombres con sobretodos oscuros hablaban con otro guardia. Uno de ellos señalaba con energía hacia la puerta de proveedores, hacia donde ellos habían estado parados instantes antes. El guardia asentía. El hombre del sobretodo tenía un perfil que Julián había visto antes, en la oscuridad de un callejón, bajo la luz de un farol parpadeante. Era uno de los hombres de Gorostiza.

La mujer los precedía, su falda oscura desapareciendo en la penumbra del corredor.

CAPÍTULO 24: EL HOMBRE DEL SOBRETODO

La penumbra del pasillo lo envolvió. El aire era denso, cargado con el olor a fritura ranciada y lejía aguada que ascendía desde las cocinas. La mujer caminaba delante, su falda oscura apenas visible, los tacones de sus botas resonando con un eco seco contra las losetas. No miraba atrás.

Julián apretó la mandíbula. Cada paso enviaba una descarga de dolor desde el tobillo hasta la rodilla, un latido sordo que se sincronizaba con el zumbido persistente en su oído izquierdo. Se apoyó en la pared de ladrillo, fría y húmeda al tacto. Mercedes había quedado atrás, en un cruce de pasillos, insistiendo en buscar una ruta alternativa por un conducto de ventilación. "Es más seguro, Julián. Nos separamos y nos encontramos más adelante", había dicho, su voz un susurro urgente antes de desaparecer en la oscuridad de un desvío. Él había seguido a la mujer, la promesa de Ezequiel pesando más que la prudencia.

El corredor se estrechó. De repente, la mujer se detuvo. No había puerta, solo un ensanchamiento donde se apilaban sacos vacíos y barriles de madera. Se volvió lentamente.

La tenue luz que se filtraba desde algún ventanuco alto iluminó su rostro por primera vez con claridad. Pelo castaño con mechones de plata recogido con severidad. Ojos de un color claro, grisáceo, que

no reflejaban nada. No había urgencia en ellos ahora. Solo evaluación.

—Aquí —dijo. Su voz había perdido la sequedad funcional. Tenía un tono plano, definitivo.

Julián miró hacia atrás, esperando ver a Mercedes emerger de las sombras. El pasillo estaba vacío. Un silencio pesado, roto solo por el goteo lejano de una cañería.

—¿Dónde está Ezequiel? —preguntó, su propia voz sonando extraña en la quietud.

—No hay Ezequiel.

Las palabras cayeron en el silencio del pasillo como piedras en un pozo. Julián sintió el vacío en el estómago antes de que su mente lo procesara.

La mujer no sonrió. Extendió una mano enguantada. —El cilindro. Ahora.

—Usted trabaja para Gorostiza —articuló Julián. No era una pregunta.

—Trabajo para quien paga. Y él paga por resultados, no por conversaciones. —Su otra mano emergió del pliegue de su falda. Sostenía una pistola pequeña, de cachas de nácar, que parecía una joya mortífera. La apuntó al centro de su pecho. —La última vez. El cilindro.

Julián miró la pistola. Miró el rostro impasible de la mujer. El dolor en su pierna era un grito blanco, un recordatorio de su lentitud. La Lefaucheux que el desconocido le había dado pesaba en el bolsillo de su abrigo, bajo la chaqueta. No sabía usarla. No había tiempo para aprender. Estaba solo.

La mujer movió el dedo hacia el gatillo. Un click seco, el martillo montado.

—Está bien —dijo Julián. La palabra le quemó la garganta.

Con movimientos lentos, evidentemente dolorosos, comenzó a desabrochar su abrigo, dando tiempo. Su mente, nublada por el dolor y el zumbido, buscaba una grieta, un segundo, cualquier cosa. Solo vio la pistola inmóvil y los ojos grises que no parpadeaban.

La trampa no estaba afuera, en el patio. La trampa lo había guiado por la mano.

La silueta del hombre se recortó contra la luz grisácea que filtraba desde el patio. No había llegado con estruendo; simplemente estaba allí, llenando la boca del pasillo con su presencia. Un sobretodo gris, gastado en los codos. El rostro permanecía en sombras, pero Julián reconoció la postura, la quietud acechante. Era el mismo hombre que lo había vigilado desde el patio de su taller, la amenaza que se materializaba al final de cada huida.

Un olor a tabaco barato y sudor rancio avanzó con él.

La mujer de pelo plateado no se volvió. Su pistola de nácar seguía apuntando a Julián.

—Ya está —dijo el hombre. Su voz era ronca, como papel de lija sobre madera. —El patio está limpio. Los otros dos están distraídos buscando fantasmas entre los carros. La mujer que iba contigo se perdió en los conductos. No la encontrarán hasta mañana.

Julián sintió cómo las paredes del pasillo se estrechaban. El dolor en su tobillo latía al compás de su pulso acelerado. No había salida. Solo dos cañones y un túnel de piedra. Mercedes estaba fuera, quizá a salvo, quizá perdida. Él estaba solo.

—El cilindro —repitió la mujer, sin inflexión.

—¿Aquí? —preguntó Julián, forzando las palabras. —Dentro del palacio…

—Es un lugar conveniente —cortó el hombre del sobretodo. Dio un paso adelante. Los suelos de losetas crujieron bajo sus botas. —Las

paredes son gruesas. La guardia real tiene órdenes de no escuchar ciertos ruidos. Y los cuerpos… se pierden. En las calderas, en los pozos ciegos. No hacen preguntas.

Julián respiró hondo. Sus dedos, ocultos en los pliegues de su abrigo, se crisparon. Solo él. Contra los dos.

—Ustedes no son los primeros —añadió el hombre. —Ni serán los últimos. Es una limpieza. Algo rutinario.

La mujer ajustó el dedo en el gatillo. El martillo de la pistola estaba aún montado, un click seco en la quietud opresiva.

En ese instante, Julián se movió.

No fue hacia atrás, ni hacia un lado. Se dejó caer hacia un lado, hacia la pila de sacos vacíos, mientras su mano encontraba el peso frío de la Lefaucheux. La sacó. No apuntó. No tuvo tiempo. Solo levantó el arma, torpemente, y accionó el martillo con el pulgar, igual que había visto hacer al desconocido en la bodega.

El estampido llenó el pasillo como un trueno en una cueva. Un fogonazo cegador iluminó por un instante las caras de piedra, los ojos dilatados, la boca abierta de la mujer. La bala no impactó en nadie; se incrustó en un barril de madera, levantando una lluvia de astillas.

Pero el ruido fue suficiente.

La mujer disparó instintivamente, el fogonazo de la pistola de nácar quemando la penumbra donde Julián había estado un segundo antes. La bala pasó silbando junto a su oreja y se incrustó en la pared.

Julián rodó por el suelo, el dolor en su tobillo estallando en una llamarada blanca. Vio al hombre del sobretodo avanzar con una economía de movimiento que heló la sangre. No corrió. Dio tres pasos largos y precisos, y de la manga de su sobretodo apareció una hoja corta y ancha de acero mate. Un cuchillo de carnicero.

Julián retrocedió arrastrándose, su espalda golpeó la pared de ladrillo. Buscó a tientas el arma que había dejado caer. Sus dedos encontraron solo polvo y yeso desprendido.

El hombre estaba sobre él. Un olor a tabaco negro y lana húmeda. Julián levantó el brazo instintivamente. La navaja cortó el aire y se clavó en la manga de su chaqueta, desgarrando la tela y la carne debajo. No fue un dolor agudo, sino una presión fría seguida de un calor súbito que empapó la lana.

El hombre del sobretodo retiró la hoja. Sus ojos, del color del plomo, no parpadearon. Empujó a Julián contra la pared con una mano en el pecho, la otra levantando el cuchillo hacia la garganta.

Julián agarró la muñeca que sostenía el arma. Los dedos enguantados eran hierro. No podía moverlos. Sintió la punta fría del acero rozar la piel sobre su nuez. Respiró entrecortado, el aliento del otro le llegaba a la cara, rancio y neutro.

La mujer se acercaba, su pistola buscando un ángulo claro. No había prisa en sus movimientos.

—Suelta —dijo el hombre. Su voz era áspera, como piedras frotándose. No una orden, un hecho.

Julián no soltó. Apretó con lo que le quedaba, las uñas hundiéndose en el cuero del guante. El filo presionó. Un pinchazo. Una gota caliente resbaló por su cuello.

Entonces, desde las profundidades del palacio, llegó un sonido amortiguado pero inconfundible: un disparo seco, único, seguido de un silencio aún más denso.

El hombre del sobretodo se inmovilizó. Su cabeza se inclinó un grado, la oreja orientada hacia el sonido lejano. Fue un titubeo minúsculo, una fractura en su concentración absoluta.

La presión en la muñeca de Julián cedió una fracción de milímetro.

No lo pensó. Soltó la muñeca y, con la misma mano, golpeó hacia arriba, la base de la palma buscando la nariz bajo la sombra del ala del sombrero. Impactó en algo duro. Un crujido cartilaginoso.

El hombre gruñó, un sonido gutural de sorpresa y dolor. Retrocedió un paso, la navaja bajando.

Julián se desplomó contra la pared, resbalando. Su pierna herida cedió por completo. En el suelo, jadeando, vio al hombre llevarse una mano enguantada a la cara. Sangre oscura brotaba entre sus dedos.

Los ojos de plomo se posaron en él de nuevo. Pero ahora ardían con algo más frío que la profesionalidad: una ira personal, íntima.

La mujer levantó su pistola, apuntando ahora con calma a la cabeza de Julián. —Basta de juegos —dijo, su voz plana.

El hombre del sobretodo asintió, bajando la mano ensangrentada. La navaja volvió a centrarse. Avanzó.

CAPÍTULO 25: EL INTERROGATORIO DEL TRAIDOR

El hombre del sobretodo avanzó, la navaja reluciendo en la tenue luz que caía del ventanuco alto. La sangre de su nariz rota manchaba el ala del sombrero y el cuello de la gabardina. Un paso. Otro. El sonido de sus botas sobre las losetas era el tictac de un reloj.

Mercedes se interpuso entre él y Julián, que jadeaba en el suelo, aferrado al brazo herido. El dolor era un cuchillo al rojo vivo clavado en su músculo.

—No —dijo ella. Su voz no tembló.

La mujer de pelo plateado se frotaba el costado, recuperando el aliento. Sus ojos claros, antes impasibles, brillaban ahora con una ira contenida.

—Basta —ordenó, seca.

Pero el hombre no se detuvo. Su mirada de plomo estaba fija en Julián. La ofensa personal, el crujido de su propia nariz, había borrado las órdenes.

Un golpe seco resonó al fondo del pasillo. La puerta que daba al patio de caballerizas se abrió de golpe contra la pared de ladrillo.

Tres siluetas se recortaron en el rectángulo de luz gris. No eran guardias del palacio. Llevaban sobretodos oscuros, sombreros calados. Uno sostenía un rifle corto junto a la pierna. Entre ellos, arrastrado y con la cabeza gacha, iba un cuarto hombre. Su rostro estaba magullado, la camisa desgarrada.

Valerio.

El hombre del sobretodo se detuvo. Giró la cabeza un instante.

Fue el tiempo que necesitó la mujer. Se abalanzó sobre Mercedes, le torció el brazo tras la espalda con un movimiento fluido y la empujó contra la pared. Con la otra mano recogió la Lefaucheux que Julián había dejado caer.

—Controla a tu perro, Simón —dijo la mujer, sin alzar la voz.

El hombre llamado Simón respiró hondo. La navaja bajó. Pero sus nudillos seguían blancos alrededor del mango.

Los recién llegados avanzaron. Sus pasos eran metódicos, profesionales. El del rifle escudriñó los rincones del pasillo. Otro empujó a Valerio contra la pared, junto a Julián. El tercero se dirigió directamente a la rejilla de desagüe oxidada, semi-desprendida. Allí, contra los barrotes, el cilindro de hojalata había quedado atrapado.

Julián lo vio. Un destello de hojalata mate en la penumbra. Intentó arrastrarse, un movimiento espasmódico que le arrancó un gemido. Su tobillo protestó, una aguja de fuego hasta la rodilla.

El agente se agachó, recogió el cilindro. Lo sopesó en la mano. Luego lo guardó dentro de su sobretodo.

Algo se quebró dentro de Julián. No fue el dolor, ni el miedo. Fue un vacío súbito, un frío que le heló la sangre. Todo. El fragmento de lienzo, el plano reconstruido, la prueba entera. Perdida.

—Levántalos —dijo la mujer.

Simón se acercó a Julián, lo agarró por la chaqueta y lo puso en pie de un tirón. La herida del brazo estalló en una llamarada blanca. Julián vio puntos negros, el mundo se inclinó. Se apoyó contra la pared para no caer. El ladrillo estaba frío y húmedo bajo sus dedos. Valerio, a su lado, se incorporó con dificultad. Tenía un corte sobre el ojo izquierdo, y su mirada, antes arrogante, era ahora un pozo de confusión y miedo.

Mercedes forcejeó, pero la presa en su brazo era de hierro.

—Quietos los tres —murmuró la mujer, acercando el cañón de la Lefaucheux a la sien de Mercedes—. Gorostiza quiere una charla. El restaurador y el traidor. La mujer… es prescindible. Así que portense.

El agente con el rifle abrió una puerta baja, casi invisible en la sombra del ensanchamiento donde se apilaban los sacos. Más allá solo había oscuridad y un olor a moho y tierra.

—Por ahí —indicó.

Simón empujó a Julián hacia la abertura. Este tropezó con el umbral, su pierna inútil se dobló. Cayó de rodillas en un suelo de tierra apisonada. El aire era denso, cargado de polvo y el dulzor rancio de la grasa vieja. Valerio fue arrojado a su lado, y luego oyó un jadeo sofocado detrás de él. Mercedes.

Antes de que la oscuridad los tragara por completo, Julián volvió la cabeza. Vio, por un instante, el perfil de la mujer bajo la luz del ventanuco. Sus mechas plateadas brillaban como cicatrices. Y en su mano, el cilindro de hojalata ya no estaba.

La puerta de madera pesada se cerró. El golpe resonó en sus huesos. Un pestillo de hierro raspó al caer.

Oscuridad total.

Solo el sonido de su propia respiración, entrecortada por el dolor, el jadeo de Valerio y el temblor de Mercedes a su lado. Y el peso insoportable de lo que acababan de perder.

La luz del farol de aceite colgaba inmóvil, cortando la oscuridad como una guillotina. Iluminaba un rostro que Julián solo había visto en la penumbra de una oficina, meses atrás. Habían sido trasladados a una bodega de carbón, un subsuelo bajo las caballerizas. Piel cetrina pegada a pómulos afilados, nariz ganchuda que proyectaba una sombra de buitre sobre la pared negra de hollín. El comandante Gorostiza estaba sentado en un barril vacío, las manos enguantadas apoyadas sobre las rodillas.

El frío del subsuelo calaba los huesos. Polvo de carbón flotaba en el aire, un millón de motas negras danzando en el cono de luz. Al fondo, pilas de sacos formaban murallas irregulares. El tictac metódico de un reloj de bolsillo marcaba el tiempo desde el abrigo de Gorostiza.

Julián yacía en el suelo de tierra, el costado apoyado contra un saco reventado. El dolor del brazo era un latido sordo que se extendía hasta la clavícula. Mercedes estaba arrodillada a su lado, inmóvil, la respiración entrecortada. Valerio estaba sentado contra otro saco, la cabeza entre las manos, el hombro ensangrentado. Un agente —Simón— permanecía detrás de ellos, la silueta bloqueando la única puerta.

Gorostiza no miró el cilindro de hojalata que descansaba sobre otro barril, a su derecha. Lo estudió un momento, como un contable examina una cifra errónea.

—Dos piezas —dijo al fin. Su voz era seca, sin eco en el espacio cargado—. El facsímil sobre papel. El fragmento original sobre lienzo. ¿Alguna copia más?

Julián intentó tragar. La garganta le ardía.

—No.

—¿Quién más lo ha visto?

—Nadie.

El tictac del reloj llenó el silencio. Gorostiza inclinó la cabeza ligeramente hacia Valerio.

—Usted, sin embargo, ha visto cosas. Cosas que no debía. —Su mirada se posó en el joven—. ¿Por qué buscaba al restaurador?

Valerio alzó la vista. Sus ojos estaban vidriosos. —Quería… advertirle. De que era una trampa.

—¿Y cómo supo que lo era? —preguntó Gorostiza, con genuina curiosidad.

—Vi… vi a la mujer. Hablando con uno de los suyos. En el patio.

Gorostiza asintió, lentamente. —Observador. Tonto, pero observador. —Se levantó del barril. El crujido del carbón fino bajo sus botas sonó como huesos triturados—. El problema es que ahora usted es un testigo. Y el coronel D'Andrea. —Se volvió hacia Julián—. ¿Cuánto le mostró?

Julián cerró los ojos. Recordó la habitación anexa, la mirada calculadora de D'Andrea. *El Rey ha oído rumores*.

—Solo el nombre. Nada del plano.

—El baúl de Bruno —continuó Gorostiza, como si no lo hubiera escuchado—. ¿Dónde está?

Mercedes tensó los hombros. Un movimiento casi imperceptible.

—No lo sé —masculló Julián.

—Su acompañante sí. —Gorostiza dirigió por primera vez su mirada hacia Mercedes. Sus ojos, pequeños y vidriosos, parecían absorber la escasa luz—. El primo le confió la ubicación. Como moneda de cambio. ¿Dónde lo enterró?

Mercedes apretó los labios. Una línea blanca.

—Ya lo habrán encontrado —logró decir Julián, forzando las palabras —. Si torturaron a Bruno…

—Bruno habló rápido. Demasiado rápido. Murió antes de dar coordenadas. Solo dijo que existía. —Gorostiza se acercó. Se detuvo a un metro de Julián. El olor a puro rancio y lana húmeda envolvió el aire—. Así que la ubicación sigue siendo un problema. Y un problema sin resolver es una filtración potencial.

—Última pregunta —dijo, y ahora su mirada barrió a los tres prisioneros—. ¿Alguien más, fuera de D'Andrea, conoce la conexión con la Casa de Montpensier?

Julián miró a Mercedes. Sus ojos negros, intensos, estaban fijos en Gorostiza. Había terror allí, pero también algo más: una furia helada, contenida. Valerio seguía inmóvil, como petrificado.

—Nadie —susurró Julián.

Gorostiza observó su rostro durante tres tictacs del reloj. Luego asintió, una vez, como satisfecho de una cuenta.

—Sáquenlos a los dos —ordenó, sin volverse, señalando a Mercedes y a Julián.

Simón agarró a Mercedes por el brazo. Ella se resistió, un forcejeo breve y mudo. El agente la levantó con facilidad. Otro agente, que había permanecido en la sombra, agarró a Julián.

—¡Esperen! —La voz de Julián se quebró.

—Usted —dijo Gorostiza, señalando ahora a Valerio con un dedo enguantado—, se queda. Usted y yo vamos a tener una conversación más extensa. Sobre lo que vio. Sobre con quién ha hablado.

Valerio palideció. Un temblor le recorrió las manos.

Gorostiza sacó algo del bolsillo de su abrigo. No era un arma. Era una llave inglesa, de hierro oscuro, de unos treinta centímetros. La sopesó en la mano enguantada.

—Su incentivo para ser convincente —dijo, mirando a Valerio fijamente— es que cuanto más tarde en hablar, más tiempo estarán sus amigos en la habitación de al lado, escuchando lo que le hacemos a usted.

La llave inglesa descendió con precisión quirúrgica.

No fue un golpe salvaje, sino un empujón corto y seco contra la clavícula de Valerio. Un crujido sordo. El dolor no explotó; se expandió. Una onda fría que le arrancó un grito ahogado, un sonido animal que Julián nunca le había oído. Valerio se dobló, agarrado al hombro.

—¿Nombres? —preguntó Gorostiza, voz plana.

—No… no sé de qué habla —jadeó Valerio.

Gorostiza observaba, inmóvil, la llave aún apoyada sobre la tela.

—El Rey —logró escupir Julián desde el suelo, entrecortado—. El Rey ya lo sabe.

Gorostiza no se inmutó. Pero sus ojos pequeños, esos puntos de ámbar muerto, se estrecharon un milímetro.

—¿Sabe qué?

—Todo. D'Andrea… tiene una copia. Informó. —Cada palabra era un cuchillo en los pulmones de Julián—. Su operativo… está comprometido.

Un segundo golpe, esta vez en las costillas de Valerio, resonó en la bodega. Un quejido profundo, sofocado.

Julián intentó levantarse. El agente que lo sujetaba le clavó una rodilla en el hombro sano, aplastándolo contra el suelo de carbón. El polvo negro se le metió en la boca, en los ojos vidriosos.

Gorostiza sopesó la llave. La luz bailaba en el hierro oscuro.

—D’Andrea es un buitre que sigue al carro ganador. Si el Rey supiera, ustedes no estarían aquí. Estarían en una celda de la Guardia Real. —Se inclinó sobre Valerio, que se retorcía en el suelo —. Es una mentira desesperada. Admirable, pero transparente.

La llave se alzó de nuevo. Esta vez apuntaba a la rodilla de Valerio.

—Voy a desarmar esta mentira hueso por hueso. Y cuando usted esté convencido de que la verdad duele menos, hablaremos de quién más podría estar escuchando.

En el pasillo, los pasos apresurados resonaron antes de que la llave descendiera. Un agente joven, sin aliento, irrumpió en el marco de la puerta.

—Comandante.

Gorostiza no giró la cabeza. —¿Qué?

—El sargento. El de la guardia real del patio. Está aquí, con dos de los suyos. Insiste en registrar las bodegas. Dice que hubo un disparo no autorizado, que el ruido vino de aquí.

El silencio fue absoluto. Solo el tictac del reloj, la respiración agitada del agente y el jadeo de dolor de Valerio.

Gorostiza enderezó el cuerpo lentamente. Su mirada fue de Valerio, retorcido en el suelo, a la puerta oscura, y luego al agente.

—¿El sargento del registro?

—Sí, comandante. Tiene cara de pocos amigos.

Una pausa. Un cálculo rápido, frío, detrás de esos ojos de ámbar.

—Simón —dijo, sin levantar la voz—. Envíalos por el conducto de la caldera. Ahora. Con los tapones. El resto, dispersión. Nada de contacto.

Simón asintió, soltó a Julián y se dirigió a la puerta. Los agentes arrastraron a Julián y a Mercedes hacia la salida.

Gorostiza miró a Valerio por última vez. No había triunfo en su rostro, solo la irritación de un plan interrumpido. Le dio una patada suave en el costado.

—Parece que su suerte es temporal, muchacho. Nos veremos pronto. Con menos testigos.

Se dio la vuelta y salió al pasillo, su silueta tragada por la oscuridad. El agente joven lo siguió, cerrando la puerta tras de sí.

Valerio se quedó solo, jadeando sobre el carbón, su cuerpo una constelación de dolores nuevos y punzantes. Desde el pasillo, llegó el sonido de una puerta de hierro abriéndose a golpes, y luego, el eco lejano de voces autoritarias que se acercaban. Pero en la bodega, solo quedaba el tictac del reloj que Gorostiza había dejado olvidado sobre un barril, marcando el tiempo en la oscuridad.

CAPÍTULO 26: EL PENTIMENTO FINAL

El tictac del reloj sobre el barril marcaba cuarenta y siete segundos cuando la puerta de la bodega se abrió de golpe. No con la violencia de antes, sino con una precisión militar.

Julián apenas pudo levantar la cabeza del suelo de tierra. El movimiento le desgarró el hombro. La visión le bailó, un caleidoscopio de manchas negras y la luz amarillenta del farol de aceite que aún colgaba de una viga. Entre las sombras, distinguió uniformes azules con galones dorados, no los sobretodos oscuros de Gorostiza.

—Aquí —dijo una voz seca, familiar.

Dos guardias de la Casa Real entraron primero, fusiles cortos en posición baja. Tras ellos, el coronel Vittorio D’Andrea. Llevaba la guerrera impecable, la visera de la gorra le ocultaba los ojos hasta que se inclinó junto a Julián.

—Sáenz de la Torre.

Julián intentó hablar. Solo salió un sonido ronco, entre la tos y el gemido. La boca le sabía a cobre y polvo.

D’Andrea hizo un gesto rápido. Uno de los guardias se arrodilló, abrió un botiquín de cuero. El otro cubrió la puerta.

—¿La mujer? —logró articular Julián. Cada palabra era un cuchillo en las costillas.

—No está —respondió D'Andrea mientras el guardia le vendaba a presión el brazo herido. La tela blanca se tiñó de rojo al instante—. Gorostiza la sacó por el conducto de la caldera. Tenemos hombres rastreando los túneles de servicio.

Julián cerró los ojos. El alivio fue un veneno dulce que le quemó la garganta. No estaba muerta. Todavía no.

—El cilindro…

—Tampoco.

Un crujido en la penumbra, a la izquierda. Julián giró la cabeza con esfuerzo. Entre dos pilas de sacos de carbón, una silueta se movía. No era un guardia.

El hombre del sobretodo gris emergió como un fantasma, la cara una máscara de sangre seca donde la nariz era una protuberancia violácea. En su mano derecha, el cilindro de hojalata relució débilmente bajo la luz del farol. Había regresado por él.

—Alto —ordenó D'Andrea, levantándose.

El hombre los miró. Sus ojos, hundidos en la hinchazón, calcularon distancias. Dos guardias con fusiles. Un coronel. Un herido en el suelo. Sonrió, un gesto torcido que le partió el labio inferior.

—Es mío —dijo, y echó a correr hacia la puerta trasera que conducía al conducto.

El guardia de la puerta levantó el fusil. Demasiado lento.

D'Andrea no desenvainó la pistola. En un movimiento fluido, como si hubiera ensayado el gesto mil veces, arrancó la bayoneta del cinturón del guardia que le vendaba a Julián y la lanzó. No fue un tiro al azar. Fue una estocada de esgrimista convertida en proyectil.

La hoja de acero giró una vez en el aire y se clavó en el muslo derecho del hombre del sobretodo, justo por encima de la rodilla. El impacto lo hizo tropezar. Cayó de bruces contra un barril vacío, soltando el cilindro. El metal rodó sobre la tierra, deteniéndose a medio metro de Julián.

El hombre gritó, una maldición ahogada mientras intentaba arrancarse la bayoneta. La hoja estaba firmemente anclada en la madera del barril tras atravesar su carne.

D'Andrea caminó hacia él, sin prisa. Se detuvo, recogió el cilindro. Lo examinó un instante, luego volvió junto a Julián.

—Tus pruebas —dijo, colocándoselo en las manos que no respondían.

Julián lo apretó contra el pecho. El metal frío le quemó la piel a través de la ropa rasgada.

—Hay que ir… ahora —jadeó.

—El Rey espera en la antecámara privada del ala norte —confirmó D'Andrea, ayudándolo a incorporarse. El dolor en el tobillo fue un relámpago blanco que le nubló la vista—. Pero Montpensier ya está en el palacio. Lo trajeron hace una hora. Sabe que estás aquí.

Julián miró el cilindro. Dentro estaban el facsímil y el fragmento de lienzo, la cruz dibujada en la Calle del Turco, la firma del Notario, la sombra del Duque. Todo.

—Entonces vamos a decírselo delante de él.

D'Andrea asintió, una chispa de algo parecido al respeto en sus ojos marrones.

—Así será. Pero tienes que caminar.

Los guardias lo levantaron, cada uno bajo un hombro. Su pierna izquierda colgaba inútil. Al pasar junto al barril, Julián vio al hombre del sobretodo. Ya no forcejeaba. Los ojos entrecerrados seguían el

cilindro con un odio quieto, animal. La sangre le empapaba el pantalón, formando un charco oscuro en la tierra.

—¿Y él? —preguntó uno de los guardias.

D’Andrea no miró atrás.

—Que se desangre.

El pasillo era un túnel de mármol blanco y oro desvaído. Los pies de los guardias resonaban como martillazos sobre la piedra pulida, un eco que se multiplicaba en la galería vacía. Julián avanzaba a saltos, arrastrando la pierna izquierda. Cada impacto del talón derecho contra el suelo le sacudía la columna y le reventaba el tobillo en llamas. Apretaba el cilindro contra su costado con el brazo sano; el otro colgaba, una masa de dolor sordo y punzante.

D’Andrea caminaba un paso por delante, la espalda recta, la mirada escrutando cada cruce, cada nicho oscuro. Los dos guardias reales, jóvenes y con el rostro tenso bajo los shakos, sostenían a Julián sin hablar. Sus uniformes azules olían a lana nueva y a sudor frío.

—La guardia está dividida —dijo D’Andrea sin volverse, su voz baja pero clara en el silencio sepulcral—. La mitad jura lealtad al trono. La otra, a la bolsa que más suena. No sabemos quién es quién hasta que disparan.

Doblaron una esquina. Un retrato de algún Borbón los observaba con desdén desde lo alto. Más adelante, el corredor se bifurcaba. D’Andrea alzó una mano. Se detuvieron.

Desde la rama izquierda llegaban voces amortiguadas, el roce de botas. Una patrulla.

D’Andrea señaló hacia la derecha, un pasaje más estrecho con paredes encaladas. Se adentraron en él. El aire olía a cera de abejas rancia y a polvo quieto. Aquí no había retratos, solo la humedad que rezumaba entre las juntas de la piedra.

—Mercedes —logró articular Julián entre jadeos—. ¿Dónde la llevaron?

El coronel no respondió de inmediato. Avanzaron otros diez metros.

—Gorostiza la evacuó por el conducto de la caldera. No sé a qué destino. —Hizo una pausa breve—. Primero el Rey. Después la buscaremos.

Era una promesa hueca y ambos lo sabían. Julián cerró los ojos un instante. La imagen de ella, forcejeando entre dos agentes, la boca tapada, los ojos negros clavados en él con una furia desesperada. La sintió como un puñetazo en el estómago.

El pasillo estrecho desembocó en una galería lateral, una especie de tribuna vacía que dominaba un patio interior cubierto. Abajo, entre macetones de boj, dos guardias con alabardas charlaban junto a una fuente seca. No los vieron.

Atravesaron la galería a toda prisa. Al otro lado, una puerta baja de roble con herrajes negros. D'Andrea la empujó. Condujo a una escalera de servicio, angosta y oscura, que subía en espiral.

—Es la ruta directa a las estancias privadas —explicó el coronel, empezando a ascender—. Menos vigilada.

Los guardias ayudaron a Julián a subir los primeros peldaños. Cada escalón era una agonía. Se apoyaba en el hombro del soldado más cercano, sintiendo el tejido áspero del uniforme bajo sus dedos. El cilindro de hojalata golpeaba contra los barrotes de hierro de la escalera con un *clang* sordo y metálico que le pareció ensordecedor.

A medio tramo, una puerta en el descanso se abrió de golpe.

Un guardia mayor, con galones de sargento y una barriga que le desbordaba el cinturón, salió frotándose los ojos. Los miró con sorpresa, luego con suspicacia. Su mano fue instintivamente a la funda vacía de su sable.

—Coronel D'Andrea. Un informe a estas horas es… inusual.

—Asuntos del Rey, sargento —cortó D'Andrea, sin detener la marcha. Su tono era de autoridad absoluta, el de un hombre acostumbrado a ser obedecido—. Regrese a su puesto.

El sargento titubeó. Sus ojos, pequeños y sanguinolentos, examinaron a Julián: la ropa sucia y rasgada, la palidez cadavérica, la pierna inútil. Se posaron en el cilindro.

—Ese civil no tiene autorización para…

—*Tiene* la autorización del Rey —interrumpió D'Andrea, por fin deteniéndose y volviéndose. Su mirada era un bloque de hielo—. ¿Va a cuestionarla?

El silencio se extendió durante tres latidos de corazón. Abajo, en el patio, se oyó una risotada. El sargento tragó saliva. Retrocedió un paso, haciendo un gesto vago con la mano.

—Disculpe, mi coronel. Cumplo con mi deber.

—Su deber es abrir esa puerta y olvidar que nos ha visto —dijo D'Andrea, señalando la parte superior de la escalera.

El sargento obedeció, moviéndose con torpeza. Subió los últimos peldaños y empujó una portezuela disimulada en el muro. Una rendija de luz dorada y cálida se coló en la penumbra de la escalera.

D'Andrea pasó primero. Los guardias arrastraron a Julián tras él.

Salieron a un pasillo alfombrado, ancho y silencioso. El aire cambiaba: olía a perfume caro, a madera de cedro pulida, a poder. Tapices flamencos cubrían las paredes. A lo lejos, una fila de ventanales altos mostraba el cielo nocturno de Madrid.

Y al final del pasillo, custodiada por dos alabarderos inmóviles como estatuas, había una puerta doble de caoba tallada con el escudo de Saboya.

Frente a ella, de pie con las manos cruzadas a la espalda, esperaba Luis de la Torre y Miranda.

El Notario los miró acercarse. Una sonrisa delgada y fría le recorrió los labios. Sus ojos azules, pálidos como el cielo de invierno, no reflejaron sorpresa alguna. Solo una evaluación serena, casi satisfecha.

—Coronel —dijo, con su voz educada y seca—. Llega tarde. Su Majestad está impaciente. Y este… acompañante. Qué aspecto más lastimoso.

Se hizo a un lado, indicando la puerta con un gesto elegante. Pero su cuerpo bloqueaba el paso directo.

El Notario se apartó con una inclinación de cabeza que no era reverencia, sino cálculo. La puerta de caoba se abrió hacia dentro sin ruido.

La antecámara era más pequeña de lo que Julián había imaginado. Un salón rectangular con paredes forradas de seda color crema, una mesa de roble macizo cargada de libros y mapas, estanterías hasta el techo. La luz venía de dos apliques de gas con pantallas de cristal esmerilado, proyectando círculos de claridad amarillenta sobre el suelo de parquet. En el centro, de pie junto a la mesa, con las manos cruzadas sobre el pomo de un bastón, estaba el Rey.

Amadeo I de Saboya no parecía un monarca. Parecía un hombre cansado. Más joven de lo que sus retratos sugerían, con bigote y perilla castaños cuidados, pero con una palidez de insomnio bajo los ojos. Llevaba un uniforme sencillo de general, sin condecoraciones llamativas. Sus ojos, de un marrón claro, examinaron a Julián con una curiosidad fatigada, luego se posaron en D’Andrea.

—Coronel —dijo el Rey. Su voz era seca, con un leve acento italiano que la hacía más cortante—. Me dijiste que traerías una prueba. No un espectáculo.

D’Andrea hizo una venia militar, precisa.

—Majestad. Julián Sáenz de la Torre, restaurador del Museo del Prado. Trae lo que Vuestra Majestad necesita ver.

Julián intentó enderezarse. El dolor en el brazo era un latido sordo que subía hasta la clavícula. La pierna apenas lo sostenía. Respiró hondo, y el aire perfumado de la sala le quemó los pulmones acostumbrados al polvo de carbón.

Desde un rincón, junto a una ventana con pesadas cortinas de terciopelo, otra figura se despegó de la sombra. Antonio de Orleans, Duque de Montpensier. Llevaba levita negra, impecable. Su bigote y perilla grises estaban recortados con precisión geométrica. Sus ojos marrones, penetrantes, no se apartaron de Julián ni un instante. No había sorpresa en ellos. Solo una evaluación fría, como la de un entomólogo ante un insecto raro.

—Majestad —dijo el Duque, con una voz grave y educada que llenó la estancia—. Esto es irregular en extremo. Este mancha huele a establo y a sangre. ¿Qué clase de prueba puede traer consigo?

El Notario se situó discretamente detrás del hombro derecho del Rey, una sombra útil.

—Fue encontrado merodeando por las bodegas de servicio, Alteza —apuntó Luis—. Con documentos falsificados. El coronel D'Andrea insiste en que su testimonio es… crucial.

La última palabra la dejó flotando, envenenada de escepticismo.

Amadeo no respondió. Dio un paso hacia la mesa y apoyó ambas manos sobre la madera.

—Enséñemelo —ordenó, mirando directamente a Julián.

Julián, con manos que temblaban por el dolor y la fatiga, abrió el cilindro de hojalata que había apretado contra su pecho durante todo el trayecto. Sacó primero el sobre arrugado, el que contenía el facsímil del plano. Luego, con más cuidado, el pequeño triángulo de lienzo envuelto en un trapo.

Los desplegó sobre la mesa, al lado de un globo terráqueo.

El papel crujió. El fragmento de tela, con sus líneas de tinta ferrosa ya marrones, parecía insignificante sobre el roble pulido.

—Esto fue pintado por Gaspar Pujol —empezó Julián. Su voz sonó ronca, como si llevara días sin usarla—. Lo ocultó bajo un repinte en un retrato del siglo XVII. Un encargo anónimo, número doscientos noventa y uno del Museo. El cuadro fue entregado la noche del treinta y uno de diciembre.

Señaló el facsímil con un dedo sucio.

—Es un plano de la Calle del Turco. La cruz marca el punto exacto donde se detuvo el carruaje del General Prim la noche en que lo asesinaron.

Un silencio espeso cayó sobre la habitación. Solo el suave chisporroteo del gas.

El Duque de Montpensier no se movió. Un músculo le tembló en la mandíbula, apenas perceptible.

—Majestad —intervino el Notario, con una sonrisa compasiva—. Esto es el delirio de un hombre herido y probablemente enajenado. Un garabato en un trozo de tela…

—Hay una autorización de gastos —cortó Julián, clavando la mirada en el Rey. Los ojos verdes vidriosos por la fatiga ardían ahora con una luz febril—. Fechada el veintiocho de diciembre. Trescientas pesetas en oro para "adquisiciones artísticas, fondos reservados". Firmada por el administrador de la Casa de Montpensier.

Su mano se dirigió hacia otro bolsillo, pero se detuvo. El documento original lo tenía Mercedes. Lo único que quedaba era su palabra contra la de ellos.

El Rey observaba el fragmento de lienzo. Luego alzó la vista hacia el Duque.

—¿Conoces a este pintor, primo? ¿A este… Pujol?

Montpensier esbozó una leve mueca de desprecio.

—No, Majestad. Tengo muchos proveedores de arte. No recuerdo cada nombre. Este hombre —señaló a Julián con un gesto desganado— busca notoriedad. O venganza. Quizás lo despidieron del museo.

—No me despidieron —masculló Julián. El dolor nublaba su pensamiento, pero una claridad feroz se abría paso—. Me pagaron para que callara. Con el mismo oro que pagó el cuadro. El cuadro que era la prueba. Usted lo tiene. Lo recuperó de mi taller.

Esta vez, el Duque no pudo evitar un parpadeo rápido. Una fisura en la máscara.

Amadeo I tomó el fragmento de lienzo entre sus dedos. Lo acercó a la luz del gas. Las líneas del callejón, la mancha de la zanja, la cruz minúscula. Su rostro se fue despojando de expresión, hasta quedar de una palidez marmórea.

—Coronel D'Andrea —dijo, sin apartar los ojos del lienzo—. ¿Qué más?

—Un testigo, Majestad —respondió D'Andrea, firme—. Un lampista que vio el asesinato. Recogió una insignia de la Guardia Real en el lugar. La tiene este hombre.

Julián asintió, buscando a tientas en el bolsillo de su abrigo. El disco de latón frío pesaba en su mano. Lo puso sobre la mesa, junto al plano. El águila con las alas desplegadas brilló bajo la luz.

El Notario respiró hondo, un sonido casi imperceptible.

El Rey dejó el fragmento de lienzo. Tomó la insignia. Sus dedos recorrieron el esmalte astillado, las iniciales J.M. grabadas a buril. Cuando alzó la mirada, ya no había cansancio en ella. Solo una fría y terrible lucidez.

Se volvió lentamente hacia el Duque de Montpensier.

—¿Qué tienes que decir a esto, primo?

Antonio de Orleans no contestó de inmediato. Sus ojos marrones, penetrantes, recorrieron la habitación: al Rey, a D'Andrea, a Julián demacrado y sangrante. Finalmente, se posaron en el Notario, que permanecía inmóvil.

Luego, el Duque hizo algo extraño.

Sonrió. Una sonrisa delgada, privada, que no llegaba a sus ojos.

—Digamos, Majestad —empezó, con una calma aterradora—, que todo esto fuera cierto. ¿Qué probaría? Que un pintor mediocre dibujó un plano. Que se pagó por un cuadro. Nada une esos hechos a mi persona, excepto la palabra de un restaurador… y de un coronel ambicioso.

Mientras hablaba, su mano derecha se deslizó con naturalidad hacia el interior de su levita. No con prisa. Con la elegancia de quien va a sacar un pañuelo.

Pero D'Andrea ya se estaba moviendo.

CAPÍTULO 27: EL DISPARO DE NÁCAR

El destello de nácar fue un relámpago pálido bajo la luz de los apliques de gas.

No fue un pañuelo. Fue una pistola diminuta, de cachas nacaradas y cañón corto, que cabía en la palma de la mano del Duque. El martillo se amartilló con un clic seco que resonó en el silencio súbito de la antecámara.

—¡Abajo! —rugió D'Andrea.

Julián intentó moverse. Su tobillo herido se negó, una aguja de fuego clavándose en el hueso. Se desplomó contra el borde de la mesa de roble, arrastrando el fragmento de lienzo y el facsímil del plano. El mundo se redujo al pequeño círculo oscuro del cañón apuntando a su pecho.

El Duque no tenía prisa. Sus ojos marrones, penetrantes, no miraban a Julián. Miraban al Rey.

—Una última lección de política, Majestad —dijo Antonio de Orleans, y su voz era tranquila, didáctica—. Las pruebas solo son peligrosas si llegan a manos que saben usarlas.

El olor a pólvora vieja y aceite de armas se mezcló con el perfume de la cera de abejas. Julián vio el dedo enguantado del Duque curvándose sobre el gatillo. Vio la tensión en el hombro de D'Andrea,

que ya se lanzaba hacia adelante, demasiado lejos. Vio la palidez de cera del Notario, inmóvil como un retrato.

El Rey no retrocedió. Su rostro cansado se había transformado en una máscara de furia glacial.

—¡Montpensier! —La voz de Amadeo I cortó el aire como un latigazo —. ¡Baja esa arma en nombre de tu Rey!

La sonrisa delgada del Duque se ensanchó un milímetro.

—Usted no es mi rey, primo —respondió, y fue la primera vez que dejó caer la máscara por completo. El desprecio goteaba de cada palabra—. Es un extranjero cansado sentado en un trono que le regalaron. Y los regalos… se pueden devolver.

Su mirada volvió a Julián. Ahora sí lo veía. Lo veía como un insecto que debía ser aplastado antes de manchar el brillo del día.

—Usted —dijo el Duque, y la pistola no se movió ni un ápice—. Un artesano que creyó que su oficio le daba derecho a ver. Los barnices se raspan, los repintes se disuelven. Lo que hay debajo… a veces es mejor dejarlo pudrirse en la oscuridad.

El dedo en el gatillo se tensó.

Julián no pudo apartar la vista. Sintió el peso frío del miedo en el estómago, el sabor a cobre en la lengua. Su brazo herido palpitaba al ritmo de su corazón desbocado. No había donde correr. No había nada que decir.

Entonces, un movimiento en el límite de su visión.

El Notario. Luis de la Torre y Miranda dio un paso adelante. No hacia el Duque. Hacia el Rey. Sus ojos azules pálidos, sin calor, estaban fijos en Amadeo I.

—Majestad —dijo, y su voz era el susurro de un papel siendo rasgado—. Consideremos la situación. Un incidente trágico. Un restaurador desequilibrado, un arma robada… lamentable, pero

comprensible en estos tiempos convulsos. La evidencia podría perderse en la confusión. Un malentendido.

No era una súplica. Era una oferta. Fría, clara, letal.

D'Andrea estaba a dos pasos del Duque. Su mano buscaba la empuñadura de su sable. Pero cualquier movimiento brusco y el disparo sería inevitable.

El cañón de nácar brilló.

El dedo del Duque completó su recorrido.

El estampido fue un puñetazo en el aire cerrado.

Julián no vio el fogonazo. Solo sintió el impacto brutal en el costado, un golpe seco que le arrancó el aliento y lo lanzó contra el suelo de parquet. La bala no lo había tocado. El coronel D'Andrea, lanzado como un proyectil, lo había empujado fuera de la línea de fuego.

El proyectil perforó el retrato de un antepasado de los Saboya que colgaba tras Julián. La tela antigua se desgarró con un crujido seco. El marco de madera dorada saltó de la pared y se estrelló contra el suelo, esparciendo astillas y polvo de siglos.

El sonido, amplificado por las paredes forradas de seda, resonó como un trueno dentro de un ataúd. Un aplique de gas en la pared opuesta estalló, lloviendo cristal esmerilado sobre los mapas desplegados en la mesa.

—¡Alto! —rugió Amadeo I, levantándose de un salto. Su palidez de insomnio se tiñó de una mancha roja de ira en las mejillas.

La puerta doble se abrió de golpe. Dos guardias de la Casa Real irrumpieron, sables desenvainados. Sus ojos escudriñaron la escena: el Rey de pie, el Duque con el arma humeante, el coronel D'Andrea sobre Julián, quien jadeaba en el suelo con el costado hecho una sola punzada de dolor.

El olor acre a pólvora quemada se enredó con el perfume de cera y madera noble.

—¡Detened al Duque! —ordenó el Rey, su voz temblándole no de miedo, sino de una furia glacial.

Los guardias dudaron. Sus uniformes azules parecieron encogerse. Miraron al Duque de Montpensier, luego al Notario, cuya expresión serena era un muro de hielo.

Antonio de Orleans no les prestó atención. Con un movimiento fluido y mecánico, inclinó el cañón de la pistola hacia abajo. El martillo volvió a montarse con un clic metálico que cortó el aire. El dedo, enguantado de cuero fino, se reacomodó en la curvatura del gatillo.

Apuntaba al centro del pecho de Julián, que yacía inmovilizado bajo el peso del coronel.

—Un mal cálculo, Vittorio —dijo el Duque, sin alterar el tono. Su mirada marrón no se apartaba del restaurador—. Solo has retrasado lo inevitable. La bala que no da en el blanco… regresa por la recámara.

D'Andrea, tumbado sobre Julián, tenía la mano a medio camino hacia su sable. Cualquier movimiento y el disparo sería a quemarropa. La tensión en sus hombros era de acero templado.

—Majestad —intervino el Notario, dando otro paso hacia el Rey. Su voz era un hilo de seda envenenada—. Un duelo. Un desafío personal mal entendido. El señor Sáenz de la Torre profirió graves acusaciones. El Duque, como caballero, exige satisfacción. La ley lo ampara.

—¡Aquí no hay ley, hay asesinato! —gritó Amadeo, pero su voz se quebró en la última palabra. La oferta del Notario flotaba en la habitación: una salida elegante, una mentira oficial que salvaría las apariencias del trono a cambio de una vida.

Julián intentó respirar. El dolor en las costillas era un cuchillo. El brazo herido latía al compás de su pánico. Vio el cañón de nácar, diminuto y perfecto, apuntando a su corazón. Vio los ojos del Duque, donde no había ira, solo la fría evaluación de un hombre quitando una mota de polvo de su levita.

El dedo en el gatillo comenzó a tensarse de nuevo, lento, inexorable.

El disparo fue un chasquido seco, casi ridículo para la violencia que contenía. El coronel D'Andrea se había lanzado hacia delante en el mismo instante, su cuerpo un escudo de tela y hueso que interceptó el proyectil. El impacto lo hizo girar sobre sí mismo, como si un puño invisible lo hubiera golpeado en el hombro. Cayó de rodillas junto a Julián, una mancha oscura y húmeda extendiéndose rápidamente sobre el hombro de su uniforme azul.

El estampido, contenido en la sala acolchada, resonó como un trueno ahogado.

—¡Alto! —rugió el Rey, pero su orden llegó tarde.

Dos guardias de la Casa Real, los que flanqueaban la puerta, se abalanzaron. No eran los hombres de D'Andrea; sus rostros, bajo los shakos, mostraban una mezcla de pánico y determinación. Uno agarró el brazo del Duque por la muñeca, forzándolo hacia arriba. El otro se lanzó contra su costado.

Montpensier no cedió. Retorció el brazo con una fuerza sorprendente para un hombre de su edad. La pistola de cachas nácar, aún humeante, giró en un arco ciego.

Un segundo estallido, más fuerte, desgarró el aire perfumado.

El guardia que forcejeaba con su costado se encogió con un jadeo ahogado. La bala le había entrado por el hombro, perforando la charretera dorada. Un hilo de sangre salpicó la seda color crema de la pared. El hombre se desplomó contra una estantería, haciendo temblar los lomos de los libros.

El forcejeo se convirtió en una masa de brazos, uniformes azules y la levita negra del Duque. Se oyó el crujido de tela desgarrada, el golpe sordo de los nudillos contra la mandíbula, el resuello animal de la lucha. La pistola cayó al parquet con un golpe metálico y rodó bajo la mesa de roble.

—¡Sujetadlo! —ordenó Amadeo, su voz ahora afilada como el cristal.

Tres guardias más entraron por la puerta doble, bayonetas caladas. Rodeaban al Duque, que seguía forcejeando con el primer guardia, sus ojos marrones inyectados en una furía ciega. Un golpe preciso en la nuca, dado con la culata de un fusil, lo hizo flaquear. Otro guardia le retorció el brazo a la espalda con un movimiento profesional. El crujido de la articulación forzada fue audible.

Antonio de Orleans, Duque de Montpensier, quedó de rodillas, sujeto por dos hombres, la respiración entrecortada, el cabello gris desordenado sobre la frente. Pero no gritó. No suplicó. Escupió una mancha roja sobre el parquet brillante y alzó la mirada hacia el Rey.

—Un error, Amadeo —silbó, con los labios manchados de sangre propia o ajena—. Matar al mensajero no borra el mensaje. Solo te deja… sin advertencias.

Su mirada, cargada de veneno, se desvió hacia Julián, que yacía junto al coronel herido.

—Y a ti, restaurador… te deseo suerte buscando a tu imprentera. Gorostiza es… meticuloso. No encontrarán ni rastro.

Julián sintió que el suelo se inclinaba. El dolor de las costillas, el brazo, el tobillo, todo se fundía en un zumbido blanco y frío que subía por su columna. Con un esfuerzo que le arrancó un gemido, giró la cabeza.

En el otro extremo de la estancia, junto a la puerta lateral por donde había intentado escapar antes, la silueta esbelta de Luis de la Torre y Miranda se deslizaba hacia fuera. El Notario no corría. Caminaba

con la precisión de un reloj, su traje impecable, su pelo rubio ceniza perfectamente ordenado.

Sus ojos azules pálidos, sin calor, se encontraron con los de Julián a través del caos de la sala.

Fue un instante. Un reconocimiento mutuo en el desastre. Luego, el Notario inclinó ligeramente la cabeza, un gesto casi cortés, y desapareció tras el marco de la puerta. El batiente se cerró en silencio.

Julián intentó incorporarse, una protesta atascada en su garganta. Pero la oscuridad en los bordes de su visión crecía, tragándose la luz de los apliques de gas. Lo último que vio fue la mancha de sangre de D’Andrea, expandiéndose como un pentimento siniestro sobre el suelo de madera clara, antes de que el velo negro cayera del todo.

CAPÍTULO 28: LA CAÍDA DEL ÍDOLO

El eco del disparo aún vibraba en el aire, mezclado con el olor acre de la pólvora que cortaba el perfume de la sala. Julián abrió los ojos. El techo con molduras doradas se balanceaba, un barco a la deriva. Un dolor agudo, como un cuchillo oxidado, le atravesaba las costillas al intentar respirar.

Botas de cuero crujían sobre el parquet a su alrededor. Voces apagadas, órdenes secas.

—Sujétenlo bien. Las esposas.

—Coronel, no se mueva. Llega el médico.

Julián giró la cabeza hacia un lado. El movimiento le provocó una náusea que subió desde el estómago hasta la garganta. A un metro de distancia, Vittorio D'Andrea yacía de costado, la mejilla pegada al suelo de madera clara. La mancha oscura sobre su hombro izquierdo había crecido, empapando la levita azul hasta la cintura. Su rostro estaba pálido, los ojos entrecerrados, fijos en Julián. Su pecho subía y bajaba con esfuerzo.

Más allá, dos guardias de la Casa Real tenían inmovilizado al Duque de Montpensier contra la pared de seda color crema. Le habían retorcido los brazos a la espalda. El metal de las esposas brilló bajo la luz de los apliques de gas. El Duque no forcejeaba. Permaneció erguido, su levita de corte impecable ahora arrugada y manchada de

polvo. Su bigote gris, cuidadosamente recortado, se curvaba en una mueca de desprecio absoluto.

Sus ojos marrones y penetrantes no miraban a los guardias que lo sujetaban. No miraban a Julián. Se clavaban en el otro extremo de la estancia.

Amadeo I de Saboya permanecía de pie junto a la mesa de roble, una mano apoyada sobre la superficie, los nudillos blancos. Su uniforme sencillo de general parecía demasiado grande para su figura cansada. La palidez de insomnio de su rostro se había teñido de una furia glacial, quieta. Observaba la escena sin pestañear, como un juez ante un veredicto que ya conocía.

—Vuestra Majestad —la voz del Duque sonó clara, sin un temblor, cortando el murmullo de los guardias—. Este teatro es innecesario. Ya sabe usted cómo termina.

El Rey no respondió. Hizo un gesto breve con la cabeza. Un tercer guardia, el más joven, con el rostro tenso, se acercó al monarca y le susurró algo al oído, inclinándose.

La expresión de Amadeo I no cambió. Pero sus ojos, antes fijos en el Duque, se desviaron lentamente hacia Julián, que yacía en el suelo como un fardo roto.

El guardia se apartó. El silencio que llenó la sala era denso, cargado del tictac de un reloj de pared en algún rincón.

—Hay un problema —dijo el Rey. Su voz era plana, sin inflexión, pero cada palabra cayó como un guijarro en un estanque quieto—. Con la mujer.

Julián sintió que el frío del suelo subía por su espalda y se le agarraba al pecho. Intentó incorporarse apoyándose en el codo. Una punzada en el costado le arrancó un jadeo seco, ahogado. La habitación dio una vuelta más.

—¿Dónde está? —logró escupir. Las palabras le sabían a sangre y a miedo.

El Duque de Montpensier sonrió. Era una sonrisa estrecha, privada, que no llegaba a sus ojos.

—Gorostiza es meticuloso —repitió, como recitando un hecho evidente—. No dejará rastro.

El coronel D'Andrea, en el suelo, hizo un movimiento brusco. Un gemido escapó de sus labios apretados.

—Majestad… una patrulla… hay que enviar…

—Ya se ha enviado —lo interrumpió el Rey, sin mirarlo—. A las caballerizas, a los túneles de servicio. No hay nadie.

Su mirada volvió a posarse en Julián. Había en ella algo que no era compasión, sino el cálculo frío de un hombre acostumbrado a perder piezas en el tablero.

—Usted la trajo aquí —afirmó, no preguntó.

El dolor en las costillas de Julián se transformó en un vacío repentino, un agujero que le succionaba el aire restante. Mercedes. Evacuada por el conducto de la caldera. En manos de Gorostiza. *Meticuloso*.

Los guardias comenzaron a arrastrar al Duque hacia la puerta principal. Él no resistió. Al pasar junto al retrato antiguo perforado por su bala, que yacía en el suelo con el lienzo destrozado, su mirada se posó en el facsímil del plano y el fragmento de tela, todavía desplegados sobre la mesa.

—Conserve sus dibujos, Majestad —dijo, y por primera vez su voz tuvo un dejo de cansancio genuino—. Son todo lo que le queda.

La puerta de caoba se cerró tras él. El eco de los pasos se perdió por el corredor.

En el silencio súbito, Julián solo oía el sonido de su propia respiración, entrecortada y dolorosa, y el leve goteo de la sangre de D'Andrea cayendo sobre el parquet pulido, una a una, como segundos contados.

Entonces, el estruendo irrumpió desde el fondo de la galería.

Fue un golpe seco de madera que cedía, seguido de un grito ahogado de un guardia apostado en la puerta lateral. Todos los presentes giraron la cabeza hacia el sonido. La puerta se abrió de golpe, rebotando contra la pared de seda.

Valerio Mora se desplomó en el umbral.

Su figura era una sombra de la que Julián recordaba. La levita oscura, la misma que llevaba cuando lo capturaron, estaba desgarrada y empapada en un rojo oscuro y pegajoso que se extendía desde su costado izquierdo. Su rostro, pálido como la cera, estaba surcado de sudor y suciedad. En una mano, temblorosa pero firme, sostenía un revólver Lefaucheux de seis tiros. En la otra, se aferraba al marco de la puerta para no caer.

Respiraba con dificultad, cada inhalación un silbido húmedo y profundo. Pero sus ojos, esos ojos oscuros y penetrantes que habían visto demasiado, buscaron y encontraron a Julián en el suelo.

—Sáenz… —logró articular, la voz apenas un susurro ronco.

El Duque de Montpensier, que ya estaba siendo conducido hacia la salida principal, se detuvo en seco. Sus guardias se volvieron, confundidos por la nueva intrusión. El Rey dio un paso atrás, instintivamente, su mano buscando el puño de la espada que no llevaba.

Valerio arrastró los pies hacia el centro de la sala. Dejaba un reguero irregular de sangre sobre el parquet pulido. Su mirada no se apartaba del Duque.

—Usted… —escupió Valerio, y fue la primera vez que Julián oyó odio puro, sin filtro, en la voz del antiguo agente—. Usted dio la orden.

Montpensier lo miró con curiosidad, como si examinara un insecto raro. —Mora. Pensé que Gorostiza habría sido más… concluyente.

—Gorostiza —replicó Valerio, y una mueca de dolor le torció el rostro — está ocupado con la mujer. Un error.

Con un esfuerzo sobrehumano, Valerio levantó el Lefaucheux. El cañón osciló un instante antes de apuntar directamente al pecho del Duque.

Todo sucedió en un segundo.

Uno de los guardias que custodiaba al Duque, un hombre joven de rostro anguloso, reaccionó por instinto. Sacó su propia arma, una pistola de chispa de servicio. No apuntó a Valerio. Apuntó a Julián, que yacía indefenso en el suelo.

—¡Suéltelo o disparo al restaurador! —gritó.

Valerio no vaciló. No miró al guardia. Su mundo se había reducido a un punto: el hombre de bigote gris que había convertido su lealtad en una herramienta y su vida en un despojo.

El dedo de Valerio apretó el gatillo.

El disparo resonó en la galería, un estampido seco que hizo vibrar los cristales de los apliques. Pero en el mismo instante, el guardia joven también disparó.

Valerio se estremeció. Un nuevo impacto, esta vez en el centro del pecho, le sacudió el cuerpo hacia atrás. Un rojo brillante floreció sobre la tela ya empapada de su levita. Sin embargo, su propio disparo no se desvió.

La bala del Lefaucheux alcanzó al Duque de Montpensier en el hombro derecho, justo por encima de la clavícula. El impacto fue sordo, como un martillazo en carne. El Duque gritó, un sonido agudo

de sorpresa y dolor genuino, y se dobló hacia delante. La sangre comenzó a manchar inmediatamente la impecable levita color crema.

El guardia joven, viendo a su señor herido, bajó su arma, horrorizado.

Valerio cayó de rodillas. El Lefaucheux se le escapó de los dedos y resonó sobre el parquet. Se inclinó hacia delante, apoyándose en las manos. La sangre goteaba de su boca, manchas carmesí sobre la madera clara.

Julián, paralizado por el dolor y el shock, intentó arrastrarse hacia él. —¡Valerio!

El antiguo agente alzó la cabeza. Sus ojos encontraron los de Julián. Ya no había odio en ellos. Ni cálculo. Sólo un cansancio infinito, y algo que se parecía a la paz.

—La imprenta… —logró decir, cada palabra un esfuerzo titánico—. El almacén de la calle del Pez… el sótano… Diles… que no fue en vano…

Una convulsión le recorrió el cuerpo. Tosió, y un hilo de sangre le corrió por la barbilla.

—Era… un buen cuadro, Sáenz —susurró.

Luego, sus brazos cedieron. Su cuerpo se desplomó hacia un lado, golpeando el suelo con un peso final. Sus ojos, abiertos y vidriosos, se quedaron mirando el techo con molduras doradas. El pecho dejó de moverse.

El silencio que siguió fue absoluto, roto sólo por el jadeo entrecortado del Duque, que se retorcía en el suelo sujetándose el hombro ensangrentado.

—¡Médico! —rugió uno de los guardias, corriendo hacia Montpensier.

El Rey permaneció inmóvil, observando el cuerpo de Valerio con una expresión inescrutable. Luego, su mirada se posó en Julián, que yacía a medio camino entre D'Andrea y el agente caído, incapaz de moverse más.

—Trasladen al Duque a la enfermería bajo custodia —ordenó Amadeo I, su voz recuperando su frialdad administrativa—. Y a este hombre también —añadió, señalando a Valerio—. A la capilla ardiente.

Dos guardias se acercaron a Julián. Sus botas resonaron sobre el parquet, pulidas y amenazantes. No dijeron nada. Un par de manos enguantadas se cerraron bajo sus axilas y tiraron de él hacia arriba.

Un fogonazo blanco estalló en su costado. Un grito se le atragantó en la garganta, convertido en un jadeo seco. Se negó a colgar de ellos. Puso el pie bueno en el suelo y apoyó apenas la punta del otro, sintiendo cómo el dolor trepaba por la pierna como un alambre de púas. Se enderezó, tembloroso, el sudor frío empapándole la camisa bajo el chaleco rasgado.

—Puedo caminar —masculló, aunque cada palabra le costaba un esfuerzo de voluntad.

El Rey, mientras tanto, se había acercado a la mesa. Con una lentitud deliberada, recogió el triángulo de lienzo antiguo. Lo sostuvo entre el índice y el pulgar, como si evaluara su peso. Luego, con la misma meticulosidad, dobló el facsímil del plano, alineando los bordes con precisión de notario. Los guardias contuvieron la respiración. El único sonido era el roce del papel, el tictac lejano de un reloj de pared y los gemidos sofocados del Duque.

—Esto —dijo Amadeo I, sin alzar la voz— será custodiado bajo mi sello personal desde este momento.

Guardó los documentos dentro de su levita. Luego se volvió. Sus pasos fueron lentos hasta quedar a un metro de Julián. El olor a colonia barata y a cera de abejas del palacio se mezclaba con el

hierro dulzón de la sangre de D’Andrea, el metal caliente de la pólvora y la muerte reciente.

—Tu valor —comenzó el Rey, y fue la primera vez que usó esa palabra— ha expuesto una podredumbre en mi propia corte. Y ha costado vidas. Pero la partida no ha terminado. Sólo ha cambiado de tablero.

Julián lo miró a los ojos. Buscó desprecio, condescendencia. Sólo encontró el cálculo frío de antes, pero ahora dirigido hacia él como un proyectil. Y más allá, en el suelo, el cuerpo inmóvil de Valerio, que había vuelto para morir dando un nombre.

—Necesito nombres —continuó Amadeo I—. Todos los nombres. Los que llevaron el cuadro al museo. Los que falsificaron los registros. Los que vigilaron tu taller. Los que están con Gorostiza en este momento.

—A cambio —logró articular Julián, la voz ronca por la sequedad, el dolor y la pérdida—, usted manda buscar a Mercedes. Ahora. No mañana, no cuando sea conveniente. Ahora. Y le da sepultura digna a un hombre que murió por la verdad.

El Rey sostuvo su mirada durante tres segundos que se hicieron eternos. Su mirada pasó por encima del hombro de Julián, hacia el cuerpo de Valerio que los guardias empezaban a cubrir con una capa. Asintió, una sola vez, un movimiento casi imperceptible.

—Se hará. Ambos.

Desde el suelo, D’Andrea, con los labios blanquecinos, hizo un gesto de asentimiento. El asistente le vendaba ya el hombro con tiras de lienzo blanco.

Los guardias empezaron a guiar a Julián hacia la puerta, sosteniéndolo sin cargarlo. Cojeaba, cada paso una puñalada en el tobillo, una presión de tenazas en las costillas. Al cruzar el umbral, giró la cabeza una última vez.

El Rey no lo miraba a él. Tampoco miraba los papeles que ahora llevaba sobre su corazón. Estaba de pie, inmóvil, contemplando la puerta lateral, estrecha y disimulada en el panel de madera, por donde había escapado el Notario. La luz de los apliques de gas proyectaba su sombra alargada y temblorosa sobre el tapiz flamenco, una silueta de angulosa determinación. A sus pies, la capa cubría la forma de Valerio, y más allá, el Duque era arrastrado fuera, dejando un reguero de su propia sangre que se entremezclaba con la de sus víctimas. La furia había desaparecido. Sólo quedaba la estrategia pura, el frío reconocimiento de que el juego continuaba y que las piezas, todas, estaban en movimiento. Y que algunas ya habían sido retiradas del tablero para siempre.

—Encuéntrenla —susurró Julián a la nada, a los guardias, al fantasma de Valerio.

Luego, el pasillo oscuro se tragó la luz de la antecámara, y la oscuridad, al fin, se cerró sobre él como una losa.

CAPÍTULO 29: LA JUSTICIA DEL EXTRANJERO

La oscuridad no fue total. Se deshizo en una luz amarillenta que le quemaba los párpados. Un olor agrio a vinagre y sangre vieja le llenó la garganta. Julián parpadeó, intentando enfocar. Vio el techo abovedado de una estancia pequeña, las sombras de un farol de gas que oscilaba colgado de una viga.

Un dolor agudo, como un cuchillo clavado entre las costillas, le arrancó un gemido ronco.

—Quieto —ordenó una voz seca, sin calor.

Una mano firme le presionó el torso, inmovilizándolo contra la camilla de madera. Julián giró la cabeza. Un hombre de edad indefinida, con un delantal de lienzo manchado de óxido y carmín, le examinaba el costado. Tenía los dedos fríos y callosos.

—El hueso no está roto —masculló el médico, como hablando consigo mismo—. Contusión severa. Posible fisura. El tobillo es un desastre.

Julián intentó hablar. Solo salió un sonido áspero. Tragó saliva, sintiendo el sabor a polvo y pólvora quemada.

—Mercedes —logró articular.

El médico ni siquiera alzó la vista. Con unas tijeras de metal frío, cortó la manga de la camisa de Julián, pegada a la herida del brazo

por la sangre seca. El aire húmedo de la enfermería le erizó la piel.

—Tiene una pérdida considerable —continuó el hombre, aplicando un trapo empapado en un líquido que olía a aguardiente rancio. El escozor fue un latigazo blanco—. Si se mueve, el desgarro empeorará. Y no hablo del brazo.

Julián apretó los dientes. Con el otro puño, aferró el borde de la camilla hasta que los nudillos blanquearon. La niebla del dolor y el agotamiento quería arrastrarlo hacia abajo, un peso dulce y letal en los huesos. La cerró los ojos, buscando en la oscuridad interior el rostro de ella: el pelo oscuro recogido con tensión, los ojos negros que no pedían permiso. La encontró mirándolo con esa furia contenida que era su forma de preocuparse.

—No —susurró, abriendo los párpados de nuevo.

Forzó los músculos de la espalda, intentando incorporarse. Una mano plana le golpeó el pecho, no con violencia, con la firmeza absoluta de quien está acostumbrado a que los pacientes obedezcan.

—He dicho quieto.

—Necesito ver al Rey —Julián escupió las palabras, cada una un esfuerzo que le quemaba el costado—. Es un trato.

—Su trato puede esperar a que no se desangre sobre mi suelo —replicó el médico, enrollando una venda de lienzo alrededor de su torso con movimientos expertos y brutales. La presión ahogó su respiración.

La puerta de la enfermería se abrió con un chirrido de goznes oxidados.

Un hombre joven, con uniforme azul de la Casa Real pero sin charreteras, entró con paso rápido. Su rostro era liso, impasible, los ojos escudriñando la estancia hasta posarse en Julián. Llevaba un portapapeles de madera bajo el brazo.

—Julián Sáenz de la Torre —dijo, no como pregunta.

Julián asintió, una sacudida breve de la barbilla.

—Su Majestad requiere su informe. Ahora. —La voz del ayudante era clara, burocrática, como si leyera una orden de suministros.

—¿Y Mercedes? —La pregunta salió de Julián antes de poder pensarla, un impulso visceral que saltó del miedo a la lengua.

El ayudante parpadeó, una sola vez. Abrió el portapapeles, hojeó una página. El farol de gas parpadeó, proyectando sombras temblorosas sobre el gesto neutro del hombre.

—Las patrullas han regresado del primer registro —informó, sin inflexión—. El conducto de la caldera estaba vacío. Se localizó un reguero de sangre, coherente con una herida en movimiento, que se adentraba en los túneles de servicio. En la primera bifurcación, el rastro se divide. Uno de los pasadizos conduce a las cocinas antiguas, el otro a una red de desagües hacia la calle de Bailén. No hubo más hallazgos.

Las palabras, frías y precisas, cayeron sobre Julián como los escombros de un derrumbe. Vacío. Se divide. No hubo más hallazgos.

Un sonido gutural, que no supo si era rabia o desesperación, le subió por la garganta. Ignoró la mano del médico, el dolor que le desgarró el costado al torcerse, y se incorporó de golpe en la camilla. La venda recién colocada se tiñó de rojo oscuro.

—Lléveme ante el Rey —rugió, mirando fijamente al ayudante—. Ahora.

El médico protestó, agarrándolo del hombro sano. Julián se sacudió con una fuerza que le vino de no sabía dónde, de ese lugar último donde solo quedaba el nombre de ella.

El ayudante de campo sostuvo su mirada durante tres segundos. Luego, asintió.

—Venga. —Giró sobre sus talones—. No puede caminar. Traerán una silla.

Julián negó con la cabeza, ya deslizando las piernas por el borde de la camilla. El suelo de losas frías tocó sus pies descalzos. El tobillo herido protestó con una descarga de fuego que le nubló la visión. Se apoyó en el borde de madera, respirando entrecortadamente, sabiendo que cada paso sería una tortura.

Pero era un precio. El primero de muchos. Y lo pagaría caminando.

El gabinete olía a cera de abeja y papel viejo. Una lámpara de gas colgaba sobre el escritorio despejado, su llama chisporroteando con un susurro constante. Julián se apoyó contra la pared de madera, el frío de la boiserie penetrando la fina tela de la camisa de hospital. Cada respiración le clavaba una aguja oxidada entre las costillas.

Amadeo I estaba de pie al otro lado del escritorio, sin uniforme, solo con una levita oscura. Había dejado atrás la pompa. En su mano, una pluma de ave. Sobre el papel, nada.

—Comience —dijo el Rey. Su voz era plana, administrativa.

Julián cerró los ojos un instante. El dolor en el tobillo latía al compás de su corazón. Nombró al primero.

—Comandante Gorostiza. Jefe de operaciones encubiertas para el Duque. Estaba a cargo de la eliminación de testigos. Él… se llevó a Mercedes.

La pluma raspó el papel, rápida y seca.

—Los agentes que me persiguieron desde el museo. Uno se llama Simón. Está herido en la bodega de carbón, bajo las caballerizas. El otro, Rafa, fue herido en el patio de mi taller. Puede que siga allí.

—¿Apellidos?

—No los sé.

Un parpadeo de irritación cruzó el rostro cansado del Rey. La pluma siguió moviéndose.

—El Notario, Luis de la Torre y Miranda. Administrador de la Casa de Montpensier. Firmó la autorización de gastos. Escapó por la puerta lateral durante el tiroteo.

—Eso lo vi —masculló Amadeo. Su bigote castaño se tensó—. Siga.

Julián respiró hondo, y el dolor le arrancó un jadeo. Apoyó la palma de la mano contra la pared para no caer.

—Había cómplices dentro de la Guardia Real. Valerio… Valerio Mora lo mencionó. No tenía nombres, solo que algunos juran lealtad al trono y otros al que pretende sentarse en él.

El Rey dejó la pluma. La tomó con más fuerza.

—Eso no es información. Es rumor.

—Es verdad.

—La verdad sin nombres es inútil. —Amadeo lo miró por primera vez desde que empezaron. Sus ojos tenían el cansancio gris de la piedra —. ¿Algo más? ¿Algo que pueda usar?

La rabia subió por la garganta de Julián, caliente y amarga. Quería gritar que cada palabra le costaba sangre, que Mercedes estaba en algún túnel por esa lista. Contuvo el grito. Asintió.

—Gaspar Pujol, el pintor. Lo envenenaron. La anciana de su portal vio un carruaje con el escudo de plumas del Duque llevándose sus cuadros al día siguiente. El archivero del Colegio de Pintores tiene el registro de su muerte. El archivero de la Sociedad Mercantil en la Calle de la Cruz vio a Valerio robar la página de gastos. Tiene miedo, pero sabe.

La pluma voló sobre el papel, anotando direcciones, oficios, delitos menores que formaban un mosaico mayor.

Amadeo terminó de escribir. Sopló sobre la tinta. Luego, sin levantar la vista, habló hacia la puerta.

—Teniente.

El guardia real que permanecía inmóvil junto al umbral dio un paso al frente. Era joven, con el rostro tallado en una expresión de profesionalidad absoluta.

—Majestad.

—Tome esto. —El Rey le entregó la hoja—. Despache patrullas a estas direcciones de inmediato. Detención preventiva. Para Gorostiza y el Notario, orden de búsqueda y captura en todo el territorio nacional. Utilice los canales reservados. Nada pasa por el cuartel general.

—Sí, Majestad.

El guardia tomó el papel, giró sobre sus talones y salió. Sus pasos resonaron breves en el pasillo antes de apagarse.

El silencio volvió, cargado ahora con el peso de lo desencadenado. Julián observó cómo el Rey se acercaba a la lámpara, ajustando la llave del gas con un gesto minúsculo. La llama se estabilizó, iluminando las arrugas prematuras en su entrecejo.

—Algunos nombres ya habrán huido —dijo Amadeo, como hablando consigo mismo—. El Notario tiene recursos. Gorostiza, profesionalidad. Otros… tienen protectores en Cortes, en el ejército. Los arrestos de esta noche serán los posibles. Los convenientes.

Julián sintió que el suelo de madera se inclinaba bajo sus pies. No era vértigo, era la comprensión, fría y metálica, deslizándose entre sus costillas rotas.

—¿Y los otros?

El Rey se volvió hacia él. La luz le recortaba el perfil, acentuando la palidez de insomnio.

—Los otros seguirán sirviendo el café en los despachos, firmando órdenes, custodiando puertas. El sistema se recompone, señor Sáenz. Absorbe el golpe y sigue girando. Lo que usted ha conseguido… —Hizo una pausa, buscando la palabra exacta— es una purga limitada. No una revolución.

Se acercó. No había compasión en sus ojos, solo una lúcida y aterradora franqueza.

—Gorostiza es un profesional —continuó, su voz apenas un susurro sobre el chisporroteo del gas—. Si no ha dejado rastro, es porque ya no hay nada que encontrar. Asuma que su imprentera está muerta.

Las palabras no impactaron como un puñetazo. Se posaron sobre Julián, lentas, pesadas, como una losa de mármol que hubieran estado suspendida todo el tiempo sobre su cabeza. El dolor del costado, del tobillo, del brazo, todo se apagó de golpe, reemplazado por un vacío silencioso y gélido. Un frío que no provenía de la pared ni de la noche, sino de un lugar dentro de su pecho que acababa de quedar a la intemperie.

Miró al Rey. No supo qué decir. No había nada que decir.

Amadeo I sostuvo su mirada un segundo más, luego desvió los ojos hacia la puerta, hacia el palacio que dormía, lleno de secretos y lealtades a la venta.

—Lo harán llevar a una celda de invitados. Estará custodiado. Duerma si puede. Mañana hablaremos de su futuro.

No era una sugerencia. Era la siguiente orden en la cadena. Julián asintió, un movimiento mecánico de la cabeza. El frío dentro de él se expandía, cristalizando cada pensamiento, cada esperanza que le quedaba.

La justicia tenía horario de oficina. Y Mercedes no estaba en la lista.

El aire del patio de carruajes cortaba como un cuchillo de carnicero. Un viento del norte, seco y cargado de helor, arrastraba el olor a

estiércol de caballo y el humo de los faroles de gas que parpadeaban en la oscuridad previa al amanecer. El cielo era una bóveda de pizarra, sin estrellas.

Julián apoyó la espalda contra la piedra fría del arco de salida. Cada respiración le clavaba una aguja oxidada entre las costillas. El tobillo era un peso muerto, una ancla de dolor. Pero el frío que había brotado dentro de su pecho en la antecámara era más profundo, más quieto. Había cristalizado. Ahora era una decisión.

Amadeo I se acercó, envuelto en una capa de lana oscura. Dos guardias reales, impasibles, flanqueaban la puerta a varios pasos de distancia. El Rey parecía aún más pálido a la luz de los faroles, los ojos hundidos en sombras moradas.

—Tome —dijo, sin preámbulos. Extendió un sobre lacrado y una bolsa de cuero pequeña que tintineó débilmente.

Julián no movió las manos, que tenía hundidas en los bolsillos del abrigo, agarrotadas por el frío.

—El sobre contiene un salvoconducto firmado por mi secretario privado. Le permitirá salir de Madrid sin ser molestado. La bolsa es suficiente para un pasaje a Lisboa y unos meses de discreción. —La voz del Rey era plana, administrativa. No ofrecía consuelo. Establecía términos.

Más allá, en el patio rectangular iluminado por antorchas, se desarrollaba un teatro sombrío. Un carruaje celular, una caja negra sobre ruedas, estaba enganchado a un par de caballos que piafaban nerviosos, sus relinchos cortando el aire. Guardias de uniforme azul empujaban a un hombre de levita, que forcejeaba y gritaba algo sobre lealtades mal entendidas. Otros formaban un cordón, sus botas crujiendo sobre la grava helada. No era el Duque. Eran oficiales de medio rango, caras conocidas en los pasillos del poder, ahora sacrificables. La purga limitada.

Julián observó la escena. No sintió satisfacción. Solo reconoció la mecánica del engranaje: se sustituían piezas gastadas para que la

máquina siguiera funcionando.

—Los que queden libres —continuó Amadeo I, siguiendo su mirada— buscarán venganza. No contra mí. Contra el testigo incómodo. Desaparezca.

Por fin, Julián alzó la vista hacia el Rey. Sus ojos verdes, vidriosos de fatiga, no mostraron gratitud ni miedo.

—¿Y ella? —Su voz sonó ronca, desgastada.

El Rey sostuvo su mirada. No hubo respuesta. Solo el silencio de una pregunta ya contestada en la antecámara perfumada.

Julián asintió, una vez. Un gesto lento, de quien acepta las reglas de un juego que ya no piensa jugar. Con un movimiento que le hizo contener el aliento por el dolor del costado, sacó una mano del bolsillo y tomó el sobre y la bolsa. El papel del salvoconducto era grueso, de calidad. El tintineo del dinero sonó a monedas de oro. Pesos muertos.

Los guardó dentro de su abrigo, junto al vacío gélido que había crecido en su pecho.

Amadeo I dio un paso atrás. Su parte estaba hecha. Había comprado su silencio, o al menos su ausencia, con papel y metal.

Julián no se despidió. Giró sobre su pie bueno, el movimiento torpe y renqueante. El peso del tobillo herido lo arrastraba hacia un lado, obligándole a apoyarse brevemente en el dintel de piedra. Luego empujó, separándose del muro.

No tomó la calle ancha y vigilada que bajaba hacia el centro. En su lugar, se dirigió hacia la boca oscura de un callejón que se abría entre dos edificios de servicio, una grieta en la fachada de poder del palacio. Un pasadizo hacia el Madrid que no aparecía en los planos oficiales.

El frío de la noche lo envolvió. El sonido de los arrestos se fue apagando a sus espaldas, reemplazado por el eco de sus propios

pasos desiguales sobre los adoquines. No iba a buscar una posada segura. No iba a tomar el camino a Lisboa.

La partida había cambiado de tablero. Las reglas, también.

CAPÍTULO 30: EL ENTIERRO DE LOS PERROS

La lluvia fina había empapado Madrid durante tres días, convirtiendo los caminos del cementerio en barrizales oscuros. Julián se apoyaba contra el tronco de un ciprés, a cincuenta pasos de la fosa común. El frío de la madera húmeda le traspasaba el abrigo, fundiéndose con el dolor sordo que le subía desde el tobillo y le atenazaba las costillas con cada respiración.

Dos guardias municipales, capotes empapados, arrojaban paladas de tierra sobre un féretro de pino sin barnizar. El sonido era un golpe sordo y húmedo, como si la tierra misma estuviera tragándose algo.

—Otro traidor menos —comentó el más joven, apoyándose en la pala para respirar. El vaho de su aliento se mezclaba con la llovizna.

—Cállate y termina —gruñó el otro, un hombre con bigote gris y rostro curtido. —Este asunto se cierra hoy. Las órdenes son claras: sin nombre, sin lápida. Que la tierra se lo lleve y la lluvia borre el lugar.

Julián apretó los dientes. La rabia le subía como un ácido por la garganta, pero su cuerpo era un conjunto de limitaciones: el tobillo hinchado dentro de la bota, el brazo derecho vendado bajo la ropa y tirante con cada movimiento, el costado que le recordaba con

punzadas que debía respirar superficial. Observó cómo la tierra cubría la madera barata. Valerio Mora, el hombre que había cambiado de bando en la oscuridad de un parque, que había entregado un documento y recibido una bala a cambio, ahora desaparecía bajo el fango anónimo de la capital.

El sacerdote, un hombre delgado bajo un paraguas negro, murmuró unas palabras latinas que la lluvia arrastró. No hubo cruz. No hubo familia.

El guardia joven escupió al lado del hoyo.

—Dicen que delató a sus propios compañeros por dinero.

—Dicen muchas cosas —replicó el veterano, clavando la pala en el montón de tierra. —Lo único cierto es que está muerto y nosotros estamos aquí mojándonos. Acaba.

Julián cerró los ojos un instante. No vio el rostro de Valerio, sino la mirada de fragmentos de hielo sucio en el Retiro, la mandíbula apretada por el dolor de la pierna, la decisión última de quedarse atrás. Un hombre roto que había intentado enderezarse en el último momento. Y el sistema lo había triturado y escupido como basura, con una etiqueta de traidor cosida a la mortaja.

Cuando volvió a mirar, el féretro ya no era visible. Solo un montículo de tierra oscura, ligeramente más elevado que los demás. Los guardias recogieron sus herramientas y se alejaron por el sendero, sus botas chapoteando en el barro. El sacerdote se fue en dirección opuesta, el paraguas como un hongo negro que se desvanecía entre la bruma.

Julián iba a apartarse del árbol cuando un movimiento en el extremo opuesto del campo de fosas le heló la sangre. Una figura oscura, inmóvil, apoyada en un mausoleo de piedra. No era un doliente. La postura era de vigilancia: espalda recta, cabeza ligeramente inclinada, observando no la tumba recién cerrada, sino los alrededores. Como un perro de caza olfateando el aire.

No podía distinguir rasgos a esa distancia y con la cortina de lluvia, pero la silueta no se movió. Esperaba.

El instinto, afilado por semanas de huida, le gritó que se fuera. Que cada segundo bajo esa mirada era un riesgo que no podía permitirse. Con un gruñido ahogado, Julián se separó del ciprés, forzando su peso sobre la pierna menos dañada. El dolor en el tobillo fue un relámpago blanco que le nubló la vista un instante. Respiró hondo, contando los latidos, y comenzó a arrastrarse hacia atrás, manteniendo el tronco del árbol entre él y la figura distante.

No estaba solo. La partida, efectivamente, había cambiado de tablero. Pero los jugadores seguían en la sombra, y ahora sabían dónde encontrarle cuando bajaba la guardia para honrar, a su manera, a un muerto que no tenía nadie más.

El olor a carbón húmedo y col hervida era un muro en el pasillo. Julián apoyó la mano en la jamba de la puerta, los nudillos blancos. La habitación del lampista era una celda: una cama de hierro, una mesilla con una vela que parpadeaba en un charco de cera, las paredes manchadas de humedad ascendente como venas oscuras. El hombre estaba sentado en el borde del colchón, las manos entre las rodillas, mirando la llama como si leyera augurios en su temblor.

—Dijeron que vendrías —masculló el lampista sin levantar la vista. Su voz era un roce de papel de lija—. Los de la levita fina. Preguntaron por ti hace dos días.

Julián no entró. Permaneció en el umbral, la espalda contra el pasillo oscuro.

—¿Qué más dijeron?

—Que eras un problema. Que si te veía, avisara. —Por fin alzó los ojos. Eran hundidos, rodeados de arrugas profundas como grietas en yeso seco—. No avisé.

El aire era denso, cargado con el miedo antiguo del hombre. Julián notó el periódico doblado bajo el colchón, el borde amarillento

asomando. Lo reconoció: era de hacía cuatro días. El titular, ahora borroso, aún podía leerse: "TUMULTO EN PALACIO. UN GUARDIA MUERTO EN EJERCICIO DE SUS FUNCIONES". No había mención a Valerio, ni a Mercedes, ni a conspiraciones. Solo un incidente lamentable y cerrado. El sistema había absorbido el escándalo, había digerido la verdad y excretado esta versión inofensiva. La justicia no era imperfecta; era un teatro.

—Necesito encontrar a alguien. Una mujer. Puede estar en los túneles de servicio, cerca del palacio.

El lampista soltó un resuello que no era risa.

—Los túneles. —Se frotó la cara con ambas manos, un gesto de fatiga infinita—. Esos pasadizos son de ellos. Los usan para mover lo que no debe verse. Mercancía. Gente.

—¿Gorostiza?

El nombre hizo que el hombre se encogiera, como si le hubieran escupido.

—Ese no tiene nombre. Es una sombra con órdenes. —Se inclinó hacia adelante, la voz bajando hasta convertirse en un susurro áspero—. Los otros, los que apresaron… el cojo y el joven. Simón y Rafa. Los soltaron. Anoche. Por una puerta trasera de la cárcel de la Plaza de la Villa. Un carruaje los esperaba. Los hombres de Montpensier no pasan ni una noche entre rejas.

Julián sintió el vacío crecer en su pecho. No era sorpresa, solo la confirmación amarga de una verdad que ya conocía: la justicia era un telón pintado. La purga limitada del Rey había sido, como él predijo, solo un espectáculo. Los peones capturados, quizás. Pero los hombres del Duque, los instrumentos directos, ya estaban libres. El sistema se cerraba sobre sí mismo, protegiendo a los suyos, limpiando el desorden.

—¿Adónde los llevaron?

—No lo sé. Pero el que manda, el de la voz seca… —el lampista tragó saliva—. Lo vi hace tres días, entrando en la carbonería vieja de la calle de San Bruno. Hay una boca de alcantarilla que comunica con los sótanos del cuartel de la Partida. No es un túnel cualquiera. Es su guarida.

Se levantó, con movimientos rígidos de anciano, y fue a la mesilla. Abrió un cajón, sacó un trozo de papel grasiento doblado en cuatro. Lo extendió sobre la madera. No era un plano, sino un croquis trazado con mano temblorosa: líneas quebradas que representaban calles, un círculo marcado como "carbonería", una X junto a una palabra: *Acceso*.

—Tómalo. —Le tendió el papel—. Y lárgate de mi casa. Ya he dicho más de lo que me costó la vida callar la otra vez.

Julián cogió el croquis. El papel estaba frío y blando al tacto, impregnado del miedo del hombre. Lo dobló con cuidado y lo guardó dentro del chaleco, junto al puño donde antes estuvo el cilindro de hojalata.

—Gracias.

—No me des las gracias. —El lampista volvió a sentarse, derrotado —. Solo vete. Y si los encuentras… recuerda que no tienen clemencia. La que tú tengas será tu perdición.

En la calle, la lluvia había cesado, dejando un frío cortante que olía a piedra mojada y lejía lejana. Julián desplegó el croquis bajo la luz mortecina de un farol. La carbonería de la calle de San Bruno. A quince minutos, si su pierna lo aguantaba.

Miró el papel, luego la oscuridad que se extendía hacia el este, hacia el palacio. El Rey le había dado una salida, un camino hacia la seguridad y el olvido en Lisboa. El sistema había hecho su trabajo: había enterrado a Valerio, había liberado a los sicarios, había publicado su mentira en el periódico. Todo estaba limpio, ordenado, mitigado. Podía tomar el salvoconducto y el dinero y huir. Podía asumir, como el Rey le ordenó, que Mercedes estaba muerta.

Dobló el papel. No lo guardó. Comenzó a caminar, no hacia la estación de tren ni hacia el sur, sino hacia el norte, cada paso un recordatorio de todas las heridas que no habían cerrado. El lampista tenía razón: la clemencia era un lujo que ya no podía permitirse. Pero la huida era otro tipo de rendición. Y Julián había terminado de rendirse.

La oscuridad bajo el Palacio de Oriente era distinta a la de los callejones. No era ausencia de luz, sino una materia densa que pesaba sobre los pulmones, cargada de siglos de piedra húmeda y el olor dulzón de la descomposición. Julián avanzaba renqueando, la vela que sostenía con la mano izquierda proyectando un círculo tembloroso de luz ámbar sobre las paredes de ladrillo. Cada paso hacia la bifurcación que el Rey había mencionado era una negociación con el dolor: el tobillo, una bola de fuego; las costillas, un corsé de agujas que se clavaba con cada inspiración.

El croquis del lampista, ahora sudoroso en su puño, indicaba que la carbonería de San Bruno conectaba aquí, en los intestinos del poder. El aire era más frío, moviéndose en una corriente lenta que olía a tierra removida y, debajo, a algo metálico y seco. Sangre vieja.

En la unión de dos túneles, donde la humedad había creado un charco negruzco en el suelo de losas, algo brilló débilmente al borde de su luz. Se agachó, con un jadeo ahogado que resonó en la galería. Era un trozo de tela, lana oscura, rasgado de forma irregular. Lo recogió. La textura era áspera, familiar. La mancha que la empapaba en un extremo no era barro; al frotarla entre los dedos, el polvo marrón se desprendió dejando un rojo oscuro, casi negro, incrustado en las fibras. La misma tela del vestido de Mercedes.

Un sonido lo hizo erguirse de golpe, apretando el trapo contra el pecho. No era un eco suyo. Venía de más adelante, por el túnel de la izquierda, el que según el croquis se adentraba hacia las cocinas antiguas. Pasos. No el arrastrar de un herido, sino la cadencia medida de dos o más personas. Y voces, amortiguadas por la piedra pero cada vez más nítidas.

Apagó la vela soplando suavemente. La oscuridad cayó como un mazo, absoluta, sofocante. Se arrastró hacia atrás, buscando a tientas la pared. Los dedos encontraron un hueco, un nicho poco profundo donde quizás hubo una lámpara de aceite. Se encogió dentro, conteniendo la respiración hasta que el dolor en las costillas le obligó a aspirar poco a poco.

Las luces aparecieron primero: dos puntos amarillentos que bailaban en la negrura, creciendo. Linternas de cierre. Las siluetas de los hombres que las portaban eran solo bloques de sombra más oscura.

—…revisen cada rincón. Hasta las rejillas de desagüe —dijo una voz, seca, con la autoridad cansada de quien da órdenes obvias.

—El pasadizo hacia Bailén está tapiado desde hace años —respondió otra, más joven.

—Gorostiza no pregunta por lo tapiado. Pregunta por lo vivo. Y quiere al restaurador vivo. El resto… —La voz se interrumpió. Una de las linternas se alzó, barriendo lentamente la pared opuesta al nicho de Julián. La luz rozó el borde de su escondite, iluminando por un instante el musgo verde grisáceo a centímetros de su rostro. Él cerró los ojos, no para no ver, sino para que el brillo blanco de la esclerótica no lo delatara.

El haz de luz pasó de largo.

—Aquí no hay nada. Sangre seca y ratones —concluyó la primera voz—. Vamos a los conductos de la caldera. A ver si el otro grupo encontró algo.

Los pasos comenzaron a alejarse, arrastrando el círculo de claridad consigo. Julián no se movió. Permaneció acurrucado en la oscuridad, el trozo de tela de Mercedes apretado en su mano, escuchando cómo los ecos se desvanecían en la garganta de piedra del palacio. Vivo. La palabra resonaba en el silencio que dejaron. Gorostiza lo quería vivo. Y a Mercedes no la habían mencionado.

El sistema había hecho su trabajo. Había enterrado la verdad con Valerio y había liberado a los verdugos. Ahora, en la oscuridad, con el rastro de su sangre en la mano, Julián haría el suyo.

CAPÍTULO 31: LA CARTA DE DON ÁLVARO

Permaneció inmóvil hasta que el último eco de los pasos se disolvió en la piedra. El silencio que quedó era más denso que la oscuridad. Con un movimiento lento que le hizo crujir las costillas, Julián se despegó de la pared del nicho. El aire frío del túnel le golpeó la cara, cargado del olor a tierra podrida y sangre vieja.

El trozo de tela de lana oscura seguía apretado en su puño izquierdo. Con la derecha, buscó a tientas el bolsillo interior de su chaleco. Los dedos, entumecidos por el frío, rozaron el papel grasiento del croquis. Lo desdobló contra su muslo, incapaz de verlo. Recordó las líneas temblorosas del lampista: la bifurcación, el conducto angosto hacia San Bruno.

Se arrastró hacia la izquierda, renqueando. Cada vez que su tobillo derecho cedía bajo su peso, una punzada aguda le subía por la pierna como un alambre al rojo. Respiró por la boca, en bocanadas cortas que no llegaban a los pulmones; el dolor en las costillas era una caja de madera que le apretaba el pecho. Avanzó a ciegas, la mano extendida palpando la pared húmeda. Encontró la abertura baja, apenas un hueco irregular en la mampostería, más fría que el resto.

Se agachó. Un gemido se le escapó de los labios secos al doblar el torso. El conducto era un vientre de piedra, tan estrecho que los

hombros rozaban ambos lados. Comenzó a avanzar a gatas. El suelo estaba embarrado, con charcos negruzcos que olían a excrementos secos y agua estancada. La rodilla de su pantalón se empapó al instante. El frío le trepó por las piernas.

A lo lejos, muy por detrás, un sonido metálico. Un portazo amortiguado. Los hombres de Gorostiza no se habían ido del todo.

Apretó el paso, arrastrando la pierna mala. Las uñas se le llenaron de barro. El aire se hizo más pesado, más húmedo. Después de una curva, una tenue claridad grisácea se filtró desde arriba. Una rejilla de hierro oxidado, empotrada en el techo del conducto. A través de los barrotes torcidos se veía un pedazo de cielo color ceniza. Amanecía.

Justo debajo de la rejilla, el conducto desembocaba en un pozo vertical, revestido de ladrillos resbaladizos de musgo. Una escalera de hierro, oxidada y con varios peldaños rotos, subía hacia la luz. Julián se apoyó en el marco, jadeando. Miró hacia arriba. La salida.

Subir fue una tortura. Cada peldaño era un desafío. El hierro crujía y cedía bajo sus pies. El brazo derecho, vendado y tirante, apenas podía aguantar su peso. Se mordió el labio inferior hasta sentir el sabor a cobre, concentrando el dolor en un solo punto para no pensar en el resto del cuerpo. Cuando su cabeza asomó por la boca del pozo, el aire libre le golpeó como una bofetada. Frío, seco, cortante. Olía a leña quemada y estiércol.

Era un callejón trasero, empedrado y sucio, apiñado entre las fachadas posteriores de dos edificios altos. La rejilla de la que salía estaba semioculta bajo un montón de tablas podridas. Se arrastró fuera, y se dejó caer sentado contra la pared de ladrillo, temblando. La luz del amanecer, pálida y sin calor, iluminaba la fachada opuesta: una construcción baja de piedra negruzca, sin ventanas, con una puerta de madera reforzada con herrajes. Sobre el dintel, apenas visible, el dibujo descolorido de una pala y un carbón. La carbonería de la calle de San Bruno. La guarida.

La miró fijamente. La puerta estaba cerrada. No había movimiento. Allí dentro estaban los sótanos que conectaban con el cuartel de la Partida. Allí estaría Gorostiza. Y quizás, quizás, un rastro de Mercedes.

Se obligó a ponerse de pie, usando la pared como apoyo. Las piernas le flaqueaban. Miró la carbonería. Luego miró hacia el otro extremo del callejón, que desembocaba en una calle más ancha por donde pasó un carro con un chirrido de ejes.

Gorostiza lo quería vivo. Eso significaba que tenía valor como rehén, como carnada, o como fuente de información. Entrar allí ahora sería entregarse. Y Mercedes… si estaba allí, estaría muerta o convertida en la misma carnada.

Una tos seca y dolorosa le sacudió el pecho. Al apoyar la mano en la pared para contenerla, los dedos rozaron la piedra áspera. Sintió el polvo, la solidez del material. Como la piedra de un taller. Como las paredes del estudio de Don Álvaro.

El viejo había roto con él por miedo. Había escondido la verdad. Pero también era el único que conocía los entresijos del museo, de los encargos, del mundo del que todo esto había brotado. Y ahora Don Álvaro ya no tenía nada que perder. Nadie iba a amenazar a un hombre por ayudar a un fantasma.

Con un último vistazo a la puerta negra de la carbonería, Julián empujó su cuerpo alejándose de ella. Cojeando, cada paso una pequeña derrota sobre el dolor, se dirigió hacia la salida del callejón. No hacia la guarida del lobo, sino hacia el último refugio que le quedaba por profanar.

La cerradura del portal de la calle Huertas cedió con un chasquido seco bajo la presión del gancho de alambre. Julián empujó la puerta. Un olor a tabaco de pipa rancio, mezclado con el polvo quieto de semanas, le golpeó en la cara como un puñetazo de nostalgia.

El estudio estaba congelado en el tiempo. La luz grisácea de la mañana se colaba por los visillos sucios, iluminando motas de polvo

que danzaban en el aire espeso. Los cuadros seguían apoyados contra las paredes, los marcos vacíos apilados como ataúdes de madera. El caballete, desnudo. El silencio era absoluto, un peso físico sobre sus hombros.

Cojeó hacia el escritorio, el dolor del tobillo una nota grave y constante. La superficie de roble estaba despejada, salvo por un pisapapeles de cristal que sujetaba un ejemplar del *Imparcial*. El periódico estaba abierto en la página de esquelas. Su mirada, antes de poder evitarlo, cayó sobre el recuadro marcado con un borde negro.

D. Álvaro Martínez, restaurador emérito del Real Museo de Pinturas… falleció anoche de muerte natural en su domicilio…

Las palabras se desdibujaron. Una presión fría se expandió detrás de su esternón. Se dejó caer en la butaca de cuero desgastada, que crujió bajo su peso con un sonido familiar y agonizante. La piel del asiento estaba fría.

Bajo el pisapapeles, junto al periódico, había un sobre grueso de papel pergamino. Su nombre, «Julián», escrito con la caligrafía temblorosa y pulcra de Don Álvaro. La tinta era del azul pálido que el viejo siempre usaba.

Rompió el lacre con el dedo pulgar. El crujido del papel al desplegarse sonó como un suspiro en la habitación silenciosa.

Querido Julián,

Si estás leyendo esto, es que he tenido la cobardía de irme antes de tener que mirarte a la cara. O que ellos se han adelantado. En cualquier caso, la verdad ya no me puede hacer más daño, y a ti quizá te sirva de algo.

Sí, lo sabía. Sabía que el encargo #291 olía a podrido desde el principio. La nota de recomendación no venía de la Casa Real; era una falsificación excelente, pero la cera del lacre olía a trementina barata. Y el hombre que vino a preguntar por tu «discreción» no era

un funcionario. Tenía las manos de alguien que ha empuñado algo más pesado que una pluma. Me advirtió, con palabras muy educadas, que ciertos trabajos requieren ojos cerrados y memoria corta. Yo cerré los ojos. Lo siento.

El día que me visitaste, después de descubrir lo que había bajo ese repinte, recibí otra visita. No fue educada. Me mostraron un dibujo de mi sobrina saliendo de la escuela. No dijeron nada más. Un ataque al corazón es una muerte respetable, ¿verdad? Limpia. Yo he tenido dolores en el pecho desde entonces. Cada uno me recuerda que el miedo puede ser un veneno de acción lenta.

Tú estás haciendo lo que yo no tuvo valor de hacer. No pares.

El baúl de ese falsificador, el primo de la imprentera… el viejo Bruno. Pregúntale a Ezequiel. Él sabe dónde lo enterró Bruno. Ezequiel le debía favores, muchos. Si Bruno confió en alguien, fue en él.

Que Dios te perdone, porque yo no puedo perdonarme a mí mismo.

Á.

Julián dejó la carta sobre sus rodillas. Observó sus propias manos, manchadas de tierra de los túneles y de la carbonería, temblando levemente. No era llanto lo que sentía, sino un vacío abrasador, como si le hubieran extraído algo esencial y hubieran dejado sólo hielo y ceniza. El viejo había muerto de miedo. Y él lo había arrastrado hasta el borde.

Dobló el pergamino con movimientos metódicos y lo guardó en el bolsillo interior de su chaleco, junto al trozo de tela de Mercedes. Su mirada volvió al periódico, a la página de esquelas. Allí, en una esquina inferior, rodeado por un círculo tenue trazado a lápiz, había un anuncio breve:

Se vende herramientas de carpintería de primera calidad. Ezequiel. Calle de la Palma, 38. Urgente.

No era una esquela. Era una señal. Don Álvaro, incluso desde el otro lado de su miedo, le había dejado un hilo que tirar.

Se levantó de la butaca, el cuerpo protestando con punzadas en el costado y una punzadura sorda en el tobillo. Miró por última vez el estudio polvoriento, el silencio cargado de remordimiento y tabaco rancio. Luego salió a la calle Huertas, cerró la puerta tras de sí, y se perdió entre la gente de la mañana, un fantasma más con una dirección escrita con lápiz ardiéndole en la mente.

El aire de la calle Huertas golpeó a Julián como una bofetada húmeda, cargado del olor a sopa de col agria de los comedores populares y el humo acre del carbón quemado. Bajó la cabeza, fundiendo su silueta con la de los transeúntes que regresaban del mercado. Cada paso le clavaba una aguja en el tobillo, una punzadura sorda que le recordaba su lentitud. Se obligó a no cojear, a mantener un ritmo regular aunque el costado le quemara.

Al doblar hacia la calle de la Palma, un escaparate de una mercería le devolvió su imagen: un hombre pálido, con ropas oscuras y polvorientas, y detrás, a treinta pasos, la silueta quieta junto al portal que acababa de abandonar.

Era un hombre con sobretodo oscuro. No se movía. Sostenía un cigarrillo entre los dedos, y la brasa anaranjada brilló un instante cuando acercó la mano a la boca. No miraba a Julián directamente, sino al reflejo de Julián en el cristal sucio del escaparate. Los ojos del agente —dos puntos oscuros e inmóviles— se encontraron con los suyos en ese espejo accidental.

Un sabor metálico, como de moneda vieja, le llenó la boca. No era sorpresa, sino la confirmación física de algo que ya sabía: Gorostiza no solo lo buscaba. Lo estaba midiendo.

Julián apartó la vista del escaparate y continuó caminando. No aceleró. Su mente, sin embargo, empezó a calcular con una frialdad que le sorprendió. El agente no se lanzaba a la persecución. Eso significaba una de dos cosas: que ya tenían el perímetro controlado,

o que estaban seguros de que su presa herida no llegaría lejos. La carta de Don Álvaro, ahora una losa de papel en su pecho, cambiaba los cálculos. Ya no era solo un testigo incómodo; era alguien con un destino concreto: Calle de la Palma, 38. Y ellos lo sabían.

Un grupo de fieles salía de la iglesia de San Sebastián, formando una corriente lenta de negros y grises. Julián se deslizó entre ellos, permitiendo que los cuerpos lo amortiguaran, que los murmullos ahogaran el sonido de su respiración agitada. La multitud lo llevó como una onda unos veinte pasos. Al borde del grupo, se arriesgó a una mirada rápida por encima del hombro.

El hombre del sobretodo ya no estaba frente al portal.

Caminaba ahora por la acera opuesta, con la misma lentitud deliberada, los ojos fijos en la masa de gente. No corría. Avanzaba como un segador, seguro de que el campo era suyo.

Julián se separó del grupo y giró bruscamente por el primer callejón que encontró, un pasaje estrecho y maloliente a orines congelados. Aquí no había multitudes que lo ocultaran. El eco de sus propios pasos, renqueantes ahora que ya no había testigos, resonó contra las paredes encaladas. Sabía que el hombre lo habría visto desviarse. La carrera, aunque fuera una carrera coja y dolorosa, acababa de recomenzar. Tenía una dirección ardiéndole en la mente. Y un depósito de pruebas enterrado, esperando. Lo único que faltaba era llegar antes de que la guadaña lo alcanzara.

CAPÍTULO 32: EL JUICIO DE LAS SOMBRAS

El callejón desembocó en la Calle de la Palma, una vía estrecha donde la luz del atardecer se colaba oblicua entre los aleros. El número 38 era un portal bajo con la pintura descascarada. No había cartel de carpintería, solo una puerta de madera maciza con herrajes oxidados. Julián se apoyó contra la jamba, la respiración convertida en un jadeo corto que le punzaba las costillas. El tobillo derecho era un foco de dolor sordo y caliente.

Miró hacia atrás. La calle estaba vacía, salvo por un gato que escarbaba entre la basura. El hombre del sobretodo no aparecía. Quizás lo había perdido en el laberinto de callejones, quizás solo estaba dando un rodeo. No había tiempo.

Sacó el gancho de alambre del bolsillo del chaleco. Los dedos le temblaban, torpes por la fatiga y la tensión del brazo vendado. Introdujo el alambre en la cerradura, buscando el mecanismo con una urgencia que nublaba su técnica habitual. Tardó más de lo que habría querido. Un chasquido metálico le indicó que había cedido.

Empujó la puerta. El gozne superior chirrió, un sonido estridente en el silencio del interior.

El olor lo golpeó primero: madera de pino recién serrada, dulce y resinosa, mezclada con algo más denso, metálico. Polvo de sierra flotaba en los rayos anaranjados que entraban por una ventana alta,

iluminando un taller abarrotado. Bancos de trabajo, formones dispersos, un serrucho colgado de la pared. Y en el centro del rectángulo de luz, una silla volcada.

Ezequiel estaba sentado en el suelo, apoyado contra las patas de un banco. La cabeza, inclinada hacia un hombro. Los ojos, abiertos y vidriosos, reflejaban el polvo danzante. Alrededor de su cuello, brillando tenuemente, un fino alambre de piano se había clavado en la carne, tan profundo que casi desaparecía en la hinchazón amoratada.

Julián se quedó inmóvil en el umbral. No fue el horror lo que lo paralizó, sino una fatiga abrasadora, un reconocimiento familiar. Otro cadáver. Otro hilo cortado. El vacío que había sentido en el estudio de Don Álvaro se expandió, frío y pesado, dentro de su pecho.

Cerró la puerta a sus espaldas. El chirrido del gozne sonó como un lamento. Avanzó renqueando, evitando mirar el rostro congestionado del carpintero. Su mirada escudriñó el desorden. Buscaba una caja, un baúl, cualquier cosa que no fuera de madera.

—Demasiado tarde —masculló para sí, la voz ronca por la falta de aire—. Siempre llegas demasiado tarde.

Junto al cuerpo, medio oculto bajo un montón de virutas, había una caja de herramientas de hojalata, abierta. No era el baúl que buscaba. Dentro, en lugar de formones, había papeles. Los sacó con cuidado, los dedos manchándose de un polvo grisáceo. Facturas. Autorizaciones de entrada al Palacio de Oriente con sellos falsificados. Y un croquis, dibujado con trazo rápido, de la Calle del Turco. No era el plano de Pujol. Este mostraba posiciones de tiradores en los tejados, marcadas con pequeñas cruces, y una anotación en el margen: *Disparo maestro – Galería de Tiro de la Guardia Real. Gorostiza autoriza.*

El corazón le dio un vuelco seco y doloroso. Aquí estaba. El vínculo directo. Pero el baúl principal, el de las copias maestras, no estaba.

El suelo alrededor de Ezequiel estaba revuelto, como si alguien hubiera registrado apresuradamente antes de matarlo.

Al mover el cuerpo ligeramente para alcanzar un papel que había quedado atrapado bajo su cadera, la mano de Julián rozó algo rígido y rectangular, pegado con cera debajo del banco. Un sobre doblado en dos. Lo desprendió.

En el papel, una caligrafía angulosa y sin adornos:

Si quieres ver a la imprentera viva, ven solo a la carbonería. Gorostiza.

El aire se le escapó de los pulmones. La nota no era una esperanza; era un cepo. Pero las palabras "viva" ardieron en su mente con una luz cegadora y terrible. Apretó el papel hasta que los nudillos blanquearon, mientras fuera, en la calle silenciosa, el último rayo de sol desaparecía detrás de los tejados.

La luz de una linterna de aceite recortaba sombras grotescas contra las paredes de la carbonería. El aire olía a carbón húmedo, sudor frío y un leve rastro metálico que Mercedes no quería identificar.

Estaba atada a una silla de madera gastada, las cuerdas mordiendo sus muñecas. El dolor en el costado era un latido sordo, pero lo ignoró, concentrándose en la figura sentada frente a ella. El comandante Gorostiza ocupaba un taburete, su perfil de buitre inmóvil bajo la luz amarillenta. Entre ellos, sobre el suelo de tierra, había un baúl de hojalata abierto. Vacío.

—Tu primo era un artesano meticuloso —dijo Gorostiza. Su voz era seca, como papel arrastrando por piedra—. Guardaba copias de todo. Facturas de ingreso al museo, autorizaciones para el palacio, sellos de la Casa Real… hasta el croquis del pintor Pujol. Un archivo completo.

Mercedes no respondió. Observó cómo la luz jugaba en la calva brillante del hombre, en sus ojos pequeños y vidriosos. Miró el baúl

vacío y sintió un vacío frío en el estómago. Bruno había muerto por eso. Por esos papeles que ahora estaban en manos del enemigo.

—Los tenemos todos —continuó Gorostiza, como si leyera su pensamiento—. Cada prueba que vinculaba al Duque con el asesinato de Prim. Incineradas esta tarde en la chimenea del cuartel.

Un goteo constante resonaba en algún túnel cercano. Agua filtrándose en la oscuridad.

—¿Por qué no me mataste en los túneles? —preguntó Mercedes. Su voz sonó más firme de lo que esperaba.

—Porque eres útil. Eres el cebo.

Gorostiza se inclinó hacia adelante, las manos entrelazadas sobre las rodillas. El olor a puro rancio que emanaba de su ropa se intensificó.

—Tu restaurador viene por ti. Lo sabemos. Ya tiene la nota. —Hizo una pausa, dejando que las palabras se asentaran—. Puedes entregarlo. Decirnos dónde estará, cómo piensa. A cambio, tú vives. Tu red de imprenteros en Lavapiés vive. Se olvida el incidente.

Mercedes esbozó una sonrisa torcida. Los labios le ardían por la sequedad.

—¿El perro del duque caído ahora negocia por su cuenta? Tu amo está esposado. Tu Notario ha huido. ¿A quién le sirves ahora, comandante?

Los ojos de ámbar muerto no parpadearon.

—Sirvo al sistema. El Duque era una pieza. El Notario, otra. Yo soy la herramienta que limpia los desórdenes. Hoy es Montpensier, mañana podría ser otro. El mecanismo sigue funcionando. Siempre gana.

Se levantó, la sombra alargándose monstruosa en la pared. Se acercó al baúl vacío y dio un golpe seco con la punta del botín.

—Esta caja era tu moneda de cambio. Ya no la tienes. Solo te queda una cosa de valor: él.

Mercedes apretó los dientes. La cuerda le rasgó la piel. Respiró hondo, ignorando la punzada en las costillas.

—No lo haré.

Gorostiza asintió, como si esperara esa respuesta. Dio media vuelta y señaló con un gesto a uno de los dos agentes que permanecían inmóviles junto a la entrada, donde una boca de alcantarilla abierta tragaba la oscuridad del túnel. Uno de ellos, el de la quijada cuadrada, era Simón.

—Tráemelo. Usa la nota. Si no viene en una hora —dijo, volviéndose lentamente hacia Mercedes—, empieza a cortarle los dedos. Uno cada cinco minutos. Empezando por el meñique izquierdo.

El agente asintió y desapareció por la abertura. El goteo siguió marcando el tiempo en la penumbra.

El aire de la calle de San Bruno olía a carbón húmedo y orines viejos. Julián se apoyó contra la esquina de un edificio derruido, la respiración un cuchillo en las costillas. Había tardado más de lo que Gorostiza había dado. Cada paso sobre el tobillo lesionado fue un acuerdo con el dolor.

La carbonería era una mancha más oscura en la noche, una puerta baja de madera podrida entre dos casas de vecindad. No había luz en las ventanas tapiadas con tablones. Pero desde el callejón lateral, un tenue resplandor amarillento se filtraba por una rejilla a nivel del suelo. El croquis del lampista temblaba en su mano.

No era la entrada. Era la salida de emergencia.

Se arrastró hacia la rejilla, los nudillos blancos contra el suelo de adoquines sucios. El metal cedió con un chirrido seco que le heló la sangre. Se quedó inmóvil, escuchando. Solo el goteo constante de una tubería rota en algún patio interior.

La abertura era estrecha, un cuadrado de oscuridad que olía a excrementos y agua estancada. Se deslizó dentro, dejándose caer

más que bajando. El impacto en el suelo de ladrillo húmedo le arrancó un jadeo ahogado. Se mordió el labio hasta sentir el sabor metálico.

El túnel era un vientre de piedra. Avanzó a gatas, la mano derecha buscando apoyo en la pared fría y viscosa. La luz de la rejilla se desvaneció a sus espaldas. La oscuridad se volvió absoluta, tangible, cargada con el olor dulzón de la descomposición.

Entonces, voces.

Ecos amortiguados que rebotaban en la piedra, llegando desde delante. Imposible distinguir palabras, solo el tono. Uno, autoritario y seco. Gorostiza. Otros, monosílabos de asentimiento.

Julián se detuvo. Apoyó la frente contra la piedra fría. Respiró. El trozo de tela de Mercedes, arrugado en su bolsillo, parecía arder contra el pecho.

Avanzó otro metro. Otro. La luz reapareció, una rendija vertical a su izquierda. Una puerta mal ajustada, o una tabla suelta. Se acercó, conteniendo la respiración. El olor a carbón se intensificó, mezclado con el acre del sudor y el cuero.

Aplicó un ojo a la rendija.

La carbonería era una caverna baja, iluminada por un farol de aceite colgado de una viga. Pilas de sacos negros formaban murallas irregulares. En el centro, atada a una silla con las cuerdas clavadas en la madera, estaba Mercedes. Tenía la cabeza baja, el pelo oscuro cayéndole sobre la cara. Una mancha roja y seca le cruzaba la mejilla. Pero respiraba. Los hombros se elevaban y bajaban con un ritmo cansado.

Tres siluetas la rodeaban. Dos hombres, con chaquetas oscuras y manos vacías, inmóviles como estatuas. Uno de ellos era Simón. El tercero, de espaldas a Julián, era una figura delgada con una calva que brillaba bajo la luz del farol. Gorostiza. El agente que había ido a buscar la lima había regresado.

—La hora se acaba —dijo la voz del comandante, clara ahora, sin emoción—. Tu restaurador no es tan estúpido como para venir. O es más estúpido de lo que creía.

Mercedes no alzó la vista.

—Ya te lo dije. No vendrá.

—Todos vienen —replicó Gorostiza. Se volvió hacia uno de los agentes—. Prepara la lima. Empezaremos por el meñique. Lento.

El agente asintió y se dirigió a un banco de trabajo donde herramientas oxidadas reflejaban la luz tenue.

Julián apartó la vista de la rendija. El aire en el túnel era irrespirable. Miró a su alrededor, las manos palpando la oscuridad. Sus dedos encontraron algo frío y cilíndrico tirado en el suelo, cerca de un charco negro. Una tubería de plomo, desconchada y pesada.

La cerró en el puño. El metal estaba helado.

Desde la carbonería, el sonido metálico de una herramienta siendo afilada contra una piedra. *Chas-chas-chas*. Un ritmo regular, hipnótico.

Julián buscó con la mano libre a lo largo de la pared hasta que encontró el borde de una puerta baja, oculta en la sombra. El gozne superior estaba roto, la madera podrida alrededor de los clavos. Presionó. Cedió con un crujido sordo, ahogado por el sonido de la lima.

Empujó. La puerta se abrió hacia dentro, revelando un espacio estrecho detrás de una pila de sacos de carbón. El olor a polvo negro le llenó la nariz. Un paso. Otro. Ahora estaba dentro.

A través de los sacos, vio la espalda del agente más cercano, a menos de tres metros. El hombre miraba hacia Mercedes, distraído por el espectáculo que se preparaba.

Julián apretó la tubería. El dolor en el brazo vendado era un latido sordo, ignorable. Contó mentalmente los pasos. Tres. Dos.

Gorostiza, de pie junto a Mercedes, levantó la mano. El sonido de la lima cesó.

—Espera —dijo el comandante. Su cabeza giró ligeramente, como un perro que olfatea el viento. Sus ojos pequeños y vidriosos escudriñaron la penumbra detrás de los sacos.

Se encontraron con los de Julián.

Una sonrisa lenta, casi paternal, se dibujó en los labios delgados de Gorostiza.

—Ahí estás —dijo, sin alzar la voz.

Señaló con un dedo huesudo hacia la sombra donde Julián se agazapaba.

—Matadlo.

La oscuridad del túnel se desgarró con un fogonazo cegador y el estampido de un disparo. Pero no fue hacia Julián. La bala impactó en el farol de aceite que colgaba de la viga. El cristal estalló y una lluvia de fuego y aceite ardiente cayó sobre el banco de trabajo y los sacos de carbón más cercanos. Las llamas brotaron con un rugido sordo, hambrientas, devorando la pólvora seca y la madera vieja en un instante.

El caos fue absoluto. La carbonería se llenó de humo espeso y negro que picaba los ojos y rasgaba la garganta. Los agentes, desorientados por la súbita oscuridad rota solo por el fuego creciente, se agacharon instintivamente. Gorostiza, con un juramento ronco, dio un paso atrás, apartándose del calor que ya chamuscaba el aire.

Julián no lo pensó. Se abalanzó desde detrás de los sacos, la tubería de plomo levantada. No apuntó a Gorostiza. Se dirigió a la silla donde Mercedes forcejeaba contra sus ataduras. Simón,

recuperándose más rápido, se interpuso con el cañón de su pistola buscando un blanco en la penumbra danzante. La tubería de plomo se estrelló contra su muñeca con un crujido seco. El hombre gritó, el arma cayendo al suelo de tierra.

—¡Julián! —La voz de Mercedes era un grito ahogado por el humo.

Las llamas trepaban ya por las paredes de madera, alimentándose de los sacos. El calor se volvió insoportable. Gorostiza, con los ojos llorosos por el humo, buscaba a tientas su propia arma, pero el fuego había creado una barrera entre él y ellos.

Julián dejó caer la tubería y sacó la navaja de Bruno de su bolsillo. Las cuchillas se abrieron con un chasquido familiar. Cortó las cuerdas de las muñecas de Mercedes con dos tirones brutales. Ella se liberó, frotándose la carne magullada.

—¡Por ahí! —Julián señaló la puerta baja por donde había entrado, ahora medio oculta por una cortina de humo.

Mercedes asintió, tosiendo. Se puso de pie, tambaleándose por el dolor del costado, y corrió agachada hacia la abertura. Julián la siguió, lanzando una última mirada hacia atrás. A través del velo de humo y llamas, vio la silueta de Gorostiza, de pie inmóvil mientras el fuego se cerraba a su alrededor. No había rabia en su postura, solo una aceptación fría. El mecanismo había fallado. La herramienta sería consumida por el desorden que debía limpiar.

Luego, Julián se volvió y se deslizó por la puerta, arrastrándose de nuevo al vientre de piedra del túnel. Mercedes ya estaba unos metros adelante, avanzando a gatas. Detrás de ellos, el rugido del incendio se volvió más profundo, y un derrumbe sordo anunció que parte del techo de la carbonería había cedido.

Corrieron, o más bien se arrastraron con la urgencia de los condenados, hasta que la boca del túnel los escupió a un solar en Lavapiés, bajo un cielo nocturno salpicado de estrellas pálidas. Cayeron de rodillas en la tierra fría, jadeando, tosiendo el humo

negro de sus pulmones. A lo lejos, comenzaron a sonar las campanas de alarma.

Tres días después, en una sala privada del Ministerio de la Gobernación con las cortinas pesadas corridas, se celebró un juicio sin testigos. No hubo estrados ni togas, solo una mesa de roble pulido y cinco hombres sentados alrededor. El humo de los cigarros flotaba bajo la luz de una lámpara de gas.

Antonio de Orleans, Duque de Montpensier, vestido con un traje de corte oscuro pero sin condecoraciones, escuchó en silencio la sentencia. No era destierro, se le aclaró. Era una "retirada discreta" a sus propiedades en Andalucía, lejos de Madrid y de la Corte. Una orden de confinamiento en la finca de Sanlúcar, donde podría "descansar de las fatigas de la vida pública". No se mencionó el nombre de Prim. Se habló de "manejos financieros irregulares" y "actividades perjudiciales para la tranquilidad del Reino". Se le permitiría conservar su título, su fortuna. El Estado no podía permitirse el escándalo de juzgar a un Borbón. La máquina se protegía a sí misma. Asintió, una vez, con una dignidad fría, y salió de la habitación custodiado por dos guardias civiles de paisano.

Del Notario, Luis de la Torre y Miranda, no hubo rastro. Sus propiedades estaban selladas, sus cuentas, vacías. Un barco de vapor había zarpado de Cádiz con rumbo a Buenos Aires la mañana después del incendio en la carbonería. A bordo, según un informe lacónico, viajaba un comerciante de vinos portugués. El expediente se archivó con la anotación: "Asunto resuelto. No procede acción adicional."

Y en los calabozos húmedos de un cuartel militar en las afueras de la ciudad, el comandante Gorostiza, con el brazo vendado por las quemaduras y custodiado día y noche, esperaba su traslado. Las órdenes, firmadas por una mano anónima en el Ministerio de la Guerra, eran claras: destino, el fuerte de San Cristóbal en Pamplona. Una guarnición remota, lejos de cualquier archivo o testimonio que

pudiera inquietarse. Allí, se le informó, serviría como oficial de intendencia. Una herramienta desafilada, guardada en un cajón oscuro. El sistema, una vez más, había limpiado su desorden.

Nada de esto llegó a los oídos de Julián Sáenz de la Torre, quien, con el olor a humo aún impregnado en su ropa, ayudaba a Mercedes a vendar sus muñecas heridas en la penumbra de un cobertizo en Lavapiés. La justicia de las sombras había dictado su sentencia en silencio, y la ciudad, indiferente, siguió su ritmo. La conspiración había terminado. O, quizás, solo había mutado, retirándose a las profundidades donde siempre había vivido.

CAPÍTULO 33: EL ADIÓS DE MERCEDES

El dedo huesudo de Gorostiza apuntaba directamente a la sombra donde Julián se encogía. El agente más cercano —Simón, el de la nariz rota y la cojera reciente— giró sobre sus talones. Su mano ya buscaba la pistola en la cintura.

Julián no pensó. El cuerpo actuó antes que la mente.

La tubería de plomo en su mano derecha se alzó y descendió en un arco corto y brutal. No apuntó al hombre. Apuntó a la lámpara de aceite que colgaba de una viga a su izquierda.

El impacto fue un chasquido seco de cristal quebrado. El aceite caliente salpicó como lluvia negra y ardiente sobre el saco más cercano. La llama, privada de su cúpula, se agitó salvajemente, lamió el combustible derramado y se transformó en un fogonazo anaranjado que iluminó por un instante las caras congeladas en sorpresa.

Luego, la oscuridad.

No fue completa. El fuego prendió en el saco, creando un parche de luz danzante y humeante que proyectaba sombras grotescas. Pero el resto de la carbonería se hundió en un pozo de negrura densa, cargada del olor acre a lana quemada y aceite rancio.

—¡No disparen a ciegas, idiotas! —rugió la voz de Gorostiza, cortante en la penumbra—. ¡Cogedlo!

Julián ya se movía, arrastrando la pierna mala. El dolor en el tobillo era un cuchillo clavado con cada paso, pero la adrenalía lo convirtió en un latido lejano. Vio la silueta de Simón recortada contra el fuego naciente, el brazo extendido buscando un blanco.

Se abalanzó desde el costado, bajando el hombro. El impacto contra el costado del agente fue sordo, como golpear un saco de arena. Simón soltó un gruñido, el aire escapándole de los pulmones. La pistola, una sombra metálica, cayó al suelo de tierra.

Julián lo ignoró. Su objetivo no era el hombre, sino la silla.

Esquivó una mano que buscaba su garganta en la oscuridad, tropezó contra un montón de carbón suelto que crujió bajo sus botas. Los otros agentes vociferaban, desorientados, sus formas moviéndose como espectros en los límites de la luz del fuego.

—¡Por aquí! —la voz de Mercedes, un susurro tenso y urgente, llegó desde su izquierda.

La vio. Atada aún, pero la silla se había inclinado hacia un lado tras la colisión. Sus ojos negros reflejaban las llamas, intensos y despiertos.

Julián cayó de rodillas a su lado. Sus dedos buscaron las ataduras en sus muñecas. No eran cuerdas, sino alambre fino, retorcido con saña. Cortaba la piel con cada movimiento que ella hacía.

—El alambre —jadeó Mercedes, conteniendo un grito cuando sus dedos tiraron—. No puedes…

Julián recordó el gancho en su chaleco. Lo sacó con la mano izquierda, torpemente. No era una herramienta de cerrajero, pero tenía un borde afilado. Lo encajó bajo un lazo del alambre y apalancó con toda su fuerza, usando el dolor en su brazo derecho como contrapeso.

El alambre cedió con un *ping* metálico.

Una mano libre. Luego la otra. Mercedes se frotó las muñecas ensangrentadas, su respiración era un silbido rápido.

Un disparo estalló en la oscuridad. La bala pasó silbando sobre sus cabezas y se incrustó en la pared de ladrillos, levantando un polvillo de yeso.

—¡Por el túnel! —Julián la agarró del brazo, tirando de ella para que se pusiera en pie.

Ella se tambaleó, una mano apretándose el costado. Pero asintió, los dientes apretados.

Otro fogonazo. Esta vez desde más cerca. La luz momentánea reveló a Gorostiza de pie, inmóvil en el centro del caos, con una pistola pequeña en la mano. Sus ojos de ámbar muerto los escrutaban.

—¡Allí! —gritó.

Julián empujó a Mercedes hacia la puerta baja y podrida por donde había entrado. Ella se deslizó dentro del espacio angosto. Él la siguió, dando la espalda a la carbonería.

Un nuevo disparo. Un impacto caliente le desgarró la chaqueta a la altura del hombro, arrancándole un jadeo. No era un golpe profundo, pero la quemadura del roce del proyectil le hizo cerrar los ojos por un instante.

Cayó de cabeza en el túnel de ladrillo húmedo, detrás de Mercedes. El aire frío y cargado de humedad los envolvió.

Desde la entrada, la luz de las linternas comenzó a filtrarse, barriendo el suelo del túnel como dedos pálidos y ansiosos. Las voces de los agentes, ahora ordenadas por los gritos fríos de Gorostiza, resonaban justo detrás.

—¡Id tras ellos! ¡Vivos o muertos, pero calladlos!

El túnel los escupió en un solar baldío, entre montones de escombros y hierbajos altos. La primera luz del amanecer, gris y fría, rasgaba el cielo de pizarra. Corrieron, o lo que quedaba de correr en ellos: Julián arrastrando la pierna, Mercedes sujetándose el costado, hasta encontrar refugio en un cobertizo de madera podrida en el límite de Lavapiés.

Dentro, el aire olía a tierra mojada y a descomposición. La luz se filtraba por las tablas rotas del techo en haces polvorientos. Julián se dejó caer contra la pared, la respiración un fuelle roto. Mercedes se deslizó junto a él, con los ojos cerrados, el rostro pálido bajo la costra de sangre seca en su mejilla.

Sin hablar, Julián se sacó la chaqueta. Con movimientos torpes por el dolor del brazo, arrancó una manga de su propia camisa, ya manchada de sudor y barro. La rasgó en tiras.

—Dame la muñeca —dijo, la voz ronca.

Ella extendió el brazo sin abrir los ojos. Él envolvió el lienzo áspero alrededor de las heridas circulares que las cuerdas habían dejado en su piel. La presión hizo que ella aspirara entre los dientes.

—Está sucio —masculló.

—Mejor que se infecte —respondió él, anudando la tela con los dedos entumecidos.

Terminó y se recostó de nuevo. El silencio se instaló, solo roto por su respiración que poco a poco se hacía más profunda, más regular. Fuera, Madrid comenzaba a despertar. El lejano rumor de un carro, el grito de un vendedor.

—Mi red está hecha trizas —dijo Mercedes al fin, sin mirarlo. Hablaba al vacío polvoriento frente a ellos—. Bruno, muerto. La imprenta, quemada. La mitad de los contactos, desaparecidos o con miedo.

Julián asintió, un gesto lento. El movimiento le tiró de las costillas.

—El Prado ya no es mi lugar —dijo—. No después de lo que vi en ese cuadro. No después de lo que hice para sacarlo.

Ella giró la cabeza hacia él. Sus ojos oscuros, intensos incluso en la penumbra, lo escrutaron.

—¿Qué vas a hacer entonces? ¿Restaurar la verdad en un lienzo y colgarla en una pared vacía?

—No sé —admitió él. Era la primera vez que lo decía en voz alta. Las palabras sonaron huecas, como piedras cayendo en un pozo seco—. Solo sé que ya no puedo volver a barnizar mentiras ajenas. Ese oficio se me pudrió en las manos.

Mercedes se incorporó con un gemido ahogado, apoyando una mano en la pared para levantarse. Se puso de pie, tambaleándose un instante antes de encontrar el equilibrio. La luz del amanecer la recortaba contra la puerta desencajada.

—Yo sí sé lo que tengo que hacer —dijo. Su voz había recuperado la firmeza, ese tono de acero que Julián había aprendido a reconocer —. La lucha no termina porque hayan quemado un plano. Hay otros frentes, otras ciudades. La república necesita manos que reconstruyan, pero también voces que no se callen. Mi camino sigue ahí, aunque no tenga mapa.

Él la miró desde el suelo. La vio no como la mujer herida y exhausta, sino como la fuerza que era: un fuego político que no se apagaría. Y supo, con una certeza que le pesó en el pecho, que sus caminos se bifurcaban aquí, en este cobertizo miserable.

—Gorostiza ampliará la búsqueda —dijo Mercedes—. Tengo que irme antes de que cubran los accesos al barrio.

Caminó hasta la entrada y se detuvo. Miró hacia atrás, hacia él, aún sentado en la tierra.

—¿Volverás al museo? —preguntó.

Julián no respondió. Bajó la vista, observando sus manos manchadas de carbón y sangre seca. Las manos de un restaurador que había aprendido a desatar nudos y a disparar en la misma semana.

Mercedes asintió, una sola vez, como si el silencio fuera la única respuesta posible. Luego dio media vuelta y salió a la luz grisácea de la mañana. Sus pasos sobre la grava se fueron apagando hasta fundirse con los sonidos lejanos de la ciudad que despertaba, indiferente.

El aire olía a pintura fresca y trementina, un olor que antes le parecía familiar y ahora le resultaba ajeno, como el perfume de una habitación abandonada. Julián estaba de pie frente a la puerta de servicio del museo, una losa de roble macizo que parecía más una entrada a una fortaleza. Llevaba dos días intentando cruzar ese umbral.

La vio acercarse desde el paseo del Prado, moviéndose con esa economía de gestos que había aprendido a reconocer. Llevaba un vestido oscuro, sencillo, y el cabello recogido en un moño más laxo. La mejilla tenía una costra fina y violácea donde antes estaba la herida.

Se detuvo a un metro de distancia. No dijo hola.

—Pensé que no vendrías —dijo él. Su propia voz le sonó ronca, como si no la hubiera usado en días.

—Dije que lo haría.

Mercedes sacó algo del bolsillo de su falda. Un objeto pequeño envuelto en un trozo de tela de lino. Lo extendió en su palma.

—Es de Bruno. La navaja con la que afilaba los buriles. Lo único que me quedó.

Julián miró el bulto, luego sus ojos. Los de ella, negros e intensos, no cedían. Tomó el objeto. El metal, a través de la tela, estaba frío. Un frío que no era del aire de la mañana.

—¿Para qué?

—Para que recuerdes que algunas herramientas sirven para cortar la verdad, no para ocultarla.

Un carruaje pasó por la calle, el traqueteo de las ruedas sobre el adoquín llenando el silencio. Desde dentro del museo llegó el eco lejano de un martillo, alguien colgando un cuadro en una galería vacía. La vida normal, siguiendo su curso.

—¿Adónde irás? —preguntó Julián.

—Donde me lleve la lucha —dijo ella, y su voz tenía la claridad de una decisión tomada hace tiempo—. No es solo reconstruir una red. Es volver a empezar, en otro sitio, con otras tácticas. La república no es un edificio que se derrumba con un muro. Es una idea. Y las ideas tienen raíces más largas.

Hizo una pausa, observando la fachada gris del Prado.

—Tú vuelves a esto.

No era una pregunta. Él asintió, una sola vez.

—Es lo que sé hacer.

—Barnizar mentiras ajenas.

—O impedir que otros las barnicen.

Mercedes lo estudió, como si buscara una grieta en su decisión. No la encontró. Un soplo de viento frío levantó un remolino de polvo y hojas secas entre ellos.

—Ten cuidado —dijo ella, y las palabras sonaron a despedida definitiva.

—Nunca te pedí que me salvaras —respondió él.

—Lo sé.

Se acercó entonces, no para un beso, sino para un abrazo. Fue breve, incómodo, los cuerpos rígidos por la memoria de todo lo que no se había dicho. Él sintió la delgadez de sus hombros bajo la lana, el latido sordo de su costado herido contra el suyo. Ella olió a jabón negro y a tinta seca. Un segundo, tal vez dos. Luego se separaron.

Mercedes dio media vuelta y se alejó, sin una mirada atrás. Se fundió entre un grupo de estudiantes que caminaba hacia la puerta principal, y de pronto ya no estaba.

Julián permaneció inmóvil, el peso de la navaja en su mano como una piedra de plomo. Apretó el envoltorio hasta que los nudillos blanquearon. Luego, respirando hondo, metió la llave en la cerradura de la puerta de servicio. El mecanismo giró con un chasquido seco, demasiado fuerte en el silencio matinal.

Empujó la puerta hacia dentro. La penumbra del corredor de servicio lo recibió, cargada con el olor a cera de abeja y polvo quieto, el olor de su vida anterior. Entró. La puerta de roble se cerró tras él con un golpe sordo que resonó en la calle vacía, sellando el umbral entre dos mundos.

CAPÍTULO 34: EL ÚLTIMO BARNIZ

El corredor de servicio se extendía ante él, un túnel de penumbra que olía a cera de abeja ranciada y polvo quieto. La luz de los faroles de gas, encendidos a pesar de la mañana, parpadeaba en sus globos de cristal esmerilado, proyectando manchas amarillentas sobre las losas. Desde las galerías principales, filtradas por las altas puertas de caoba, llegaba el rumor amortiguado de pasos y voces. El museo ya respiraba.

Julián avanzó, y el primer paso le recordó el precio. Un dolor agudo, como un clavo oxidado, se clavó desde el tobillo derecho hasta la rodilla. Se detuvo, apoyando una mano en la pared fría. La piedra estaba húmeda. Respiró hondo, el aire cargado de polvo le rasgó la garganta. La navaja de Bruno, aún en su puño cerrado, pesaba como un ladrillo.

Debía llegar a su taller sin ser visto. Cojeó hacia adelante, arrastrando la pierna mala, cada movimiento una negociación con el dolor. Su sombra, deforme y tambaleante, bailaba en la pared a su lado. Al doblar una esquina, el eco de unas botas resonó en el pasillo contiguo. Se aplanó contra la pared, conteniendo la respiración. Los pasos se alejaron.

Había recorrido la mitad del trayecto cuando una puerta se abrió veinte pasos más adelante. Un haz de luz más blanca cortó la penumbra, y en él apareció la silueta de un vigilante. Era un hombre

mayor, con uniforme azul desgastado y una gorra de visera que le ocultaba los ojos. Se quedó quieto, observando.

Julián no podía retroceder. Siguió avanzando, intentando disimular la cojera, pero era inútil. El dolor le crispaba la mandíbula.

El vigilante no se movió. Cuando Julián estuvo a tres pasos, el hombre carraspeó.

—Sáenz de la Torre.

Julián asintió, sin detenerse.

—Lleva ausente —dijo el vigilante. Su voz era ronca, como papel de lija. No era una pregunta.

—Un encargo fuera. Complicaciones.

—¿Y eso? —El hombre señaló con la barbilla hacia la pierna de Julián, luego hacia el hombro, donde la tela del saco mostraba una mancha oscura y rígida.

—Una caída. En unas escaleras.

—Mala suerte. Las escaleras por aquí están en buen estado.

Julián intentó esbozar algo parecido a una sonrisa. Le salió una mueca tensa.

—No eran de aquí.

El vigilante lo estudió. Sus ojos, hundidos en una red de arrugas, escudriñaron el rostro de Julián, la palidez, las ojeras violáceas, la rigidez con que sostenía el brazo derecho. Su mirada bajó hasta el puño cerrado, donde asomaba el extremo del envoltorio de tela.

—El director quiere hablar con usted —dijo al final, sin apartar la vista de la mano de Julián.

—¿El director?

—Sí. Desde ayer pregunta por usted. Parece… impaciente.

El corazón de Julián dio un vuelco seco contra las costillas doloridas. No era el director quien preguntaba.

—Iré en cuanto me asee.

—Hágalo pronto. No le gusta esperar.

El vigilante dio un paso atrás, abriendo el camino, pero su postura no era de cortesía. Era la de un carcelero que cede el paso a un reo. Julián pasó a su lado, sintiendo la mirada clavada en su espalda. Siguió cojeando, contando los pasos hasta que el sonido de la puerta al cerrarse resonó como un portazo a sus espaldas.

El último tramo fue una agonía. Cada losa era una montaña. Al final del pasillo, la puerta de su taller apareció como una mancha de madera oscura en la piedra. Sacó la llave del bolsillo del chaleco. La mano le temblaba. La llave raspó en la cerradura antes de encajar.

Al otro lado de la puerta, el silencio era absoluto.

La puerta cedió con un crujido de goznes secos.

El aire que lo recibió era el mismo de siempre: trementina, aceite de linaza, quietud antigua. Pero el orden no. Su mesa de trabajo, siempre un caos de frascos, pinceles y trapos manchados, estaba pulcra. Las herramientas, alineadas con precisión militar sobre un paño de fieltro. Los cuchillos de restauración brillaban bajo la luz de la claraboya, filo contra filo, como una colección de armas.

En el centro del caballete, el cuadro.

El noble del siglo XVII con su gorguera almidonada, la mirada perdida más allá del marco. La luz de la mañana caía en un ángulo oblicuo sobre la superficie barnizada, haciendo brillar las veladuras como si el tiempo no hubiera pasado. Alguien lo había devuelto. Lo había traído de vuelta a su taller, al lugar donde empezó todo, como un animal herido devuelto a su jaula. Junto al caballete, sobre la mesa pulcra, un sobre rectangular de papel grueso.

Julián dejó que la puerta se cerrara a sus espaldas. El sonido del pestillo al caer fue un clic definitivo. Cojeó hacia la mesa, el dolor del tobillo un latido sordo que marcaba cada paso. El sobre era de pergamino de primera calidad, lacrado con cera roja. El sello mostraba el escudo de Saboya, impreso con nitidez.

No lo tocó. Su mirada se quedó fija en el cuadro.

Podía sentirlo desde donde estaba: un peso frío que emanaba del lienzo, una gravedad que deformaba el aire del taller. No era un objeto. Era un ancla.

Extendió la mano hacia el sobre. Los dedos, manchados aún de barro seco y algo que podría ser sangre, temblaron ligeramente al romper el lacre. El papel crujió.

Dentro, una sola hoja. Caligrafía burocrática, tinta negra.

Señor Sáenz de la Torre:

Por orden de Su Majestad, se le comunica que el asunto referente al encargo número 291 ha sido archivado en los registros pertinentes. Se agradece su discreción y profesionalidad en el manejo de los materiales confiados a su cuidado.

Queda a su disposición para cualquier gestión futura relacionada con el Patrimonio Real.

El Secretario de la Casa de Su Majestad.

Nada más. Ni amenazas, ni advertencias. Solo el frío mecanismo de la administración tragándose un escándalo, digiriéndolo en papel y sellos. *Archivado*. La palabra resonó en el silencio, hueca como un ataúd.

Dejó la nota sobre la mesa. Se acercó al cuadro.

De cerca, podía verlo: la textura irregular del repinte sobre la zona del plano, un parche ligeramente más opaco que el resto del barniz antiguo. Sus propios dedos habían disuelto parte de esa mentira.

Ahora estaba sellada de nuevo, integrada en la historia oficial del objeto. Una verdad incómoda convertida en capa de pintura, en anécdota técnica para futuros restauradores.

Podía hacerlo. Tenía los cuchillos a su espalda. Un movimiento rápido, la hoja afilada desgarrando el barniz, y el plano de la Calle del Turco quedaría al descubierto para cualquiera que entrara. Podía dejarlo ahí, como una herida abierta en el lienzo, un testimonio mudo.

Su mano se elevó. Los dedos se cerraron en un puño a centímetros de la superficie.

La respiración le quemaba las costillas. En su mente, una galería de fantasmas: Don Álvaro, sentado en su butaca vacía; Valerio, desplomándose sobre la grava húmeda del Retiro; Mercedes, alejándose por la calle con su moño tenso y su dolor a cuestas.

Bajó la mano.

El puño se abrió, la palma se posó sobre el borde del marco, solo madera tallada. No tocó el lienzo.

El cuadro no era una prueba. Era una tumba. Y algunas tumbas están mejor selladas.

Se apartó, volviendo la espalda al caballete. En la mesa, junto a los cuchillos ordenados, el pequeño envoltorio de tela que contenía la navaja de Bruno asomaba de su bolsillo. La sacó. El mango de asta desgastado encajó en su palma con un peso familiar, de herramienta, no de arma.

Miró el taller, el orden impuesto, el silencio cargado de polvo y resignación. Luego, miró la navaja en su mano.

No barnizaría más mentiras ajenas. Pero tampoco las desenterraría. Su trabajo, a partir de ahora, sería otro.

El crujido de la puerta al abrirse fue un sonido seco, sin anuncio previo. Julián no se volvió. Conocía el paso del director del museo

sobre las baldosas de mármol: un taconeo metódico, de hombre que mide distancias incluso al caminar.

—Sáenz de la Torre.

La voz era joven, con el tono pulido de quien ha aprendido autoridad en aulas y no en talleres. Julián giró lentamente, apoyando la palma en el borde de la mesa. El hombre que lo observaba vestía un traje gris de corte impecable, sin una mota de polvo. Tenía el pelo negro peinado con raya al costado, bigote fino y ojos que calculaban el valor de cada objeto en la habitación.

—Director.

—Me han informado de su regreso. —El director no se acercó más. Su mirada recorrió el taller, deteniéndose un instante en el cuadro sobre el caballete, luego en los cuchillos ordenados, finalmente en Julián. En el aire flotaba un olor a tabaco caro mezclado con colonia de bergamota—. Después de… los acontecimientos recientes, la junta considera necesario realizar algunos ajustes.

Julián esperó. El reloj de pared marcó las horas con un tictac que resonó en el silencio.

—Se va a crear un nuevo departamento —continuó el director, las manos cruzadas detrás de la espalda—. Autenticación y procedencia. Un puesto de supervisión, lejos del polvo y los disolventes. Sueldo doble, oficina en el ala norte, con ventana al jardín.

El ofrecimiento quedó suspendido entre ellos, limpio y brillante como una moneda recién acuñada. Un ascenso. Un destierro elegante.

—¿Condiciones? —preguntó Julián, su voz más ronca de lo que recordaba.

—Ninguna que no cumpla ya. Discreción profesional. —El director esbozó una sonrisa breve, sin calor—. Usted es un hombre meticuloso. Valora el orden. Este museo también.

Julián miró sus propias manos. Las uñas llevaban aún restos de yeso seco de la preparación del lienzo en blanco. Sintió el peso de la navaja de Bruno en el bolsillo del chaleco, contra el costado. Luego, su mirada se desvió hacia el cuadro. El peso de aquella verdad oculta era tangible, una losa en el centro de la habitación. Aceptar el ascenso sería alejarse de ella, dejar que el polvo la cubriera. Quedarse significaba convivir con ese peso cada día, respirar el mismo aire que encerraba el secreto. No era una reconciliación. Era una rendición calculada.

—Prefiero quedarme aquí —dijo—. En el taller.

La sonrisa del director se desvaneció.

—La oferta es generosa, Sáenz de la Torre.

—Lo sé. La rechazo.

Un parpadeo rápido, casi imperceptible. El director ajustó un gemelo de la camisa.

—¿Qué quiere, entonces?

—Mi puesto. Mis herramientas. Libertad para elegir los proyectos que restaure. —Julián hizo una pausa, midiendo las palabras—. Y que nadie me traiga cuadros con recomendaciones de la Casa Real.

El aire se cargó de algo distinto a la tensión: una evaluación fría, recalculando posiciones. El director asintió, una sola vez.

—Se puede arreglar. —Su tono había perdido la pulitura, ganando algo más cercano al respeto forzado—. Hay otra cosa. Un joven preguntó por usted. Dice que quiere aprender el oficio.

—¿Nombre?

—No lo dio. Dejó un número de teléfono del conserje. —El director extrajo una tarjeta de visita del bolsillo interior, la dejó sobre la mesa, al lado de los cuchillos—. Dijo que viene recomendado por una imprentera.

La mención flotó un instante. Julián no tocó la tarjeta.

—Considerarélo.

El director dio media vuelta. En la puerta, se detuvo sin mirar atrás.

—El cuadro de la restauración anterior —dijo—. El encargo doscientos noventa y uno. Los registros indican que fue devuelto al cliente. Un error administrativo, supongo.

La puerta se cerró con un clic suave.

Julián respiró hondo, el aire le punzó en las costillas aún doloridas. Caminó hasta la mesa, tomó la navaja de Bruno. La colocó junto a sus propios cuchillos, formando una fila de acero y asta desgastada. Herramientas, todas.

Encendió la lámpara de gas. La llama parpadeó, luego se estabilizó, proyectando un círculo de luz amarillenta sobre el lienzo en blanco preparado. La superficie de yeso estaba lisa, ávida, sin historia aún.

Tomó una espátula. Mezcló un poco de pigmento ocre con aceite en la paleta. El primer trazo sobre el blanco fue una línea tenue, un simple borde donde empezaría algo que no existía antes. No miró el cuadro del caballete a su espalda. No lo tocó. Lo dejó allí, colgado en su periferia, un peso constante que ahora formaba parte del paisaje de su vida. No se reconcilió con la verdad oculta. Simplemente aceptó cargar con ella. Su trabajo, ahora, era otro.

CAPÍTULO 35: LA HERENCIA DEL OFICIO

La luz de la claraboya cortaba el polvo flotante sobre el lienzo en blanco. Dos días habían pasado. El olor a trementina y aceite de linaza impregnaba el aire, un olor familiar que ahora le sabía a tregua.

Julián apoyó el peso en la pierna izquierda, la derecha aún rígida y dolorida. Con un cuchillo de restauración, raspaba el borde del caballete, eliminando restos de yeso seco. El sonido era áspero, metódico.

—La preparación no es arte —dijo sin levantar la vista—. Es albañilería. Si la base cede, todo lo que pongas encima se agrietará.

Mateo, el muchacho, observaba desde un paso de distancia. Tenía diecisiete, quizás dieciocho años, con las manos limpias y una curiosidad que casi se podía tocar. Había llegado esa mañana puntual, recomendado por una imprentera cuyo nombre no se mencionó.

—¿Siempre se usa yeso de Bolonia?

—Cuando se puede conseguir. Ahora hay imitaciones que se agrietan en seis meses. —Julián extendió una capa fina sobre la tela tensada —. El cliente no lo notará hasta que sea demasiado tarde.

El chico asintió, los ojos recorriendo el taller. Se detuvieron en el cuadro apoyado contra la pared, a la izquierda del caballete vacío. El retrato del noble del siglo XVII, con su gorguera almidonada y mirada de piedra.

—¿Y ese? ¿Está esperando restauración?

El cuchillo de Julián se detuvo. Un latido de dolor le subió desde el tobillo, nítido y punzante.

—No.

—Parece antiguo. El marco es…

—No está en la lista de trabajos. —La voz de Julián salió más cortante de lo que pretendía.

Mateo retrocedió un paso, confundido. Julián respiró hondo, el aire le punzó en las costillas. Vio, por un instante que no pudo evitar, la imagen de Valerio desplomándose en la grava húmeda del Retiro. El chasquido seco del disparo. Luego Mercedes, atada a la silla, las muñecas surcadas por el alambre.

Apretó el mango del cuchillo hasta que los nudillos blanquearon. El silencio se extendió, roto solo por el lejano rumor de pasos en la galería superior.

—Perdón —murmuró Mateo.

Julián cerró los ojos. Cuando los abrió, miró el cuadro. La luz de la mañana acariciaba el barniz envejecido, revelando apenas el fantasma del repinte bajo la superficie. Una tumba sellada. Un testigo mudo que ahora observaba desde la penumbra.

—No —dijo, más suave esta vez—. La culpa no es tuya. Algunas obras… algunas obras ya han contado su historia. No hay que volver a abrirlas.

Dejó el cuchillo sobre la mesa, junto a la navaja de Bruno. Tomó un trapo limpio y limpió el exceso de yeso de sus dedos, moviéndose

con la lentitud calculada del dolor.

—Ven —indicó con la cabeza hacia la mesa de mezclas—. Te mostraré cómo se comprueba la calidad del aceite. Es lo primero que un falsario intentaría adulterar.

La luz de la claraboya se había apagado hacía rato. El taller estaba ahora iluminado por el parpadeo amarillento de la lámpara de gas, que proyectaba sombras nerviosas sobre las paredes. Un sonido seco, como el crujir de un insecto, llenaba el silencio.

Julián estaba solo. Mateo se había ido hacía un rato, con una promesa de volver al día siguiente. En la mesa, la navaja de Bruno brillaba bajo la luz del gas.

Su mirada volvió al cuadro apoyado contra la pared. La sombra del marco se alargaba como una losa sobre el suelo de madera. Un impulso brusco, animal, le subió por la garganta. Podría hacerlo. Un solo movimiento, de arriba abajo. Rasgar el lienzo, desgarrar el repinte, dejar al descubierto la cicatriz del plano para siempre. Que nadie más tuviera que barnizar aquella mentira.

Extendió la mano. Sus dedos rozaron el mango de asta desgastado. El metal estaba frío.

Un golpe seco en la puerta le hizo retirar la mano como si hubiera tocado fuego.

No era el suave llamar de Mateo. Era un impacto contundente, de nudillos duros contra la madera.

—¿Don Julián?

La voz era ronca, como papel de lija. La del vigilante mayor del corredor de servicio.

Julián tragó saliva. El dolor en las costillas se hizo presente, una punzada nítida.

—Adelante.

La puerta se abrió sin prisa. El vigilante mayor llenó el marco. Su uniforme azul parecía más desgastado bajo la luz del gas, las insignias opacas. La gorra de visera ocultaba sus ojos, pero no la red de arrugas profundas que partían de ellos. Su sombra se proyectó larga y delgada, cruzando el taller hasta tocar el cuadro.

—Buenas tardes —dijo el hombre. No era un saludo. Era un registro.

—Buenas.

El vigilante permaneció en el umbral, escudriñando la habitación. Su mirada pasó por la mesa ordenada, por el lienzo en blanco, por el cuchillo de restauración. Se detuvo en la navaja de Bruno. Luego en Julián. En el hombro derecho, donde la mancha oscura en la chaqueta apenas se distinguía en la penumbra.

—El director me envía —anunció, sin mover un músculo—. Un asunto de papeleo. El informe del médico.

Julián sintió un frío en la nuca. No había visto a ningún médico.

—¿Informe?

—De sus… accidentes recientes —el vigilante eligió la palabra con cuidado—. Las ausencias. El estado en que regresó esta mañana. El museo tiene un seguro. Requiere documentación.

El aire olía a cera de abeja vieja, a madera pulida y al aceite de la lámpara. Un olor a archivo, a cosas selladas.

—No fue nada —Julián forzó los hombros en un encogimiento que le hizo daño—. Una torpeza. En Lavapiés. Hay calles oscuras.

—Lavapiés —repitió el vigilante, como saboreando el barrio—. Sí. Un lugar de… incidentes. ¿Robo?

—Algo así. Intentaron quitarme la cartera. Caí mal.

—¿Y el hombro?

Julián miró instintivamente la mancha. Demasiado tarde.

—Lo mismo. Me golpeé contra una pared.

El silencio que siguió fue denso, cargado del chisporroteo del gas. El vigilante no se movía. Sus ojos hundidos, ahora visibles cuando alzó ligeramente la cabeza, escrutaban a Julián con una calma profesional que era más amenazante que cualquier sospecha abierta.

—Qué mala suerte —murmuró al fin—. Dos accidentes en tan poco tiempo. Y justo cuando hay tanto… movimiento en la ciudad.

—Sí.

—El museo valora la discreción, don Julián —dijo el hombre, y por primera vez hubo una inflexión en su voz, una gota de algo viscoso —. Aquí nada se pierde de vista. Nunca. Los cuadros, los documentos… las personas. Todo queda registrado.

Su mirada se deslizó una vez más hacia el cuadro del noble, como si pudiera ver a través del barniz.

—Así es —respondió Julián, manteniendo la voz plana.

El vigilante asintió, lentamente. No era un gesto de acuerdo. Era la aceptación de una tregua temporal.

—Bueno. Le haré llegar el formulario. Rellénelo. Describa los… incidentes. Con detalle.

Dio media vuelta. En el umbral, se detuvo.

—Que descanse —dijo, sin volverse.

La puerta se cerró con un chasquido suave y definitivo.

Julián no se movió. Escuchó los pasos del vigilante alejarse por el corredor, eco amortiguado por la moqueta. Sólo cuando el sonido se desvaneció por completo, dejó escapar el aire que tenía atrapado en los pulmones. Le dolió.

Las paredes del taller, que siempre habían sido su refugio, ahora se cerraban a su alrededor como los paneles de una celda. Cada sombra parecía tener ojos. Cada silencio, oídos.

Miró la navaja de Bruno sobre la mesa. Luego el cuadro.

No lo tocó.

Al día siguiente, la luz del atardecer atravesaba la claraboya en un haz oblicuo, cargado de polvo dorado. Julián permanecía inmóvil junto a la mesa, los dedos apoyados en el borde de roble. El taller olía a trementina y a tiempo detenido. Al otro lado de la puerta, el sonido de dos golpes secos, casi tímidos, quebró el silencio.

—Adelante.

La puerta se abrió. Mateo, el joven que había dejado su tarjeta, cruzó el umbral. Era un muchacho delgado, con las manos manchadas de tinta y una expresión entre la curiosidad y el temor reverencial. Sus ojos escudriñaron la mesa, los cuchillos alineados, el lienzo en blanco, el cuadro del noble apoyado contra la pared. Se detuvieron en la navaja de Bruno, cuyo mango de asta desgastado brillaba bajo la luz oblicua.

—Don Julián —dijo, con una inclinación de cabeza.

—Siéntate.

Julián tomó un frasco de cristal del estante. El líquido en su interior era ámbar, viscoso. Lo colocó sobre la mesa con un golpe sordo.

—Esto es trementina —dijo, sin preámbulos—. Disuelve el barniz, los repintes, las capas de mentira que el tiempo o la conveniencia acumulan sobre un cuadro.

Mateo asintió, expectante. Esperaba una lección sobre viscosidades, sobre tiempos de aplicación.

Julián destapó el frasco. Un olor acre y dulzón invadió el espacio entre ellos, punzante como un recuerdo.

—Pero hay algo que no disuelve —continuó, y su voz adquirió una cadencia baja, áspera—. La verdad que hay debajo. La línea original, el trazo que el pintor puso ahí cuando aún no había nada que ocultar. La trementina sólo quita lo que sobra. Lo que importa… eso permanece.

Extendió un pincel hacia el joven. Mateo lo tomó con cuidado.

—Tu trabajo —dijo Julián, y por primera vez miró directamente a los ojos del muchacho— no será hacer bonito. Será hacer visible. Aunque lo que se vea duela. Aunque duela mucho.

La luz se desplazaba, tiñendo de rojo óxido el lienzo en blanco sobre el caballete. El reloj de pared marcaba el tiempo con un tictac seco y metódico. Julián sintió el dolor sordo en las costillas, la rigidez en el hombro, el peso de la cojera que ya era parte de su sombra.

—¿Y si lo que hay debajo… está podrido? —preguntó Mateo, la voz apenas un susurro.

—También —respondió Julián—. Sobre todo entonces. Nuestro oficio no es juzgar. Es revelar. Luego, otros decidirán si vuelven a barnizarlo o si lo dejan al aire, a que se pudra a la vista de todos.

Su mirada vagó, inevitablemente, hacia el cuadro del noble. La gorguera blanca, la mirada altiva. Un sepulcro de roble y pigmento.

Mateo siguió su mirada. Calló. Comprendió que aquella no era una lección sobre técnica.

—Prometo recordarlo —dijo al fin, y las palabras sonaron a juramento antiguo.

Julián asintió. Un gesto breve, de aceptación.

—Vete. Mañana, si quieres volver, trae tus propias herramientas. Las que uses para la verdad, no para el adorno.

El joven se levantó. Dejó el pincel sobre la mesa, junto al frasco de trementina. Cruzó la habitación y salió, cerrando la puerta con un

chasquido suave.

Julián se quedó solo, rodeado por el cobre derretido del atardecer. Respiró hondo, y el aire le punzó en el costado. Sus ojos alternaron entre el lienzo virgen, blanco y lleno de posibilidad, y el cuadro antiguo, cargado de secretos.

Extendió la mano. Los dedos rozaron el marco de roble del retrato, la talla oscurecida por los siglos. No lo abrió. No retiró los ganchos. Sólo dejó que la yema del índice sintiera la aspereza de la madera, el frío del barniz.

La verdad seguía ahí, enterrada bajo capas de mentira elegante. Y él había elegido vivir con ese fantasma, a su lado, en el mismo cuarto. No como carcelero, sino como testigo silencioso.

Sobre la mesa, la navaja de Bruno brillaba junto a sus cuchillos de restauración. Una herramienta para afilar buriles. O para cortar amarras. O para recordar que algunas traiciones son la única forma de ser leal.

El último rayo de sol se extinguió. La penumbra azul se coló por la claraboya, llenando el taller de sombras largas y quietas. Julián Sáenz de la Torre respiró el aire cargado de trementina, el olor de su oficio. El peso de la cojera, el dolor en las costillas, la memoria de Valerio y Mercedes, todo se fundía en el hombre que ahora era. Un hombre marcado, pero en paz con su código. Había transmitido lo esencial. Había aceptado un aprendiz. El legado continuaría.

EPÍLOGO: LA PUERTA DEL TALLER SE ABRIÓ SIN GOLPEAR.

La luz de la claraboya caía oblicua sobre la mesa de roble, cargada de polvo que danzaba en el aire quieto. Julián observaba el movimiento de la mano de Mateo, la hoja del bisturí deslizándose bajo una costra de barniz amarillento. El sonido era un susurro constante, como insecto roedor.

—Más plano —indicó Julián, sin alzar la voz—. No es una zanja. Es una película de décimas de milímetro.

Mateo asintió, la concentración frunciendo su frente juvenil. Sus dedos, aún torpes pero aprendiendo, ajustaron el ángulo. El olor a trementina fresca se mezclaba con el rancio del aceite de linaza viejo. Julián apoyó el peso en la pierna buena, una cojera leve pero persistente que le recordaba cada mañana al levantarse. Seis meses. El dolor en las costillas había cedido a una tirantez ocasional; el hombro, a una rigidez matutina. Las heridas que no se ven.

La puerta del taller se abrió sin golpear.

El vigilante mayor ocupó el marco, su uniforme azul desgastado absorbiendo la luz. La gorra de visera le hundía los ojos en sombra. Recorrió la estancia con una mirada lenta, metódica, que se detuvo en el caballete vacío, luego en el espacio junto a la pared del fondo

—un rectángulo de yeso más claro, libre de polvo—, y finalmente en Julián.

—Inspección rutinaria —dijo, la voz como papel de lija sobre madera —. Papeleo del seguro.

Julián asintió, manteniendo las manos a la vista sobre la mesa. Mateo había detenido el bisturí, inmóvil.

El hombre avanzó unos pasos, las botas resonando sobre las losas. Su mirada volvió al rectángulo pálido en la pared.

—Hubo un cuadro ahí —afirmó, no preguntó—. Uno de esos encargos reales.

—Los encargos reales entran y salen —respondió Julián, tono neutro, profesional—. Confidencialidad, ya sabe.

—Claro. Confidencialidad. —El vigilante se acercó a la mesa, examinó las herramientas alineadas: espátulas, pinceles, frascos. Sus ojos se posaron en la navaja de asta desgastada, apartada a un lado—. Pero los inventarios son inventarios. A veces hay correcciones. Errores que se rectifican.

—¿Se rectificó algún error?

—Eso dicen los papeles. —Una pausa calculada. El aire olía a trementina y a sudor viejo de lana—. El cuadro en cuestión fue devuelto al cliente de origen. Por vías oficiales. Ya no es patrimonio del museo.

Julián no apartó la vista del hombre. Sintió el peso de la mentira, pulida y administrativa, colgando entre ellos.

—Entonces el asunto está cerrado.

—Para el museo, sí. —El vigilante apoyó una mano enguantada en el borde de la mesa, cerca de la navaja—. Algunas obras… encuentran su lugar final. Una sala privada. Un almacén discreto. Donde no hagan preguntas.

Mateo contuvo la respiración. El silencio se llenó del tictac lejano del reloj del corredor.

—Mi trabajo es restaurar lo que me traen —dijo Julián, midiendo cada palabra—. No seguir el rastro de lo que se va.

El vigilante sostuvo su mirada un instante más, los ojos hundidos escrutando, evaluando. Luego retrocedió, con la misma parsimonia.

—El museo tiene memoria, Sáenz de la Torre. Larga memoria. —Se ajustó la gorra—. Siga con su trabajo.

La puerta se cerró tras él con un chasquido suave.

Mateo exhaló, un sonido tembloroso. Julián no se movió. Siguió mirando el espacio vacío en la pared, ese rectángulo pálido que era como la cicatriz de algo extirpado. Allí había estado la tumba sellada. Ahora solo quedaba el hueco, y el testimonio silencioso de quien sabía lo que había contenido.

Tomó la navaja de Bruno. El asta estaba tibia por el contacto de la mesa. La hoja, mate y precisa.

—Continúa —le dijo a Mateo, sin mirarlo—. La verdad no está en lo que guardan. Está en lo que decides dejar al descubierto.

El joven asintió, volvió el bisturí al lienzo. El susurro seco recomenzó, llenando el vacío que la advertencia había dejado suspendido en el aire.

La lámpara de gas sobre la mesa de caoba proyectaba un círculo amarillento en la pared desnuda. El ayudante de campo del Rey, uniforme azul impecable, sostenía un portapapeles contra el pecho. Observaba, impasible, mientras el guardia de la Casa Real —un hombre con rostro de piedra y charreteras— ajustaba el cordón de seda del cuadro.

El lienzo del noble del siglo XVII quedó nivelado. La gorguera almidonada, los ojos fríos del retratado, el barniz reciente que

brillaba bajo la luz pobre. Nada en su superficie delataba lo que ocultaba bajo la última capa.

—Nivelado —dijo el ayudante. Su voz era plana, sin inflexión, como si leyera un inventario—. Ninguna etiqueta. Esta sala queda fuera del registro de visitas guiadas.

El guardia asintió, sin apartar los ojos del cuadro. Sus guantes blancos se cerraron en un puño flojo a los costados.

El ayudante deslizó un documento del portapapeles, lo extendió sobre la mesa y firmó con una pluma de tinta azul. El rasgueo seco resonó en la estancia pequeña, sin ventanas, donde el aire olía a cera de abeja nueva y al polvo de yeso que aún flotaba desde las molduras recién instaladas. Un eco hueco acompañaba cada movimiento, como si la habitación misma fuera un féretro de piedra.

—Llave única —continuó el ayudante, secando la firma con un polvillo absorbente—. Protocolo siete. Usted tiene la custodia hasta el relevo de la guardia de la noche.

—Entendido.

—El objeto no se mueve. No se cataloga. No se menciona en los partes.

El guardia volvió a asentir. Su mirada se deslizó por el marco de roble oscuro, por el reverso donde, si alguien supiera buscar, aún podía distinguirse el tenue relieve de un sello de cera astillado.

El ayudante recogió el portapapeles. Dio media vuelta. Sus botas resonaron sobre las losas nuevas, un ritmo metódico que se alejó hacia la puerta de roble macizo.

—Cierre tras de mí —ordenó, sin volverse.

La puerta se cerró. El chasquido de la cerradura de seguridad —un mecanismo pesado, de acero— cortó el último hilo de luz del corredor. La oscuridad no fue total; la lámpara de gas seguía

encendida sobre la mesa, su llama parpadeando levemente en la corriente de aire que se extinguía.

El guardia permaneció inmóvil un minuto más. Luego, también él giró sobre sus talones y salió por una puerta lateral disimulada en el boiserie, que comunicaba con el puesto de guardia contiguo. Su salida fue silenciosa, profesional.

El cuadro se quedó solo.

La luz amarillenta acariciaba la superficie barnizada. Allí, bajo la pátina uniforme, yacía enterrada la línea fina de tinta ferrosa que trazaba una calle, un callejón, una cruz. El lugar exacto. Ahora era solo un óleo más en una sala privada del ala administrativa del Palacio de Oriente, una pieza almacenada, un asunto archivado.

La llama de la lámpara chisporroteó, consumiendo el último resto de aire. Se apagó con un suspiro siseante.

La oscuridad fue entonces absoluta, y el secreto, completo.

El sol se hundía tras los tejados de Lavapiés aquella tarde, dejando una luz sucia y anaranjada que manchaba las fachadas desconchadas. El lampista caminaba rápido, con la cabeza gacha y las manos hundidas en los bolsillos de una chaqueta que le quedaba holgada ahora. Había adelgazado. Los hombros se le marcaban bajo la tela gastada.

El camino de vuelta a su cuarto pasaba siempre por la misma calleja, flanqueada por una taberna de olor agrio y una tienda de empeños. Esta última tenía un escaparate abarrotado de despojos: candelabros torcidos, relojes sin manecillas, vajillas con bordes mellados. Un farol de gas encendido temprano proyectaba una claridad amarillenta sobre el cristal, sucio de salpicaduras de barro y una grieta diagonal que partía una esquina.

Su mirada, siempre en movimiento, barrió el montón de chatarra. Se detuvo.

Entre un juego de cuchillos mellados y un par de gemelos de latón, algo brilló. Un disco de metal, más grueso que una moneda. La luz resbaló sobre el águila grabada, sobre las alas desplegadas. Un fragmento de esmalte azul, astillado en el pecho del ave, capturó el reflejo como un ojo ciego.

El aire se le cortó en los pulmones.

No fue un pensamiento. Fue un golpe seco en el estómago, seguido de un zumbido repentino en los oídos que ahogó el rumor de la calle. El sonido de los disparos, nítido y seco, como chasquidos de látigo. El olor a pólvora quemada mezclándose con el de la tierra húmeda de la zanja. La mancha oscura extendiéndose sobre el abrigo del hombre del carruaje.

Y sus propias manos, temblorosas, escarbando bajo el adoquín suelto. El tacto frío y áspero del latón. El peso inesperado. Enterrarlo de nuevo, rápido, con las uñas llenas de tierra.

Ahora estaba allí, tras el cristal agrietado. A la venta. Por unas pocas pesetas.

Podría… No.

La palabra se formó, frágil, y se deshizo. ¿Para qué? Habían enterrado a aquel policía cojo en una fosa sin nombre. Al restaurador de mirada verde y cansada nunca más lo había vuelto a ver. El palacio había tragado el secreto, lo había digerido en sus entrañas de piedra y protocolo. Se acabó.

Un sudor frío le perló la nuca. Apretó los puños dentro de los bolsillos hasta sentir los nudillos blancos. Dio media vuelta, brusca, y se alejó con pasos que querían ser rápidos, firmes, pero que tropezaron levemente con un adoquín suelto. Se sumergió en el flujo de gente que regresaba a sus casas, en el olor a fritura barata y desagüe abierto.

En el escaparate, la insignia seguía brillando con luz prestada. El águila de latón miraba hacia la calle vacía, su secreto a la venta, otra

prueba que el mundo, indiferente, prefería no comprar.
